

Javier Garrido

**SEGUIR A JESUS
EN LA VIDA
ORDINARIA**

con las lecturas del domingo



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
1994

© Javier Garrido. © Editorial Verbo Divino, 1994. Es propiedad. Printed in Spain.
Fotocomposición Cometip, S. L., Plaza de los Fueros, 4, 31010 Barañáin (Navarra).
Impresión: GraphyCems, Ctra. Estella-Lodosa, Km. 6, 31264 Morentin (Navarra).
Depósito Legal: NA 484-1994.

ISBN 84 7151 981

Presentación

1. *Hay muchos creyentes, especialmente seculares, que buscan una vida espiritual con hondura, pero que no los aleje del contexto normal en que se mueven. No pueden permitirse el lujo de retirarse de su familia y responsabilidades, aunque hacen lo posible por estar a solas algunas horas o días de cuando en cuando.*

Participan en la Eucaristía dominical con gran sentido eclesial, leen los acontecimientos en clave de fe, procuran traducir en su vida cotidiana la Palabra de Dios...

A ellos se dirigen estas páginas: para algo tan sencillo, tan tradicional y tan actual como alimentarse de las lecturas del domingo.

2. *Como dice el título del libro, su objetivo es la experiencia central de la vida cristiana, el seguimiento de Jesús. El camino, el año litúrgico. El medio, las lecturas del domingo.*

No se trata de una lectura preparatoria de pasada para celebrar mejor la Eucaristía, sino de un esfuerzo serio por escuchar la Palabra en oración. Pero para que esa Palabra sea «espíritu que da vida», («verdad que libera» (cf In 6,63; 8,32), ha de ir resonando durante la semana en el corazón.

La fe se verifica en el amor, en las relaciones interpersOlvles, en el trabajo, en la sociedad... Y efectivamente, no se trata sólo de dedicar un tiempo a lo espiritual en medio de las actividades, sino de experimentar la realidad del Espíritu en el Inundo y en la historia, es decir, en la vida ordinaria.

3. *Comparado con UNA ESPIRITUALIDAD PARA HOY (Ed. San Pablo), el fin es el mismo: ayudar a vivir un proceso de maduración en la fe. El camino, distinto. UNA ESPIRITUALIDAD se inspira en una pedagogía sistemática de personalización, que para muchos resulta complicada. Este libro parte del realismo de la vida, con su rutina y sus sorpresas. Cada uno tiene sus ventajas e inconvenientes. Está claro que ningún método es válido para todos.*

Pamplona, 1994

Cómo está pensado el libro

1. No se espere un comentario propiamente dicho de las lecturas del domingo, ni algo que haga fácil o gustosa su lectura.

Por el contrario, he escogido deliberadamente un estilo sobrio, con frecuencia escueto. Tendemos a sustituir la Palabra por nuestras reflexiones y resonancias. Es necesario que el lector creyente adopte una actitud activa, que se ejercite con todas sus facultades en este camino. Si no lo hace así, lo que sigue va a resultarle demasiado duro.

Pero no se confunda esta actitud activa con el esfuerzo crispado, como si hubiese que arrancar ideas, sentimientos y propósitos. La sabiduría está en la fe humilde que se entrega a la acción del Espíritu.

Lo decisivo se pone en juego en el cara a cara con el Señor.

2. Como se sabe, el eje que vertebra las lecturas de los domingos es el Misterio de Dios en Cristo, cuyos centros configuradores son:

- Los dos ciclos de Navidad (con el Adviento y la Epifanía) y de Pascua (con la Cuaresma y Pentecostés).

- El tiempo llamado Ordinario, que se distribuye, a su vez, en el previo a la Cuaresma y el que sigue a Pentecostés.

La lectura que guía el camino del año litúrgico es el Evangelio distribuido en tres años (con Mateo, Marcos y Lucas respectivamente). El Evangelio de Juan es leído, con carácter fijo, en algunas fiestas de Navidad y, sobre todo, en Cuaresma y Pascua.

Obviamente, este libro ha respetado dicho orden. La dificultad estriba en compaginar la lógica contemplativa de los acontecimientos realizados en la historia de la Salvación con la problemática de las personas creyentes con su historia y sus circunstancias. ¿Cómo integrar el ritmo del año litúrgico con el ritmo de la historia personal?

Este libro sólo busca una solución indirecta a esa cuestión: procurar que el conjunto de nuestras reflexiones, a través del conjunto del año, integren ambas dimensiones, la bíblica y la antropológica. De hecho, según va descubriéndose la profundidad de la Palabra, resulta claro que la ley de la Revelación es la de la encarnación. Pero para no caer en una falsa sacralización de la Palabra, la condición básica es situarla en nuestra condición humana y en nuestros procesos personales.

Para aprovechar estas notas

Las lecturas de cada domingo son leídas en *cuatro claves*, buscando una visión *integral* de la Palabra de Dios y, también, un cierto *orden pedagógico* que favorezca la experiencia espiritual.

1. Al primer momento llamaremos *Situación*.

Es muy importante que la Palabra no sea escuchada-orada «al aire», sin ningún marco de referencia. Así como ella se dio en un contexto histórico, así se hace actual a partir de situaciones humanas variadas.

2. Pero, segundo momento, la Palabra exige un dinamismo de trascendencia en la escucha: *Contemplación*.

Que sea escuchada-orada sin preconcepciones utilitarias, en disponibilidad a lo imprevisto y gratuito, dejando que en ella se manifieste Dios mismo en persona.

Para ello, propugno la *lectura de atención pasiva*:

a) Antes de ponerte a leer, espera un minuto. Relájate.

b) Lee despacio, desde el corazón. No es un texto de ideas ni de información. No pretendas sentir lo que lees. Deja que *resuene*, sin racionalizar.

c) Según la resonancia, ábrete a la relación personal con el Señor. Deja que alguna frase se te haga oración.

3. La *Reflexión*, que sigue, no se refiere a cómo traducir en actos de vida la Palabra, sino al calado de la misma en la afectividad, en las actitudes, en la comprensión creyente de los problemas, en las dificultades, miedos, ataduras que sentirnos, etc.

Si la Palabra nos ha ensanchado el corazón en la relación con el Señor, hay que abandonarse, «estar con», pues no son las ideas las que producen los cambios importantes, sino la luz interior y el amor vivo.

La Palabra nos introduce en la reflexión sobre nosotros mismos, o nos abre a un nuevo conocimiento de Dios, o nos descubre nuevas perspectivas respecto a situaciones que estarnos viviendo...

Reflexionar es implicarse, afectiva y existencialmente, en la Palabra; personalizarla.

4. Una vez que la Palabra ha adquirido cierto calado, llega el momento de la *Praxis*.

Hay que abordar la persona y su proceso de crecimiento humano y espiritual. Lógicamente, también: problemas pendientes del pasado, pasos a dar en el camino cristiano, etc.

Por otra parte, no somos islas individuales, sino comunidades vivientes. La Palabra se traducirá en la calidad de nuestras celebraciones litúrgicas, en nuestro interés por compartir con otros la fe, en nuestros compromisos parroquiales, en nuestra misión evangelizadora (según el ámbito en que nos movemos).

Sin embargo, la vocación personal y eclesial se realiza en el mundo y para el mundo. Hay que devolver a la espiritualidad cristiana su referencia primera y habitual: lo secular.

Las concreciones serán múltiples: vida familiar, educación, solidaridad con los desfavorecidos, lucha por la justicia, diálogo con la cultura, asociación de vecinos, relaciones de la calle, etc.

Daremos prioridad a la praxis de la vida ordinaria más que a los momentos y compromisos extraordinarios.

Algunas advertencias

1. El primer requisito: disponer de un misal de los domingos y días festivos.

2. Estas páginas servirán, en primer lugar, para la *oración personal*. Cada uno verá de qué tiempo dispone. ¿Será mucho dedicarle dos momentos de 20 minutos cada uno, a la semana? En este caso:

– El viernes (o el sábado, da igual) podría centrarse en las dos primeras claves (*Situación y Contemplación*, que corresponden a la página izquierda, página par).

– Se supone que la Palabra ha sido celebrada el domingo con la comunidad. Desde las resonancias vividas, habría que pasar a las dos claves siguientes (*Reflexión y Praxis*, que corresponden a la página derecha, página impar) en conexión directa con la vida ordinaria. Podrían dedicarse a ello otros 20 minutos del lunes (o del martes).

Método realista, me parece.

3. Cabe hacer lo mismo *en grupo* o *en comunidad*.

Para ello, habría que dedicar dos tiempos:

– El personal, el privado.

- y la reunión grupal o comunitaria una vez a la semana. En este caso, convendría que la reunión tuviese dos momentos: el primero, en que se comparte la experiencia de la Palabra; el segundo, en que se reflexiona sobre la incidencia de la Palabra en los distintos ámbitos de la vida (personales, familiares, laborales, eclesiales, sociales...).

4. Los Evangelios se repiten, los tres años litúrgicos se repiten, es que la vida cristiana no consiste en un progreso lineal, sino en volver al único centro, Cristo, y en participar, cada vez más hondamente, con todo el ser y en toda circunstancia, de su Espíritu Santo.

Ciclo A. San Mateo

(años 95-96; 98-99; 2001-2002; 2004-2005)

Primer domingo de Adviento - A

Is 2,1-5

Sal 121

Rom 13,11-14

Mt 24,37-44

1. Situación

El Adviento nos sacude con las palabras de Pablo:

Daos cuenta del momento que vivís. Ya es hora de espabilarse. Ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer.

En la vida humana hay siempre «momentos» especiales, cargados de consecuencias, en los que percibimos, quizá oscuramente, que nos jugamos lo mejor de nosotros mismos.

A veces son acontecimientos imprevisibles que nos golpean con fuerza. A veces son señales muy simples, guiños de la vida que nos llaman la atención.

¿Hay algo en este momento que te urge a vivir más conscientemente, a no pasar «por encima»?

Una persona es auténtica según la capacidad que tiene para «caer en la cuenta» de lo que lleva en sus manos (ser persona, vivir una vez, haber conocido a Dios, amar a estas personas conCl-etras...).

2. Contemplación

Paradoja de la Palabra de Dios: por una parte, al ser un texto del pasado, más o menos conocido, se presta a constituirse en un mundo aparte y rutinario (literatura piadosa celebrada en un acto oficial de la comunidad cristiana); por otra, en cuanto uno se coloca en actitud de fe ante ella, todo comienza a removerse dentro de nosotros.

La esperanza de un mundo distinto, fraterno, reconciliado, lleno de la luz de Dios (Is 2 y Sal 121).

Pablo nos apremia a tomar conciencia de lo que somos, cristianos, que han recibido el don de la vida nueva en Jesucristo.

Jesús nos dice que la vida no consiste en comer, beber, casarse, tener hijos, trabajar... porque este mundo en que nos movemos, nuestra finitud natural, está habitada por la presencia de Dios vivo y en ella se desarrolla el Reino de Dios y camina hacia un futuro insospechado.

Es la fe la que nos da ojos para ver más hondo y más lejos.

3. Reflexión

"Caer en la cuenta», aquí comienza el Adviento.

No basta darle al coco simplemente porque uno es más observador que otro. Se trata de estar en vela, porque uno sabe que la rutina de la vida no es tal, aunque parezca; porque vive abierto a lo imprevisible, a la venida del Señor, deseada y apenas creída.

Hay varios modos de caer en la cuenta:

- El talante humano de quien ha aprendido a vivir a fondo. Quisiéramos que la vida fuese distinta, y no nos damos cuenta de que es distinta para quien vive en vela.

- La oración, ámbito en que se desarrollan nuevos órganos interiores para leer acontecimientos en clave de esperanza cristiana o para gozar del don increíble que es vivir en comunión con Dios.

- La Palabra, con su fuerza única, siempre que no la tengamos domesticada como algo sabido o en función de nuestras necesidades infantiles de sentirnos buenos.

4. Praxis

Comencemos por darnos cuenta de los mecanismos de defensa que usamos para preferir lo rutinario, lo conocido, en vez de abrirnos a lo que no controlamos:

- El miedo a tomar en serio la vida, tal vez.

- Incluso la fidelidad con que procuramos cumplir con nuestros deberes, no dejando a Dios que nos llame al riesgo.

- La esclavitud de nuestros pequeños placeres, esquemas de vida, metas, con los que nos hemos montado nuestra fortaleza tranquila.

Aprendemos, sobre todo, a caer en la cuenta de la densidad y riqueza de lo ordinario. ¿Qué hay "detrás» de todo? Por ejemplo:

- ¿Qué hay detrás de esa persona con la que tropiezas todos los días en el autobús? Sus preocupaciones, sus esperanzas...

- ¿Qué hay detrás de la noticia de primera hora, que habla de un nuevo conflicto bélico?

- ¿Qué hay detrás del sufrimiento de la hija adolescente que no se siente integrada en la cuadrilla?

Vivir en vela, no rebuscando análisis, sino abriendo los ojos del corazón y de la verdad al misterio de la existencia, y en ella, a Dios.

Segundo domingo de Adviento - A

Is 11,1-10
Sal 71
Rom 15,4-9
Mt 3,1-12

1. Situación

Este domingo la Palabra del Señor nos invita a convertirnos a la esperanza. La calidad de una vida humana se mide por la calidad de la esperanza.

No se confunda con las ilusiones etéreas, en que nos dedicamos a soñar porque no aceptamos que la realidad sea tan ambigua y conflictiva.

La verdadera esperanza se alimenta siempre de la lucidez respecto de lo real, precisamente porque ha ido descubriendo que el secreto de la vida está en no controlarla, en abrirse al futuro, en luchar a favor del hombre, a pesar de todo.

Antes de escuchar la Palabra, da nombre a alguna situación ante la que tiendes a crisparte y desesperas en lugar de vivirla con esperanza.

Esta situación puede ser personal y, también, social.

2. Contemplación

Hay dos modos de escuchar Is 11: dejarse llevar por la imaginación poética e idealista; o bien, por el contrario, no perder suelo, y darse cuenta de que Dios promete un futuro distinto para mis ansias de justicia y de paz. No es la ensoñación la que se adhiere a estas promesas inauditas, sino la fe que comprueba la fuerza del mal en el mundo y cuenta con la fidelidad de Dios.

Pero esto supone haber meditado en los caminos misteriosos que Dios sigue para realizar sus promesas, o bien a la luz de la historia de Israel (*lectura segunda, Rom J5*), o bien a la luz de mi historia personal.

Convertirse a la esperanza supone creer que, con Jesús, el Mesías prometido, anunciado por el Bautista, ya ha llegado el reino de Dios, y que, por lo tanto, el fundamento de nuestra esperanza es definitivo. La condición es que no hagamos de esta esperanza un sistema de seguridad (Mt 3,1-12).

3. Reflexión

La esperanza cristiana no es un sistema de seguridad.

Se alimenta de la confianza en el amor fiel del Señor. Presupone, por lo tanto, la conversión del corazón a Dios, en una relación viva. Lo cual quiere decir que no trato a Dios como algo de lo que puedo disponer a mi arbitrio. Por ejemplo:

– Dios promete un mundo nuevo de justicia, pero no lo trae automáticamente, por un golpe de fuerza.

– Confiar en El me da paz, pero no es una paz que me quite los miedos psicológicos.

– Adherirme a su Palabra me ayuda a no desanimarme en los momentos oscuros, pero no me da solución a los problemas concretos que estoy viviendo.

– Saber que siempre puedo contar con El da a la vida roca firme, pero la condición humana sigue siendo lo que es, frágil y limitada.

4. Praxis

Corno dice el Evangelio, la conversión a la esperanza exige frutos. ¿Qué frutos?

Si han de ser frutos dignos del Anuncio que hemos escuchado, no basta con corregir los defectos propios que nos molestan o con añadir algunos actos de virtud al día.

¿Cómo ensanchar el corazón a la luz de las promesas de Dios, de modo que nuestra vida refleje un poco al menos de la esperanza que Dios mismo ha traído al mundo con la voz de los profetas y, especialmente, con la presencia de Jesús, el Mesías? Esta es la cuestión.

La respuesta está en la vida diaria. Por ejemplo:

– Si esa situación concreta de sufrimiento que estás viviendo, la vives solo, con solas tus fuerzas. Si te abandonas confiadamente, quizá notas una paz desconocida en tu corazón, que poco a poco te hace percibir la situación con ojos distintos.

– Si cambia tu sensibilidad para con el prójimo. Hasta ahora has sabido hacer favores a otros de vez en cuando. Ahora comienzas a estar más cercano y atento a los problemas de los demás.

Tercer domingo de Adviento - A

Is 35,1-6
Sal 145
San15,7-10
Mt 11,2-11

1. Situación

Quizá la mayor dificultad para convertirnos a la esperanza reside en nuestro corazón estrecho y miedoso. Nos resulta más fácil soñar que creer, pues creer significa aceptar la posibilidad real de que nuestra condición humana (¡cuántas servidumbres: en lo físico, en lo síquico, en la relación con los demás, con Dios...!) alcanzará una plenitud insospechada.

Somos cobardes de corazón porque estamos replegados sobre nosotros mismos.

Vivimos, además, en una sociedad que ha renunciado a utopías, a valores incondicionales y a todo lo que suponga aplazar el logro inmediato de nuestros deseos.

Añadamos que la vida misma con sus limitaciones se encarga de chafar nuestros mejores ideales de adolescencia y juventud.

2. Contemplación

Piensa en la Eucaristía del domingo, en las personas que vais a reunirlos, en el mundo en que te has movido durante la semana... ¿No es extraño oír las cosas que dice Is 35? ¿Quién puede creérselas si es mínimamente realista?

La primera generación cristiana creyó que la venida gloriosa del Señor iba a darse de un momento a otro. No es extraño que Santiago exhorte a la paciencia.

A nosotros nos ocurre igual: si no nos dan inmediatamente lo que deseamos, nos parece que nos engañan.

¡Gracias a Dios hay testigos, como los profetas, como Juan el Bautista, que nos enseñan a confiar! ¡Menos mal que Jesús mismo nos enseña a ver la presencia misteriosamente eficaz de aquello mismo que esperamos! Que «los ciegos ven y los inválidos andan, que los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia» (Mt 11,2-11).

3. Celebración penitencial

Es costumbre entre los cristianos hacer una celebración penitencial en este tiempo de Adviento. Responde a la nueva sensibilidad, suscitada por el Concilio Vaticano II, de vivir la conversión y de celebrarla en comunidad.

Recordemos algunos aspectos importantes:

a) *Que la fe en las Promesas se da en la Iglesia*

A nosotros, personalmente, nos cuesta mucho vivir de una esperanza tan grande como la que supone el Adviento. Pero nos sentimos apoyados por la fe de los sencillos y, al reunirnos, tomamos conciencia de ser el pueblo de Dios, que El convoca para darle la Buena Noticia.

b) *Que celebramos la fidelidad de Dios*

Precisamente le pedimos perdón porque no terminamos de creer en la Salvación que nos trae. Ciegos a su presencia salvadora en la historia, sordos a su palabra de aliento, inválidos asentados en nuestras seguridades, de corazón egoísta e impuro, muertos que se creen vivos...

¡Ojalá la celebración nos ayude a ensanchar el corazón y a volver a poner en marcha la utopía de los profetas y de Jesús, a renovar los valores que dieron sentido a nuestra vida, a pesar de, o mejor, con nuestros miedos, y conscientes de nuestras limitaciones!

Se trata de fidelidad de Dios, y El no cuenta con superdotados ni con héroes, sino contigo, con tu pobreza.

e) *La necesaria síntesis entre ideal futuro y presente*

La promesa de Dios es a lo grande, a lo absoluto; pero el amor de Dios se hace a nuestra finitud y a nuestro ritmo.

Hemos de aprender a creer en lo imposible, fiándonos del Señor, y a caminar como hombres, en el respeto al proceso y a nuestras posibilidades reales, aquí y ahora.

Procura que la celebración penitencial termine, por tu parte, en un propósito sabio, que combine la renovación del corazón lleno de esperanza y tu tarea cotidiana, paciente y tenaz.

Cuarto domingo de Adviento - A

Is 7,10-14

Sal 23

Rom 1,1-7

Mt 1,18-24

1. Situación

La esperanza cristiana no consiste sólo en la realización de valores (justicia, libertad y felicidad). Los valores cuentan con Dios, el Salvador, que durante todo el Adviento nos anuncia la llegada de su Enviado, el Mesías que viene a salvarnos.

No basta desear y luchar por una causa noble.

¿Con quién contarnos para ello?

Pero la trampa en que caernos con frecuencia es buscar en ese «salvador» (un líder político, un médico extraordinario, un científico portentoso...) la solución mágica a nuestros problemas. Proyectarnos en él nuestras fantasías de omnipotencia, la ilusión de que alguien divino nos sustituye, superando nuestras limitaciones.

¿No es así como nos relacionamos con Dios? ¿Es que acaso no es Dios omnipotente y puede arreglarlo todo?

2. Contemplación

En efecto, la Palabra de este domingo nos habla muy concretamente de la personas que Dios mismo ha establecido en la historia de la humanidad como Salvador, como realizador de sus planes.

- Los humanos hemos soñado tanto en el Dios «arregla-problemas» que, al cabo de cierto tiempo, dejarnos de creer («nada puede cambiar»). Pero Dios mismo nos da una señal de que está con nosotros (Is 7).

- La comunidad cristiana confiesa que el Enviado definitivo de Dios se llama Jesús, ese hombre de Nazaret, mortal como nosotros, pero resucitado por Dios para ser origen de una nueva humanidad (Rom 1).

- Lo desconcertante es el camino que Dios adopta para llevar a cabo esta Salvación: elige a María, una mujer sencilla, a la que expone a la sospecha incluso de su propio marido, José. Pero ambos creen, a pesar de todo. A esta fe somos invitados, a creer en ese niño, Jesús, don de Dios al mundo (*Evangelio*).

3. Reflexión

Esta es la paradoja: En efecto, el Omnipotente viene a salvarnos, ya que el hombre no puede alcanzar por sí mismo su plenitud; pero nos da como señal y presencia salvadora a Jesús de Nazaret, concebido en circunstancias extrañas, nacido en una familia humilde.

No nos es fácil despojarnos del revestimiento glorioso con que hemos sacralizado la figura del Mesías Jesús. Sus aspectos más humanos, más débiles, menos omnipotentes, han sido ocultados por sus atributos divinos.

Precisamente, la fe cristiana nos obliga a no contraponer debilidad y omnipotencia, salvación de Dios y limitación humana. ¿Cómo se integran estas realidades que nosotros contraponemos porque nuestra fe es poco adulta y busca siempre la satisfacción de nuestras fantasías?

Si intuyes por dónde «van los tiros», quizá comprendas esta paradoja que escandaliza a tanta gente: Por qué, después de dos mil años de la venida del Salvador, todo sigue igual y, sin embargo, los cristianos decimos que ese hijo de María de Nazaret es verdaderamente el Salvador.

4. Praxis

¿Tienes tú la respuesta, no aprendida desde mno sociológicamente, como una creencia internalizada, sino experimentada en tu historia de hombre/mujer que ha buscado en Jesús la respuesta a sus esperanzas y frustraciones?

La tarea principal de esta semana está en meditar sobre la persona de Jesús:

- ¿Qué quiero decir cuando le confieso como Mesías?

- ¿Ha ido madurando mi imagen de Jesús, de modo que lo he visto cada vez más humano y, en su misma humanidad, he descubierto la presencia de Dios y su fuerza salvadora?

- ¿Qué tiene Jesús, que su persona atrae y, más allá de teorías, te convence, te despierta el acto de fe en El?

Procura que esta meditación en la persona de Jesús te dé ojos para ver a tu alrededor personas que se parecen a María y José por su calidad de fe. Han sido probados, no les ha sido fácil aceptar los caminos de Dios en sus vidas; pero tienen algo especial (paz, firmeza interior, entrega...).

Observaciones

1. Una de las características esenciales de nuestra vida es la tensión entre deseo y realidad. No se vive esta tensión de la misma manera a los 18 años que a los 50.

A los 18 años domina de tal manera el deseo, el ideal, el proyecto, las expectativas de un futuro distinto y feliz, que apenas conocemos y nos cuesta aceptar, por principio, que la realidad imponga su ley implacable de limitación, impotencia, desencanto. A los 50, sólo algunos, los verdaderamente «sabios», integran la frescura del corazón del joven con ese encajar la existencia humana en su finitud, sin ilusiones desmesuradas.

2. Es frecuente comprobar cómo los cristianos, que se mantienen «fieles» a sus ideales de juventud, no consiguen madurar. Es como si quedasen en «eternos adolescentes», porque no saben cómo compaginar la utopía cristiana (promesas de Dios en favor de los pobres, llamada a la perfección del amor, etc.) con la vida ordinaria, tan ambigua, tan pesada...

¿Te ocurre a ti lo mismo? ¿En qué lo notas? ¿Qué deseo, qué valor, qué ilusión ha polarizado o polariza tu vida, y ahora lo sientes amenazado?

3. Hay cristianos que no viven esta tensión, sencillamente porque su realismo les ha recortado las alas.

Quizá porque en su adolescencia o juventud no despertaron a la vida desde grandes ideales. O quizá por lo contrario, porque su idealismo ocultaba miedo a la realidad con sus conflictos.

Quizá porque no son capaces de arriesgar ni en el amor, ni por una causa noble, y han hecho de su fe un sistema controlado de creencias y normas, y sólo les interesa un cierto orden. Quizá porque no quieren romper sus falsas seguridades.

4. Con todo, cuesta creer que en el fondo de cada hombre no persista una llama viva, aunque sea tenue, por la cual aspira «más alto, a ser más feliz, más bueno».

A veces se oculta incluso en formas indirectas: el gusto por el riesgo en lo económico, la lucha política, el miedo a la muerte, la entrega por el bienestar de la familia...

Con ese trasfondo humano, con ese, «corazón inquieto» empalma el Adviento, la llamada a la esperanza, el anuncio gozoso del Salvador que viene.

5. Retoma ahora tu Adviento, no sólo el de este mes, sino el de toda tu vida (¿qué es la vida humana sino un Adviento?).

¿Qué tipo de esperanza anima tu vida? ¿Tiene algo que ver con lo que has escuchado y contemplado y reflexionado durante este mes? Procura concretar; no te quedes en una sensación genérica.

¿Qué le pedirías al Mesías Jesús si te preguntase personalmente «¿qué quieres que haga por ti?», como lo hizo tantas veces en Palestina?

6. El cristiano infantil se hace una imagen muy pobre de la esperanza cristiana, y cuando pide, lo exige, y, además, «ya».

El cristiano adulto ha ido aprendiendo a desear según el corazón de Dios lo imposible, infinitamente; pero ha aprendido, igualmente, que el modo que Dios tiene de realizar nuestros mejores deseos es extraño. Sólo con los años va dándose cuenta de lo maravillosos que han sido los caminos del Señor. La condición: ha aprendido a *realizar s/vs grandes deseos desde la realidad misma*, la de todos los días, tan rutinaria y tan intensa, a la vez.

7. *Seguir a Jesús en la vida ordinaria con las lecturas del domingo* es un modo concreto de aprender la sabiduría de la esperanza.

Escuchas la Palabra, y la vas confrontando con tu corazón, con tu historia personal, con las situaciones familiares y sociales... No busques en ella una receta para tu acción. Irás experimentando cómo te guía «desde dentro». Pero dale tiempo.

Anexo. Retiro previo a la Navidad

1. Si puedes, retírate una tarde (mejor, un día entero), a algún lugar tranquilo con la intención de prepararte a la Navidad.

Preparad el camino del Señor.
Allanad sus senderos (Mt 3,3).

2. Si no estás acostumbrado a tiempos tan amplios de soledad, hazte un plan sencillo, comenzando por un paseo que te relaje, o la escucha de música que te ayude a la interioridad.

Lee despacio los caps. 7-11 del profeta Isaías, que habla del Rey mesiánico y la nueva era que inaugura.

Desde Jesús tiene resonancias únicas. El ha cumplido y superado el sueño anunciado. Pero no terminamos de creerlo, porque el sentido literal de esas palabras, es decir, la renovación del mundo, la paz universal y la justicia igualitaria, no es algo evidente. Sin embargo, tu fe no sólo cree por una especie de voluntarismo que ese tiempo ya ha llegado, sino que, además, capta el contenido real, aunque misterioso, de esas palabras.

Deja que el texto despierte tu capacidad de soñar, desear y comprometer tus energías en favor del proyecto mesiánico de Dios.

Termina tu lectura en referencia a realidades conHictivas que te toca vivir. ¿Cuál podría ser tu actitud para que la Navidad verdadera, el cumplimiento de Is 7-11, se realice?

3. Haz lo mismo con Mt 1-2.

Este texto reHeja más directamente nuestra experiencia mesiánica. Sí, se nos ha dado, como a María, José y los magos, creer que, efectivamente, en ese niño se cumplen las Escrituras; pero, ¿por qué la fe ha de pasar por la oscuridad, por qué la violencia y crueldad, por qué hay que esperar tanto la llegada definitiva de la Salvación?

No busques explicaciones racionales. Jesús mismo ha debido recorrer este camino tortuoso, como el Israel del Antiguo Testamento.

Tienes una estrella que te guía, como a los magos: la fe.

4. ReHexiona en este momento sobre *la calidad de tu fe*. Muchos cristianos tienen creencias, es decir, convicciones internalizadas, ideas seguras, aprendidas desde niños, que no se atreverían a poner en duda, porque ello les produciría inseguridad y sentimientos de culpabilidad. Pero no es ésta una fe contrastada con la historia, es decir, con sus proyectos e ilusiones, sean privados o colectivos. Es una fe sin esperanza. Les preguntas qué esperan de Dios y, en todo caso, responden de una manera muy vaga: el cielo, la paz de la conciencia...

Cuando uno espera de verdad una vida distinta para sí y los suyos, cuando se rebela contra la injusticia, cuando ha descubierto personalmente el amor de Dios, no puede contentarse con esa fe reducida a creencias.

Si Dios es real, le importamos. Entonces, ¿por qué no arregla nuestros problemas? La respuesta sólo la tiene la fe que ha sabido confiar, discernir los caminos de Dios, esperar en medio de la noche.

La fe no es un sistema de claridades hechas, sino la aventura más radical del ser hombre: el riesgo de caminar al lado del Señor de la historia, intentando comprender su estilo, admirándose de su modo de amar, preguntando y fiándose...

5. Que todo esto no se quede para ti solo. Tienes una familia, una comunidad religiosa tal vez... *Pregúntate si puedes compartirlo.* Por ejemplo, cabe preparar la Navidad dedicando un tiempo a la oración y la reflexión. Algunos temas posibles:

- Los que hemos ido apuntando en las páginas anteriores.
- Resonancias de Is 9; 11; Mt 1-2.
- Traducir en la solidaridad lo que el Mesías Jesús trae, el proyecto de un mundo más justo y fraterno: compartir bienes.
- Solidaridad unida a cierta sobriedad, ya que estamos convirtiendo la Navidad en una fiesta pagana de la abundancia.
- Alegría, sí, pero la honda, que cuenta con el cuerpo y la amistad, pero no pierde «la fuente interior».

Navidad. (Eucaristía de medianoche) - A

Is 9,1-6
Sal 95
Tit 2,11-14
Le 2,1-14

1. Situación

No suele ser fácil vivir en cristiano esta noche. Hay que cuidar de mantener en casa un ambiente de intimidad familiar; que la publicidad externa no nos robe los valores tradicionales de esta noche: cena larga y bien preparada; con algún toque religioso, si es posible, alegría compartida, acogida de alguna persona con dificultades...

Con frecuencia aparece la tristeza en forma de nostalgia. Hay quien se empeña en vivir una alegría que no le nace de dentro, y busca aturdirse, huyendo del propio vacío.

Más vale abrirse al don de Dios que es Jesús, y abrirnos como somos, y en la situación familiar real (que, sin duda, estará hecha de luces y sombras), y conscientes de que el mundo que celebra la Navidad tiene muy poco que ver con lo que nosotros deseamos celebrar.

2. Contemplación

Haz lo posible por acudir a la Eucaristía de medianoche. Las lecturas, leídas y oradas algunos días antes, te darán el tono interior para vivir esta noche.

¡Qué cosas se dicen en Is 9 de este Niño, tan indefenso, tan lejos de las miradas de los poderosos y de los bienpensantes y de los que confunden a Dios con sus deseos!

¿Quiénes se enteraron y siguen enterándose? Los pastores, es decir, los pobres que, sorprendidos, se alegran de que el Mesías sea para ellos y tal como ellos; José y María, es decir, los limpios de corazón, capaces de ver en ese Niño, recostado en el pesebre, al Mesías y Señor...

Fe humilde que contempla, adora, reflexiona.... y celebra «la gracia de Dios que trae la Salvación para todos los hombres».

Escucha con oídos gozosos y canta con toda la fuerza de tu corazón en esta noche bendita. ¡Déjate llevar sin miedo por la alegría de la Iglesia!

3. Reflexión

Durante la semana, resérvate un tiempo de silencio y haz como María, «que guardaba la Palabra en su corazón». Coge tu misal y busca en el Índice «el ordinario de la Misa», y aquí, los Prefacios, concretamente, el Prefacio primero de la Navidad.

Léelo despacio: Ahí esta la fuente de la alegría de la Iglesia, en la contemplación de la Palabra hecha carne, motivo de acción de gracias desbordante.

El camino que nos lleva a esta fuente se expresa con las palabras: «para que, conociendo a Dios visiblemente, El nos lleve al amor de lo invisible».

No quiere decir que no valoremos lo visible, sino a la inversa: que lo visible nos muestra lo invisible, es decir, la presencia misteriosa de Dios guiando la historia; más, Dios en persona, comunicándose, entregándose a nosotros, siendo nuestra vida.

Dios invisible se hace visible, de modo que en lo visible contemplamos lo invisible de un modo nuevo, insospechado.

Nunca Dios ha brillado con tanta gloria, como Dios, ante nuestros ojos, como en este Niño, que parece lo contrario, tan débil e impotente, demasiado humano.

Si en la fe percibes que sólo el Amor Absoluto puede hacer estas cosas, la luz de Dios está irradiando en tu corazón y «ves» con claridad que ese Niño es de verdad «Maravilla de Consejero, Dios guerrero, Padre perpetuo, Príncipe de la Paz».

4. Praxis

La praxis de estos días se concentra en tu corazón. No dejes que el ambiente te robe la fuente interior de tu alegría.

Pero no te quedes la alegría para ti. Es probable que no la puedas comunicar con palabras (¿quién puede entender la locura de la humildad de Dios?). Hazlo con gestos de cercanía humana.

Alguna visita a un familiar no fácilmente querido...

Aprovecha para estar cerca de personas que estos días se sienten especialmente solas y tristes.

Piensa en los niños para quienes no hay Navidad estos días, especialmente en los del Tercer Mundo. Habla en casa de esto. Reducir un poco el presupuesto de estas fiestas para que los demás también compartan lo nuestro.

Fiesta de la Sagrada Familia

Ec13,3-7.14-17

Sal 127

Col 3,12-21

Mt 2,13-23

1. Situación

Vivimos en una sociedad que ha roto con el esquema tradicional de la familia como ámbito privilegiado y casi único de realización de la persona. Lo cual va unido al proceso humano de emancipación de los sistemas tutelares, que intentan proteger al individuo, privándole con frecuencia de su iniciativa y de su necesidad radical de crecer y tener «mundo propio».

Todo tiene su lado positivo y negativo. Romper con la familia lleva a veces a encontrarse sin raíces, a la incapacidad de tener lazos estables, a la angustia de un pasado no aceptado. Mantenerse en el nido familiar, protector y seguro, impide a veces descubrir lo mejor, que debo ser yo mismo, que tengo una misión personal que cumplir, que la historia es más ancha que los viejos esquemas.

2. Contemplación

La primera lectura acentúa la necesidad profunda de reconciliarse con los orígenes, en conexión con el cuarto mandamiento: «Honrarás a tu padre y a tu madre'». Representa un trasfondo cultural distinto del moderno, sin duda; pero lo sentimos profundamente actual, pues vivimos en una sociedad que margina a los viejos.

La segunda lectura establece los principios cristianos de convivencia entre personas de relación intensa. Todos deseamos armonía, paz, desinterés en la convivencia; pero también somos conscientes del esfuerzo que exige de comprensión y olvido de sí, de las limitaciones personales y de la problemática actual de la familia, por ejemplo, de los conflictos generacionales, que están más allá de nuestra buena voluntad.

El Evangelio nos presenta la infancia de Jesús atravesada por su destino futuro de Mesías perseguido. Jesús está profundamente arraigado en su familia: protegido por María y José. Será llamado «nazareno», y en aquella aldea anónima de Galilea transcurrirá la mayor parte de su vida. Pero El es único, pertenece al Padre, y esta misión marca, ya desde la infancia, su vida entera, incluso los avatares de los suyos.

3. Reflexión y praxis

El tema es complejo, y lo más sencillo será reflexionar *por niveles*.

a) *A la luz de la persona de Jesús*

Es verdad que la vocación de Jesús fue única, de tal modo que obligará a sus padres, como más tarde a sus discípulos, a «no entender nada», a las grandes rupturas (cL Lc 2,50-52; Mc 9,32). Pero también lo es que Jesús tuvo como subsuelo y referencia básica de su vida la tradición de Israel, lo aprendido de sus padres, y que tuvo que reivindicar los valores éticos del cuarto mandamiento incluso por encima del ascetismo religioso (cf. Mt 15,1-9).

La imagen real de la infancia de Jesús no tiene nada que ver con el «niño prodigio», que anticipa sus milagros futuros, omnisciente, que manifiesta su personalidad divina con su distancia y adultez prematura. Lucas insiste en que «iba creciendo» (cf. 2,40-52).

b) *A nivel personal* conviene plantearse con lucidez la importancia que tiene en cada vida humana la reconciliación con el pasado, la integración de autonomía (propia del adulto que ha creado «mundo propio» fuera de la tutela familiar) y dependencia (la que está en la raíz de nuestro ser: el agradecimiento a nuestros padres, la aceptación de sus personas con sus valores y sus límites, etc.).

Ora al Señor recordando tu relación con cada uno de tus padres \ hermanos desde niño hasta ahora.

Deja fluir espontáneamente tus sentimientos. Habrá de todo: ternura, desazón, agresividad...

¿Has pensado que no cabe crecer en libertad sin estar básicamente reconciliado con el pasado?

e) *A nivel familiar* se trata de hacerse consciente de la grandeza y miseria que constituyen esos lazos tan íntimos que nos estructuran por dentro, aunque a veces nos parezca que no nos afectan.

Ese hermano o hermana que tanto nos tensiona sin saber por qué. ¿Por qué, sin embargo, este otro viene a ser nuestro mejor descanso?

Ámbito privilegiado en que el amor es, al mismo tiempo, lo más fácil y lo más duro. También él, quizá especialmente él, exige el realismo del amor en la vida ordinaria y ojos de fe para percibir la presencia del Señor en tantas pequeñas cosas...

Año Nuevo. Octava de Navidad - A

Núm 6,22-27

Sal 66

Gál4,4-7

Le 2,16-21

1. Situación

Año viejo, con su fiesta delirante, representa el modo pagano de vivir la Navidad: olvidar la condición humana para suspender los conflictos de la vida durante un tiempo de ilusión feliz. Está claro que los humanos necesitamos evadirnos de la realidad de cuando en cuando. Lo malo es cuando nos planteamos la vida como evasión. En vez de descubrir la felicidad oculta en el corazón de nuestra existencia finita, nos dedicamos a olvidar la dureza del trabajo para soñar con el fin de semana; el peso de la convivencia del cada día, para soñar con el mes de vacaciones...

Jesús, el niño que no tuvo una casa para nacer, que tuvo que huir a Egipto; María y José, con su desamparo, nos recuerdan la actitud cristiana ante el Año Nuevo que comienza. ¿Es que somos unos aguafiestas?

2. Contemplación

También los cristianos nos deseamos y deseamos para todos los hombres un "feliz y próspero Año Nuevo», e iniciamos la andadura de este año nada menos que con la bendición de Dios (*primera lectura*). Imagínate al Padre Dios poniendo sus manos sobre tu cabeza y diciéndote: «Me fijo en ti; te concedo mi paz». No es un deseo iluso: hemos sido bendecidos nada menos que con su Hijo Jesús, y con El, en la fe, sabemos que este nuevo año también será historia de Salvación.

Pero el camino para entrar en esta historia de la Salvación tiene por referencia a María. Hoy celebramos su fiesta más grande, la de su maternidad divina.

Por Ella ha llegado al mundo el Mesías y se ha iniciado la Era Nueva, los tiempos del Cumplimiento.

Ella representa el realismo de un Dios encarnado, es decir, sometido a la condición humana, a nuestra debilidad, al poder esclavizador de la ley (*segunda lectura*).

Pero su aportación no fue pasiva, ni meramente biológica, sino activa y creyente, confiada y arriesgada. Dijo sí a la aventura de la humanidad de Dios (Lc 1,38) y continuó toda su vida «guardando la Palabra y meditándola en su corazón», pues los caminos de Dios iban a ser distintos a los previstos (*lectura evangélica*).

3. Reflexión

La mirada cristiana se detiene en María en las etapas cruciales de la historia de Jesús: en la infancia y en la Pascua, cuando hay que comprender «desde dentro» lo esencial, que siempre está en relación con los orígenes y con el final.

¿Qué es lo esencial de la Navidad? El Hijo se hizo hombre para que nosotros fuésemos hijos de Dios y, por lo tanto, también hermanos. María es la Madre.

Pero Dios hizo todo esto escogiendo a una chica humilde de Nazaret, símbolo de lo humano humillado, de lo débil y pobre. Anticipa así su mesianismo de solidaridad. María es la mujer oprimida.

Lo hizo discretamente, sin ruido, en el seno de una familia sencilla de trabajadores y en un rincón desconocido de Galilea, siendo José un descendiente lejano y venido a menos del linaje de David. María es la compañera.

Lo hizo afirmando, rescatando la fuerza del amor en la vida ordinaria, pues el peso de la historia lo soportan los que ponen amor en el cada-día y el futuro de la humanidad depende del calor humano de nuestras relaciones, del cuidado de los valores esenciales (la gratuidad, la fidelidad, el aguante ante el sufrimiento, la tenacidad no violenta en la lucha...). María es la sabiduría de lo esencial.

Termina la reflexión leyendo y meditando Le 1,39-56.

4. Praxis

No está mal comenzar el Año Nuevo teniendo como trasfondo la figura de María. No se trata de idealizar a la mujer para, luego, relegarla a un segundo plano en la vida normal.

Si eres mujer, reivindica tu dignidad e igualdad; pero no caigas en la trampa de perder la sabiduría de lo esencial.

Si eres varón, descubre en ti esa misma sabiduría. No estamos tan lejos como la sociedad y la cultura intentan hacernos creer. Todos hemos nacido de mujer, como Jesús.

¿Algún propósito para este año? Que nazca de esa sabiduría de lo esencial, realista, para tu vida ordinaria. Que tengas la sensación de que ese propósito te acerca al misterio de la humanidad de Dios.

Si estás casado/a, ¿por qué no lo haces con tu esposa/o?

Segundo domingo después de Navidad - A

Ecl24,1-4. 12-16

Sal 147

Ef 1,3-18

Jn 1,1-18

1. Situación

La sabiduría de la vida no consiste en saberes, ni siquiera cuando éstos se refieren a las grandes cuestiones de la existencia. Cuando uno es joven, fácilmente confunde la sabiduría con una interpretación del mundo o una causa que moviliza su entrega. Cuando uno es maduro y cree tener experiencia, pero enmascara sus frustraciones, cree que la sabiduría consiste en su realismo pragmático y calculador.

La sabiduría sólo se aprende cuando uno vive a fondo, y con los años se desprende de sus «montajes», y va quedándose *con lo esencial*, algo que se ha ido decantando con la experiencia y que implica un proceso de simplificación, que da unidad de sentido a la vida y a la persona. Suele expresarse con frases así: «Lo que importa es el amor; sé fiel a ti mismo; Dios es digno de confianza; con Jesús lo tenemos todo», etc.

¿Cuál es el núcleo en torno al cual vas organizando tu talante, tu modo de abordar la vida?

2. Contemplación

La Palabra de este domingo se concentra en una única mirada. La Iglesia sabe, mejor que nadie, dónde, mejor dicho, Quién es la sabiduría.

– Primera lectura: La sabiduría viene de Dios, no es conquista de la técnica ni del esfuerzo moral. Israel la recibió al escuchar la Palabra de Dios, al dejarse guiar por ella en la historia y contemplar la obra creadora y salvadora de Dios. Dios mismo fue su herencia.

– Evangelio: Esa Palabra es Jesús; Dios en persona ha plantado su tienda en medio de la humanidad. El basta para todo, síntesis de cielo y tierra, sabiduría eterna de Dios hecha uno de nosotros.

– La segunda lectura celebra esta sabiduría, contemplando el plan de Dios desde antes de la creación del mundo, el sueño de su amor infinito, por el que quiso crear el mundo y al hombre.

¿Por qué, Dios mío, por qué tanto amor?

3. Reflexión

¡Qué lejos estamos, verdad, de la sabiduría de la Iglesia! Al escuchar y orar con las lecturas de este domingo, habremos sentido quizá la tentación de pensar que se trata de textos difíciles de personalizar, teológicamente densos, pero que tienen poco que ver con la vida. ¿Qué puede significar en mi vida concreta Jn 1,5 («En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres»), o Ef 1,5-6, que Dios soñase en hacernos sus hijos para que fuésemos colmados con el amor con que ama a su único Hijo?

Lo cual demuestra que no estamos a la altura del amor de Dios, que nuestra fe está replegada sobre nosotros mismos. ¡Qué poco contemplativos somos!

4. Praxis

Para ser contemplativos, la solución no es salir del mundo y dedicarnos a lo espiritual (aunque necesitamos retirarnos de vez en cuando, sin duda, para dedicarnos a lo esencial). Para los que vivimos en el trajín de la historia humana, el camino contemplativo está en hacer de la multiplicidad de lo humano un camino de sabiduría espiritual. ¿Cómo? Simplificando la vida en lo esencial.

Pero no hay recetas para ello. Hay que unificar estas dos luces, > mejor, experiencias de vida:

- Por una parte, lo radicalmente humano, en que tú notas que se despliega lo mejor de ti mismo. No a nivel de ideas, repito, ni de deseos elevados. Es aquello a lo que vuelves como actitud básica, a lo que tienes que ser fiel, porque en ello te juegas tu verdad más íntima (por ejemplo: ser honrado contigo y con los demás; confiar en las personas, a pesar de todo; preferir la realidad a lo imaginario; estar siempre abiertos, etc.).

- Por otra, lo que viene de Dios y te hace crecer por dentro, te da esperanza en los malos momentos, te motiva a seguir luchando y también te descansa, te hace percibir que todo tiene sentido, incluso el pecado y la muerte, te dilata el corazón a niveles que no controlas... Sabes que Jesús tiene que ver del todo con todo eso; pero quizá no se concentra en El, personalmente, tu sabiduría espiritual. No importa. Concentrar lo esencial de la vida en Jesús es el don de dones. Llegará en su momento.

En este comienzo de año intenta formular tu sabiduría de lo esencial, la tuya, la que vas viviendo realmente, teniendo en cuenta las reflexiones anteriores.

Fiesta de la Epifanía o Reyes - A

1560,1-6
Sal 71
Ef 3,2-6
Mt 2,1-12

1. Situación y contemplación

«Epifanía» significa manifestación, revelación. En doble sentido: algo o alguien que irrumpe glorioso en medio de las tinieblas, y atrae todas las miradas; algo o alguien que está oculto, y se muestra progresivamente, desvelando su «misterio».

En la vida del hombre hay epifanías en ese doble sentido, momentos fuertes en que la persona da un viraje radical; o más frecuentemente, etapas laboriosas en que uno se deja guiar por una especie de intuición, que va alumbrando, poco a poco, un nuevo sentido.

Navidad representa, también, esa doble venida del Señor: la del ocultamiento (el Mesías y Señor, en un pesebre, revelado tan sólo a los pastores) y la de la gloria (celebrada por los ángeles en el cielo, anticipando la venida definitiva del Salvador victorioso al final de los tiempos; cf. Lc 2).

Las lecturas de Epifanía nos llevan en esa misma doble dirección:

- El Evangelio nos habla de una estrella que sólo ven los magos paganos, oculta a los sabios y poderosos de Israel; y, sin embargo, el Niño es adorado como Mesías, en el que se cumplen los anuncios proféticos de la era de la justicia y la abundancia.

- La lectura de Is 60 y el salmo proclaman la manifestación esplendente de Dios en la historia, la unidad de todos los pueblos, la era de la paz, en torno a Jerusalén, y el culto al Dios vivo y verdadero.

¿No es sorprendente, desproporcionado, el contraste entre el Evangelio y el Profeta?

La respuesta nos la da Pablo: entre el pobre rincón de Belén y la ciudad iluminada, capital del mundo nuevo, la Iglesia celeste, habitada por la gloria de Dios, se sitúa *la misión*, la etapa del entretiempos, de la fe que anuncia a Jesús, ese Niño, como el Salvador de todos los pueblos (*lectura segunda*).

2. Reflexión y praxis

En efecto, no puede celebrar la Epifanía de Jesús sino el que, como los magos, ha visto iluminada su vida por este Niño. Cuando así ocurre, la evidencia del don es tan grande que lo entregas todo. Eso significa adorar: el amor fascinado que se pone entero, con lo mejor que tiene, a los pies de su Rey.

De aquí nace la necesidad de no guardarse para sí el tesoro, de decirlo, manifestarlo (¡epifanía!) a los cuatro vientos, como Pablo de Tarso, o Francisco Javier, o Teresa de Lisieux (aunque ésta viviese recogida en la clausura de un convento).

Es verdad que los cristianos hemos utilizado el don de la fe como un instrumento de poder, a veces sin mala voluntad, influidos por el contexto socio-cultural (había que ir a misiones para que los pobres paganos pudiesen salvarse). A partir del Concilio Vaticano II hemos comprendido mejor que la fe no es una verdad que se impone, sino un don; más, que Dios salva de muchas maneras, no sólo perteneciendo a la Iglesia; que el camino es de respeto y diálogo...

Con todo, el que ha experimentado que la fe no es una ideología, sino el encuentro gozoso con Jesús, el Dios hombre, no podrá va dejar de anunciarlo a los hombres.

Lo hará poniendo a la persona por encima de todo otro valor, incluso el de que llegue a ser cristiano, pues también eso lo ha descubierto a la luz de su experiencia cristiana.

Lo hará de muchos modos; y el principal, el de su propia vida, sin grandes discursos, con plena confianza en el ritmo de Dios.

Lo hará no sólo centrandó su misión en la fe explícita, sino también en la solidaridad humana, pues Jesús es Mesías que revela al Padre y trae la justicia a los pobres, inseparablemente.

¿Te sientes identificado con este tema, o te queda muy lejano? Es uno de los test de madurez cristiana: la experiencia de la fe lleva directamente a la misión y al servicio.

A veces el problema está en que se siente esta necesidad de misión, pero no se sabe cómo realizarla, porque se desconfía del talante de años atrás (ideales juveniles de transformación del mundo, proselitismo ideológico...). Reflexiona sobre esto, puesta la mirada en algo tan concreto como tu familia, tus amistades y tu parroquia.

Observaciones

Hemos terminado la celebración del ciclo Adviento-Navidad. Algunas observaciones nos ayudarán a tomar mayor conciencia de lo que hemos vivido.

1. Primero, del *ritmo espiritual* que lo caracteriza (tiene su paralelo en el ciclo de Cuaresma-Pascua).

El inicio es de búsqueda, desde el horizonte de la esperanza humana y las promesas de los profetas. El corazón creyente ha de aprender a trascender su pequeño mundo de egoísmo y seguridades.

Cuando llegamos a las fiestas principales (Navidad, Año Nuevo), la mirada se concentra en la persona de Jesús, don inconmensurable de Dios.

Cuando terminamos el ciclo (Epifanía), el «misterio» celebrado, la Encarnación, se revela en todos sus virtualidades, y de nuevo se dilata la mirada hasta abarcar el mundo. Lo que hemos recibido ha de ser dado: la misión.

2. Este triple movimiento nace de la contemplación de la historia de la Salvación:

- El Antiguo Testamento, que abarca a Israel y la humanidad entera, es el tiempo de la preparación y de la esperanza.

- Con la Palabra hecha carne se ha cumplido lo anunciado.

- Lo dado en Cristo de una vez para siempre (cL Heb 1,1-3; 9,11-14; 10,10-13) ha de realizarse en la historia, por la fuerza del Espíritu Santo, mediante la comunidad de Jesús, que somos los cristianos, hasta que llegue el Reino definitivo de Dios Padre.

3. En estas páginas hemos cuidado de que este ritmo espiritual no quede desligado de su trasfondo humano. Por eso hemos insistido en los temas que nos permitían situar en nuestra propia experiencia, en las situaciones ordinarias, los misterios de fe que íbamos celebrando.

Con frecuencia disociamos lo espiritual de lo humano, y lo celebrado en la asamblea del domingo no tiene nada que ver con nuestras preocupaciones reales, y la Palabra escuchada y orada la separamos de nuestra historia personal o social o no sabemos cómo pasarla a ésta.

Este espiritualismo es mortal.

4. Sin embargo, conviene distinguir entre esa disociación y el ritmo contemplativo de algunos creyentes. Estos se sumergen de cabeza en la Palabra, y desde ella se acercan a la vida, por una especie de concentración de la existencia en el único amor de Dios.

¡bien, porque ése es su camino.

O bien, porque la misma madurez de la vida teológica hace que la mirada se simplifique y necesite prescindir de reflexiones que dispersan.

5. La disociación no se supera buscando en la Palabra recetas a problemas concretos de la vida. Este moralismo es tan perjudicial como el espiritualismo.

Para ello hemos insistido en una temática humana que suscite adultez. Celebrar la llegada del Mesías no significa encontrar la solución mágica a las hambrunas de Africa ecuatorial; pero sin duda significa saber que Dios no ha abandonado al hombre, que Dios está en contra de nuestra insolidaridad y que, a los que creemos en el Mesías Jesús, ninguna desgracia humana nos puede dejar indiferentes.

Otro ejemplo: Jesús no nos arregla las dificultades psicológicas que tenemos para aceptarnos a nosotros mismos y a los demás; pero, al contemplar la condición de fragilidad que el Hijo ha asumido, se nos da una nueva luz para situarnos ante dichas dificultades.

6. De ahí la importancia que tiene, tanto espiritual como humanamente, la pedagogía de la Salvación seguida por Dios mismo: responde a nuestras esperanzas, pero nos desconcierta. Ese niño de María de Nazaret es el Mesías y Señor, pero nadie lo diría.

7. Sólo cuando la fe es fundante, sentido radical y último de la existencia, más grande que nuestros deseos de felicidad inmediata y más fuerte que nuestros miedos e inseguridades, entonces se comprende y se admira la pedagogía liberadora de Dios.

Esto buscamos en estas páginas: no pietismo, sino adultez de fe; no soluciones a problemas concretos, sino experiencias de transformación que nos lleven a nosotros mismos a enfrentarnos con los problemas.

Tiempo Ordinario 1

NOTA: Antes del miércoles de Ceniza, el año litúrgico comienza un nuevo ciclo, el llamado Tiempo Ordinario, que comienza con el Bautismo de Jesús, es interrumpido por la Cuaresma, y es retomado de nuevo, después de Pentecostés, con la fiesta de la Trinidad.

Estos primeros domingos del Tiempo Ordinario giran en torno a los primeros capítulos de los Evangelios, es decir, en torno a las primeras manifestaciones públicas del Mesías Jesús.

Como el Evangelio de Mateo, que introduce aquí un largo discurso que inaugura el Reino, el Sermón de la Montaña (Mt 5-7), queda interrumpido por la Cuaresma, me ha parecido conveniente, para conservar su unidad, exponer a continuación los nueve primeros domingos del Tiempo Ordinario 1.

Téngalo en cuenta el lector cuando a partir de la Trinidad vuelva a encontrarse con el Sermón de la Montaña.

Bautismo de Jesús - A

Is 42,1-7

Sal 28

Hech 10,34-35

Mt 3,13-17

1. Situación

La pregunta va directa: ¿En qué te sientes implicado, qué es lo que te importa, de tal modo que da sentido a tu vida?

Algunos creyentes, la mayoría tal vez, se implican en algo humano (los hijos, la pareja, la empresa, la ayuda al prójimo, la justicia social...) y le dan sentido desde la fe.

Otros se sienten implicados directamente desde la fe en Dios y en su proyecto (¡el Reino!), y desde aquí están dispuestos a lo que Dios quiera y van viviendo su realidad cotidiana (familia, trabajo, parroquia, lucha social.).

A muchos la fe no les implica y, lo que quizá es peor, tampoco la vida humana. Cumplen más o menos bien con sus deberes; pero van a lo suyo, a sus intereses egoístas.

2. Contemplación

Jesús se implicó del todo. Escuchó la voz del Bautista que anunciaba la llegada próxima del Reino, creyó y se hizo bautizar. Se implicó tanto, que quiso bautizarse como todos, como un pecador más. El, el Mesías Salvador. No lo entendía el Bautista; no será entendido cuando se manifieste en público; llegará a escandalizar cuando muera como un maldito. Es el Padre el que saldrá garante de la misión de Jesús, su Hijo, el amado, el predilecto (lectura evangélica).

La primera lectura trata la figura de este Mesías, la misteriosa figura del Siervo, descrita por el profeta Isaías en los cuatro famosos «cánticos del Siervo» (42,1-7; 49,1-7; 50,4-9; 52,13-53,12).

Juan el Bautista dejó hacer a Jesús, creyó sin entender. Es Pedro, el discípulo, y con él cada uno de los cristianos, el que da testimonio de que, efectivamente, Jesús de Nazaret, el que pasó haciendo el bien y anunció la llegada del Reino, es el Ungido de Dios con la fuerza del Espíritu Santo, el Señor de todos (lectura de los Hechos).

3. Reflexión y praxis

Teóricamente, por el bautismo hemos sido incorporados a Jesucristo, creemos en su muerte salvadora y en la fuerza de su resurrección y, en consecuencia, estamos implicados en su causa, la de Dios (¡el Reino!).

En realidad, el bautismo se nos queda en la primera infancia. Nuestro proceso de maduración de la fe consiste en recuperarlo en su sentido más hondo: personalizar, llegar a hacer mío lo que se me dio por pura gracia. ¿Hubiera sido mejor que yo lo eligiese de adulto? Es una pregunta cada vez más acuciante; pero yo fui bautizado, y es el momento de hacerme consciente de lo que eso implica.

El camino que vamos a seguir es el mismo que siguieron los discípulos de Jesús: encontrarse con El de manera imprevista, sentirse atraídos, acompañarle, ver cómo actúa, escuchar su mensaje, sorprendernos, quedar desconcertados, fiarnos de El, a pesar de todo, implicarnos en el proyecto del Reino, aprender sus actitudes, ser fieles a su estilo de vida...

No va a ser fácil, porque todo lo tenemos montado y bien montado. Estamos relativamente comprometidos a profundizar en el Evangelio, a vivir mejor la Eucaristía del domingo e incluso a ser mejores con los demás; pero, ¿estamos dispuestos a ser sus discípulos, a implicarnos en lo que Jesús va a poner en marcha a partir de su bautismo en el Jordán?

La reflexión anterior fácilmente suscita esta pregunta: ¿Es que tendré que dejar mis comodidades y dedicarme a una vida distinta, entregada a la evangelización y/o a los pobres?

Al contrario, este libro quiere ayudar a suscitar verdaderos discípulos de Jesús *en la vida ordinaria*. No se trata de cambiar de estado ni de forma de vida, sino de algo más sencillo y más radical (¿por qué nos cuesta tanto entenderlo?): *estar dispuesto a implicarse en la aventura de Jesús, tal como nos la presenta el Evangelio*.

¿En qué consiste? Nos lo irá diciendo Jesús mismo. Está claro que cambiarán muchas cosas en nuestra vida, pero no serán probablemente las que imaginamos desde nuestros miedos.

Este libro caerá, sin duda, en manos de personas a las que efectivamente Jesús llama a una «dedicación especial» al Reino. No se trata de vocación mejor ni peor; es un modo de ser discípulo de Jesús. Lo que estas páginas precisamente desean es devolver a cualquier forma de existencia su talante vocacional. Hay pocas vocaciones «especiales» porque no se vive la existencia creyente normal como seguimiento de Jesús y entrega al Reino.

Segundo domingo del Tiempo Ordinario - A

Is 49,3-6
Sal 39
Jn 1,29-34

NOTA: En el Tiempo Ordinario, la segunda lectura no tiene relación directa con el tema central que ocupa la celebración de la Palabra. Durante el ciclo A se van leyendo, con cierta continuidad, estas cartas apostólicas: 1 Cal'; Rom; 1 Tes.

1. Situación

Para hacer la aventura de ser discípulo de Jesús, como dijimos el domingo pasado, para implicarse en lo que Jesús pone en marcha a partir de su bautismo en el Jordán, el Reino, hay que comenzar por acercarse a la persona de Jesús.

Aunque intentemos acercarnos en blanco, siempre vamos a El con ideas preestablecidas y a la luz de experiencias anteriores.

¿Quién es Jesús para ti? ¿Quién ha sido desde niño/a hasta ahora? No echés mano de ideas aprendidas en los libros o en la educación. ¿Qué significa vivencialmente Jesús para ti? ¿Ha tenido algo que ver con tu crecimiento humano como persona? ¿Ha dado sentido a tu vida? ¿Has tenido alguna experiencia de El o de su mensaje que te «enganchó» especialmente? ¿Fue a nivel afectivo o también de compromiso?

2. Contemplación

La Palabra sigue centrándose en Jesús, teniendo como escenario el Jordán.

- La mirada del Bautista representa admirablemente la mirada de la fe cristiana: «Yo no lo conocía, pero el Padre me dijo». ¿Cómo creer que ese peregrino de Nazaret, uno de tantos, es el Hijo de Dios que viene a bautizar con Espíritu Santo? Es el Padre el que nos da ojos nuevos, de fe, para ver en su humanidad la presencia del Dios vivo (lectura evangélica).

- La lectura de Isaías nos ayuda a comprender el camino escogido por Dios para llevar a cabo su reinado. El estilo mesiánico que va a caracterizar a Jesús corresponde al de su manifestación personal: la del Siervo, que se hace solidario con lo más humano del hombre, especialmente con los que sufren. Jesús no parece lo que es y va a actuar como siervo. Es así como Dios quiere manifestar su soberanía y constituirá a Jesús en «luz de las naciones».

- ¿Por qué así precisamente? El Evangelio no da respuestas teóricas; invita a acompañar a Jesús. Todo depende de la actitud fundamental, la disponibilidad a lo que Dios quiera (salmo responso). Fue la actitud de Jesús ante Dios y es la del cristiano que quiera ser su discípulo.

3. Reflexión

Nuestra cultura racionalista y técnica, que necesita prever y controlar todo, nos acostumbra a tener de antemano la respuesta a todo. Sirve, sin duda, para dominar la naturaleza, el reino de las leyes necesarias; pero no sirve para lo esencial de la vida humana, el reino de la libertad y de la esperanza, del sufrimiento y del sentido de la vida.

Recuerda alguna experiencia importante de tu vida que te ayudó a crecer en libertad, o alguna situación difícil que adquirió un sentido nuevo, más hondo. Verás cómo dependió de una actitud básica: *la disposición confiada*.

Si la viviste en clave de fe, te hizo comprender la centralidad que tiene en la Biblia la obediencia de fe a Dios, la entrega confiada a su voluntad.

Si lo viviste sólo en clave humana, te llevó a la misma sabiduría esencial: La vida no está en poseerla, sino en dejarse guiar por ella.

4. Praxis

Insiste estos días, cuando hagas oración en tu cuarto o cuando \ayas en el coche o por la calle, en decirle al Señor: «Aquí estoy para hacer tu voluntad».

¿Qué te nace por dentro?

- ¿Miedo? ¿No será que no te fías de Dios?

Fiarse no depende de que te empenes en ello. Pregúntate, más bien, sobre tu imagen inconsciente de Dios. Es probable que sea bastante negativa, que sientas a Dios como amenaza. Será uno de los grandes frutos del Evangelio: descubrir a Dios-Padre.

- ¿Deseos de entrega radical, de hacer algo especial?

No tengas prisa. Esa buena disposición necesita ser fundamentada en algo más sólido que el deseo: la fe. Será también fruto del proceso de hacerse verdadero discípulo de Jesús.

- ¿Te sientes desconcertado? ¿No es así como entiendes tú el compromiso cristiano?

Allí donde el cristiano no pone por encima de todo la entrega a la voluntad de Dios, es que no ha entendido en qué consiste el Reino. *En esta actitud básica se nos da la experiencia radical del Reino*, pues consiste en abrirse a lo que Dios quiera, en aceptarle como Señor, en ser hijos que tienen su fuente de ser y de hacer en Él, como Jesús.

1. Situación

Muchas veces los cristianos, las personas de religión, somos asociados a lo conservador, al orden establecido. Viene de lejos, del hecho histórico de las resistencias a aceptar los diversos movimientos de cambio social de los siglos pasados. ¿Miedo a la violencia y rechazo de sus presupuestos ideológicos? ¿O Iglesia, tal vez, demasiado establecida en el poder, olvidada de la revolución que el Mesías Jesús puso en marcha y está pendiente todavía hoy?

Para que el Evangelio siga siendo algo vivo y nos implique efectivamente, la primera cuestión es ésta: ¿Estamos dispuestos a cambiar radicalmente, a no establecernos en el Sistema, es decir, a *convertirnos*?

2. Contemplación

Ahí los tienes, realizando la tarea que hicieron sus padres y sus abuelos, pescar. ¿No es el sobrevivir la ley básica que sigue la especie humana? Casarse, tener hijos, gozar de las pequeñas satisfacciones, preocuparse por el futuro y morir... Jesús se acerca y lo revoluciona todo: «Seguidme y os haré pescadores de hombres».

Sin duda, antes de que Jesús los llamase, ellos deseaban algo distinto. Para un israelita honrado y creyente, lo distinto, lo que iba a cambiar el Sistema, lo esperado ardientemente era el Reino.

El evangelista no retrata exactamente la escena junto al lago de Galilea, pues la experiencia del discipulado fue un proceso de adhesión a Jesús que necesitó tiempo, crisis y momentos intensos. Nos dice, concretamente, en qué consiste: en creer en Jesús y participar de su misión, dejándolo todo.

Eso ocurrió en un rincón de Palestina llamado Galilea, que no era precisamente valorado por los jefes religiosos de Jerusalén, ya que era tierra de paganos y los israelitas no se mezclaban con los «impuros». De ahí vino la Luz, una vez más, rompiendo los esquemas preestablecidos, tal como lo anunció el Profeta (primera lectura).

3. Reflexión

La frase central de hoyes: «*Convertíos, porque el Reino de Dios está cerca*». La vocación de los primeros discípulos es una experiencia de conversión, especialmente significativa por lo que implica de cambio en la forma de vida y de radicalidad en la adhesión a Jesús. Las vocaciones «especiales» no son modelos prácticos a cumplir, sino lo contrario: referencias que explicitan la experiencia común, la de todo cristiano que cree en el Mesías Jesús y su mensaje del Reino.

Aquí se nota la madurez de un creyente: El infantil ve la escena y, como no puede hacer lo que hicieron Pedro y Andrés, Santiago y Juan, se queda tranquilo con su fe «del montón»; en el mejor de los casos, se pone triste, por no haber sido llamado a ser de los «íntimos», y acepta resignado su vocación de segunda clase.

El cristiano maduro se siente profundamente identificado con la escena vocacional; pero distingue la forma externa y la experiencia fundamental. No intenta reproducir el cambio externo de los discípulos; pero no se limita a pensar en el cambio interno. Inmediatamente piensa cómo seguir a Jesús con su vida entera.

A esto somos invitados: a convertirnos al Reino en la vida ordinaria. El que no sea capaz de vivir el Reino en lo ordinario, tampoco lo hará en lo extraordinario; o a la inversa, si seguir a Jesús en un arranque de entrega no se manifiesta en el cada-día, hay que dudar de su autenticidad.

4. Praxis

Traduce las reflexiones anteriores en estos puntos:

- ¿Estás dispuesto a un cambio radical de *actitud*, o ya te has montado tu Sistema de seguridad? Creer en el Reino supone entrar bajo la iniciativa de Dios, es decir, dejar a Dios que guíe la propia vida. Disponibilidad, como Jesús, el que trae el Reino (domingo pasado), como los discípulos, llamados a participar en el Reino.

- ¿Qué realidades te impiden esta conversión? Piensa en cosas, situaciones, relaciones humanas, sobre todo, en ti mismo. Solemos querer cambiar en aquello que nos molesta (defectos personales) o que rompe nuestro ideal de cristiano ejemplar; amor propio. Hay que descubrir lo que realmente nos impide seguir a Jesús. El Evangelio de los domingos que vienen nos ayudarán a ello; pero ya, desde hoy, hemos de aprender a discernir en la maraña de lo que somos y vivimos.

Cuarto domingo del Tiempo Ordinario - A

Sof 2,3; 3,12-13

Sal 145

Mt 5,1-12

1. Situación

Para implicarte en el Reino hacen falta dos cosas:

- *Primera:* convertirte a la lógica de Dios, a cómo mira El el mundo y a cómo quiere cambiarlo.

- *Segundo:* vivir un proceso de transformación del corazón, para sentir y obrar al modo de Dios, con su Espíritu.

La celebración de este domingo comienza pidiendo con lucidez y mucha confianza el Espíritu Santo, pues sólo El nos hace vivir el *programa-base* de Jesús para sus discípulos, para mí: las Bienaventuranzas.

2. Contemplación

Las Bienaventuranzas se han prestado a manipular el Evangelio. Para unos han servido para hacer del Reino el consuelo de una felicidad ultraterrena, olvidando que el Reino comienza ya, aquí y ahora, rompiendo el sistema que nos hemos montado los hombres para asegurarnos la existencia, sea la riqueza, sea el orden religioso-moral, sea el poder... Para otros han servido para reducirlo a programa político, una especie de manifiesto, para que los oprimidos adquieran lo que se les robó, imponiendo un nuevo sistema, el del proletariado o el de la ideología social del momento.

La mejor manera de entender las Bienaventuranzas es la siguiente: Verlas en su conjunto, para comprender qué tipo de hombre describen y darse cuenta de que describen *las actitudes y la acción de Jesús*, al Mesías Jesús en persona.

Cómo Jesús fue un pobre en el espíritu (leer Mt 11,25-30), y un sufrido, un no-violento, un hombre de corazón limpio, un perseguido. Pero cómo no fue un pasivo inhibido, ni un beato encerrado en sus prácticas religiosas, ni un cumplidor fiel de normas, ni un asceta de la autoperfección, ni un místico dedicado a su mundo interior. Fue humilde en su corazón y comprometido en la acción; tuvo hambre y sed por realizar el proyecto de Dios en la tierra, pero, por encima de todo, se abandonó confiado en la voluntad de Dios; trabajó por la paz y la solidaridad entre los hombres y tuvo que aprender a dar sentido al fracaso y al odio de sus enemigos...

El profeta Sofonías y el salmo responsorial nos ayudan a personalizar la bienaventuranza primera, la principal, pues las demás dependen de la *actitud del corazón*.

3. Reflexión

La tentación fácil es escudarse diciendo que las Bienaventuranzas las vivió y sólo las puede vivir Jesús. Como si fuesen un conjunto de virtudes a adquirir, un ideal moral de santidad. Lo cual demuestra lo lejos que estamos del espíritu del Reino.

El Reino lo puede vivir cualquier persona que, como Jesús, deje de apoyarse en sí misma o en lo que tiene y ponga su confianza en Dios-Padre. A eso se refiere cabalmente la primera bienaventuranza: no al desprendimiento interior de las riquezas, sino al tener un corazón de pobre y dejar a Dios que reine en su vida. Evidentemente, ahí va todo: la liberación psicológica de apoyos afectivos, la liberación material de la seguridad económica, la liberación social del prestigio, la liberación moral del alcanzar la autoperfección. Y también la liberación religiosa del tener que ser aprobado por Dios.

4. Praxis

Comprometerse por el Reino significa, primordialmente, convertirse personalmente al Reino. No se posee el Reino como una ideología o una causa. Uno va entrando en el espíritu del Reino. Y va cambiando sus actitudes y sus opciones de vida.

a) *Personalmente*, vigilar el corazón, especialmente la tendencia a ser suficientes, a hacer y deshacer planes sin contar con Dios, a querer superarnos siempre.

Te propongo una tarea: Descubre en tu persona, en tu pasado o en tu presente, aquello que te hace experimentarte como pobre y limitado. Pues bien, da un paso más, y descubre que *eso que te empobrece es lo que más te enriquece respecto al Reino*.

Pero no confundas esta dinámica con un reforzamiento psicológico de la falta de autoestima; no utilices la fe para no enfrentarte con posibles problemas psicológicos.

b) *Socialmente*, el mejor camino para entrar en la dinámica de las Bienaventuranzas es la *praxis del servicio*, es decir, actuar desde abajo:

- No imponer, sino respetar.

- Confiar en el otro y promover sus potencialidades, evitando actitudes paternalistas.

- Preferir trabajar sin protagonismos y, cuando uno ha de ser líder, procurar siempre que los demás crezcan.

- Aprender a perder y a fracasar, como sabiduría esencial de toda verdadera eficacia.

Quinto domingo del Tiempo Ordinario - A

Is 58,7-10
Sal 111
Mt 5,13-16

1. Situación

A veces nos imaginamos el Reino como manifestación extraordinaria del poder salvador de Dios, imponiendo un orden nuevo en el caos de la existencia. Así será al fin de los tiempos. Pero la presencia actual del Reino es discreta. La Revolución de Dios que Jesús está poniendo en marcha tiene su estilo personal: *amor solidario*. ¡Es una fuerza tan pobre, a primera vista! Pero que alguien la haga orientación radical de su vida, actitud permanente, y ¡verás qué pasa!

Es lo que Jesús propone al discípulo, a mí: *buenas obras*, las que llevan a cabo la voluntad salvadora de Dios, que sólo es una, el amor que nos hace hermanos.

Si quiero implicarme en el Reino, no tengo que inventar nada: considerar al otro, a cualquier prójimo, como mi hermano y actuar en consecuencia.

2. Contemplación

Es propio del estilo de Jesús: no detenerse demasiado en dar razones explicativas. Se dirige al corazón y suscita en la persona la decisión. No es el típico activo, el militante que arrastra a la acción rápida y eficaz; pero no se fía demasiado de los que necesitan mil motivos para actuar. Conocer al Dios que viene y poner en práctica el amor concreto al prójimo, todo en uno. Esa es la luz real que da a conocer, ante el mundo insolidario, al Dios del Reino, al Padre de todos y cada uno (Evangelio).

En este sentido, Jesús ha sido fiel a la tradición de los profetas, que establecen la relación indisoluble entre el Dios de la Alianza y la justicia en favor de los desheredados, el culto a Dios y la solidaridad con los más pobres (primera lectura y salmo responsorial).

Una sugerencia para la escucha orante de la Palabra: Cuanto más se te remueva la conciencia al contacto con estas palabras de fuego y sientas miedo, tanto más debes pedir con humildad participar de ese amor concreto y total.

3. Reflexión y praxis

Más de una vez te preguntarás: «¿Merece la pena mi vida? ¿Qué hago, en realidad?» Y habrás constatado que sólo cuando amas, y este amor no se te queda en una vaga buena voluntad, es decir, cuando el amor te implica activamente, solidariamente, entonces es cuando te merece la pena seguir viviendo. Y es que el sentido de la vida no se construye primordialmente desde la respuesta coherente a los enigmas de la existencia, sino desde la calidad de un amor que dignifica al hombre y le suscita esperanza (luz del mundo y sal de la tierra).

¡Esta luz del amor solidario es tan extraña! No aparece en los periódicos o en la televisión, o, si aparece, es sólo en gestos extraordinarios, ligados casi siempre a intereses políticos y partidistas. La verdadera solidaridad es efectiva en *el entramado de lo cotidiano*:

- El marido o la mujer que soportan el desamor e intentan suavizar la convivencia por ayudar a los hijos pequeños a un crecimiento sano, no traumático.

- El enfermero/a, que no se limita a una relación profesional, sino que, con su cercanía y calor, hacen de la enfermedad un ámbito de encuentro humano.

- Tanto servicio rutinario y anónimo, por hacer que la propia casa sea un hábitat entrañable.

- El saludo cariñoso, la palabra amable, el gesto que sale al paso... cuando no son mera forma de educación, sino corazón que se abre y crea, en la dureza de las relaciones laborales, una relación de auténtico compañerismo.

- Cuando no se pasa al lado del necesitado con una limosna que tranquiliza la conciencia y, poco a poco, el corazón se hace más compasivo, y el juicio que condena aprende a respetar la conciencia ajena; cuando, cada día más, vas necesitando olvidarte de ti y ayudar a los demás...

Son ellos, conozcan a Jesús o no lo conozcan, la luz del mundo y sal de la tierra, los que aman y ni siquiera saben si hacen buenas obras. Aman callada y tenazmente. Soportan el peso de la condición humana y la dignifican cada día.

Pido al Señor pertenecer a ellos.

Observaciones

1. Estos primeros domingos del Tiempo Ordinario tenemos la sensación de ser *iniciados en el Reino*. Como hemos visto, ése fue el mensaje central de Jesús y el horizonte necesario para entender sus palabras y sus hechos.

Jesús nunca definió el contenido del Reino.

– Partió de la comprensión espontánea que del Reino tenían sus oyentes, pues en el ambiente esa palabra tenía un poder evocador muy intenso (político, religioso, social...). Despertaba lo más íntimo del alma israelita: la esperanza en el Dios que guía la historia y ha prometido intervenir soberanamente para instaurar definitivamente su voluntad santa de justicia, solidaridad, paz, culto universal al Dios vivo y verdadero...

- y dijo a la gente que estaba en marcha ya, que estaba viniendo con El, con su presencia y actuación. No era, pues, el momento de soñar en el objeto imaginario del deseo, sino de tomar una decisión. La decisión pasaba por tomar postura ante Jesús mismo, el profeta de los últimos tiempos, el Mesías Salvador.

2. En nuestro camino de cristianos de hoy, la palabra «Reino» todavía es más ambigua que en la época de Jesús y, en la mayoría de los creyentes, apenas suscita expectativa alguna ni decisión especial. Por ello, se hace vital encontrar las experiencias humanas que sirvan de puente para el mensaje del Reino.

Todo lo que suscita deseo por un mundo nuevo, más fraterno y justo, o bien todo lo que proporciona al hombre un camino de liberación, personal o social, o bien de búsqueda de un sentido último a la existencia, capaz de integrar la finitud, el sufrimiento y la muerte.

Sin este presupuesto antropológico, el Sermón de la Montaña, programa base del Reino, será reducido a código de comportamientos más o menos exigentes.

3. Cabe también invertir la pedagogía, y abrirse con un corazón leal a la Palabra.

De hecho, el Sermón de la Montaña, después de dos mil años, sigue teniendo una resonancia actual. Texto señero, que remueve siempre las energías mejores de la conciencia humana.

A veces no sabemos cómo aplicar las Bienaventuranzas a nuestra vida concreta; pero siguen iluminando las actitudes que guían cada una de nuestras acciones, y describiendo el talante de ser persona humana, y señalando las líneas de fuerza de nuestra misión en el mundo.

4. Al fin, captar el Reino es cuestión de *espíritu*.

No he dicho «espiritual», porque este término ha sido tergiversado. El Reino no es cuestión interior o meramente religiosa,

como si lo importante para el hombre fuese menospreciar lo terreno y dedicarse a lo divino y eterno. Por el contrario, cuando se tiene espíritu del Reino, se percibe a Dios tanto en la lucha por la justicia económica como en el empeño ascético por liberarse de las ataduras interiores. Lo decisivo no es qué se hace, sino dónde se fundamenta lo que se hace y qué dinámica guía la propia vida.

El espíritu del Reino es conciencia clara de que sólo Dios es el Señor de la Historia, y de que, si hemos sido llamados a ser discípulos del Mesías, es por pura gracia, y de que nada merece la pena si no nace de la disponibilidad incondicional a hacer la voluntad de Dios, y de que el futuro del hombre siempre es posible, aunque con frecuencia no lo parece, y de que los caminos de Dios son más sabios que los nuestros, y de que la transformación del mundo pasa, en primer lugar, por la propia conversión, y de que la mejor estrategia es el amor manso y humilde, firme y veraz.

S. Uno no dispone del espíritu del Reino; es don.

- Hay que pedirlo y, ciertamente, el Señor lo da, pues tal es su deseo, hacernos discípulos de su Hijo.

- Se aprende en la escucha orante del Evangelio, pues cada una de sus palabras lo respira.

- Pero es necesario, también, ir actuándolo ya en la vida ordinaria. Eso que estas semanas has visto o entrevistado, ponlo en práctica: esa nueva actitud, ese cambio en el modo de abordar los problemas, opciones concretas de amor que te hacen salir de ti mismo...

Sexto domingo del Tiempo Ordinario - A

Ecl 15,16-21

Sal 118,1-5

Mt 5,17-37

1. Situación y contemplación

Este domingo el texto evangélico es largo. Léelo despacio. Algunas sensaciones primarias se imponen:

- El «yo» de Jesús, su autoridad, su pretensión de tener la última palabra. ¿Te suscita sentimientos de autoafirmación, dificultad para entregarte? Por el contrario, ¿crees incondicionalmente en su palabra? ¿Es una fe que pasa por tu libertad, o se queda en una adhesión vaga, porque siempre has creído?

- El contenido radical de sus palabras. ¿Te extraña que pida tanto al hombre? Hay distintos modos de percibir esa exigencia: como un ideal que te obliga a un esfuerzo mayor o como una sabiduría liberadora, luz del Reino que suscita una vida nueva.

Si ahora oras la primera lectura y el salmo responsorial, quizá comprendas mejor que lo que Jesús desea, con su mensaje moral, tan afirmativo, no es propiamente el radicalismo heroico, sino ofrecerte la sabiduría moral del Reino, cuál es el camino del discípulo que quiere entregarse a la voluntad de Dios.

La ley del Antiguo Testamento venía de Dios y, en general, estaba adaptada a la sabiduría racional del hombre. El Sermón de la Montaña quiere *más*. Este *más* responde al proyecto de Dios de realizar una nueva humanidad según su corazón, según la dinámica del Reino.

No es cuestión de puños, sino de no ser como los letrados y fariseos, que hacen de la moral una cuestión de obligaciones graves o leves; al revés, la moral del Reino está hecha para los que viven desde el corazón, desde el corazón que no calcula.

y aunque parezca paradójico, el secreto está en *creer* que es posible vivir en esta dinámica del *más*. El corazón humano suele hacer gestos heroicos de entrega y a veces opta por la radicalidad; pero difícilmente cree.

2. Reflexión y praxis

¿Qué hacer para creer en este *más* inagotable del Reino?

Hay dos caminos:

a) Hacer la prueba, y comprobar que las enseñanzas de Jesús son verdad, y descubrir que una vida moral que se limita a cumplir, termina esclavizando y destruyendo las mejores energías de la persona. La mejor manera de cumplir la ley de Dios es desbordarla. Tal es el sentido de las palabras de Jesús: «No he venido a abolir, sino a dar plenitud».

- Los conflictos de relación no se resuelven cuando uno da vueltas a sus derechos, sino cuando considera al otro como persona y está dispuesto a salvar la relación por encima de todo.

- Las apetencias sexuales no se liberan e integran a base de miedo al sexo o de autocontrol, sino de sabiduría en el modo de tratar el deseo y, sobre todo, de percibir al hombre/mujer como persona.

- La veracidad no depende de sobreañadir motivos, aunque sean sagrados, pues siguen siendo pantallas de nuestra falta de transparencia.

Si nos fijamos bien, Jesús radicaliza la ley porque reivindica su auténtico espíritu, y éste tiene como fuente la actitud de respeto absoluto a la persona humana. Tanto, que ésta es más importante que el culto religioso. El Reino de Dios se hace devolviendo al hombre su primado, por encima, incluso, del juramento sagrado. Esa es la voluntad del Padre, manifestada por Jesús, el amor incondicional al hombre, tantas veces desplazado por el orden religioso-moral de los «guardianes del honor divino» (los letrados y fariseos, es decir, los curas y los religiosos; evidentemente, no todos).

b) Abrirse confiadamente a la palabra de Jesús y comprobar cómo nos sentimos movidos por dentro a vivir de ese *más* del amor, del respeto a la persona y del espíritu de verdad en todo.

Este deseo, si no es iluso, suele ir unido a la conciencia de los propios límites, y lo normal es que vaya acompañado de miedos: miedo a la radicalidad, miedo al sufrimiento...

¿Cómo superar estos miedos? Si te hacen humilde, pero no te quitan confianza y entrega es que estás cerca del Reino.

Comprueba ahora mismo, en tu oración, qué te brota «por dentro».

Pide la fuerza del Espíritu para seguir las enseñanzas de Jesús.

Séptimo domingo del Tiempo Ordinario - A

Lev 19,1-2.17-18

Sal 102

Mt 5,38-58

1. Situación

El domingo anterior meditamos en la dinámica del *más*, en la radicalidad moral de Jesús. En éste, continuamos con lo mismo, pero exacerbado, porque Jesús nos dice:

*Sed pellectos
como vuestro Padre celestial es pellecto.*

¿Has vivido alguna vez la carga de estas palabras de Jesús? El *más* es estar a la altura de Dios.

No es extraño que algunos sicólogos y moralistas digan que el Evangelio se presta a la megalomanía, a la neurosis, a la ilusión del deseo, pues hace perder al hombre la base del equilibrio humano, el sentido de sus propios límites.

2. Contemplación

No tengas miedo: lee el Evangelio como un discípulo que se bebe las palabras de su Maestro.

Atrévete a pensar que el mensaje de Jesús es cosa de locos, porque, efectivamente, lo es. Sólo a Dios se le puede ocurrir hacer que el hombre pueda amar como El.

Sin embargo, Jesús no habla en abstracto, no dice teorías maravillosas sobre el amor. Está dirigiéndose a oyentes en un contexto muy concreto: el de la violencia injusta, el de hermanos enfrentados, el de lucha política hasta la sangre.

Ciertamente, Jesús no es razonable. Pero menos razonable es que Dios ame a justos y pecadores, que me ame a mí gratuitamente, teniendo como tiene motivos, en justicia, para separarse de mí y abandonarme a mi propia suerte.

Resulta extraño: Si soy mínimamente realista con la verdad de este mundo conflictivo y de mí mismo, debería dejar por imposible el mensaje de Jesús; pero algo me dice por dentro que no hay otra salida, que la gratuidad del amor tiene la última palabra.

3. Reflexión

Hay que atreverse a llevar la reflexión a las últimas consecuencias: la perfección cristiana es una ilusión del deseo.

Cuando uno es joven, si al menos ha tenido la suerte de despertar al sentido de la existencia desde un ideal absoluto (religioso o moral), le parece normal el talante del *más* y la búsqueda generosa de la perfección (santidad, dedicación exclusiva al prójimo, heroísmo de virtudes...). Cuando uno se topa con la crisis de realismo (en torno a los 40 años) y la realidad no responde a las propias expectativas y, poco a poco, uno se convence, además, de que vivía de ilusiones o compensando la falta de autoestima con metas de perfección, y de que, además, la perfección está cada día más lejos, es inalcanzable, de que ya no queda tiempo para realizar los mejores sueños de la vida... no hay otra alternativa:

- O dejar de creer en el Evangelio. Lo cual suele hacerse de una manera sutil, dedicándose a las mismas tareas de perfección, pero con un sentimiento sordo de desesperanza y frustración.

- O descubrir, maravillado, que la perfección del Padre pertenece a los que tienen un corazón de pobres y no se extrañan de su impotencia para amar, sencillamente, porque se estremecen de agradecimiento ante la gratitud del amor de Dios.

4. Praxis

Sería una trampa quedarse en los «buenos sentimientos» de la reflexión anterior. Pero es peor trampa creer que uno puede amar según Dios sólo porque quiere.

Me parece que un modo muy realista y que a la vez posibilita el proceso de transformación de la persona es éste:

Cuando vivas con *hictos* que te provocan indiferencia, desamor, resentimiento o violencia, confía en la fuente de tu corazón. Todavía puedes amar. No dejes que el corazón se cierre.

Quizá tendrás que esperar años a que la herida se cure. Lo importante es que estés *abierto*, a pesar de todo, simplemente abierto.

Amar igual que Dios, sólo Dios.

Pero amar al estilo de Dios, teniendo fuente interior, pidiendo fuerza para amar, no dejando que el odio o el desamor se implanten, siempre es posible. *Lo esencial es creer en el amor.*

Octavo domingo del Tiempo Ordinario - A

Is 49,14-15

Sal 61

Mt 6,24-34

1. Situación

Comencemos por algunas preguntas:

- ¿Te preocupa lo económico, de modo que su falta o el afán de tener más te agobia?

- ¿Qué te da más seguridad, confiar en Dios o dominar las situaciones?

- ¿Has tenido que conquistar alguna vez tu autonomía y responsabilidad, dejando de depender de Dios, y ahora no sabes cómo integrar tu autonomía con el abandono amoroso en la Providencia?

- ¿Tu imagen de Dios te permite confiar en ti mismo y, a la vez, no apoyar tu vida en ti mismo, sino en El?

2. Contemplación

¿Es que Jesús es un ingenuo que no tiene mínimamente en cuenta los afanes de la existencia? ¿Por qué dice que no nos preocupemos del mañana, que seamos como los pájaros del campo, alegres y descuidados?

El hombre siempre se ha preocupado por la subsistencia. Pero es que en nuestra cultura occidental, lo escandaloso es la improvisación. ¿Qué pretende Jesús, que vivamos como Francisco de Asís, ese mendigo feliz, admirable, sin duda, pero a quien los mismos cristianos han terminado por desfigurar?

Fíjate bien: Ese realista que desnuda el corazón del hombre, Jesús, cuando habla de Dios-Padre, es como un niño. ¡Qué inmediatez de presencia, qué transparencia de relación!

Por eso, cuando escuchas este famoso evangelio de la Providencia desde tu razón calculador, está claro, no puedes entender nada.

Encima te dice que tienes que vivir *al día*, «pues a cada día le bastan sus disgustos». ¿Se trata de no disponer de un remanente en el banco o de no cotizar para la seguridad social? *No*, se trata de algo más radical: *De perder pie en todo sistema de seguridad, para tener lino solo, la confianza en Dios.*

3. Reflexión

El tema es complejo. Vamos a centrarnos en éste: ¿Has tenido alguna experiencia en que has perdido las riendas, te abandonaste en manos de Dios y comprobaste la paz de no necesitar controlar la existencia?

Esta experiencia a veces se da en momentos de apuro, al ver que se encuentra una solución a una situación sin salida y se la atribuimos a Dios, ya que a El hemos recurrido.

La mayoría de las veces no se da la solución que esperábamos, pero la confianza en Dios nos transforma y libera hasta el punto de que dejamos de depender de la solución del problema.

4. Praxis

No nos perdamos en hipótesis, en experiencias posibles. Ahora, en nuestra vida ordinaria somos llamados a poner nuestra seguridad en manos de Dios-Padre. Por ejemplo:

- Tienes tendencia a estar siempre haciendo planes, en lo económico, en lo laboral o en lo espiritual. Piensa si esta ansiedad no es huida; ¿de qué? En todo caso te impide vivir el presente, gozar de las pequeñas cosas de la vida.

- Estás ahorrando para un piso mejor, para unas vacaciones a la altura de otros compañeros de trabajo. ¿Qué hay en todo eso? No es malo, cierto; pero quizá, sin darte cuenta, está esclavizándote.

- Probablemente no puedes hacerte un planteamiento general de renuncia a tus seguridades económicas; pero, ¿por qué no hacer la prueba de desprenderte de algo que considerabas imprescindible y que ahora sospechas que te impide la libertad interior?

- Piensa en alguna realidad que ahora mismo te provoca angustia e inseguridad, sea material o espiritual. ¿Eres capaz de dejarte en manos de Dios?

- ¿Dónde descansas, dónde tocas fondo, en última instancia? No es lo mismo descansar en los amigos, en tu esposo/a, en tu autoestima, que en Dios.

Noveno domingo del Tiempo Ordinario - A

Deut 11,18.26-28

Sal 30

Mt 7,21-27

1. Situación y contemplación

Seguimos con la cuestión de otros domingos: ¿Dónde está la consistencia del hombre? «En Dios», es la supuesta respuesta. Pero Jesús nos dice que no basta decir «Señor, Señor», ni siquiera haber hecho cosas extraordinarias en su nombre.

Las últimas palabras del Sermón de la Montaña desenmascaran algunas mentiras características del «hombre religioso».

- El vivir la Palabra de Dios como objeto imaginario, contenido ideológico o identificación narcisista del deseo. Con otras palabras: disponer de Dios al propio gusto, sin referencia a la realidad, sin implicarse prácticamente.

- El usar la praxis cristiana como un arma para sentirse con derechos ante Dios. Así que no basta actuar para andar en verdad.

Los criterios de discernimiento cristiano de Jesús son definitivos:

1) Hacer la voluntad de Dios.

Toda experiencia interior y todo proyecto de vida y todo compromiso de acción no son Reino si no nacen de la obediencia de amor a Dios-Padre. Este primado de la voluntad de Dios, por encima de cualquier otra instancia, significa que el Reino lo hace el Señor. Ciertamente, lo hace con nosotros; pero, precisamente por eso, si hacemos nuestra voluntad, si no le dejamos la iniciativa a El, lo estamos bloqueando.

2) Primado de la praxis sobre las «buenas intenciones».

No es que la acción, sin más, dé consistencia al discípulo de Jesús; pero si se entrega a la voluntad de Dios, la verdad de esta entrega se realiza en la praxis. Es una praxis que implica al hombre entero, corazón y acción, confianza y responsabilidad.

La lectura del Deuteronomio y del salmo 30 dan un matiz especial a la conclusión del Sermón de la Montaña: El Maestro que ha promulgado la nueva ley del Reino es el nuevo Moisés, que proclama el camino de la Nueva Alianza.

2. Reflexión

Vamos dándonos cuenta de que ser introducidos en el Reino implica un *proceso de transformación*:

- De una moral legalista a un corazón nuevo.
- De actitudes que buscan seguridad a actitudes que arriesgan.
- De una relación en que a Dios se vive como superconciencia exigente a otra relación, en que libertad humana y abandono confiado se refuerzan.
- De una sabiduría basada en la justicia que pone orden en los conflictos a una sabiduría del amor que se desborda.
- De una religión centrada en los sentimientos de trascendencia o en el culto a una fe que implica la existencia entera.
- De una ideología de la acción a una disponibilidad filial a lo que Dios quiera.
- De la pretensión de controlar a Dios con las buenas obras al gozo de sentirse servidores fieles.
- De la suficiencia de los buenos a la pobreza del corazón.
- Del fanatismo del honor divino a la celebración de la misericordia que dignifica al hombre, sea justo o pecador, oprimido u oprimido, religioso o ateo.
- De la ley a la Gracia.

3. Praxis

Jesús insiste en verificar la Palabra mediante las obras. Pero no caigas en la trampa de confundirlas con la crispación de quien necesita autojustificarse acumulando actos de piedad o engrosando la lista de «buenas acciones».

A la luz de todo el Sermón de la Montaña, sin duda ahora estás mejor preparado para optar prácticamente por el Reino.

- ¿Se va reflejando la luz del Reino en tu vida ordinaria? ¿En qué lo notas?

- ¿Hay alguna situación en que adviertes que se va realizando el proceso de transformación indicado más arriba?

- ¿Percibes que el proceso no se da porque te resistes a tomar alguna decisión particular?

Observaciones

1. Podemos hacernos ya alguna idea del Reino que Jesús está poniendo en marcha. Sus *núcleos inspiradores*, que animan su predicación y su acción:

a) La Buena Noticia de la cercanía salvadora de Dios.

La revelación de Dios como Padre, amor gratuito e incondicional.

En consecuencia, reestructuración de la relación entre el hombre y Dios, que no depende de normas a cumplir para estar en orden, sino de la confianza de hijo.

b) El proyecto de Dios de una humanidad solidaria.

La revelación del primado del hombre sobre las instancias sacrales.

En consecuencia, reestructuración de las relaciones humanas, caracterizadas por el respeto y la incondicionalidad.

c) La obediencia a Dios como actitud base del discípulo.

d) El retrato del hombre nuevo según el Reino.

Dios va a realizar su plan de liberación con el hombre apoyado en Dios, no violento, incansable en el bien, sufrido, fiel...

e) Algunas decisiones son imprescindibles; por ejemplo:

- Subordinar el dinero a la confianza en Dios.

- Optar por el amor desinteresado.

- Espíritu de verdad, siempre.

2. ¿Te animas a seguir adelante, eres consciente de lo que supone adherirse a Jesús y a su proyecto mesiánico?

Si quieres estar seguro de que vas a tener éxito, de que vas a estar a la altura, más vale que lo dejes. Este proyecto no está hecho para calculadores.

Pero tampoco para intachables, que confunden sus virtudes con el espíritu del Reino, ni para generosos impulsivos, que viven más de deseos que de realidades.

Si estas semanas has tomado en serio el Sermón de la Montaña y has intentado vivirlo, en lo que sabías y podías, en tu vida ordinaria, sin duda tú mismo estás encontrando la respuesta a la pregunta: ¿Merece la pena este camino de vida?

Esto es lo importante: El camino que vas haciendo tú mismo.

Con una condición: Pide cada mañana ser un hombre/mujer de corazón sencillo.

Cuaresma· Pascua

Miércoles de Ceniza

J12,12-18

Sal 50

1 Cor 5,20-6,2

Mt 6,1-6; 16-18

1. Situación

La Cuaresma comienza abruptamente, como cuando en la vida tranquila y acomodada aparece de repente un acontecimiento que te trastorna (la muerte por accidente, un embarazo imprevisto, la aparición del amor, la noticia de un trabajo nuevo...).

La primera reacción suele ser de desconcierto. Más tarde, si la experiencia es positivamente integrada, posibilita un nivel más hondo de vida.

2. Contemplación

El *símbolo* de la desacomodación no puede ser más chocante en el mundo en que vivimos: *la ceniza*.

«*Conviértete y cree en el Evangelio*». Es hora de tomar conciencia del Acontecimiento máximo, capaz de revolucionarlo todo, la muerte y resurrección del Hijo de Dios por nosotros.

«*Recuerda que eres polvo*», es decir, tu condición humana de finitud y muerte. Así de claro, en una sociedad que enmascara angustiosamente lo más evidente: que nada es definitivo, que la muerte nos habita.

El profeta Joel nos da un aldabonazo.

Pablo nos dice la suerte que tenemos de pertenecer al tiempo de la Gracia. Es el Señor el que se vuelve a nosotros, se convierte a nosotros, ofreciéndonos la vida y la salvación. Ya que no nos mueve nuestra realidad, pues estamos ciegos, ¡Dios mismo se adelanta con su amor!

Jesús nos indica las actitudes propias para este tiempo de Cuaresma, ya que los humanos somos capaces de transformar lo mejor (la Gracia salvadora de Dios, la celebración de la Muerte y Resurrección) en lo peor (en prácticas de piedad y de penitencia para comprar a Dios y ser vistos por la gente).

La Palabra de Dios es tan rica que más vale *detenerse en uno o dos puntos nucleares*, por ejemplo, algún versículo del salmo 50, tan expresivo.

3. Reflexión

El objetivo espiritual de este día es claro: llamada a la *conversión*, que significa cambio. Pero, ¿qué cambio?

Algunos, cada vez que llega la Cuaresma, tienen ya montado su cambio, con algunos retoques para variar. Por ejemplo, dejar de fumar hasta el domingo de Resurrección, o ajustar más sanamente la dieta alimentaria. O deciden hacer algo especial: unas horas con los ancianos, un poco de lectura espiritual a la semana, algún acto penitencial, misa diaria.

Otros se dan cuenta de que la conversión implica a la persona entera y se plantean seriamente qué hacer para ser mejores y más solidarios, más generosos y menos egoístas. Pero sólo ven el lado de su responsabilidad. Conversión controlable, a la medida de sus deseos de autojustificación.

La sabiduría de la conversión evangélica es *más simple y radical al mismo tiempo*.

- Convertirse a la Buena Nueva del amor infinito de Dios revelado en el acontecimiento único de Jesús, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación.

¿Palabras que no te dicen nada? Señal de que todavía tu conversión es poco cristiana. Quizá tu Cuaresma haya de consistir en esto: en enterarte de lo que ocurrió bajo Poncio Pilato y que sigue vivo ahí, en la Iglesia, celebrado cada domingo.

- Convertirse a la verdad última de mi ser hombre hoy: que todos y cada uno estamos bajo el poder del egocentrismo y la mentira, el pecado y la muerte, que respecto a lo esencial (amor generoso, humildad de verdad, aceptación de la finitud) no podemos absolutamente nada sin la gracia de Dios.

4. Praxis

Por eso, siguiendo la pedagogía de este libro, te propongo un plan de vida ordinaria: Este año no hagas nada especial que hayas hecho otros años. Dedicar los primeros domingos a reflexionar sobre el tipo de conversión que nos propone la Palabra de Dios, y vete unos días de retiro, a mitad de Cuaresma, a un lugar tranquilo, con estos dos puntos:

- *Dame, Señor, un corazón nuevo.*

- *Señor, ¿qué quieres que haga?*

Primer domingo de Cuaresma - A

Gén 2,7-9; 3,1-7

Sal 50

Rom 5,12-19

Mt 4,1-11

1. Situación

¿Qué nos impide convertirnos a Dios y vivir como cristianos, al estilo de Jesús? Es frecuente sentirse desconcertados ante esta pregunta: Por un lado, no hacemos nada malo (no matamos, no robamos, cumplimos con nuestras obligaciones...); por otro, en cuanto nos detenemos a pensar, ¡nos vemos tan lejos del ideal cristiano de vida! Y sin embargo, ¿qué hacer? Algo nos dice por dentro que añadir prácticas de piedad o de caridad sólo sirve para engañarnos a nosotros mismos.

El domingo de hoy nos coloca ante un símbolo altamente expresivo: el *desierto* como lugar de *prueba*.

2. Contemplación

En un momento capital de su vida, cuando ha tomado conciencia de su vocación mesiánica (el bautismo en el Jordán), Jesús se retira al desierto.

El diablo representa el lado *seductor* de la prueba. Si la tentación se hubiese presentado en forma burda, como afán de dinero, dominio o prestigio... Pero se presentó de forma solapada e indirecta, mediante razones espirituales, para dar gloria a Dios, para realizar el proyecto salvador de Dios, como una forma de fidelidad a la propia vocación mesiánica. ¡Qué sutileza en la segunda tentación: la fe en Dios es usada como un modo de controlar el poder de Dios!

Israel (Gén 2-3) ya meditó ampliamente en el Antiguo Testamento sobre el pecado-raíz del hombre. La lucha por el poder entre los sexos, el fratricidio de Caín o la insolidaridad entre los hombres nacían de la profundidad del corazón: la finitud no aceptada, la pretensión de ser como Dios, el deseo megalómano de controlar la existencia.

Pablo, en Rom 5, nos presenta la contraposición entre el viejo Adán, es decir, cada uno de nosotros, cerrados sobre nosotros mismos, Yel nuevo Adán, Cristo, que vino a hacerse solidario con todos nosotros, e inauguró con su obediencia al Padre la nueva humanidad.

Mira a Jesús: sus actitudes, dónde fundamenta su vida, cómo Dios tiene primado absoluto en su vida... *El te abre el camino de la auténtica conversión.*

3. Reflexión

A la luz de la Palabra de Dios, volvemos a la pregunta inicial: ¿Qué nos impide convertirnos? Hemos de buscar la respuesta en aquello que nos resulta más *seductor*, la tentación de los «buenos».

a) Los que cumplen, pero «sin pasarse», se sienten seducidos por «lo que domina en el mundo, los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y la grandeza humana» (1 Jn 2,15).

Cuando eres joven, y seguir el camino cristiano te parece cosa de tontos. Cuando, a los 40, echas en falta cosas no vividas, y lo achacas a tus principios cristianos. Cuando en tu vida aparece una «ocasión que aprovechar» (dinero fácil, subir la escala social usando ciertas influencias, etc.). Cuando te quejas de que la vida a otros les haya ido tan bien.

b) Los que optan decididamente por una vida cristiana coherente, pero no han aprendido a discernir entre sus deseos y los de Dios. No han aprendido porque siempre pusieron por encima de la voluntad de Dios sus propios deseos, eso sí, altamente espirituales y comprometidos.

Cuando se impacientan al ver que el prójimo no cambia como ellos quisieran. Cuando utilizan la Palabra de Dios como arma de influencia ideológica y social. Cuando se dedican a la oración buscando más autoplentitud que aceptación de sus limitaciones. Cuando las opciones de austeridad y pobreza son un modo de controlar la obra de la Gracia. Cuando la solidaridad con los pobres acumula resentimiento contra los ricos.

4. Praxis

Pide a Jesús estos días insistentemente que te dé su Espíritu para identificarte con la actitud que fundamenta sus opciones de vida y desde la que va descubriendo, poco a poco, los caminos de realización de su vocación mesiánica: *la obediencia a la voluntad del Padre*.

Ahí está el secreto de la verdadera conversión frente a las seducciones de todo tipo, materiales o espirituales.

Pero distingue: No se trata ahora de averiguar qué quiere Dios en concreto de ti (eso lo irás averiguando, como Jesús, a través de los acontecimientos), sino de hacer *tuya* la actitud de disponibilidad a Dios, de preferir su voluntad a tus deseos y proyectos, incluso los mejor justificados evangélicamente.

Trabaja interiormente por personalizar esa actitud en *actos sencillos de confianza y entrega*, cuando estás en la cocina, o en la oficina, o en la calle.

Segundo domingo de Cuaresma - A

Gén 12,1-4

Sal 32

2 Tim 1,8-10

Mt 17,1-9

1. Situación

Deseamos convertirnos, pero tenemos miedo. El camino no es de rosas. No lo fue para Jesús, ni para sus discípulos.

El miedo nos acobarda.

Lo peor de todo no es que tengamos miedo, sino que el miedo sea algo difuso, sin un perfil concreto. En efecto, no sabemos a qué tenemos miedo. Nos refugiamos en él, a modo de mecanismo de defensa.

La solución no está en hacernos los hIertes. Cuando el punto de referencia es el Crucificado, cuando el Mesías nos dice (*leer* Mt 16,21-28) que «hay que perder la vida para ganarla», más vale ser realistas y quedar desconcertados como Pedro y los discípulos.

2. Contemplación

La *Transfiguración* es la respuesta de Dios-Padre al miedo de los discípulos y de Jesús mismo. Hay que suponer que Jesús no sabía de antemano su destino trágico en el Calvario. Lo fue descubriendo a la luz del rechazo de su mensaje. Por eso, se retiró al monte con sus íntimos, porque tenía miedo y quiso encontrar en el Padre luz y fortaleza. Después de oración prolongada, los discípulos vieron cómo salía transfigurado, convertido en un hombre nuevo, decidido a subir a Jerusalén, asumiendo hasta el final las consecuencias de su vocación mesiánica, iluminado por la certeza interior de que estaba en buenas manos, en las de Dios, su Padre.

De este modo Jesús consumaba la historia de la fe, iniciada con Abrahamán (primera lectura). Todos los grandes testigos de Dios aprendieron a creer abandonando sus seguridades y fiándose de las promesas de Dios, más allá de sus previsiones (*leer* Heb 11j).

Igualmente, los discípulos de Jesús: Pablo y Timoteo (segunda lectura). Allí donde el Señor nos coloca, allí nos espera, fuertes y fieles, apoyados en la certeza que nos da el Evangelio del amor de Dios revelado en Cristo.

3. Reflexión

¿Cómo pasa el creyente del miedo, que se defiende, que no se fía, que no se entrega a la voluntad de Dios, a la fortaleza interior capaz de asumir con decisión el sufrimiento actual o el previsible?

El miedo defensivo aparece en la incapacidad para salir de nosotros mismos. Por eso, el secreto de la fortaleza no está en afirmarse, sino en poner la *mirada* en la Roca firme, el Señor.

No es bueno querer superar el miedo. Esa crispación impaciente delata angustia. Más vale *sentirlo*, permitirse ser pequeño, y, puesta la confianza en Dios, adherirse a su voluntad.

Este aprendizaje es esencial para la libertad interior. Hay que hacerlo en *acto de oración*. Entregarle a El nuestro miedo y dejar que El nos fortalezca por dentro. Normalmente no se logra a la primera. A veces es una lucha tensa.

Cuidemos bien este punto: A nosotros nos suele preocupar el lograr la paz, el sentirnos fuertes. Lo esencial es *la confianza en obediencia*.

Confiar sin estar dispuesto a hacer su voluntad sólo crea una paz inconsistente. Obediencia sin confianza viene a ser voluntarismo crispado. Cuando la libertad personal se adhiere afectivamente, porque confía, entonces brota *la paz que fortalece por dentro*, signo luminoso que transfigura nuestros miedos.

Importante: Esta paz no elimina siempre el miedo; se da a un nivel más hondo.

4. Praxis

Dedica un tiempo de silencio a hacerte consciente de tus miedos, y haz oración con ellos. Pero como Jesús, poniendo tu mirada en el Padre, confiando y entregándote a su voluntad.

NOTA: Hay creyentes que, al hacer estos ejercicios espirituales, experimentan un crecimiento de su angustia. Y no porque se resisten a hacer la voluntad de Dios. Al contrario, experimentan que su voluntad racional dice a Dios que sí, pero su afectividad no confía, no logra la paz de fondo. En estos casos, es probable que la imagen inconsciente de Dios sea negativa o ambivalente. La confianza en Dios está mediatizada por el miedo a Dios.

Hay que vivir un proceso previo de reestructuración psicológica y espiritual de la imagen de Dios, o aprovechar este momento de angustia para una experiencia nueva de confianza.

Tercer domingo de Cuaresma - A

Ex 17,3-7

Sal 94

Rom 5,1-8

Jn 4,5-42

1. Situación y contemplación

Ponte en el lugar de la samaritana. Vas por agua y te has encontrado con Jesús, cansado, junto al pozo. El corazón del hombre, simbolizado por la mujer; el pozo misterioso; Jesús, fuente de agua. ¡En esta escena se refleja cada una de nuestras vidas, la humanidad entera!

La mujer busca agua porque tiene sed. Como cada uno de nosotros. Sólo más tarde nos daremos cuenta de que en nuestra sed (de felicidad, de reconocimiento, de plenitud, de salvación) estaba El, dándonos sed de algo más grande, cuyo secreto le pertenece.

¿Qué sed honda hay en ti que te hace estar insatisfecho? ¿Tiene algo que ver con Dios?

El diálogo entre Jesús y el corazón del hombre/mujer parece un diálogo de sordos. Jesús habla del agua del Espíritu Santo, reservada para la venida del Mesías, la que transforma al hombre por dentro y le hace vivir la relación con Dios «en espíritu y en verdad». La mujer no entiende, porque lo esencial sólo se entiende cuando uno nace de nuevo, cuando se produce una iluminación interior; pero ella es auténtica, y ha comenzado a desear sin entender, a pedir el don que Jesús promete.

No basta desear, pues siempre deseamos en función de nuestras necesidades o de nuestras expectativas. Por eso hay un momento clave en este proceso de transformación interior: cuando te dejas juzgar por Jesús y te encuentras, desnudo, ante tu propia verdad. En efecto, «has tenido cinco maridos», pero amor verdadero sólo es el que nace de Dios, el que se recibe de Dios como don y fuente, que no depende de nuestros deseos, ni esfuerzos, ni buenas obras, ni expectativas de felicidad.

Vivir del don en cuanto don. En eso consiste la fe, la *adoración de Dios en Espíritu*.

La verdadera conversión está en este paso del deseo a la fe, en ser sobrepasados por la Gracia. Paz del corazón, que no vive de deseos, sino de humilde agradecimiento.

2. Reflexión y praxis

Si entiendes la página anterior por experiencia propia, entonces tienes el agua del Espíritu en tu corazón. Que esta Cuaresma te sirva para no alejarte de dicha experiencia, ya que está siempre amenazada por la tendencia a apropiarnos del don de Dios o a volver a nuestros viejos esquemas (a vivir de deseos y de esfuerzo moral, buscando siempre autojustificación o autoplenuidad).

Si no la entiendes, te habrá desconcertado. Quieres respuesta concreta, una solución: ¿Qué hay que hacer para vivir del Don?

No hay nada que hacer, pues en este caso sería obra nuestra, y nosotros seríamos la fuente.

Tampoco es algo meramente pasivo. Lo que hay que hacer es abrirse al Don, aprender *receptividad*, y por desgracia no estamos acostumbrados a plantearnos la vida desde el Don que recibimos. Por ejemplo:

– Ser consciente de esta contradicción: que el deseo de algo mejor en cualquier terreno, el humano (más justicia y paz), el moral (perfeccionamiento en las virtudes) o el religioso (búsqueda de unión con Dios), es bueno; pero que necesariamente nos conduce a apropiarnos la existencia, pues se alimenta de la ilusión de que el hombre puede alcanzar su propia plenitud.

- Mirarle a Jesús, escuchar la promesa de otro Don, hecho a la medida del corazón de Dios, no de nuestros deseos estrechos, y desearlo pidiendo, sabiendo que es pura Gracia, que no tenemos ningún derecho, maravillados de que haya venido a darnoslo, agradecidos.

- Creer en el amor de Dios, sin más, sin medirlo por nuestras buenas obras, quedar boquiabiertos ante ese don de su amor. ¿Por qué a mí, por qué a mí?

– Vernos pobres pecadores, esclavos de fuerzas oscuras y situaciones sin salida, y experimentar que El se acerca a nosotros sin imponerse, que nos lleva suavemente a la verdad que nos angustia o culpabiliza, que nos habla al corazón haciendo suyo el peso de nuestra existencia...

La Cuaresma y la Pascua ponen ante nuestros ojos el amor desbordante de Dios, que está creando un mundo nuevo. Si supiésemos abrirnos al Don, y percibir su fuerza salvadora...

Celebración penitencial

1. Pertenece a la conversión cristiana, celebrada comunitariamente en la Cuaresma, vivir el perdón de Dios, el sacramento de la reconciliación o penitencia.

2. Si los domingos anteriores ha sido bien planteada la conversión, traerá en consecuencia, sin duda, un nuevo modo de confesarse.

¿Cómo crees que deberías confesarte si has de ser coherente con tu proceso actual de conversión?

3. Comencemos por reflexionar sobre la experiencia del pecado:

- Hay una culpabilidad malsana, ligada a nuestra necesidad de autojustificación y orden. Dios es visto como juez que aprueba o desaprueba.

En este caso, la confesión es una práctica religiosa que cuesta sacrificio y, por eso, repara de algún modo la falta cometida. Las palabras de la absolución nos dan la seguridad de ponernos de nuevo en orden.

La relación de fe con el amor salvador de Dios ha quedado objetivada, reducida a una mecánica que tranquiliza la conciencia culpable.

- Hay otra culpabilidad insuficiente, ligada a procesos de autonomía humana. Como uno ha tenido que librarse de sistemas normativos para descubrir la moral de los valores o de las actitudes, no sabe cómo confesarse. Si encuentra un cura que le entiende, formula actitudes generales (soy egoísta, mi sentido de la justicia es demasiado interesado, etc.).

El paso del sistema infantil a éste, más adulto, es positivo. Pero insuficiente. Todavía nos arrogamos la última palabra.

- Descubrir el pecado a la luz del amor de Dios manifestado en Jesucristo, muerto por nuestros pecados.

Esta experiencia de pecado nos llevará a una situación límite: que cada vez nos veremos más pecadores y no podremos justificarnos.

Ver lo cerrados que estamos al Amor Absoluto.

Incapacidad de amor desinteresado con el prójimo.

Mentira de nuestra vida acomodada y defensiva.

Resentimientos ocultos y tenaces.

Montajes de falsas seguridades de todo tipo.

Afán por dominar la vida.

Ambición espiritual, como si tuviésemos algún derecho ante Dios.

4. No se trata de aprender una nueva lista de pecados, sino

de experimentar que no tenemos justificación posible ante nuestra conciencia. Así que mi vida se ve abocada a una alternativa última:

- O me defiendo de esta luz, dominado por la angustia.

- O me dejo justificar gratuitamente por Dios, liberándome de la necesidad de verme bueno y de estar en orden según la ley de Dios.

5. Sería importante que tu conversión cuaresmal fuese celebración reconocida y agradecida de la Gracia. Para ello:

- Después de haber descubierto en ti los *fondos de pecado* a los que hemos aludido, descubre lo que Pablo dice de la *justificación por la fe sin obras*. Lee y medita en los caps. 3-8 de la carta a los Romanos (si no los entiendes, te remito a mi libro *Relectura de las cartas de san Pablo*, Ed. San Pablo).

- ¡Ojalá el Espíritu Santo te ilumine por dentro y tengas la experiencia inolvidable de verte más pecador que nunca y con una paz misteriosa que te libera de culpabilidades malsanas y de autosuficiencias engañosas!

6. Esta experiencia del perdón es especial. Otras veces era un consuelo haber confiado en la misericordia de Dios; pero la vida seguía igual, buscando aprobación de Dios y justificándola con tus buenas obras. Ahora el perdón te ha llegado más hondo, a *fundamentar tu vida en la Gracia*, a conocer la acogida incondicional de Dios y, por lo tanto, a no necesitar estar en orden.

NOTA: Hay creyentes cuyo sentido de culpa está tan marcado por su pasado malsano que necesitarán, quizá, enfrentarse al tema del pecado teniendo en cuenta sus dimensiones psicológicas.

Hay también creyentes que han perdido todo sentido del pecado. En este caso, se encontrarán con dificultades graves a la hora de celebrar la Cuaresma. Tendrán que plantearse cómo descubrir el pecado sin caer en viejos esquemas moralistas.

Cuarto domingo de Cuaresma - A

1 Sam 16,6-7.10-13

Sal 22

Ef 5,7-14

Jn 9

1. Situación y contemplación

Suele ser frecuente entre los piadosos y comprometidos lo que dice Jesús a los fariseos:

*Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado;
pero como decís que veis, vuestro pecado persiste.*

Solemos justificarnos diciendo que tenemos buena voluntad. Y es verdad; ¿qué podemos hacer, sino abrirnos? Pero la buena voluntad a veces es una tapadera; no es una actitud de apertura, sino la resistencia sutil de quien se ha hecho su hueco, y dentro del hueco está el fomentar sentimientos piadosos y obras de misericordia para que nada cambie.

La experiencia del ciego de nacimiento Un 9) del Evangelio de hoyes un verdadero nuevo nacimiento. Fuera y dentro del cristianismo se conoce esa *iluminación* que «da la vuelta al calcetín», y lo resitúa todo. Teológicamente, corresponde al bautismo (simbolizado en el relato por el lavado en la piscina y la confesión de fe en Jesús de la conclusión). A nivel de experiencia, los bautizados hemos de vivir un *proceso de iluminación*.

Sus momentos más significativos suelen ser:

- Ese momento en que notas que has de jugártelo todo en un acto sencillo de fe: «Ve a lavarte. El fue, se lavó y volvió con vista».

- Sólo sabes que eres distinto, que ves las cosas con otros ojos; te toca experimentar que los demás (con frecuencia, los que deberían entenderte, porque siempre han estado «en el rollo cristiano») no te entienden.

- Esa libertad interior, tu nueva imagen de Dios, tu jerarquía actual de valores, resulta chocante.

- Entre lo que ves por dentro y el mensaje de Jesús encuentras una afinidad luminosa. ¡Está tan claro el Evangelio! No ya como ideología, sino como vida del hombre nuevo.

- Ahora sabes lo que es *crear* en Jesús, lo que significa su persona, cómo su presencia es lo más real de tu vida.

- Lo más evidente (¡Y te produce tanta alegría!) es que la iluminación no la has hecho tú. Ha sido, literalmente, *gracia*.

2. Reflexión y praxis

Nos estamos moviendo en una zona no objetivable, en los niveles propios de la *conversión teologal*. La moral la controlamos: propósitos, quehaceres... La teologal se nos escapa.

- Si te produce ansiedad o desazón, es que todavía crees que ser hombre nuevo depende de ti. Ahí está el pecado de los buenos, en la autosuficiencia que se resiste a confiar.

Queremos controlar porque no creemos en el amor fiel de Dios. Nos importa asegurar lo que deseamos, en vez de abandonarnos en Dios.

- Si has tenido un golpe de luz (suele ocurrir), en que has entrevisto otro modo de vivir, pero se te escapa, a pesar de tu esfuerzo por retenerlo, no te inquietes; volverá.

Más vale pedir y confiar.

Cuida de estar abierto a esa luz nueva. Para ello, *dedica una temporada amplia* a leer y orar la Sagrada Escritura, por ejemplo, con textos en que Dios se te revela con amor libre y gratuito y en que se habla del hombre liberado: Sal 16(15); 40(39); 103(102); 130(129); 147; Os 1-3; Jer 2-4; Is 43-44; 54-55; Lc 15; 18-19; Mt 20; Jn 3; 4; 6; Gálatas entera.

- Quizá hace años tuviste esta experiencia [undante, y desde ella creíste que se te iba a arreglar todo, lo humano y lo espiritual. Ahora estás desconcertado, porque sigues sin resolver tus problemas humanos y tus viejas tendencias a moralizar y controlar.

No olvides que Dios cambia el corazón, el centro de la persona, no las tendencias; que la Gracia da un nuevo sentido a todo, pero no soluciona los problemas.

Proyectamos siempre en Dios nuestras necesidades infantiles de felicidad y de plenitud mágicamente dada.

Ahora es necesario redescubrir la Gracia en el claroscuro de la condición humana, en los procesos lentos de maduración humana y espiritual. También es gracia la humildad de lo real y la obediencia concreta a Dios mediante tu esfuerzo diario.

La diferencia es que antes hacías depender tu paz de tus logros. Ahora no necesitas eficacia, sino obediencia de amor y confianza humilde.

Quinto domingo de Cuaresma - A

Ez 37,12-14

Sal 129

Rom 8,8-11

Jn 11

1. Situación y contemplación

Cada domingo sentimos más vértigo, pues la Cuaresma quiere ayudarnos a la conversión propia del Reino, la que viene dada por la muerte y resurrección del Hijo de Dios. De ahí la paradoja: que la conversión aparece, cada vez más, como imposible; y, sin embargo, en esa impotencia, en esa muerte, se revela la gloria de Dios, el amor que crea vida de la muerte.

Lee despacio III 11. No te pierdas en lo espectacular del milagro. El texto evangélico introduce en la dialéctica de la fe.

- Por una parte, están los discípulos, dispuestos a la generosidad, pero torpes y ciegos para entender el modo de actuar de Dios.

- Por otra parte, Marta, que aprende a creer a través de lo humano sensible, de la necesidad de recuperar a su hermano difunto.

- Los judíos, vigilando, preguntando, y fuera de onda.

- María, que deja hacer a Jesús, de fe elemental, amorosa.

- y Jesús, el único que sabe lo que lleva entre manos: que con esta resurrección va a jugarse su destino personal, su misión salvadora. La gloria de Dios va a manifestarse en este milagro, anticipando su propia consumación: su resurgir de la muerte.

El texto, pues, nos presenta la correlación entre muerte-resurrección y acto de fe. Somos llamados a:

- Creer en el Dios que crea vida de la muerte, el que da sentido al sin-sentido, el que transforma nuestro pecado en lugar privilegiado de la gloria de su Gracia...

- Creer, en definitiva, es encontrarse con la muerte (en todas sus formas: finitud, odio irracional, negación de Dios, sin-sentido del sufrimiento, poder tenebroso del mal, muerte de los inocentes...) y sentir que Dios mismo ha tomado sobre sí nuestra condición humana, llegando más lejos que nosotros, hasta el final, y encontrarnos con la ternura omnipotente de su amor, recreándolo todo de la nada.

La primera y segunda lectura nos hacen ver que no hablamos literariamente, sino de promesas y realidades de Dios.

2. Reflexión

¿Qué Dios es éste?

¿Qué fe es la nuestra, que nos hemos hecho un Dios a la medida de nuestras necesidades? En cuanto Dios no responde a nuestras expectativas, deja de existir para nosotros.

Y, por desgracia, hay demasiados cristianos que rezan y van a misa, pero, en su fuero interior, son ateos.

Es menos ateo el que no cree en la existencia de Dios, pero cree en la victoria del amor sobre el odio y espera contra toda esperanza en el futuro del hombre, y lucha (da razón a la vida sobre la muerte), que el que afirma la existencia de Dios, pero

- se pasa la vida quejándose de los demás y de sí mismo,
- dejando que el mundo se pudra en su insolidaridad,
- o desesperando de su propia capacidad de amor.

3. Praxis

El único pecado, en definitiva, como suele repetir Jesús en el Evangelio de Juan, es *la incredulidad*.

Pide al Señor luz para *descubrirlo*:

- Incredulidad es preferir las propias obras al amor gratuito de Dios.

- Y medir al hombre por etiquetas preestablecidas (morales, religiosas, éticas, culturales...). «Los otros»), que no tienen remedio.

- y utilizan lo religioso como arma para controlar a Dios y la salvación-condenación.

- O aferrarse al propio pecado e impotencia para no abrirse a la acción de Dios. Grita al Señor como el padre del niño epiléptico:

¡Creo, pero ayúdame a tener más fe!

Vuelve a leer las lecturas de este domingo y verás cómo ha cambiado tu interpretación. Te sentirás interpelado a niveles más hondos, en la calidad misma de tu fe.

¡Cuánto nos cuesta comprender que convertirse consiste en creer! Así comenzamos la Cuaresma: *¡Conviértete, y cree en el Evangelio!*

Observaciones

1. Hemos centrado la Cuaresma en la conversión, buscando una conversión radical, que el punto de apoyo de nuestra vida cambie: de las obras a la fe.

Lucidez respecto de las contradicciones insalvables de la existencia humana, representadas por el pecado, y descubrimiento gozoso de la Gracia salvadora. Imposible autojustificación, inutilidad de las «buenas obras»; soberanía del amor de Dios que nos justifica en Jesucristo. Sólo Dios salva.

2. Para seguir profundizando: *leer Rom 7 v 9-10; E(1-2.*

3. Según nos acercamos con Jesús a Jerusalén, a celebrar su muerte y resurrección, por más que los discípulos intentan compartir con él su destino, se hace más evidente que Jesús se queda solo.

En efecto, no se puede ser discípulo de Jesús por la fe sino cuando nos convencemos de que *nadie puede serlo*. «Es necesario», como suelen repetir los Evangelios, que Jesús se quede solo, llevando él solo el destino del mundo pecador.

Pedro nos representa a todos, especialmente a los que se creen mejores discípulos: Es necesario que toque fondo en su falta de fe. No es su propósito de entregar la vida hasta la muerte lo que le hace discípulo de Jesús, sino el reconocimiento de su negación y la humilde confesión de fe.

Medíten Jn 13,5-11.36-38; 18,15-27; 21,15-19.

4. ¿Estamos, acaso, deslizándonos hacia las tesis luteranas? Estamos *fundamentando la conversión cristiana*.

Las obras y la fe son coesenciales como dinamismo de la vida cristiana (la fe es viva si actúa por el amor: Gál 5,6; Sant 2,14-26). Pero son incompatibles cuanto está en juego el punto de apoyo de la vida, la raíz de la conversión: o me fundamento en la Gracia o me fundamento en mis posibilidades; o vivo bajo la iniciativa del Espíritu Santo o vivo bajo la iniciativa de la «carne».

5. La Semana Santa celebra esta *mediación absoluta* del único Salvador, Jesucristo, y la *gracia del Padre*, que recrea la nueva humanidad en la obediencia de su Hijo.

Semana Santa

1. La pedagogía espiritual de la Semana Santa consiste en *personalizar lo que nos sobrepasa*. ¿Cómo hacer mía la gloria insondable del Amor Absoluto? Nuestro corazón entiende, más o menos, lo que está hecho a la medida de nuestros deseos y preocupaciones. ¿Cómo seguir a Jesús en esta *hora* en que Dios realiza los extremos absolutos?

El único inocente es *hecho pecado por nosotros* (2 Cor 5,18-21).

El Padre abandona a su Hijo, el predilecto, a la muerte, haciendo inútil toda esperanza mesiánica (Mc 15,29-31).

El Reino fracasa, la omnipotencia salvadora se queda indefensa ante los poderes de este mundo (la traición de Judas, el ensañamiento de las autoridades judías, el despecho del pueblo, la crueldad romana). ¿Qué pueden esperar ya los pobres, los despreciados, los pecadores? ¿No es Jesús el ídolo soñado que lleva a la desesperación ese resto de dignidad que queda en los maltratados por la existencia humana?

2. Si tu corazón está iluminado por la fe, esta Semana puedes comprender lo esencial:

– Cómo es Dios por dentro (I Jn 4,10).

- Cómo no había otro camino de liberación digna de Dios y del hombre (Lc 24,13-34).

3. En una palabra, aparecerá ante tus ojos, agradecidos, la única evidencia que ilumina los extremos: el Amor.

Sólo el Amor hace esas cosas.

4. Así pues, no hay más que una pedagogía para esta Semana: *dejar a Dios que sea Dios de amor con nosotros.*

Déjate salvar, justificar, liberar...

5. Y cuando comiences a ver y sentir desde el amor de Dios, mira alrededor tuyo y ensancha la mirada: tu familia (o tu comunidad), las personas que te crean dificultades, los conflictos sociales, el futuro humano...

¿No notas que comienza a cambiar todo?

Domingo de Ramos - A

Mt 21,1-11

Is 50,4-7

Sal 21

Flp 2,6-11

Mt 26-27

1. Situación y contemplación

La liturgia del domingo de Ramos se caracteriza por el contraste entre la procesión triunfal, que aclama al Rey mesiánico, y la celebración de la Pasión, entrada en la figura del Mesías «siervo de Yahvé», humilde y tratado como maldito.

El contraste refleja la situación-límite del hombre y sus cuestiones últimas: ilusión y frustración, triunfo y fracaso, adhesión y rechazo, vida y muerte, etc.

El contraste refleja el drama íntimo de las relaciones entre Israel y su Mesías: ¡tantas expectativas puestas en el Reino y tanta ceguera cruel ante los caminos de Dios!

El contraste refleja el plan de Dios, que primero ofreció el Reino pacífico y no-violento a los hombres; pero sólo lo entendieron «los pequeños». A través de la cerrazón del corazón humano, el Dios fiel hizo lo inaudito: transformó el fracaso y la injusticia en fuente de Salvación.

En ese punto de apoyo, la obediencia de Jesús hasta la muerte (primera lectura, salmo y segunda lectura), hecho uno de nosotros, se concentra la historia de Dios y del hombre: el amor fiel de Dios, que asume el infierno del hombre (representado por cada escena: traición de Judas, negación de Pedro, juicio arbitrario de los judíos, venalidad de los romanos, violencia y sarcasmo de todos, sufrimiento físico y soledad de Jesús, etc.), y el amor de Jesús al Padre y a los hombres, que «todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta», incluso cuando su Dios le abandona a su propia suerte (*Evangelio*).

¿Era necesario llegar hasta aquí? La respuesta siempre estará velada a los racionalistas o a los que no aceptan la condición humana. Sólo los que, al sufrir, confían y, confiando, descubren en sí mismos la fuerza del amor, están «en la onda» de la Pasión.

2. Reflexión

La meditación de la Pasión ha sido desvirtuada con frecuencia:
- o bien porque ha quedado reducida al acontecimiento de la Redención, ocurrida hace dos mil años, es decir, a una creencia abstracta y dogmática;

- o bien porque está asociada al recuerdo piadoso y sentimental del héroe del sufrimiento (como en el teatro clásico, cumple una función catártica: proyectamos en él nuestros dramas interiores y sociales);

- o bien porque la interpretamos sólo como memoria crítica de tantas situaciones de opresión del hombre de hoy, haciendo de Jesús el modelo más significativo del militante social.

La meditación de la Pasión debe integrar:

1) la Lectura realista, plenamente humana, de lo que ocurrió en Jerusalén: conflicto exacerbado con las autoridades religiosas y políticas; contexto mesiánico, en torno a la Pascua, que propiciaba situaciones límite...

En este sentido, actualizar la Pasión significa ver retratada en cada escena de la Pasión tantas realidades que nos rodean (la violencia irracional, el manejo de las masas por parte de los poderosos, los inocentes siempre perdedores...).

2) La lectura teológica, que percibe en esa dinámica tenebrosa la presencia salvadora de Dios.

Sólo hay una realidad que dignifica e ilumina con un nuevo sentido tanto horror: la fe en Jesús, el Mesías que cargó sobre sí nuestros crímenes y nos reveló el amor inaudito de Dios.

Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien. Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores (Rom 5,6-11).

3. Praxis

Que vaya resonando estos días en tu corazón alguna de estas frases:

- «Me amó y se entregó por mí» (Gál 2).
- «Nos amó hasta el final» *Un 13*.
- «Ofrecí el rostro como pedernal, pero no quedaré avergonzado» (Is 50,7).
- «Realmente, éste era Hijo de Dios» (Mt 27,54).

Jueves Santo

Ex 12,1-14
1 Cor 11,23-26
In 13,1-15

1. Situación

Lo ideal sería retirarse y dedicar estos días a celebrar en comunidad el Misterio Pascual. Pero si no es posible, siempre cabe preparar con más detenimiento los "oficios litúrgicos» que vamos a celebrar en nuestra parroquia habitual. No es lo mejor irse de vacaciones; pero, aun en este caso, que no nos limitemos a cumplir.

Para prepararse a celebrar la Cena del Señor hay dos caminos complementarios:

- Buscar la reconciliación con las personas con las que tenemos conflictos importantes.

Celebrar el amor de Dios es inseparable del mandamiento del amor fraterno.

- Dejar a Jesús que lave nuestros pies, meditar en su amor por nosotros y, desde aquí, abrírnos al prójimo.

Sólo Dios es la fuente del amor: "Permaneced en mi amor».

2. Contemplación

La riqueza de la Palabra es tal que 10 mejor, parece, es concentrarse en la Eucaristía, "fuente y cima de la vida cristiana» (Concilio Vaticano II):

- El lavatorio de los pies simboliza la entrega de Jesús como Mesías-Siervo en favor de todos y cada uno de los hombres; la Eucaristía actualiza dicha entrega. Pero sólo es real cuando se constituye en sacramento, en signo eficaz de una comunidad de hombres que deciden amarse y dar sentido a su vida desde el amor.

- La Eucaristía nos reúne para dar gracias a Dios Padre por todos sus beneficios, especialmente el don de Jesús y su Evangelio; pero el verdadero culto a Dios, "en espíritu y en verdad», no está en el ritual diario o semanal, la misa, sino en la entrega a la voluntad del Padre, manifestada cada día en la vida ordinaria.

- ¿Cómo agradecer el don de la Eucaristía? Probablemente, como nos ocurre con los grandes regalos de Dios, somos incapaces de agradecerlos porque nos parecen normales, y lo peor de todo es que los vivimos como obligaciones.

3. Reflexión y praxis

Es el día del Amor (¿hay alguno que no lo sea, en cristiano?). Se traducirá prácticamente en la colecta de "Cáritas». No está mal que hoy hagamos un esfuerzo mayor por hacernos solidarios. Pero creo que debemos plantearnos más radicalmente la cuestión del amor en nuestras vidas.

Tenemos modelo insobrepasable de radicalidad, Jesús, y mandamiento contundente: *Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.*

Lo malo del amor es que nos cuesta situarlo en la realidad, ya que lo vivenciamos *más como deseo ideal que como dinámica de la realidad.* Quizá nuestra revisión de este tema haya de comenzar ahí: «El amor nos suscita deseo de radicalidad; cuando nos confrontamos con la realidad, interior y exterior, nos vemos impotentes o muy precarios, nos sentimos culpables y, consecuentemente, ya hemos encontrado el modo de justificarnos».

El amor se aprende amando.

Cuando des tu limosna para «Cáritas», que no sea por tranquilizar tu conciencia, sino porque los otros te importan.

Cuando celebres la Eucaristía y, antes de la Comunión, saludes con la paz a tu vecino/a de banco, que no sea un gesto que toca hacer, sino apertura del corazón que comparte.

Que, cuando esta noche oigas o veas el noticiario, no te basten las buenas intenciones. Tú tienes un puesto en este mundo, y tu misión principal, única, es poner tu granito de amor.

Recuerda a las personas con las que convives muchas horas y de las que «pasas» (en el trabajo, por ejemplo). Si quieres aprender a amar, no pienses en quererlas como a las otras (el amor cristiano no se alimenta de simpatía), sino de detalles significativos (algo tan simple como mirar a esa persona con otra actitud).

Si tienes responsabilidades colectivas (en la empresa, en alguna asociación, en un partido político), tu amor pasa por la racionalidad ética, por una jerarquía clara de valores, por la justicia no sólo en los fines, sino también en los medios.

Pero el amor en este mundo siempre es relativo. La radicalidad está en mantener la vida en tensión de amor, no en los logros.

Viernes Santo

Is 52,13-53,12
Sal 30
Heb 4,14-16; 5,7-9
Jn 18-19

1. Situación

En la historia se ha producido una disociación entre la piedad popular, centrada en las procesiones y los pasos de la Pasión, y la celebración litúrgica. A raíz del Concilio Vaticano II, estamos recuperando el primado de la liturgia como fuente de la espiritualidad cristiana.

La liturgia de hoyes eminentemente sobria, pero altamente expresiva, concentrada en la *adoración de la Cruz*. No hay Eucaristía, pues la Iglesia participa de la tragedia del Calvario. Sin embargo, la resonancia básica no es de dolor desgarrado, sino de confesión de fe en la victoria de la Cruz.

2. Contemplación

Si se contempla la figura del Siervo (Is 52-53; Sal 30) y se recorre el vía-crucis de Jesús, desde el huerto de los olivos hasta su muerte en el Calvario, el sentimiento espontáneo es el de compasión. Nos duele la pasión de Jesús porque Le amamos. Sin embargo, la fe de la Iglesia va más lejos:

– Nos presenta la lectura de la Pasión según san Juan, y en ésta es como si el sufrimiento, fracaso y abandono de Jesús fuesen transfigurados. En cada escena domina el señorío de la persona de Jesús, hasta tal punto que es El *el* que está juzgando al mundo como Rey soberano.

Más, su muerte humillante se revela como liturgia del Cordero, sacrificado y entronizado en la Cruz, para ser, desde ella, fuente de Salvación (agua y sangre).

– Pone como centro de la celebración litúrgica la adoración de la Cruz, en un ritual que reproduce, con profundo simbolismo, las palabras repetidas por Jesús en el Evangelio de Juan.

*Cuando sea elevado (en la Cruz)
tiraré de todos hacia Mí.*

La comunidad cristiana realiza hoy solemnemente el homenaje a su Rey crucificado.

3. Reflexión

¡Qué capacidad tenemos los humanos para pervertir las cosas! Hemos hecho del escándalo de la Cruz un símbolo de violencia (la espada y la Cruz), un recuerdo placentero (piedad formalista), algo inofensivo y domesticado e, incluso, un adorno de nuestras escuelas y hogares. Al principio del cristianismo fue la principal dificultad para ser cristiano (escándalo para los judíos, locura para los paganos:] Cal' 1-2). Nosotros la hemos transformado en timbre de gloria.

¿No decía acaso Pablo (cf. Gál 6,11-]8) que sólo debíamos gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo? Pero la gloria de que habla Pablo nace del realismo del escándalo de la Cruz, del milagro que es creer en el Mesías Crucificado y constatar:

- la presencia del Amor Salvador;
- la omnipotencia de Dios en la debilidad;
- la sabiduría de las Bienaventuranzas como dinámica de transformación del mundo;
- que todo adquiere sentido, hasta la muerte injusta del inocente;
- que nada está perdido, que Dios mismo sale garante de los perdedores;
- que el amor es la única victoria sobre las fuerzas del mal;
- que servir es reinar.

4. Praxis

Algunas sugerencias:

- Cuando celebres el oficio litúrgico, esta tarde, y hagas genuflexión ante la Cruz o le des un beso, pon ahí, a sus pies, la cruz que no puedes soportar, la que es tu piedra de tropiezo (tu escándalo) para vivir y dar sentido a tu vida.

- ¿Hay en tu vida alguna situación en que experimentas que has de servir, ser el último, condenado a perder? Mira al Mesías crucificado y pídele luz y fuerza.

- «Mi Reyes un crucificado». Medita en estas palabras para que te salga de dentro la decisión humilde y clara de seguir a Jesús, de no querer otro camino que el Suyo.

Vigilia Pascual

Gén 1
Gén 22
Ex 14
Is 54; 55
Bar 3,9-4,4
Ez 36,16-28
Rom 6,3-11
Mt 28,1-10

Todo lo que se diga de esta Noche es poco. ¡La FIESTA de los cristianos!

Procura el Sábado Santo un tiempo amplio de preparación. ¡Qué explosión de luz y de esperanza! La presencia del Resucitado irrumpe en su Iglesia, inundándola de alegría.

1. Liturgia de la Luz

Fíjate en el fuego: su fuerza y esplendor en medio de las tinieblas. Escucha lo que se dice de Jesús, simbolizado por el cirio:

Cristo, ayer y hoy, principio y fin.
Suyo es el tiempo y la eternidad.
¡A El la gloria y el poder por los siglos!

Cuando escuches el *Pregón Pascual*, que inaugura nuestras Fiestas Pascuales de cincuenta días, las verdaderas fiestas de la Vida, sentirás por dentro que has sido elegido para contar a los cuatro vientos las hazañas de Dios (1 Pe 2).

Esta noche resuena la Buena Noticia de la Resurrección por los cinco continentes del mundo, la Noticia que pasa de generación en generación desde hace dos mil años.

2. Liturgia de la Palabra

Siete lecturas del Antiguo Testamento, pues hoy se cumplen en Jesús todas las Escrituras:

- Hoyes el día de la nueva creación (Gén 1).
- Hoy el Padre ha liberado a Jesús de la muerte, haciendo suya la obediencia de su Hijo hasta la muerte (Gén 22).
- Hoyes el día Grande, el Acontecimiento Salvador (Ex 14).
- Hoy celebramos la fidelidad misericordiosa de Dios (Is 54).
- Hoy son las bodas del Amor Eterno, que todo lo renueva (Is 55).
- Hoy celebramos la suerte de servir a Dios y hacer su voluntad en esta tierra que Dios nos ha encomendado (Bar 3-4).
- Hoy recrea Dios al hombre por la fuerza de su Espíritu (Ez 36).

3. Liturgia del Agua

Noche del Bautismo, por excelencia:

- Que nos une a los hermanos en la fe, que nos precedieron en el seguimiento de Jesús, para que no nos volvamos atrás en nuestro compromiso de vida cristiana (letanías de los Santos).

- Que nos recuerda aquel momento olvidado de nuestra infancia, pero origen, sin duda, de lo mejor de nuestras vidas (bendición de] Agua):

Oh Dios, que realizas en tus sacramentos obras admirables con tu poder invisible, y de diversos modos te has servido de tu criatura el agua para significar la *gracia del bautismo*... Aguas primordiales de la Creación, aguas del Diluvio, aguas del Mar Rojo, aguas del Jordán...

- En que renovamos las promesas bautismales.

Momento especial para personalizar nuestro bautismo.

4. Liturgia de la Eucaristía

Culminación de la Fiesta:

- Ofrecemos el pan y el vino, frutos de la naturaleza, de nuestra actividad y de la solidaridad humana, y expresamos nuestro deseo de esa humanidad nueva que el Resucitado inaugura esta noche.

- Nunca como esta noche nos damos cuenta de que «en verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias, Padre Santo».

¿Por qué? Atrévete a enumerar los dones de Dios en tu vida, especialmente el de la resurrección de Jesús, y te quedarás anonadado. ¡Significa tanto: victoria sobre la muerte, liberación del pecado, futuro definitivo para el hombre, alianza eterna de Dios, participación en la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

- Nos unimos al sacrificio pascual de Jesús: por la fe hacemos nuestra su obediencia al Padre y su amor a los hombres.

El Resucitado se queda para siempre con nosotros a fin de que vivamos de su Espíritu y de su Palabra, de su paz y de su entrega, llevando a cabo la obra que El comenzó: el Reino, el proyecto del Padre.

- Cuando nos demos el abrazo de la Paz, sentiremos mucho más que el contagio colectivo de nuestra fiesta: el regalo de sentirnos hermanos y el compromiso por realizar, día a día, en nuestra casa, en la calle o en el trabajo, lo que nos ha sido dado en Jesús resucitado.

- No será fácil, pero contamos con El.

Las Fiestas Pascuales

1. Nuestra fiesta de los 50 días, hasta Pentecostés, es un único Día, el de la gloria del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que, en la Pascua de Jesús, ha realizado de una vez y para siempre su Reino:

- recreando el viejo mundo;
- poniendo en marcha el nuevo, que tiene a Jesús como primogénito (cf. Col 1).

2. Ha ocurrido algo tan inconmensurable, que da lo mismo decir que esta tierra nuestra está definitivamente habitada por la Vida Trinitaria o decir que, desde la Resurrección, ha dejado de tener consistencia propia.

Vivimos *el entretiemppo*: entre la Resurrección y la Consumación futura, cuando lleguen, con la venida del Resucitado en el esplendor de su gloria, «los nuevos cielos y la nueva tierra» (cf. Ap 1; 21-22), Y todo sea devuelto al Padre, principio y fin de toda realidad.

3. El *entretiemppo* es el tiempo del *Espíritu Santo* y de la *iglesia*, y por eso, de los *sacramentos* y de la *Fe*.

De hecho, siguiendo una antigua tradición, las lecturas de Pascua trazan un contrapunto entre los *Hechos de los Apóstoles* y el *Evangelio según san Juan*, introduciendo alguna carta apostólica que tenga carácter pascual (en el ciclo A, la Primera de Pedro).

4. La sensación primaria es la siguiente: Así como en Cuaresma hemos debido descender a nuestra condición humana sin salida (esclavos de la muerte, el pecado y la ley) para experimentar la Misericordia Salvadora de Dios, ahora se nos da a beber el Agua Viva que brota en la Iglesia, el Espíritu Santo, el mismo Espíritu por el que Jesús el Mesías vivió, murió y resucitó, y por el que sigue presente en su Iglesia, el mismo Espíritu que viene del Padre y es entregado al mundo como señal interior de su amor eterno y fuego transformador que lo renueva todo.

5. Realidades que nos sobrepasan; realidades que no podemos medir con el metro de nuestra pobre experiencia psicológica y social y que, sin embargo, están ahí, en la Iglesia. Sólo *perceptibles en la fe*.

Será uno de los objetivos de estos días: *descubrir la Iglesia*.

No se trata de idealizarla o sacralizarla. Al contrario, cuanto más humana y pecadora la veamos, cuanto más nos demos cuenta de sus condicionamientos históricos y podamos criticarla, más descubriremos su misterio divino, y seremos conscientes de que de Ella recibimos mucho más de lo que le damos.

La Iglesia no puede justificarse a sí misma (¿cómo podría jus-

tificar su alianza con el poder, su dominio de las conciencias, su autosuficiencia!); y es que su única justificación es el amor gratuito y absoluto que le tiene Jesús, que entregó su vida por ella. Como por Pedro. Como por mí.

Por eso, igualmente, Ella sabe que no se pertenece, que se le ha encomendado la misión de anunciar el Evangelio a todos los hombres. Sus orígenes y expansión (nos basta leer los Hechos) nos hablan de dificultades y conflictos, externos e internos. No importa; el Espíritu Santo la empuja y mantiene fiel a su misión.

6. Los *sacramentos* nos introducen en la vida profunda de la Iglesia. Esta ha sido puesta por Dios como mediación de salvación en la historia.

Los sacramentos son realidades humanas, recuerdos de los acontecimientos más significativos de la historia de la Salvación; pero, celebrados en la fe de la Iglesia, actualizan eficazmente esa misma Salvación.

El creyente sabe que, en el corazón de la Iglesia, hay manantiales permanentes de agua viva, que nacen del costado abierto del Resucitado.

7. Pero los sacramentos son signos y mediaciones. Lo esencial es la *vida nueva*, pujante, victoriosa, que ha sido infundida en nuestros corazones de bautizados que se reúnen en la Eucaristía cada domingo.

La llamada *vida teológica* (fe, esperanza y amor) o vida del Espíritu Santo.

A la luz del Evangelio de Juan se nos dará a entender cómo nace y se despliega esa vida. Vida de liberación interior. Vida de comunión eclesial. Vida en estado de misión permanente, en el mundo y para el mundo.

Domingo de Resurrección - A

Heb 10,34-43

Sal 117

Col 3,1-4

Jn 20,1-9

1. Situación

Si este domingo asistes a la Eucaristía de la mañana o de la tarde, después de haber celebrado la Vigilia Pascual en un ambiente más participativo, quizá tengas la impresión de que no ha ocurrido nada, que asistes a una de tantas misas dominicales. Es verdad que el sacerdote intentará dar un énfasis especial a la celebración; pero la gente...

La tentación de juzgar la fe de los demás es frecuente entre cristianos organizados más participativamente.

2. Contemplación

Vivimos de la fe de la Iglesia apostólica:

- Pedro, el primer testigo, resume lo que ocurrió en Galilea y Jerusalén y, además, anuncia su sentido salvador: que Jesús, el Crucificado, ha resucitado y ha sido constituido para siempre en Señor (*primera lectura*).

- La Carta a los Colosenses nos urge a sacar las consecuencias de nuestra fe en la Resurrección: el viraje radical, la nueva jerarquía de valores, que conlleva (*segunda lectura*).

- El Evangelio nos sitúa en aquel primer domingo de la historia cristiana: la sorpresa de encontrarse con el sepulcro vacío y las idas y venidas de los discípulos, que, como nosotros, ven, pero costándoles creer, y han de «entender la Escritura» para comprender lo que significa el sepulcro vacío. En efecto, no basta conocer la historia de Jesús. Es necesario que los ojos del corazón sean iluminados por la fe. Entonces podemos superar el escándalo de la muerte de Mesías y percibir que el sepulcro vacío no es el vacío sino la señal de su Presencia, vencedor de la muerte.

Venimos de lejos, de los primeros testigos que *vieron* y *creyeron*. Esta fe necesita un proceso de personalización; pero sin esta referencia objetiva, sin el testimonio apostólico, sin la Biblia, sin la transmisión viva de la Noticia, la fe quedaría reducida a mera experiencia religiosa subjetiva.

Si todo está en nosotros y nosotros estamos sometidos a la muerte, no queda más que un sepulcro vacío. La fe de la Iglesia apostólica es nuestra roca.

3. Reflexión

La Eucaristía es el sacramento que Jesús encomendó a los Doce en recuerdo de su muerte en favor nuestro y que la Resurrección ha transformado en celebración de su Presencia en medio de la comunidad de sus discípulos para siempre.

Nos reúne cada domingo, es decir, el día del Señor, y cada domingo somos invitados a *ver* y *creer*.

Vemos lo que Jesús hizo la víspera de su Pasión, partir el pan y dar gracias al Padre con la copa que simboliza su entrega, y creemos que es mucho más que un símbolo: Actualización de la Nueva Alianza en su cuerpo y en su sangre, ofrecidos como banquete de la vida eterna.

Vemos que es un rito social de las Iglesias cristianas, y creemos que «donde dos o más están reunidos en el nombre de Jesús, allí está El en medio de nosotros».

Vemos que los textos que en la Eucaristía se leen dan testimonio de lo ocurrido en Palestina en la época del procurador romano, Pilato, y creemos que esos acontecimientos son únicos, tienen un significado salvador para todos los tiempos.

Vemos un grupo humano que actúa dentro de un orden de creencias y normas, y creemos que este grupo ha sido convocado por Dios para ser su mediación histórica en relación con su Reino.

4. Praxis

La misma dinámica del *ver* y *creer* atraviesa la experiencia de la vida ordinaria.

Ves un mundo dominado por intereses, y crees que hay una fuerza mayor que lo habita: el amor oculto y anónimo.

Ves la superficialidad y mentira de las relaciones interpersonales, y crees que cada hombre/mujer busca a tientas la hora de la verdad.

Ves la miseria y esclavitud de la condición humana, y crees que la esperanza renace cada día de las cenizas.

¿Qué es la fe, una ilusión? O, por el contrario, ¿la única lucidez realista que dignifica al hombre?

Segundo domingo de Pascua - A

Hech 2,42-47

Sal 117

1 Pe 1,3-9

In 20,19-31

1. Situación

Los cristianos vivimos con frecuencia la tensión entre autonomía y comunidad. Que se traduce en diversos ámbitos: ¿Dónde está el centro de mi compromiso cristiano: en las realidades secundarias, en las que no es fácil percibir la presencia de Dios, o en la parroquia, donde me siento Iglesia? ¿Hay que insistir en madurar la fe personal o en crear comunidad?

Teóricamente, esas bipolaridades no sólo no son contradictorias, sino complementarias. Pero según se acentúa un aspecto u otro, la vivencia real es distinta.

2. Contemplación

Muchos nos sentimos identificados con la figura de Tomás. Es el racionalista que necesita ver y tocar para creer, es decir, objetivar y controlar, hasta que descubrimos que, efectivamente, Dios nos invita a ver lo que ha hecho por nosotros (las llagas), y nos enseña a ver más lejos (en las llagas, las heridas del amor de Dios y las fuentes del Espíritu). Más tarde aprenderemos a caminar de fe en fe, a creer sin necesidad de ver.

Tomás es el individualista que, al separarse de la comunidad, al subjetivar su fe, termina cerrándose sobre sí mismo y se hace así incapaz de encontrarse con el Resucitado y recibir su paz. Pero es, también, el que, como tantos creyentes de hoy, vive un proceso personalizador de la fe y, por ello, tiene una palabra que decir a los no creyentes, en contraposición con la fe sociológica de quienes buscan en la comunidad el seno protector, el refugio de sus miedos a un mundo descristianizado y hostil.

La lectura de los Hechos nos presenta la realización práctica de la fe: la comunión de los discípulos de Jesús, el gran signo ante el mundo de que el Reino ya ha llegado. Un retrato, sin duda, idealizado de la comunidad primitiva de Jerusalén; pero necesario, como llamada constante a plasmar prácticamente el proyecto de Dios de una humanidad fraterna.

3. Reflexión

En la Eucaristía VIVIMOS con intensidad el contraste entre la realidad constatable y lo que ella significa y realiza, esa nueva humanidad, caracterizada por lo que dicen los Hechos de la comunidad primitiva de Jerusalén. En efecto, en la Eucaristía escuchamos la Palabra, invocamos a Dios-Padre, nos unimos como hermanos y compartimos lo que tenemos.

Teológicamente, es claro: La gracia primera de este sacramento es la comunión con Dios y el amor fraterno.

Pero la realidad es que apenas nos conocemos, que la fe que profesamos públicamente se parece demasiado a fórmulas estereotipadas (la velocidad y apatía con que rezamos...), que la limosna que damos se parece más a un gesto ridículo y humillante que a un compartir cordial y efectivo, que estamos pendientes del reloj (la Misa, cuanto más corta mejor), que no sabemos qué tiene que ver esa asamblea con los problemas que nos preocupan (a lo sumo, ese rato nos sirve para la oración individual y para presentarle al Señor nuestros problemas), etc., etc. ¿Es eso una comunidad?

Sin embargo, ¿no es increíble que Dios siga renovando su amor fiel con los que estamos ahí, tan ausentes, y que insistamos en escuchar el mensaje de Jesús, tan a contracorriente, y que toquemos y comamos ese cuerpo y esa sangre, y que, a pesar de nuestras diferencias ideológicas y sociales, formemos una comunidad y nos demos el abrazo de la paz, y que, a pesar de nuestro egoísmo, intentemos, una y otra vez, salir de nosotros mismos para compartir lo que somos y tenemos?

Así es la Iglesia, como la Eucaristía: luz y sombra, don y tarea...

4. Praxis

¿Cómo vives ese claroscuro de tu Misa dominical, como problema o como camino de tu maduración crevente?

¿Qué buscas en la comunidad cristiana: el ideal de fraternidad que no encuentras en el mundo, el refugio de tus conflictos? No seas iluso, pues los problemas humanos se dan igualmente en ella.

Quizá eres tan individualista que tu parroquia no es para ti más que un edificio con una serie de servicios. Ciertamente, la comunidad cristiana no existe para sí, sino para los hombres; la misión se realiza, primordialmente, en el mundo. Pero sin compartir tu fe, terminarás por vaciarla de sentido.

Tercer domingo de Pascua - A

Hech 2,22-33

Sal 15

1 Pe 1,17-21

Le 24,13-35

1. Situación

La experiencia de la Resurrección no es algo que se impone, sino un proceso, en que lo oculto y oscuro va desvelándose.

Cuando Dios no responde a nuestras expectativas, cuando el sufrimiento o el fracaso oscurece el sentido de la vida, nos solemos preguntar: «¿Dónde está Dios?»

2. Contemplación

En buena parte, el Nuevo Testamento ha sido escrito como respuesta a esa pregunta. Si Jesús no hubiese resucitado, nada habría sido escrito, pues el Viernes Santo todo se hundió bajo la muerte y el fracaso. Los discípulos, decepcionados, volvieron a Galilea, a sus antiguas tareas. Pero la Resurrección no fue la respuesta automática a todas las cuestiones. Hubo que repensar todo, comenzando por releer la fe de Israel, el Antiguo Testamento.

Evidentemente, el discurso de Pedro, el día de Pentecostés (primera lectura), tal como nos lo cuentan los Hechos, es una elaboración tardía de la comunidad cristiana, que, a la luz de la Resurrección, relea el plan salvador de Dios y los textos proféticos, a la vez que busca en el Antiguo Testamento la iluminación de su lectura.

La aparición del Resucitado camino de Emaús (Evangelio de hoy) sintetiza admirablemente cómo la Iglesia experimenta la presencia de Jesús en su caminar por la historia:

– La torpeza del corazón humano para entender el modo de obrar de Dios.

– El escándalo que supone proclamar al Crucificado como Mesías Libertador.

– Cómo Jesús está presente en la Palabra escuchada en comunidad.

– Cómo actúa por su Espíritu Santo, que nos abre el corazón.

– Especialmente, en la Eucaristía, al renovar su Cena.

– Lo cual es inseparable del gesto del compartir, es decir, de su presencia en el forastero y necesitado.

3. Reflexión

Siendo la Eucaristía el signo más claro, para la Iglesia, de la presencia del Resucitado, también ella implica un proceso de fe, en que lo oculto y oscuro va desvelándose. Así son todos los sacramentos.

En el corazón humano hay una tendencia fuerte a objetivar la presencia de Dios y disponer así de su poder. A ello se prestan especialmente los ritos del culto. Por ejemplo, cuando se usa la práctica de los primeros viernes de mes para asegurarse la salvación, o la fe se centra de tal modo en el sagrario de nuestras iglesias y capillas que pierde el sentido de la presencia de Jesús en la comunidad o en las personas necesitadas que pasan a nuestro lado.

Ciertamente, hace [alta mucha fe para creer que ese pan y ese vino se convierten en cuerpo y sangre de Cristo. La misma fe que hace falta para percibir en la Iglesia la mediación salvadora que Dios ha dejado en la historia, o para percibir en ese vecino borracho o en ese drogadicto que intenta sacarte unas perras la presencia viva de Jesús. Amar a los pobres en general no es lo mismo que amar a ese pobre concreto que molesta.

La fe necesita hacer un camino y madurar. Para ello hay que aprender a conocer el estilo de Dios, cómo ha roto todos nuestros esquemas sobre Su sabiduría y Su poder. A la luz de la Biblia, especialmente de la vida y obras, muerte y resurrección de Jesús, vamos haciéndonos al ser y actuar de Dios. Cuando un día descubramos la sabiduría y el poder de su Amor, entonces aprenderemos a reconocerlo en la Eucaristía, en el forastero, en la Iglesia.

Nos seguirá extrañando que esté presente precisamente ahí; pero nos extrañará infinitamente más su incalculable Amor. Estaremos tan agradecidos, que será la Eucaristía, cabalmente, nuestro consuelo: ¡poder devolverle tanto amor con el amor de Jesús, ya que el nuestro es tan miserable!

4. Praxis

Reconocer a Jesús en la Palabra y en la Eucaristía.

Reconocer a Jesús en ese vecino a quien tratamos como extraño.

Compartir más lo que somos y tenemos.

Cuarto domingo de Pascua - A

Hech 2,36-41

Sal 22

1 Pe 2,20-25

Jn 10,1-10

1. Situación

El tema de la *autoridad* es delicado a nivel familiar, laboral, civilo eclesial. Porque nuestra cultura democrática se rebela contra la autoridad que se impone y porque la historia nos ha puesto alerta sobre el abuso de poder.

Jesús ha dado por supuesta la necesidad de la autoridad; pero la ha desacralizado radicalmente y la ha puesto siempre al servicio del hombre, no del Sistema.

Por eso nos sentimos tan incómodos cuando miramos a la Iglesia en cuanto institución, pues la autoridad tiene en ella un carácter muy monárquico y clerical.

2. Contemplación

A la luz de la Palabra, especialmente del *Evangelio*, queremos reflexionar sobre la autoridad de Jesús, el Señor resucitado, criterio definitivo de toda autoridad para los cristianos.

Jesús afirma su autoridad, la que ha recibido del Padre. Es la puerta y el pastor. No es ladrón ni mercenario. ¿En qué se le nota? En que ama y sirve desinteresadamente. En que establece una relación interpersonal, puesto que «conoce a sus ovejas y éstas le conocen a El». En que El va por delante, en el doble sentido: de que hace lo que dice a los suyos y de que se compromete enteramente a cumplir la tarea que se le ha encomendado.

Los *Hechos* nos presentan a Pedro con la autoridad del Evangelio, la autoridad de la Palabra, para ser testigo; elegido para este servicio, el primero y esencial en la Iglesia. Pero su autoridad consiste en afirmar el señorío de Jesús, la Salvación en el nombre de Jesús. Lo cual conlleva bautizar, es decir, celebrar los sacramentos, reunir y presidir la comunidad cristiana, sin duda; pero en función de congregar al Pueblo de Dios, cuya Cabeza es Cristo.

Es esto lo que celebra *el salmo* 22: la dicha de ser el Pueblo de Dios, de tener a Dios mismo como su Pastor, líder y guía. La autoridad ya no es una amenaza, sino presencia de amor, paz.

3. Reflexión

La Eucaristía, en cuanto acto *social* y religioso del Pueblo de Dios, refleja la realidad ambivalente de la Iglesia respecto a la autoridad y sus funciones. Por un lado, todo se concreta en los varones célibes, los clérigos, con una concepción patriarcal y jerárquica, que no manifiesta precisamente el espíritu de servicio, minoridad y fraternidad que Jesús inculcó a los suyos. Por otra parte, a la luz de la fe y de *10* que se dice verbalmente, el centro de la celebración es Jesús, el Señor, única autoridad.

En la Eucaristía se realiza cumplidamente cómo Jesús ejerce su autoridad en la Iglesia: como Buen Pastor que entrega su vida por sus ovejas. No se afirma en poder; se da en alimento y bebida. No se distancia para proteger su autoridad, como hacemos los clérigos (sacralizamos nuestra autoridad reforzando nuestro rol de salvadores y mediadores, disponiendo de poderes espirituales exclusivos, teniendo la última palabra sobre las conciencias...), sino que nos da su espíritu, estableciendo una relación íntima de amor: «Ya no os llamo siervos, sino amigos» (In 15).

La madurez de la fe no está en hacer de la autoridad en la Iglesia algo intocable, justificado por el poder específico que tienen los sacerdotes en la Eucaristía, sino en actualizar, unos y otros, las actitudes de Jesús, «que no se apropió su dignidad divina; por el contrario, se rebajó» (cf. Flp 2).

4. Praxis

En este tema, todos tenemos mucho que revisarnos.

Comencemos por el ámbito en que tenemos alguna autoridad sobre los demás (familia o trabajo). Es verdad que no hay que ser ingenuos y pensar que cabe transponer literalmente la humildad de Jesús a los conflictos de autoridad en la sociedad; pero, ¿que fácilmente justificamos nuestra necesidad de poder o nuestros mecanismos de autoafirmación!

Comencemos por posibilitar cauces reales de diálogo que no sean meras tretas de estrategia democrática.

Pasemos a la Iglesia. Los clérigos, que tenemos autoridad explícita en ella, hemos de ser los primeros en revisar no sólo actitudes, sino también medios prácticos que favorezcan progresivamente la participación de los seculares. Nos queda un camino largo, pero urgente. En este punto, la Iglesia resulta un escándalo grave para muchos creyentes y, por descontado, para los no creyentes.

Quinto domingo de Pascua - A

Hech 6,1-7

Sal 32

1 Pe 2,4-9

Jn 14,1-12

1. Situación

Estos domingos de Pascua vamos profundizando en nuestro ser Iglesia desde perspectivas distintas. En cuanto nos apropiamos el don de ser la comunidad convocada por Dios y dejamos de poner nuestra mirada en Jesús, lo estropeamos todo.

Pero el Señor cuenta con nuestra h'agilidad y pecado. Por eso existen los sacramentos, especialmente la Palabra y la Eucaristía, para renovar permanentemente la vida de la Iglesia.

2. Contemplación

La lectura de los *Hechos* nos habla de las tensiones internas entre los cristianos de Jerusalén (¡para que no idealicemos el cristianismo primitivo!), y nos hace comprender la riqueza de servicios de la comunidad: el servicio de la Palabra y la oración y el servicio de la comunión de bienes. Anotemos estas dos dimensiones, para que no reduzcamos la vida de la Iglesia a realidades puramente espirituales o a sólo la promoción de la justicia. El Reino implica al hombre integral. Otra cosa es el modo de realizar ambos servicios, por ejemplo, si actualmente debe ser la parroquia la que organice la solidaridad con los pobres o los cristianos hemos de luchar, más bien, en colaboración con otros movimientos aconfesionales.

El *Evangelio*, de los discursos de la Cena, nos adentra en lo más íntimo de la vida de la Iglesia, en la fuente de donde brotan el servicio de la Justicia y el servicio de la Palabra y de la Eucaristía misma: nuestra comunión con Jesús, *camino, verdad y vida*.

Cada una de las frases de Jesús adquiere una densidad especial, iluminada por el Misterio Pascual.

- Cómo Jesús es nuestra mediación absoluta.
- Cómo en el camino que Jesús ha recorrido, desde su encarnación hasta su resurrección, se nos ha revelado el Padre.
- Cómo Jesús es la fuente permanente de nuestra misión hoy, en continuidad con la suya.
- Cómo con Jesús lo tenemos todo.
- Cómo Jesús es el anhelo más ardiente de nuestro corazón. «El Espíritu y la Esposa dicen: Ven, Señor Jesús») (Ap 22).

3. Reflexión

Cuando uno alimenta su fe en la Palabra y la Eucaristía, como vamos haciendo cada domingo, al principio se siente incómodo, sobre todo si es persona realista y su experiencia espiritual se ha concentrado en la vida ordinaria, no en las prácticas religiosas. Le suele parecer que lo escuchado en la Palabra y celebrado en la Eucaristía o bien tiene poco que ver con sus problemas concretos, o bien supone un nivel espiritual que le sobrepasa.

Estas páginas quieren ayudar a situar la Palabra en la dinámica espiritual de la vida ordinaria, porque es ahí, no en los momentos especiales de oración o de culto cristiano, donde se realiza la vocación cristiana. Pero no quisieran privar al cristiano de uno de los descubrimientos más gozosos de su fe: cómo, poco a poco, la Palabra y la Eucaristía van configurando con dinamismo propio toda su vida, porque le van sumergiendo, casi sin darse cuenta, en la vida teologal.

Al principio, a fin de no hacer de la Revelación una ideología, necesitamos confrontar la Palabra-Eucaristía con la vida. Más tarde va descubriéndose un realismo más hondo: cierta simplificación interior, la experiencia del «permanecer en Jesús» (tan repetido en los discursos de la Cena de Juan), la presencia amorosa de Dios en todo, la actitud constante de entrega a la voluntad de Dios, las entrañas de misericordia con el prójimo...

Es la obra del Espíritu Santo que nos lleva al conocimiento de «lo largo, lo ancho, lo alto y lo profundo del amor de Cristo que supera todo conocimiento» (cf. Ef 3).

El Espíritu Santo nos enseña de muchos modos. Uno de ellos, fundamental, es al contacto con la Palabra y la Eucaristía. Pero no para centrarnos ahora en las prácticas religiosas, dejando la vida ordinaria, sino, a la inversa, para descubrir la profundidad de la vida ordinaria cuando se vive en comunión con Jesús, *camino, verdad y vida*.

4. Praxis

- Dedicar algún tiempo a leer despacio, a «dejarse hacer» por los discursos de la Cena, tan significativos en el conjunto de la Sagrada Escritura.

- Hacerme consciente, en algunos momentos de mi vida ordinaria, del don que es vivir en comunión con Jesús, mi fuente íntima de ser y actuar.

Sexto domingo de Pascua - A

Hech 8,5-8. 14-17

Sal 65

1 Pe 3,15-18

Jn 14,15-21

1. Situación

Los discursos de la Cena, llamados también de «despedida», nos sitúan en el corazón de la *vida pascual*: el don del Espíritu Santo, que nos recrea en lo más íntimo y nos hace vivir la vida del Resucitado, la vida teologal.

Pregúntate así, sin más preámbulos: ¿Te atreves a desear o, al menos, a pensar que estás llamado a ser un *místico*?

No pienses en cosas raras, sino en experimentar tú, precisamente tú, la vida del discípulo tal como la describe Jesús en Jn 14-17.

¿Qué sientes al hacerte esa pregunta?

- ¿Identificación y deseo? ¿De dónde nace ese deseo? Quizá despertaste al sentido de la vida desde la experiencia de relación con Dios, y, lógicamente, permanece como anhelo.

¿Qué te ha enseñado la vida sobre esos deseos?

- ¿Vértigo, miedo a un mundo desconocido? Tú has sido, quizá, mucho más normal en tus sueños y proyectos. Pero tal vez comienzas a estar desconcertado, porque Dios te está metiendo, imperceptiblemente, en horizontes insospechados de vida interior.

¿O prescindes de estas cuestiones, porque das por respuesta que la mística es para gente rara o muy especial?

2. Contemplación

Los *Hechos*: También a los samaritanos se les concede el Espíritu Santo. Para que no pienses que la plenitud de la vida teologal es para una minoría selecta.

El *salmo* celebra el poder de Dios. ¡Qué mal pensamos de Dios cuando creemos que no puede hacer maravillas con nuestra pequeñez!

El *Evangelio* insiste en la comunión entre Jesús y el discípulo, obra del Espíritu Santo. Se trata de una relación única: conocimiento íntimo, pero inobjetivable; es experiencia de vida nueva, pero no puedo disponer de ella, sino sólo recibirla; consiste en amar a Jesús, pero la verdad de este amor está en cumplir su mandamiento, el amor al prójimo. Esta comunión con Jesús es la máxima alegría del Padre. Está dada, y es inagotable; iniciada con la Resurrección, abarca la eternidad.

3. Reflexión

Un buen test de la calidad de nuestra vida teologal es confrontar nuestra experiencia espiritual y los discursos de la Cena.

Si te parecen muy bonitos, pero «música celestial», todavía no has descubierto lo mejor.

Nunca terminaremos de personalizar esa Palabra. A ella han vuelto siempre, como referencia esencial, nuestros místicos.

Sin embargo, es importante que percibas dentro de ti aquellas experiencias que conectan directamente con *esa vida pascual del discípulo*. Se dan en la mayoría de los creyentes que han hecho un cierto proceso de liberación interior; pero no saben valorarlas. Lo peor de todo es que tienen miedo a darles paso:

- Ese poner tu vida, confiadamente, en manos de Jesús, y experimentar que pierdes miedo al futuro, al riesgo, al sufrimiento.

- Descubrir que la vida crece «de dentro afuera», no por cumplimiento de normas ni por esfuerzos de voluntad.

- Haber cambiado de mirada en tu relación con el prójimo, de modo que ahora ya no piensas en los demás por justificar tu vida ni por impulsos de compasión, sino porque sientes que tu vida no te pertenece.

- Sabiduría para concentrar tus energías en lo esencial, el amor, de modo que todo lo que haces, oración y acción, trabajar y perder el tiempo, se unen en tu corazón.

- Esa ternura agradecida ante Dios y ante la vida, como subsuelo en que se asienta la actitud básica de la existencia.

¿Que todo esto es sólo *inicial*? Sin duda. Con todo, ¿no ves que has recibido el Espíritu Santo para que esa vida se despliegue? Tus miedos y tus cálculos se resisten a dejar que la Vida te crezca. El Espíritu es el Defensor, y El se encarga de salir a favor del Don de Dios. Confía, y El te irá fortaleciendo por dentro, suavemente, como quien nada hace. La obra de Dios suele ser pacífica, con la violencia liberadora del amor.

4. Praxis

Que alguna frase de los discursos de la Cena vaya resonándote durante el día, en medio de tus quehaceres.

Yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros.

Fiesta de la Ascensión

(séptimo domingo de Pascua) - A

Hech 1,1-11

Sal 46

Ef 1,17-23

Mt 28,16-20

1. Situación

La Resurrección inicia la nueva creación. Lo hemos ido viviendo desde diversas perspectivas, especialmente, en cuanto se refiere a la transformación de la vida personal, que nunca se da fuera de la comunidad cristiana o de un modo intimista, sino siempre sacramental y eclesialmente.

Hoy celebramos la *universalidad* de la Resurrección.

Hay tantas cosas que nos impiden la universalidad: nuestro etnocentrismo, la tendencia a percibir a los otros como amenaza o, si no, como objeto de nuestra influencia, la estrechez de nuestro corazón ligado a lo conocido e inmediato.

¿Se puede vivir una espiritualidad de la vida ordinaria con horizontes de universalidad?

2. Contemplación

Lucas (primera lectura) ha retratado con lucidez tanto el significado salvífica universal de la Resurrección como la dificultad de la Iglesia primitiva de Jerusalén para abrirse a la misión universal. Que Jesús suba al cielo, al Padre, simboliza que ha sido elevado por Dios a la dignidad de Rey mesiánico para siempre. Pero produce en los discípulos la sensación de alejamiento y horfandad. Necesitamos del Espíritu Santo para comprender que Jesús está más cerca de nosotros que nunca; pero que ha llegado la hora de anunciar a todos los hombres la Buena Noticia. El peligro más sutil es quedarse quietos, contemplando a Jesús, aferrados a nuestra nostalgia o a nuestra experiencia de intimidad amorosa. El amor de Jesús no necesita ser protegido, por miedo a perderlo. Al contrario, se fortalece y crece en la misión, en la tarea.

La lectura de Ef 1 nos ayuda a contemplar la universalidad del señorío del Resucitado no sólo extensivamente, por así decirlo, sino *intensivamente*, es decir, como plenitud del que lo acaba todo en todos, pues es *la Cabeza*.

Escuchemos el Evangelio con la alegría de quien sabe que su vida no le pertenece, que su misión es universal y alcanza al mundo entero.

3. Reflexión

No suele ser fácil vivir la espiritualidad de la vida ordinaria con un espíritu de universalidad. En castellano se dice que «quien mucho abarca, poco aprieta»; y, en efecto, cuando uno es joven e idealista, se preocupa de las grandes causas, las misiones o el Tercer Mundo; pero, cuando deja de ser joven, el realismo le concentra en sus pequeñas, monótonas y áridas responsabilidades de todos los días. Algunos días, cuando se celebra el Domund o la campaña contra el hambre, renacen los antiguos deseos de universalidad, que se cumplen con la aportación económica y la oración.

Sin embargo, la madurez de la fe está en la síntesis entre concentración de amor en lo cotidiano y apertura universalista al prójimo. No hace falta ir al Tercer Mundo. Por ejemplo:

- Si el amor a los tuyos te ha ayudado a descubrir con ojos nuevos a los otros, y no se te ha quedado sólo en tu «nido».

- Si la información que recibimos constantemente sobre el Tercer Mundo nos va creando una mentalidad planetaria, por ejemplo, al valorar los problemas nacionales o los intereses económicos de nuestro primer mundo privilegiado.

- Si tratas al extranjero, cada vez más frecuente en nuestro país, como persona igual, no como amenaza.

- Si la alegría de tu fe se te hace contagiosa, y necesitas comunicarla en tu ambiente social. No hace falta ir predicando o haciendo proselitismo. Al contrario, la anchura del corazón universal te permite respetar los momentos y los múltiples caminos de Dios y te empuja, simultáneamente, a ser consciente de que el Don que has recibido no es sólo ni primordialmente para ti.

- Si en tu oración aparecen cada vez más los otros en una especie de círculos concéntricos que se dilatan: familia, parroquia, diócesis, nación, mundo...

4. Praxis

En la Eucaristía hay un momento específico para la *oraCION universal*, después de la homilía. Intenta vivirlo conscientemente.

¿Has pensado alguna vez en colaborar no sólo puntualmente sino permanentemente con alguna comunidad cristiana del Tercer Mundo, que tiene dificultades? En muchas parroquias se realiza este puente fraterno con las Iglesias recientes, teniendo en cuenta la ayuda económica y la espiritual. Algunos hermanos incluso se van de vacaciones o dedican algunos años a estar con ellos. ¿Qué podrías hacer tú, partiendo siempre de tu realidad?

Domingo de Pentecostés

Hech 2,1-11

1 cor 12,3-7

Jn 20,19-23

1. Situación

La Iglesia ha de mantener la tensión entre su vida hacia dentro y su vida hacia fuera, su corazón vuelto al Resucitado y su amor al mundo, entre el don y la tarea, la contemplación y la misión.

Como cada uno de los cristianos.

Cuanto más vive de la Eucaristía, tanto más descubre que el culto «en espíritu y en verdad» está en la vida diaria, en el realizar la fe a la intemperie. Cuanto más descubre la presencia de Dios en los acontecimientos, tanto más necesita permanecer en Jesús, escuchando su Palabra.

2. Contemplación

Pentecostés celebra la universalidad de la Pascua que el Resucitado encomienda al Espíritu Santo, su Enviado, su Misionero en la historia, mediante la Iglesia.

¿Es que podemos guardarnos para nosotros la Buena Noticia? Deberíamos gritar y llorar por los caminos, con Francisco de Asís: «El Amor no es amado».

– Los *Hechos* describen la misión encomendada a la comunidad cristiana como una irrupción del Espíritu, que inicia una nueva era de la historia de la Salvación. El Espíritu Santo, mediante la palabra de Pedro, convoca a judíos y paganos en una nueva humanidad reconciliada; lo contrario de la división de Babel (cf. Gén 11).

– La *segunda lectura* nos recuerda el origen de nuestra misión: nuestro bautismo, que nos hace Iglesia.

– En el *Evangelio*, con otras palabras, como en la Ascensión, volvemos a escuchar el mandato de Jesús resucitado: *Como el Padre me ha enviado, así os envío yo*.

¿Qué nos pasa que esto de la misión se lo dejamos a los misioneros, y que somos incapaces de vivir nuestra vida ordinaria *en estado de misión*?

3. Reflexión

La fe adulta se caracteriza por vivir *en estado de misión*.

- Porque sabe que su vida no le pertenece; pero no confunden la misión con las ganas de hacer adeptos para la propia causa; por el contrario, respeta al otro y deja a Dios que haga a su manera y en su momento.

- Porque la Buena Noticia le quema; pero vive la misión como un servicio, no como un poder.

- Porque las cosas más sencillas de la vida ordinaria nunca son para un cristiano una tarea, sin más, sino obediencia al Padre y, por lo tanto, acción de Dios en la historia. Sin embargo, no necesita espiritualizar lo que hace, sino vivirlo a fondo, dando calidad a cada acción, como si en ello se jugase la salvación del mundo; pero sin crispación, con esa naturalidad que caracteriza a la libertad espiritual.

- Porque la vida en estado de amor lleva en sí misma la fuerza transformadora del mundo.

- Porque lo mismo si se retira a orar en lo escondido al Padre, como si predica en un púlpito, como si conversa con un amigo/a, como si se compromete en una acción social, como si cumple su trabajo fielmente en la empresa, en todo está presente el Resucitado, Señor de la Historia.

- Porque la ambigüedad de todo lo humano no se opone al Reino de Dios; al contrario, la eficacia del Espíritu se verifica en el ocultamiento, en lo no espectacular, «desde dentro» de la condición humana.

4. Praxis

Suele ocurrir con nuestras fiestas: Si estamos en fase de entusiasmo, nos vienen deseos de grandes cosas (hoy, Pentecostés, de comprometernos con alguna misión); si estamos en fase de realismo o de desgana espiritual, nos resbalan las grandes palabras como «vivir en estado de misión».

Sintetiza en unas cuantas líneas la vida que el Señor ha ido suscitando en ti desde el Miércoles de Ceniza hasta hoy. Procura distinguir entre deseos ideales y transformación real, aunque ésta te parezca poquita cosa. Mira lo espiritual y también lo humano. Que tengas sensación de vida que te crece por dentro.

Pues bien, ahora traduce esa vida en una tarea o relación hacia fuera. Ahí está tu Pentecostés.

La Santísima Trinidad

(Domingo después de Pentecostés) - A

Ex 34,4-9

1 Cor 13,11-13

Jn 3,16-18

1. En realidad, la fiesta de la Trinidad es un doblete, ya que la celebración de la gloria del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo se da cada domingo. Con todo, este Misterio, el misterio por excelencia, ha sido tan mal tratado, en general, que necesita un domingo especial.

Esta fiesta se celebra siempre después de Pentecostés, como resumen de todos los misterios de la Salvación, cuyo centro es la Pascua, y con ella se inicia el Tiempo Ordinario II.

2. El conocimiento que la mayoría de los cristianos tienen de la Santísima Trinidad remite a las afirmaciones dogmáticas abstractas, «un solo Dios en tres personas distintas», representado gráficamente por el famoso triángulo, que siendo uno está compuesto por tres ángulos, consustanciales.

Ha sido fatal separar la trascendencia del Dios Uno y Trino de su manifestación en la historia de la Salvación.

La consecuencia ha sido que «misterio» ha llegado a significar, en sentido racionalista, lo incomprensible, un dogma que sobrepasa la razón y que acepto por autoridad externa (la Biblia y la Iglesia).

¡Cuando es, cabalmente, lo contrario: allí donde la razón encuentra su hogar nutricio, el horizonte de acceso de nuestra finitud maravillada y agradecida ante la manifestación del Absoluto, la presencia sobrecogedora del Amor que se da a conocer libre y personalmente!

3. Por eso, el camino para conocer la Trinidad es la experiencia de la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, que no es algo abstracto, sino historia concreta, testimoniada en la Sagrada Escritura, celebrada sacramentalmente en la Iglesia, renovada constantemente en la vida de los creyentes, es decir, en los que dan gloria al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo.

4. Comencemos, pues, por *contemplar la Palabra* de este domingo.

Primera lectura. Contempla cómo Dios es el Dios que se revela, y lo hace libre y personalmente, de modo que en el acto en que se manifiesta no deja de ser el Otro, el incomprensible. Este Dios es amor fiel, incondicional. Sólo cuando sentimos la alegría de ser amados sin derecho, gratuitamente, estamos en onda para relacionarnos con el Dios revelado en la historia de Israel y de Jesús.

Segunda lectura. Pablo presupone que el Nuevo Testamento consiste en la autocomunicación del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que ser cristiano está configurado por el Misterio Trinitario.

Tercera lectura. Una vez más, el Evangelio de Juan nos sitúa en el núcleo superesencial: *Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único.*

5. Pasemos ahora a percibir *la presencia de la Trinidad en nuestra vida ordinaria:*

- Cuando hacemos «En el nombre del Padre», ese signo rutinario, que nos define como cristianos. ¿Te das cuenta de su contenido? Sabes a Quién perteneces, Quién te ama, a Quién sirves, en Quién confías, por Quién trabajas.

- Cuando piensas en tus padres (no habrán sido perfectos; tienen derecho a no serlo, como tú), date cuenta de que ellos han sido el símbolo primordial de tu conocimiento del Padre, del amor primero, del principio sin principio, del origen y fin de toda realidad.

En el Padre descansas: El es roca firme, misericordia entrañable, el que te reconcilia con tu libertad y tu pecado, tu responsabilidad y tus errores, tu autonomía y tu finitud.

- Tu aventura radical de ser persona adulta y creyente está referida a Jesús, el Hijo enviado, el Redentor, el Señor crucificado y resucitado.

Tiene rostro concreto, humano, como el nuestro.

Cuando piensas en El, adviertes' que lo mejor de ti es Suyo.

Le dices Tú, el Tú del discípulo al Maestro, el Tú del amigo al Amigo que entregó su vida por nosotros, el Tú de la esposa al Amado.

- El Espíritu Santo no tiene rostro, porque nunca habla de sí, sino del Padre y del Hijo. Por eso es «el gran Desconocido». Y, sin embargo, es lo íntimo, la vida misma, el aliento.

Es nuestros ojos para ver la acción del Padre, nuestros oídos para escuchar la palabra del Hijo, las manos abiertas que comparten. Ha sido derramado en nuestros corazones, y siendo la vibración de nuestro ser, no disponemos de El, porque El es la fuente. Cuando sentimos el amor como Don, entonces sabemos Quién es el Espíritu Santo.

6. Termina orando con el *Gloria de la Misa*. Notarás resonancias nuevas.

Observaciones

1. Hace tiempo vamos sintiendo que *el don de Dios es mayor que nuestras conciencias* (cf. 1 Jn 3,19-21).

Por eso, la plenitud de la fe individual está en lo que nos sobrepasa, en acompañar nuestro corazón al ritmo de la fe de la Iglesia, la sellada con el Espíritu de la verdad, que lleva a consumación la comprensión de las palabras de Jesús (cf. Jn 16).

2. El creyente individual, según va madurando teologalmente, experimenta dentro de sí ese vivir del Don mayor que la propia conciencia. Es entonces cuando adquiere órganos especiales para entender qué es la Iglesia, no sólo como institución o como comunidad, sino en su sentido más radical como Comunión de los Santos, como Esposa Santa e Inmaculada, que dicen la Carta a los Efesios o el Apocalipsis.

3. Algunos signos de dicha experiencia:

a) Se vive, cada vez más, de las *certezas fímdantes*; por ejemplo, que Dios es fiel y digno de confianza.

Estas certezas no son creencias, convicciones internalizadas para protegernos de la inseguridad y el caos, sino experiencias vividas, confrontadas y puestas a prueba, que se han ido consolidando en la propia historia personal, de modo que han construido la vida en una unidad de sentido.

b) El primado que va adquiriendo *la mediación de Jesús*.

La experiencia personal no se detiene, reOejamente, a considerarse a sí misma, sino que hace suyo, incapaz de abarcar la Revelación y el Amor de Dios, lo dado en la Iglesia.

Por ejemplo, pide «en el nombre de Jesús» (cf. Jn 14), da gracias por medio de Jesús, comulga en la Eucaristía para participar del sí de Jesús al Padre y de su amor a los hombres.

c) Se fía cada vez menos de sí mismo, pero no puede negar que es un elegido. No se cree mejor que nadie –es al revés–, pero sabe que pertenece al Pueblo de la Alianza, y se siente enriquecido ¡con tantos dones!

No siente segura su salvación. Lo importante es creer en la Gracia. Asegurar nada le parece un pecado grave de desconfianza en Dios, pretender controlarlo.

4. El secreto está en simplificar la vida cristiana desde la mirada confiada en Dios.

Fiestas del Señor y de los Santos

1. El calendario de nuestras fiestas es tan amplio que la comunidad cristiana ha elegido las más significativas, erigiéndolas, con frecuencia, en fiestas preceptivas o de guardar, que decían los manuales clásicos, es decir, dignas de ser celebradas, como los domingos, en Asamblea.

2. Muchas de estas fiestas están ya integradas en los domingos; por ejemplo, el Corpus es un doblete del Jueves Santo con matices de manifestación pública, o el Sagrado Corazón, fruto de una época de la espiritualidad cristiana.

Otras, especialmente las de María, han sido incorporadas a la liturgia cristiana según la comunidad católica, ortodoxa o latina, que ha ido comprendiendo el papel de María, la Madre de Jesús, en la historia de la Salvación.

3. El primer criterio para celebrarlas es que la mirada no se centre en lo santos, sino en el Dios que ha hecho su obra en ellos y les dio una misión en su plan redentor.

Pero no seamos tan puristas que creamos que Dios es celoso de la gloria que tributamos a sus santos, especialmente a la Virgen María. Ellos plasman la humanidad de Dios, la ley de la encarnación, que atraviesa la Revelación entera.

4. Los santos de las grandes fiestas suelen ser muy idealizados, hasta el punto de no ser imitables, como si no tuviesen nada que ver con nuestras miserias humanas.

Para resaltar la obra de Dios no hace falta desencarnada. Por el contrario, la Gracia resplandece en nuestra condición humana.

Cuando recuperemos la imagen real, humana, de María, por ejemplo, que fue una mujer sencilla de Nazaret, dedicada a sus labores, que tuvo que aprender a creer a través de la oscuridad, que no hizo nada extraordinario más que amar día a día...

A Pedro lo sentimos más cercano, pues el Evangelio nos lo presenta con sus luces y sombras.

Pensemos en ese santo de nuestra devoción, nuestro hermano mayor en la fe, a quien idealizamos, sin duda, pero que tiene también mucho de cómplice, pues lo hemos sentido cercano a nuestro caminar.

Fiesta del Corpus

Deut 8,2-3. 14-16

Sal 147

1 cor 10,16-17

Jn 6,51-59

NOTA: Cuando no es de precepto, la fiesta del Corpus se celebra el domingo siguiente al domingo de la Trinidad.

1. Palabra

La Iglesia, cada uno de nosotros, vivimos en camino; pero con frecuencia no lo aceptamos; nos acomodamos, protegidos por nuestras seguridades. La Eucaristía nos recuerda que el Señor está con nosotros, realmente presente; pero sólo perceptible sacramentalmente, en la fe, ya que lo que vemos es pan y vino, y lo que creemos, el Cuerpo y la Sangre del Señor.

El Deuteronomio nos describe la tentación que tenemos de asentarnos y nos exhorta a confiar en el futuro. Ningún motivo más palpable, paradójicamente palpable, que la Eucaristía: ¿Qué más podemos desear que a Dios mismo? Pero sólo cabe poseerlo en la fe.

Cada frase de Jesús en Jn 6 es estremecedora. ¿Es posible que algo tan maravilloso esté a nuestra disposición cada semana, cada día incluso? ¡Cuánto nos cuesta creerlo! ¡Con qué poca pasión lo comemos!

2. Vida

Se nota en nuestra vida qué poco peso tiene la Eucaristía. No lo decimos en el sentido que muchos cristianos no practicantes o los ateos nos lo dicen: «No son mejores los que van a misa que los que no van». Por desgracia, tienen sobrada razón; pero esa misma frase presupone una incomprensión radical de la vida cristiana. ¡Como si ser mejores fuese algo medible con prácticas religiosas!

Hacer de la Eucaristía vida presupone haber superado la idea de la Eucaristía como fuerza mágica que otorga la Gracia y haber descubierto la Gracia como fundamento de la vida.

Ciertamente, no hay Eucaristía sin sentido de comunión fraterna y de solidaridad (cf. segunda lectura); pero el amor al prójimo no consiste en hacer cosas buenas por los demás, sin más. Transformar el corazón en disponibilidad es lo que pretende la Eucaristía (¡Cuerpo entregado y sangre derramada!), y esto, normalmente, es un proceso lento.

Por eso, los que comulgamos con frecuencia nos sentimos juzgados por la entrega de amor de Jesús (representado en la Eucaristía); pero nos sentimos, sobre todo, infinitamente agradecidos. ¿Qué sería de nosotros si no comulgásemos, si no contáramos con su Presencia? ¿Qué sería de nuestra capacidad de amar sin El?

Fiesta del Sagrado Corazón

Deut 7,6-11

Sal 102

In 4,7-16

Mt 11,25-30

NOTA: Esta fiesta se celebra el viernes posterior al segundo domingo después de Pentecostés, es decir, después del Corpus.

1. Palabra

El mensaje de esta fiesta puede resumirse en esta frase de la segunda lectura:

Dios es amor.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados.

Nos cuesta entender la Biblia, la Revelación de Dios, porque no usamos la clave: que a Dios sólo se le entiende desde el corazón, desde esa lógica que desborda la razón controladora y el orden religioso moral arduamente conquistado por el hombre frente al caos de la finitud.

Conoce a Dios sólo el niño, el que ha simplificado la vida en la mirada, el que no se mira a sí mismo y confía, por encima de todo, en su Padre. Tal es el niño evangélico, no el adulto infantil, que utiliza a Dios de modo caprichoso.

Tal es Jesús, indefenso como un niño, queriendo tomar sobre sí, en su corazón, todo el peso de la condición humana. Somos tan idiotas, tan orgullosos, tan ciegos, que todavía nos empeñamos en salvarnos a nosotros mismos e incluso usamos nuestros mejores deseos de justicia como plataforma de poder.

2. Vida

¿Funcionas con corazón, de modo que el amor te da conocimiento íntimo de las personas y de la situación de los demás?

¿Has descubierto que Dios ha podido hacer algo contigo cuando te has dejado querer con sencillez, sin pretender pagarle nada ni estar a su altura?

¿Has descubierto que sin amor todo es nada, incluso tus mejores cualidades humanas de palabra y de acción?

¿Estás viviendo alguna situación que te exige amar pacientemente, desinteresadamente, con la sensación de que te toca perder inútilmente? ¿Te nace este amor, realmente, del corazón, o del miedo al conflicto y a una posible pérdida del otro?

Sólo el que ha encontrado Corazón en el que descansar (¡Dios-Padre!) puede ser corazón-fuente, que lleva las cargas de los demás. Como Jesús.

Fiesta de la Inmaculada Concepción (8-XII)

Gén 3,9-15.20

Sal 97

El' 1,3-6. 11-12

Le 1,26-38

1. Palabra

Conviene situar la celebración de esta fiesta dentro de la dinámica del Adviento, aunque tenga autonomía propia:

- El Adviento retoma la puerta abierta a la esperanza que supone la promesa hecha por Dios a raíz del pecado original.

La Inmaculada es el signo que Dios da como primera luz que anuncia la proximidad del Mesías, luz del mundo, nuevo Adán.

- La segunda lectura nos dice que lo realizado en María por pura gracia de Dios es el propósito de Dios con cada uno de nosotros. En Ella lo hizo desde el principio; en nosotros, desde el bautismo.

En Ella, victoriosamente, pero no sin dolor y con pruebas; en nosotros, mediante un proceso de conversión, en que el pecado cuenta con un pedagogo de salvación.

- El Evangelio nos habla de la «Agraciada». No es que Ella fuera mejor que nosotros y que Dios la premiara, sino que, por el contrario, fue favorecida desde el comienzo, para que todos nos enteremos de que «todo es gracia» y de que la misericordia del Señor abarca el principio y el fin, todas las generaciones humanas.

2. Vida

La fiesta de la Inmaculada está asociada de hecho a la pureza y castidad, al privilegio de la Madre de Dios, a una mentalidad católica combativa y conservadora... ¿Cómo rescatarla para la conciencia común de la Iglesia?

Cuando María no esté aparte, como diosa-virgen, sino la sintamos como la primera creyente que ha conocido la alegría de la Gracia salvadora...

Cuando no hagamos de la Gracia una tapadera de nuestra cobardía, sino el motivo más rotundo para atrevernos a cooperar con el Plan de Dios con el máximo de humildad y atrevimiento: «*Hágase en mí según tu palabra*»...

Que todo el día de hoy y durante la semana la figura de María te ayude a vivir el Adviento con alegre esperanza, como quien se extraña de las promesas de Dios y, a la vez, cree sin rodeos, con todo el ser.

Fiesta de san Pedro y san Pablo (29-VI)

Hech 12,1-11

Sal 33

Tim 4,6-8. 17-18

Mt 16,13-19

1. Palabra

Esta fiesta suele ser aprovechada por la mentalidad "catolicista" para subrayar el primado de Pedro y la centralidad de Roma en la Iglesia. La tradición, sin embargo, ha visto cómo la catolicidad de la Iglesia se realiza, equilibradamente, con las dos figuras de Pedro y Pablo.

Ambos murieron mártires en Roma y simbolizan la unidad católica de la Iglesia de Cristo. Por desgracia, Pedro ha representado (no siempre fue así) la dimensión institucional de la Iglesia, la autoridad, y Pablo, la dimensión misionera y profética (a veces contra el papado, por ejemplo, en el protestantismo).

El tema nuclear de nuestra celebración es la catolicidad, como nota de la Iglesia una y apostólica.

La Palabra nos presenta, alternativamente, las figuras de Pedro y Pablo. El Evangelio nos hace la pregunta que define al discípulo: "y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" La respuesta no viene de nosotros, sino del Padre. Nadie lo supo mejor que Pedro, que negó al Maestro y, a partir de la Resurrección, fue confirmado en la fe para que también él confirmase (Roma, roca de la unidad y del testimonio) a sus hermanos en la fe (cf. Lc 22,31-32), ni mejor que Pablo, que persiguió a la Iglesia y fue transformado en apóstol de la fe que libera de la ley.

2. Vida

Revisar nuestra conciencia de católicos. Ni fanáticos, que reducen la fe a su adhesión a la autoridad del Papa; ni vergonzantes, que apenas se atreven a decir lo que son y hacen de Roma la causa de todos los males en la Iglesia.

Una fe madura ha de poder integrar la identidad social, la pertenencia a la institución, en este caso, la Iglesia católica, sin atrincherarse frente a un contexto social hostil (anticlerical y antirromano). Pero una verdadera integración implica libertad interior y capacidad de discernimiento: que me siento cómodo siendo católico, pero no necesito sacralizar al Papa como intocable, ni dejo de ver cuánta conversión necesitamos para ser verdad católica, es decir, hombres de corazón universal.

Ser católico no es pertenecer a un partido; es un don de la fe y una tarea nunca terminada.

Fiesta de la Asunción de María (1S-VIII)

Ap 12,1-6

Sal 44

1 Cor 15,20-26

Le 1,39-56

1. Palabra

La fiesta de la Asunción, en medio de las vacaciones veraniegas, nos recuerda nuestra vocación más alta y definitiva, la fiesta de los resucitados en Cristo, de la victoria final de toda la humanidad sobre su principal enemigo, la muerte.

Estamos tan volcados en aprovechar las migajas de la vida, los restos de felicidad que nos concede el bienestar, que tenemos el peligro de olvidar el banquete al que hemos sido llamados.

Una vez más, los únicos que se enteran son los pobres:

- o bien, porque de ellos nadie se preocupa, sino su Dios Salvador, cantado por María (Evangelio de hoy);

- o bien, porque han descubierto, incluso en medio de la abundancia, la caducidad de todo.

María es la pobre en ambos sentidos. Nunca tuvo gran cosa, excepto su fe («Dichosa tú que has creído»). Pero su corazón rebosa de alegría.

2. Vida

En medio de las vacaciones, revisemos la calidad de nuestra alegría. Es triste esperar la alegría de unos días de evasión, cuando ella brota cada mañana. ¿Dónde?

En tu corazón, si tu mirada se vuelve a Dios-Padre, «en quien nos movemos y por quien existimos», misericordia entrañable.

En tus lazos afectivos: tu familia, tus amigos... Si no estás satisfecho, ¿no será porque no sabes recibir o recibes mal?, ¿no será porque quieres recibir más de lo que estás dispuesto a dar?

En tus pobreza. Sí, lo que nos empobrece nos abre la puerta regia a la alegría esencial: Dios.

En esa situación conflictiva o desagradable, que te obliga a amar, a pesar de todo, sabiendo que no tienes otra salida.

En los momentos tranquilos, que te llevan de la mano, suavemente, a la presencia de Dios, al gozo de la interioridad, al contacto con la naturaleza, a la contemplación de los acontecimientos con un horizonte más ancho...

En María, la mujer de la esperanza, que siempre tiene el don de serenar nuestros miedos y ansiedades.

Fiesta de Todos los Santos (I-XI)

Ap 7,2-4. 9-14

Sal 23

1 Jn 3,1-3

Mt 5,1-12

1. Palabra

La fiesta de todos los Santos está asociada a la conmemoración de los difuntos y, al estar colocada al comienzo de noviembre, concentra los temas fronterizos de la esperanza cristiana: el recuerdo de los seres queridos que hemos perdido, la promesa de nuestra inmortalidad, la nueva humanidad convocada en el cielo para una eternidad dichosa...

El Evangelio de hoy no nos permite aferrarnos a nuestras añoranzas afectivas ni a consuelos ultraterrenos. Nos devuelve al realismo de las Bienaventuranzas, al retrato del verdadero discípulo de Jesús.

Así fueron nuestros hermanos que nos precedieron en la fe y en la gracia del Espíritu Santo, la gran familia de los que han muerto en Jesucristo, el Señor de vivos y muertos.

2. Vida

El cristiano está acostumbrado a "la frontera»;

- a no considerar nada como horizonte cerrado, ni el sufrimiento, ni la muerte, ni siquiera el pecado, pues todo ello ha pasado con el Crucificado a la vida eterna;

- a hacer de lo más pasivo (la pobreza, la no-violencia, la simplicidad del corazón) lo más activo (amor confiado y tenaz, devorado por el bien del prójimo);

- a transformar la ineficacia e impotencia en sabiduría de lo esencial (la libertad interior y la vida teologal);

- a proclamar la muerte en camino de la Vida.

La fiesta de todos los Santos es ocasión óptima para mirar la vida finita con ojos de eternidad. No se trata de evadirnos, sino de dar a la realidad el peso de verdad que tiene. ¡Se ve todo tan distinto cuando se piensa en la muerte o en la vida en el Cielo!

Cuando nos cansamos de luchar, de hacer el tonto, viendo cómo los otros se aprovechan de nuestros principios cristianos, cuando la esperanza decae, nuestros hermanos los santos nos alientan. Con Pedro: «¿A quién iremos? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna?» Con Pablo: "Sé de Quién me he fiado».

Si los santos gigantes te desaniman, recuerda alguna persona auténticamente creyente, bondadosa y fiel, que has conocido. Los santos suelen estar más cerca de lo que creemos.

Tiempo Ordinario 11

NOTA: Con el domingo de la Trinidad comienza el Tiempo Ordinario n. Como se sabe, la numeración de los domingos depende de la fecha de la Pascua.

Si el domingo posterior a la Trinidad es inferior a 10, en este libro hay que encontrarlo en el Tiempo Ordinario 1, pp. 37-58.

Domingo 10 del Tiempo Ordinario - A

Os 6,3-6
Sal 49
Mt 9,9-13

1. Situación

Hay problemas que vuelven constantemente. Uno de ellos, para el cristiano, es el siguiente: Cómo traducir en la vida ordinaria el don de Dios, siempre mayor.

Algunos procuran ponerse en orden, y esto significa: prácticas religiosas frecuentes, virtudes de «orden» (trabajo, dominio de impulsos, reponsabilidad). Otros insisten en celebrar cordialmente el don de Dios, en cultivar la contemplación, sin confrontación con la realidad áspera y próxima.

Algunos dan con el secreto, bien simple: El don de Dios no es «algo», sino **El** mismo, amor misericordioso y fiel; y, por lo tanto, que la vida consiste en ese amor misericordioso y fiel.

¿Por qué tendemos a sustituir la sabiduría del corazón por el orden religioso-moral o la exaltación mística?

2. Contemplación

Hoy la Palabra se concentra: *Quiero misericordia y no sacrificios*. Jesús justifica su actitud con Leví y el banquete con los publicanos ante los bienpensantes fariseos, los hombres del orden religioso-moral, citando las palabras de Oseas (primera lectura).

Tuvo que escandalizar al profeta en aquella época en que el culto a la divinidad garantizaba el orden social. Fue atrevido al identificar el conocimiento de Dios con la misericordia. Sólo el que obra al estilo de Dios tiene conocimiento real de Dios.

Sabemos las consecuencias que trajo a Jesús su mensaje y su obrar consecuente, centrados en la gratuidad del perdón de Dios: incomprensión y condena. Han dejado de escandalizarnos a nosotros porque los diluimos en un vago sentimiento de compasión para los «problemas pecadores». Los fariseos, sin duda, al escandalizarse, evidenciaron la revolución que traía Jesús. Hacía inútil toda pretensión religioso-moral, las «buenas obras», para acceder al Reino.

Para entender las lecturas de este domingo tendríamos que sentirnos como Leví, un pecador público, con mala conciencia, aferrado a su pequeño mundo de seguridad material, que experimenta, maravillado, que Dios mismo se le adelanta, sin juzgarle, a ofrecer su dignidad humana y la amistad del Mesías.

3. Reflexión

La sabiduría del corazón nace en el corazón, al contacto con el Corazón misericordioso de Dios, que transforma nuestro corazón cobarde, ruin y defensivo, en un corazón agradecido y misericordioso.

Tal es el conocimiento de Jesús del verdadero discípulo. Primero, como Leví, ha de encontrarse con la misericordia de Dios, sorprendente, liberadora. Si se sabe pecador, no tiene que romper con el sistema de autojustificación del fariseo. Liberarse del orden religioso-moral, del tener que cumplir la ley para estar bien con Dios, le dará la primera experiencia del Reino.

Pero si la experiencia es real, y no mera descarga de la culpabilidad enfermiza, habrá descubierto dónde pone Jesús el secreto de la nueva vida según el Reino: en obrar con y desde un corazón misericordioso, que ensancha sus fronteras, liberándose de prejuicios sociales e incluso de esquemas religiosos.

La misericordia de Dios no crea corazones cobardes, sino fuertes, capaces de desenmascarar la mentira de los sistemas que discriminan a buenos y malos, a los que merecen o no merecen nuestra ayuda, a los que son o no son de Dios.

4. Praxis

Para este conocimiento liberador de la misericordia de Dios es necesario abrir nuestro propio corazón a la misericordia con el prójimo (en algunos casos, incluso en la condición previa). ¿Qué podríamos hacer?

- Que el hacer sea con corazón, con actitud y mirada distinta, que dignifica al otro, que ayuda liberando, no aprovechando la necesidad del otro para esclavizarlo.

- Realidades concretas de la vida ordinaria: Nuestra tendencia a juzgar, a murmurar en nuestras conversaciones, a discriminar a los que no son de los nuestros; echar una mano en el trabajo; pensar con más detenimiento en un nuevo modo de ser solidarios con los que apenas tienen, no limitándonos a dar la limosna que cumple, etc.

- Habrá alguna persona, algún grupo, alguna situación, ante los que sentimos especialmente la dureza de corazón, la dificultad para amar. Es evidente que el corazón, en estas circunstancias, no cambia por un golpe de buena voluntad; pero también es verdad que podemos revisar nuestras actitudes y pedir al Señor un corazón comprensivo y misericordioso como el Suyo, e ir dando pasos de menos a más (por ejemplo, no detenernos tanto en dar vueltas a la propia herida e intentar situarnos en el lugar del otro).

Domingo 11 del Tiempo Ordinario - A

Ex 19,2-6

Sal 99

Mt 9,36-10,8

1. Situación

No podemos quedarnos quietos ante la realidad que nos rodea. Ciertamente, la mayoría de nosotros sólo podemos poner un granito de arena para mejorar el mundo. Pero el que no valora ese granito de arena tampoco podrá y/o no deberá asumir responsabilidades mayores.

El creyente se siente comprometido a cambiar la realidad fundamentando su responsabilidad (sea sencilla: estar enfermo y mejorar la convivencia del entorno; sea compleja: dirigir una empresa o una parroquia) en la *misión*, con la conciencia de que es llamado personalmente a trabajar por el Reino.

¿Por qué, sin embargo, algunos reducen su responsabilidad a sus propios intereses y otros piensan que la misión es para los «elegidos». como los Doce Apóstoles?

Si la fe es experiencia personal del Reino, también lo es la misión. Cuando ésta falta, o la fe no está suficientemente personalizada, o no se valora como misión el lugar que Dios nos ha asignado en el mundo y en la historia, aunque no tenga brillo.

2. Contemplación

La misión nace del corazón; como dice el Evangelio, de la compasión al «ver tantas ovejas sin pastar». Cuando **no** se ama al hombre, la misión sólo sirve para nuestra necesidad, personal o colectiva, de poder o de vanidad.

Pero, quizá, lo que más nos cuesta en este tema es creer que Dios cuenta con nosotros, conmigo, para «darnos autoridad» sobre los poderes que esclavizan al hombre. Contemplemos detenidamente a cada uno de los Doce. ¡No es ninguna «minoría selecta», precisamente!

Tampoco lo fue Israel (*primera lectura*).

La contemplación debe abarcar, a la luz de la Palabra, tus responsabilidades cotidianas. Quizá las palabras te parezcan demasiado solemnes («ser elegido entre las naciones para ser propiedad personal de Dios», signo de su santidad), pero el Evangelio te va acostumbrando a conocer el estilo de Dios, y para El nada hay más importante que tú y tu granito de arena en el mundo.

3. Reflexión

Sentir que nuestra vida es misión y realización del plan de Dios (su voluntad salvadora) no se consigue, primordialmente, «espiritualizando» lo que hacemos. Por ejemplo, tener que estar pensando, cuando estoy trabajando en una oficina, que soy un instrumento de Dios y de su Reino.

Por el contrario, la conciencia de misión se hace dando *densidad a lo real* que llevo entre manos, por ejemplo:

- Aprender a *hacer nítido el trabajo*, ya que lo hago funcionalmente, casi mecánicamente. Para ello, tiene que interesarme de algún modo.

Es frecuente tener que realizar trabajos que no gustan. Tampoco se trata de lograr que un día me guste mi trabajo. Hay muchos otros aspectos, relacionados inmediatamente con el trabajo, que es necesario descubrir en su valor positivo, por ejemplo, las relaciones humanas de su entorno.

- Aprender a *elaborar la realidad presente*. No pasar por encima de ella, pensando en ideales futuros, proyectando expectativas...

Elaborar la realidad significa muchas cosas: no huir de lo que no gusta; no hacer de pasada las cosas; estar atento a lo valioso de las situaciones, por encima de las primeras impresiones; descubrir que aquello que sentimos como negativo puede ser altamente positivo, si cambiamos de actitud...

- Todo depende de *cómo mire* lo que hago.

Si lo percibo insignificante o valioso, que amenaza mis deseos o me posibilita crecer...

Si lo miro como voluntad de Dios aquí y ahora...

4. Praxis

La misión, en cristiano, no se mide por la eficacia inmediata (cuántos adeptos hemos conseguido para nuestra causa o qué cambios hemos podido constatar en las personas y estructuras), sino por la *fidelidad a la voluntad de Dios* allí donde El nos pone.

Tal podría ser el objetivo de esta semana: descubrir que mi vida es una misión a cumplir, que no se pierde en el desgaste de la condición humana (sobrevivir, trabajar, proyectar y morir). Soy yo en persona y mi tarea la piedra humilde con que Dios está construyendo la ciudad futura, el Reino que viene.

Domingo 12 del Tiempo Ordinario - A

Jer 20,10-13

Sal 68

Mt 10,26-33

1. Situación

Se oye con harta frecuencia esta expresión: «Es muy difícil ser cristiano en este mundo de hoy, con este ambiente social. Si, encima, hemos de ser testigos de Dios y comprometernos en una misión...»). Por eso, muchos hacen de la vida ordinaria un refugio, un modo de protegerse del juicio de la gente y, tal vez más, de proteger la propia conciencia, ya que todos tenemos miedo a no estar a la altura de nuestra vocación cristiana.

Sencillamente, tenemos miedo.

2. Contemplación

En la Sagrada Escritura se cuenta con el miedo. Se supone que es un sentimiento normal de la persona humana y que aumenta cuando Dios nos llama a realizar una misión. Es decir, que Dios no cuenta con superhombres para realizar su historia de Salvación en el mundo.

Jeremías, al parecer, fue un tímido, y le tocó dirigir la Palabra de Dios en el momento más crítico de la historia de Israel, en torno a la destrucción de Jerusalén. La primera lectura de hoyes un trozo característico de sus «confesiones»). El profeta se dirige a Dios contándole su situación, cómo la gente se burla y le persigue; y, a pesar de todo, sigue confiando en El.

En el Evangelio, Jesús repite la frase que tantas veces se dice en la Biblia a los testigos de Dios: *No temáis*. Jesús no ofrece ningún futuro halagüeño para los suyos, sino más bien lo contrario; pero éstos deben saber que están en buenas manos, en las manos del Padre.

y es que la fortaleza del cristiano no está en su coraje ni en su heroísmo, sino en hacer de su debilidad y miedo un acto de confianza en Dios Padre. En entregarse a la voluntad de Dios, a la misión encomendada, puestos los ojos en El, está nuestra fortaleza.

El salmo interleccional ha sido puesto por los evangelistas en labios de Jesús. Tampoco Jesús fue un superhombre, sino alguien que confía en Dios.

3. Reflexión

Hay que comenzar por no huir del miedo. Dicen que muchos actos heroicos, por ejemplo, en la guerra, nacen del miedo a sentir miedo, como si de una "huida hacia adelante» se tratase. Es preciso atreverse a sentir miedo, a ser humano.

Pero el miedo no puede ser encarado de frente; termina paralizándonos. Sólo puede ser encarado indirectamente, poniendo nuestra mirada en Dios, es decir, confiando en El y entregándonos a lo que El quiera, por encima de todo.

La fortaleza del creyente no es autoafirmación, sino humilde confianza.

Lo peor de todo es que, casi siempre, el miedo se nos incrusta como fantasma mental. "Se sufre más con el pensamiento que con el hecho». Por eso es tan importante que vivamos lo real cotidiano. Cuando leemos Jer 20 o Mt 10 sentimos pánico inminente de muerte. Con lo cual no sabemos cómo aplicar la Palabra a nuestra realidad ordinaria, hecha de miedos más sutiles, de cobardías elementales, pero no por ello menos destructoras.

Por ejemplo: El amor propio de que nos tilden de tontos si sabemos perder, por amor, ante los demás. El respeto humano de callarnos cuando se despelleja a un compañero/a. El miedo a que sepan que somos cristianos en determinados contextos en que lo cristiano se considera como desfasado. El miedo a hacer opciones concretas ante la posibilidad de fracasar, de no estar a la altura.

4. Praxis

¿Cómo elaboras tus miedos? ¿Has aprendido a reconocerlos, a vivirlos con confianza, a integrarlos en tu fidelidad cristiana?

Piensa en una situación que debes afrontar y ante la que sientes miedo. Algo tan normal como hablar con tu pareja de ese tema que casi siempre provoca tensión, o dar un paso concreto (de ayuda al prójimo, de servicio en la parroquia, etc.) que te compromete ante los demás.

La fidelidad cristiana no es para superhombres, pero tampoco para los que se atrincheran en sus fidelidades seguras, acomodadas, hechas a un espíritu calculador, atenazado por el miedo.

Domingo 13 del Tiempo Ordinario - A

2 Re 4,8-16

Sal 88

Mt 10,37-42

1. Situación

Vivir en cristiano, ser coherente con la fe, ser discípulo de Jesús, está asociado en la conciencia a ciertos modelos de vida, los «santos», que, tal como nos han sido presentados, han sido hombres extraordinarios, gigantes del espíritu o de actos heroicos.

El problema es que la mayoría nos movemos en una línea media, que no somos ni santos ni mediocres. Andamos en serio o, al menos, queremos vivir en serio nuestra vocación cristiana; pero no terminamos de liberarnos por dentro. Estamos como atenzados (tendencias que nos esclavizan, miedos que nos paralizan, egocentrismo insuperable, amor a medio gas...).

Lo peor de todo es que luchamos en dos frentes, sin aclararnos: Deberíamos ser santos; pero, si no somos ilusos, sabemos de antemano que no podemos hacer lo que han hecho los llamados «santos». Por otra parte, si hemos de ser fieles a nuestro momento, es decir, no proponernos metas desmedidas a nuestro proceso real, tenemos miedo de acomodarnos y estancarnos.

No sabemos cómo integrar el radicalismo evangélico y nuestra realidad aquí y ahora.

2. Contemplación

La primera lectura nos presenta a Eliseo, el santo extraordinario, y a la sunamita, una mujer rica con auténtico espíritu de pobreza. ¿Por qué, cuando leemos esta página, sólo nos fijamos en Eliseo?

El Evangelio, igualmente, nos presenta al discípulo radical, que lo deja todo (familia y bienes) para dedicarse a anunciar el Evangelio, y a la gente sencilla que da acogida a los predicadores. Hay que meditar en esta complementariedad. Recordemos a los amigos de Jesús, Lázaro, Marta y María, o a las mujeres que acompañaban al grupo de Jesús. ¿Por qué han sido desplazados en la valoración cristiana?

El salmo responsorial nos sitúa en la luz última de toda santidad personal y de toda acción por el Reino, sean extraordinarias o sencillas, la soberanía de Dios, «el Santo de Israel, nuestro rey».

3. Reflexión

No se trata de preguntarse quién es más santo, el radical que lo deja todo o el sencillo que no hace nada especial, pero comparte todo lo que tiene. El que juzga, a nivel de conciencia, es el amor; a nivel práctico, sólo importa hacer la voluntad de Dios, de modo que da lo mismo irse a una isla apartada de Oceanía o dedicarse a explicar matemáticas.

Mi problema es éste: que estoy llamado a ser radical allí donde estoy (radical en el amor, en el olvido de mí, en el compartir mi *tiempo* y mis bienes), a fiarme incondicionalmente de Dios, dejándome en sus manos; pero no me fío de mi buena voluntad, y sospecho que la uso para quedarme donde estoy.

Si me pregunto por algo concreto, si debiera renunciar a algo o hacer una opción más radical, veo claramente que los tiros no van por ahí. El problema es más hondo: de libertad interior, de transformación del corazón. ¿Qué hacer?

4. Praxis

Lo primero, mirar a ver si, en el fondo, todavía pretendo controlar mi vida espiritual, justificarme. En este caso, he de volver a la conciencia lúcida y gozosa de que mi transformación es obra de la Gracia. Confiar en la fidelidad de Dios, primer requisito.

A continuación, preguntarme por la estrategia del Señor. Es probable que yo tenga mis planes de perfección cristiana. ¿Coincidirán con los de Dios? Los años me han enseñado que somos tan ciegos, nos buscamos tanto, incluso cuando nos entregamos a la radicalidad cristiana, que el Señor tiene que frustrar casi siempre nuestras expectativas, obligándonos -suave y fuertemente- a fiarnos de sus caminos.

En todo caso, mientras no estemos bien fundamentados en humildad, es decir, mientras no seamos radicalmente conscientes de que no podemos nada respecto a las fuentes vivas del corazón, el Señor, estemos seguros, no nos dará la libertad de su Espíritu.

Por eso, la fidelidad real consiste: por una parte, en hacer lo que puedas según tu conciencia, en intentarlo cada día (subrayo, sólo e intensamente cada día); por otra, en estar abierto a los caminos imprevisibles de Dios, confiando en que El sabe mejor que nosotros lo que nos conviene.

Domingo 14 del Tiempo Ordinario - A

Zac 9,9-10
Sal 144
Mt 11,25-30

1. Situación

Retomemos la reflexión de estos domingos. Somos llamados a ser testigos de Dios en este mundo secularizado; el Evangelio, tomado en serio, empuja a la radicalidad; yo, personalmente, estoy implicado en esta aventura; mi vida no tiene sentido si la acomodo a un orden seguro de obligaciones a cumplir. Pero mi vida es como la de todo el mundo; no puedo optar por nada radical; tengo unas responsabilidades que exigen una fidelidad necesariamente rutinaria...

¿No será que me estoy metiendo en un callejón sin salida, precisamente por querer ser un cristiano de verdad? Ponerse metas tan altas, vivir de la Palabra de Dios, ¿no termina por atrapar al hombre en la desmesura, sacándolo de la realidad?

¿Tendré que irme a un convento o al Tercer Mundo? Sin embargo, he conocido a frailes y monjas y a misioneros, y he constatado que lo extraordinario, a primera vista, no produce necesariamente radicalidad cristiana.

2. Contemplación

El Evangelio de hoy nos coloca de cabeza en el corazón mismo de la Revelación y de la lógica del Reino. El contexto en que Jesús lo dijo es claro: frente a la sabiduría de los poseedores de la Palabra o de la perfección, la sabiduría de los cargados con la existencia, gente sencilla, los pequeños, que descubren agradecidos el corazón de Dios, infinitamente misericordioso, manso y humilde.

¿Necesitas todavía una respuesta a tu pregunta: quién puede ser discípulo de Jesús?

El texto del profeta plasma la figura de Jesús-Mesías pacífico, que vence la violencia con las armas de su amor indefenso. La entrada en Jerusalén, el día de Ramos, realizó la profecía de Zacarías.

El salmo nos ayuda a personalizar este espíritu, tan ajeno a nuestros esquemas y tendencias espontáneas. Nuestro Dios, creador y rey del universo, es *Abbá*, «el Señor bueno con todos, cariñoso con todas sus criaturas, que sostiene a los que van a caer y endereza a los que se doblan».

3. Reflexión

¿Quién puede ser discípulo de Jesús? ¿Puede uno serlo ahí, en la vida ordinaria, anónima, entrelazada con tantas pequeñas obligaciones, con urgencias que nada tienen que ver, a primera vista, con el Reino?

La paradoja está en que tú, el agobiado por las preocupaciones, puedes serlo; y con todo, no depende de ti, es revelación del Padre.

¡El secreto del Reino es tan simple, que por eso resulta difícil e increíble! ¿Para quiénes? Para los que quieren dominar la existencia, sean poderosos socialmente o sean poderosos moralmente o sean poderosos espiritualmente.

Tan simple como ser agradecido. Pero nuestra suficiencia no cierra a Dios y al prójimo. A veces pensamos en hacer actos heroicos de amor, cuando el amor se realiza cabalmente en las pequeñas e innumerables obligaciones que nos pesan. ¡Si supiésemos dar la vuelta a nuestras actitudes! Aquello que nos oculta el Reino es, casi siempre, lo que nos revela lo esencial: *el amor de Dios encamado en la condición humana*.

4. Praxis

Intentar esta semana descubrir con ojos nuevos cómo en lo pequeño de tu vida, cargada de menudencias y limitaciones, se revela el Padre que se complace en los pequeños, y Jesús, que te llama a descansar en El.

Comienza por no soñar en una vida distinta, por asumir tu realidad limitada. ¿No ves que el Mesías Jesús realizó el Reino entre los pequeños y enseñando a vivir lo humano, hasta el punto de que para El era más importante atender a un herido que celebrar el culto en Jerusalén?

No tengas miedo a ser pequeño con Dios, a descansar en El tus agobios. ¡Somos tan ridículos que pretendemos ser importantes con Dios! ¡Con lo dulce que es dejarse querer y acariciar por su misericordia infinita! El te enseñará a ser manso contigo mismo, a no crisparte cuando no se realizan tus deseos, a comprender que las relaciones sociales necesitan, sobre todo, ese plus de ternura y comprensión que cada día es más escaso, a ser fuerte sin violencia, a no escandalizarte del pecado ajeno ni del propio, a guardar el amor cada día como un tesoro frágil y precioso...

Observaciones

1. El Sermón de la Montaña (domingos 4-9 del Tiempo Ordinario) representa el programa de Dios del hombre nuevo, a nivel personal y comunitario. Los domingos 10-14 nos emplazan ante la decisión de llevarlo a cabo, con quiénes cuenta el Señor.

Si somos jóvenes idealistas, hasta nos halaga asumir un proyecto de vida así. Si hemos confrontado el ideal evangélico con las limitaciones personales y las resistencias del entorno, las reflexiones de los últimos domingos nos habrán parecido muy realistas.

2. En efecto, queremos ser discípulos de Jesús, creemos en su mensaje del Reino y nos sentimos llamados a realizarlo. Pero nos cuesta entender que nuestra misión presupone:

- Conciencia radical de ser pecadores salvados.
- Que cuenta con nuestro material humano.
- Que hemos de integrar nuestros miedos y debilidades, e incluso nuestros fracasos, en la lógica de la confianza incondicional en Dios.
- Que el Reino pertenece a los pequeños, por lo que sólo puede ser realizado desde la sabiduría de los pobres de espíritu.

3. Esto vale tanto para las vocaciones especiales, las que institucionalmente están marcadas por la radicalidad, como para las vocaciones llamadas de vida ordinaria, a las que se dirigen particularmente estas páginas. La verdad es que la frontera entre unas y otras es más social que real. ¿Es acaso más radical el voto de pobreza de un joven que entra en un convento que la situación de un padre de familia en paro?

En todo caso, allí donde estamos, lo decisivo se juega en lo cotidiano. Y aquí todas las vocaciones confluyen en lo mismo:

- Primado de la voluntad de Dios, siempre, sobre nuestros proyectos y expectativas.
- Primado del amor en aquello que hacemos, acción anónima o acción de liderazgo.
- Autenticidad y verdad en las actitudes. Sin segundas intenciones con los demás y con nosotros mismos, ya que, con frecuencia, la conciencia de nuestro ser y misión sirven a nuestro narcisismo y sutil afán de poder.
- A mayor motivación espiritual, mejor integración de lo humano.
- Humildad, lucidez respecto al propio corazón, y misericordia entrañable con el prójimo.

4. Dichas así las cosas, el lector de estas líneas tendrá tal vez la impresión de que estoy hablando a «santos». Permítame que remita, una vez más, a una de las paradojas de la experiencia cristiana.

Por una parte, ciertamente, sin este espíritu del Reino, sin este corazón convertido al estilo de Jesús, no merece la pena la aventura de la fe cristiana. Terminará siendo bloqueada por un moralismo estrecho o por fantasías espirituales. La Palabra de Dios, escuchada y celebrada en la Eucaristía, apela indefectiblemente a la dinámica de Absoluto.

Por otra parte, sin embargo, cuando uno entra más adentro en la dinámica propia del Evangelio, el Absoluto (Dios, el amor, los valores del Reino) adquiere un rostro insospechado:

- En vez de encontrarte con la perfección del asceta, te encuentras con el olvido de sí.

- En vez de tener que ser superhombre, has de aprender a ser débil, pero sin refugiarte en tu autocompasión.

- En vez de alcanzar eficacia y éxito en la tarea, se te pide obediencia y confianza.

- En vez de generosidad heroica, amor humilde y fiel.

5. Si vas sintiendo dentro de ti este camino, aunque te parezca que estás lejos, abandónate a la intuición interior.

Pídeselo al Señor, diciéndole de corazón, aunque sientas miedo: «Aquí estoy, envíame».

y tradúcelo en cosas concretas de tu vida ordinaria.

6. Lo sabio, en estos casos, es atenerse a la luz del presente. Si te pones grandes metas, con grandes palabras, terminas desanimándote.

Domingo 15 del Tiempo Ordinario - A

Is 55,10-11

Sal 64

Mt 13,1-23

1. Situación

Casi nunca nos decidimos a cumplir con nuestra misión porque no creemos en ella, porque nos parece inútil. Si somos realistas, sólo creemos en lo que controlamos. Y si somos idealistas, en nuestras ilusiones.

La misión cristiana en el mundo es eficaz, nos lo dice la Palabra de Dios; pero al modo de Dios. Paradoja extrema: ¿Hay algo que tenga mayor garantía de eficacia que lo que viene de Dios, el Creador omnipotente? ¿Hay algo más frágil que un Dios de amor, decidido a no imponer su Reino?

2. Contemplación

El Reino ha venido con Jesús y sigue viniendo con los que continúan su misión, nosotros. Pero, ¿cómo actúa?, ¿por qué no se impone con su resplandor divino?

La respuesta está en el Evangelio de hoy: Cuando el corazón está embotado, se puede mirar con los ojos sin ver, oír con los oídos sin entender.

Para el que ha acogido la semilla de la Palabra siendo tierra buena, la eficacia del Reino le desborda, de tal modo que tiene más y más. Al que es tierra pedregosa o con zarzas, se le quitará hasta lo que tiene.

No caigamos en la trampa de situarnos fuera de esta cuestión, racionalizando: cómo se compagina la Gracia y la libertad, o por qué Dios elige a unos cuantos y les da ojos y oídos para ver y oír lo que tantos profetas y justos quisieron ver y oír. La cuestión está en mi corazón, ahora mismo, en mi disposición a acoger la Palabra y en la fe que pongo en la misión que el Señor me ha encomendado de sembrar su semilla en el mundo.

Si creo, comprobaré que es verdad: el Reino actúa como la lluvia que baja del cielo, empapa la tierra, la fecunda y la hace germinar (*primera lectura*).

3. Reflexión

Sólo el que cree en la misión que se le ha encomendado está dispuesto a sembrar y esperar a que la semilla, con el tiempo, germine, crezca y dé fruto.

Sólo el que cree en su misión, sabe respetar la libertad, cuenta con el misterio del corazón humano y sabe de antemano que no puede dar fruto siempre, pues hay demasiados intereses que dificultan la acción liberadora del Reino.

Sólo el que cree en su misión, no se escandaliza de que Dios realice su Reino gratuitamente, pues él mismo sabe que no ha dependido de él la dicha que tiene ahora de ver y oír.

Sólo el que cree en su misión se lanza a realizarla, y deja de lado las preguntas y miedos que le retrasan.

4. Praxis

Piensa en alguna misión concreta que, en cuanto cristiano/a, estás cumpliendo, y verifica las leyes de eficacia, tan especiales, con que Jesús describe en el Evangelio de hoy la acción del Reino.

Puede ser: la educación de tus hijos; la atención a un enfermo; la responsabilidad de una asociación; la catequesis parroquial; tu despacho u oficina...

Allí donde no está en juego sólo la organización material de una tarea, lo técnico, sino la persona humana, sus relaciones, los valores morales y el sentido de la existencia humana, ahí hace falta la sabiduría del sembrador que cree en lo que hace, siembra y confía. Tiene que hacerlo lo mejor que pueda; pero ha de subordinar las ganas de la eficacia inmediata al misterio incontrolable de la libertad del hombre y de la gracia de Dios.

¿Por qué te desanimas con frecuencia, sino porque no estás hecho al estilo de la eficacia evangélica? Quieres conseguir, pero el Reino quiere libertad. Quieres tener frutos, pero el Reino quiere transformación radical del corazón y de la sociedad.

Vuelve a sembrar tu semilla esta semana con una fe nueva, más evangélica, en la misión que tienes.

Domingo 16 del Tiempo Ordinario - A

Sab 12,13-19

Sal 85

Mt 13,24-43

1. Situación

Paradoja del cristiano: está en el mundo y no es del mundo. Hemos de cumplir una misión; pero la eficacia de la misión está en manos del Señor de la cosecha. Somos llamados a transformar el mundo; pero nuestro quehacer se realiza «desde dentro» del mundo, respetando su autonomía, a modo de levadura.

Nos toca vivir hoy la misión en una sociedad secular, que se organiza sin Dios. Nuestra tentación es convertirla, reconquistar el terreno perdido, poniendo en el empeño la causa del Reino.

¿Cómo nos sentimos en esta sociedad descristianizada? ¿Cómo valoramos la secularización de la ciencia, de la razón, del Estado, de la ética, de la cultura?

2. Contemplación

La lectura primero nos da el tono interior para ver la historia con el corazón de Dios: que Dios es más humano con el hombre que nosotros. Al «elegido» le acecha siempre la dureza de corazón, la impaciencia de la eficacia controlable.

Por eso tendemos tanto los cristianos, especialmente los clérigos y religiosos, a emitir juicios morales de carácter global: cómo vamos de mal en peor, cómo la juventud ya no tiene valores...

La madurez de la fe nace de ese combinado de las parábolas de Jesús, que nos describe el estilo de la acción de Dios en el mundo:

- Por una parte, la verdad de la misión no está en el éxito, en conseguir que el mundo se haga Iglesia (la tentación de la teocracia, del gobierno cristiano del mundo, permanece), sino en respetar la autonomía de lo secular, pues el Evangelio se nos ha dado sólo a modo de levadura, que fermenta la masa del mundo «desde dentro» de la condición humana.

- Cuando sentimos la amenaza del mal, la cizaña, es normal que el honor de Dios y del hombre despierten nuestra ira e impaciencia. Pero es entonces cuando más discernimiento necesitamos para obrar al estilo de Dios.

3. Reflexión

Cuando la Iglesia fue minoritaria en los primeros siglos, siguió el estilo de Jesús: ser levadura, infundir un nuevo espíritu en la realidad del mundo (en los corazones, en la familia, en la manera de considerar a los desfavorecidos, de ejercer el poder y la violencia militar...), pero sin gobierno ni instituciones propias, desde los que organizar «cristianamente» el mundo.

Desde el siglo IV ejerció el poder ideológico y moral, en muchas ocasiones incluso político. A partir de la Revolución Francesa, 1789, la impresión es que Dios, concretamente la fe cristiana, pierde terreno y queda progresivamente arrinconada en la conciencia privada o, en todo caso, en la sacristía.

El cristiano no puede renunciar a su misión en el mundo (en la calle, en las conciencias, en los hogares, en los movimientos sociales, en la cultura, en la política...). El problema es *cómo*.

¿Se trata de cristianizar el mundo o de ser levadura del mundo? ¿Se trata de transformar el mundo en Iglesia o se trata de servir a los hombres?

¿Es Dios parte del mundo y, por lo tanto, la educación ha de ser católica, y los crucifijos han de presidir los tribunales, y la razón ha de ser iluminada por la fe, y la ética civil ha de ser guiada por la doctrina social de la Iglesia, y el Señor de la historia ha de estar presente en la calle, por ejemplo, mediante actos públicos religiosos, y hemos de organizar sindicatos católicos y partidos cristianos propios (sea la democracia cristiana o sea cristianos por el socialismo)?

4. Praxis

La reflexión anterior exige un pensamiento altamente elaborado sobre la presencia de los cristianos en el mundo secular.

Pero será mejor que comencemos por algo simple y práctico: piensa, por ejemplo, en el colegio de tus hijos. ¿Qué te parece más importante, que se les dé religión o se les dé una ética civil? ¿Por qué no les das tú una formación religiosa en la familia y aprenden a vivir la cultura propia de una sociedad secular, en que la razón humanista sea la plataforma de diálogo y de colaboración entre hombres de ideologías distintas?

¿Es demasiado pretender?

Domingo 17 del Tiempo Ordinario - A

1 Re 3,5-2
Sal 118
Mt 13,44-55

1. Situación

Cada domingo, o cada semana, cuando nos preparamos para celebrarlo, en medio de las múltiples responsabilidades inaplazables, nos hacemos la pregunta: ¿Qué es lo verdaderamente importante, qué merece nuestra máxima preocupación?

«El Reino de Dios», respondemos, y, por lo tanto, realizar su designio salvador sobre nosotros y el mundo.

¿Se trata, en verdad, de algo que uno realiza porque se lo propone? ¿Podemos disponer de él? ¿Se descubre en un momento o necesita, en general, un proceso de discernimiento?

2. Contemplación

Cuando uno es joven y lee con corazón generoso el Evangelio de hoy, la actitud espontánea consiste en dejarlo todo y lanzarse de cabeza en persecución de lo único necesario (irse al convento, al Tercer Mundo, dedicarse a los pobres o a la acción social; comprometerse). Cuando se es adulto, la sensación es la de maraña, de estar enredado con mil preocupaciones que impiden lo esencial.

Pero el Evangelio nos dice que el Reino *se encuentra*. Está ahí, escondido. No se puede disponer de él. Es cuando lo has descubierto cuando te haces sabio y sabes distinguir entre la perla de valor y la que no vale; entonces lo vendes todo por lo único necesario.

¿Dónde hay que buscarlo, fuera de la vida ordinaria, en una forma de vida distinta, especial? El Evangelio habla de *discernimiento*, de la red en que se mezclan los peces aprovechables y los desechables, del padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo, según el tiempo y la necesidad.

Esta sabiduría es don de Dios; pero hay que desearla con todo el corazón, como Salomón (primera lectura). Lo cual supone, anticipadamente, el don, ya que se es capaz de valorar más «un corazón dócil» para saberse guiar en la vida que el dinero o la salud o el triunfo social.

Encontrar el tesoro escondido en medio del mundo, seguir a Jesús en la vida ordinaria.

3. Reflexión

Uno es inteligente cuando tiene ideas y respuestas claras para los problemas. Uno es sabio cuando es capaz de guiarse en la vida. Sólo con los años se experimenta lo complicada que es la vida y sólo con los años, también, se aprende a discernir y simplificar.

La fe no es un cúmulo de respuestas hechas, sino la luz que guía interiormente, a través del claroscuro de la vida, según Dios. Para ello disponemos de indicadores, la Palabra y los santos; pero no bastan. Necesitamos del Espíritu Santo para discernir lo verdadero de lo falso, la verdad y su apariencia.

Lo dramático es que nadie acierta de antemano. Hay que buscar apasionadamente la verdad, hay que mantener la autenticidad por encima de todo, hay que pedir y desear la voluntad de Dios, ... y sólo «a posteriori», con los años, el cristiano se sorprende, agradecido, de no haber naufragado en la mentira y el egoísmo.

Es que el Reino no se nos ha dado fuera de nuestra realidad cotidiana, en un rincón apartado del mundo. Hemos de descubrirlo en el corazón de la historia, en la ambigüedad de lo humano. Con frecuencia todo depende de un momento de lucidez de conciencia, de bondad de corazón o de súplica humilde al Señor. ¿Por qué, en vez de aprovecharte de aquella situación para ganar dinero, fácilmente justificable ante los demás, en vez de quedarte cómodamente en tu casa (¿quién puede decirte que hacías algo malo?), preferiste acompañar a esa vecina abandonada?

No sabes, en definitiva, por qué lo hiciste. Fue un *comienzo*; pero ahora, mirando hacia atrás, sabes que encontraste el tesoro.

4. Praxis

¿Estás viviendo alguna situación que te obliga a la lucidez de conciencia, a hacer caso a los valores del Reino (el amor desinteresado, la justicia, la confianza incondicional en Dios)? No hace falta que sea algo extraordinario. Notas, simplemente, que te deslizas hacia lo fácil, la insolidaridad, el tener más, y que, sin darte cuenta, estás perdiendo criterios cristianos. A veces te parece, incluso, que estás siendo más realista y adulto. Pero en tu fuero interno todavía sientes la llamada del Reino...

¿Por qué no te paras y reflexionas?

Si no sabes qué hacer, pide, pide la Sabiduría.

Domingo 18 del Tiempo Ordinario - A

Is 55,1-3

Sal 144

Mt 14,13-21

1. Situación

Vivimos esta paradoja: "No sólo de pan vive el hombre; pero sin pan no puede vivir». ¿Cómo integrar la necesidad de pan con la experiencia de que el pan no sacia nuestro hambre?

La cuestión tiene aplicación personal y social, al mismo tiempo. De hecho, ha servido tanto a los espiritualistas, que insisten en el pan espiritual, como a los temporalistas, que insisten en el estómago lleno como requisito para todo planteamiento espiritual.

¿Cuál es tu modo de ver este problema y, sobre todo, de vivenciarlo?

2. Contemplación

La Palabra de Dios mantiene la bipolaridad: pan para el hambriento y pan para los que comen y no se sacian.

La lectura de Is 55,1-3 resulta muy actual, especialmente para nuestras sociedades de consumo. Lo probamos todo y estamos cada día más vacíos. Este vacío existencial es el presupuesto donde cabe pronunciar la Palabra: *Escuchadme y viviréis*. Porque es la Palabra el verdadero alimento del corazón humano.

La multiplicación de los panes de Jesús exige un doble principio de lectura: por un lado, el realista encarnado, el de la praxis mesiánica de Jesús, que trae el Reino para los hambrientos de estómago, sin metáfora; por otro lado, el eucarístico, pues realiza el signo de la abundancia para los últimos tiempos, representado y realizado al dar gracias a Dios por el don de su Hijo.

Ver la correlación de ambos aspectos en entrar en la Alianza perpetua, prometida a David, puesta en marcha por Jesús.

El salmo responsorial celebra el amor de Dios cuidando de sus hijos como un padre cariñoso y entrañable: que los alimenta, cuida, instruye, promete...

3. Reflexión

No es fácil creer en las expresiones del salmo a la letra. ¿Es verdad que Dios da la comida a su tiempo a los que esperan en Él? ¿Que lo digan en Bangladesh o en el Chad!

Es normal, por ello, que muchos hombres hayan prescindido de Dios para cumplir la palabra de Jesús: *¡Dadles vosotros de comer!*

El cristiano adulto no cae en ese dualismo. No hace de Dios la solución del hambre en el mundo; pero tampoco prescinde de Dios en los problemas humanos. Al contrario, según madura su fe:

– La motiva con la praxis de Jesús, que no dejó abandonada a la gente hambrienta en medio del descampado, y toma en serio el compartir lo poco o mucho que tiene, y no justifica su insolidaridad diciendo que con lo que él dé no se arregla el problema.

– No se limita a dar de comer, pues la persona humana es más, y trabaja por su plenitud integral: la psicológica, la cultural, la moral, la religiosa...

– Pero no se siente protagonista y señor de la historia, sino un servidor del Reino, un pobre discípulo de Jesús. Cada vez que comparte lo que tiene o reivindica los derechos humanos, cada vez que ve afirmarse la solidaridad humana en todas sus formas, siente la presencia providente de Dios inclinada amorosamente sobre sus hijos.

– No le pide a Dios cuenta de por qué no libera a la humanidad del hambre o de los horrores de la guerra o de la opresión. Como Jesús, sustituye la pregunta por la acción y por la confianza en Dios.

4. Praxis

¿Qué puede significar multiplicar los panes en nuestra vida diaria? Abrir la casa y la mesa, pues la intimidad no debe ser una fortaleza.

¿Por qué la Eucaristía del domingo tiene tan poco que ver con la Eucaristía del pan compartido y multiplicado? ¿Cómo redescubrir que el pan-cuerpo de Cristo es el pan entregado por todos y mandamiento irrenunciable: *Haced esto en memoria mía?*

No caer en la crispación de quien le echa a Dios la culpa del hambre y de otras calamidades. Y tampoco erigirnos en jueces del mundo. El que vive de la Palabra y confía en la Providencia transforma su realidad en amor de humanidad, pues, ¿de qué sirve dar de comer si no damos dignidad y esperanza al corazón humano?

Domingo 19 del Tiempo Ordinario - A

1 Re 19,9-11

Sal 84

Mt 14,22-33

1. Situación

Nunca nos acercamos a Dios en blanco, sino con una idea preestablecida de El y desde un deseo o expectativa, con frecuencia inconsciente. Por ejemplo, nos parece más divino lo grande, lo que se impone.

Igualmente, vemos la presencia de Dios en nuestra vida a la luz de esquemas preestablecidos. Por ejemplo, asociamos la acción de Dios a intervenciones evidentes, definitivas. Nos cuesta percibirlo en lo sencillo, en lo escondido de los acontecimientos.

¿Cómo encontrar a Dios entre luces y sombras, en la mezcla extraña que somos los humanos y en lo que hacemos?

2. Contemplación

El paso de Dios es como un susurro (primera lectura). Pero para percibirlo hace falta estar atentos. Nosotros tendemos a verlo en el viento huracanado, en el terremoto o en el fuego, en lo espectacular y distinto.

Recuerda la presencia actuando de Dios en tu vida, y te darás cuenta de que, casi siempre, ha sido algo suave y pacífico; pero, por lo mismo, has tenido que afinar tu sensibilidad interior para vigilar su paso.

A veces nos ocurre como a Pedro (*Evangelio*). Un día dimos el salto de la fe y nos lanzamos al agua, entusiasmados con nuestra experiencia y decididos a comprometernos por la causa de Jesús hasta el final. Creíamos que la fe era una conquista lograda. ¡Qué fácil es apropiarse la fe y disponer de ella como de un poder de autoafirmación personal y social! Nuestro entusiasmo delata nuestra necesidad de seguridad. Utilizamos la fe para disponer del poder divino. Pero Jesús nos deja con nuestros miedos, con nuestra humanidad. Porque la fe no es un poder que asegura nada, sino una confianza que se afianza en la debilidad. Ella nos pacifica, es fuerte desde dentro de la condición humana, no por encima de ella.

Todo depende de la mirada, de no mirarnos a nosotros mismos, sino a El.

3. Reflexión

¿Cómo percibir el susurro de Dios?

El primer requisito es dejarle a Dios que sea humano, que quiera manifestarse en la fragilidad de quien camina sobre las aguas movedizas y confía.

Hay que aprender a estar atento a la vida ordinaria. ¿Por qué hay que esperar a las grandes acciones que solucionen el problema del Tercer Mundo, si a tu lado conviven inmigrantes africanos? ¿Por qué hay que quejarse de la falta de solidaridad en esta sociedad competitiva, si esta mañana has asistido a la reunión de vecinos de tu inmueble y has constatado el interés por esa familia que tiene un hijo drogadicto?

Dios no juega al escondite; al revés, se acerca apasionadamente a nosotros; pero no quiere imponerse, ni en lo personal, obligándonos a su voluntad, ni en lo social, arreglando nuestros problemas colectivos. Su acción es discreta: en la gente anónima que hace cosas muy elementales por dar calidad de amor a las relaciones humanas; en peones de las grandes instituciones (civiles o religiosas) que traducen los proyectos a la medida de los pequeños grupos, sin avasallar.

De vez en cuando, Dios parece interrumpir su estilo habitual de presencia, tan discreto, e irrumpe con fuerza: una enfermedad repentina, un líder carismático, una revolución social... Aun en este caso, la densidad de su obra está en las consecuencias concretas, nada llamativas (el heroísmo de la paciencia cotidiana, la justicia social que se traduce en la cesta de la compra de los más humildes...).

No sabemos valorar esta acción callada de Dios en la historia. Quizá porque tampoco valoramos nuestra vida anónima. Aunque seamos socialmente importantes, la mayor parte de nuestro tiempo supone una tarea oscura y tenaz.

4. Praxis

De vez en cuando, aunque sean los dos momentos semanales de 20 minutos que pide este libro, hay que hacer silencio y escuchar el susurro de Dios. ¿No es, cabalmente, esta palabra, tan humana, presencia actuante de Dios en forma de susurro?

Pues bien, el susurro de Dios en la Palabra y el susurro de Dios en la historia son correlativos. Que Jesús es el signo por excelencia del modo de actuar de Dios.

Domingo 20 del Tiempo Ordinario - A

Is 56,1-7
Sal 66
Mt 15,21-28

1. Situación

La fe, según madura, crea actitudes sin fronteras.

Sin embargo, nuestra tendencia, especialmente en nuestra sociedad occidental del bienestar, es a poner barreras. La familia se repliega en su intimidad, cerradas las puertas con sistemas sofisticados de seguridad. Se multiplican asociaciones de todo tipo, pero cada una cerrada herméticamente, como si fuese una casta. En los países industrializados crece la xenofobia. Los cristianos buscamos de nuevo nuestra identidad mediante la cohesión ideológica del grupo frente a un mundo hostil al que hay que convertir.

Esta tendencia tiene, sin duda, una explicación sicosocial. Pero el creyente con sensibilidad percibe en qué medida amenaza el dinamismo más íntimo de su fe, la ruptura de fronteras.

2. Contemplación

La misión de Jesús se ceñía «a las ovejas descarriadas de Israel» (Evangelio). Pero, después de poner a prueba la fe de la mujer cananea, no dudó en ofrecer la salvación a una pagana. Por la misma lógica por la que Jesús rompía las fronteras estrechas del judaísmo: la misericordia por encima de los sacrificios, la persona por encima de la ley, la fe por encima de la raza y de la ideología (que es el caso de esta mujer, anticipando la revolución posterior del cristianismo abierto a los paganos).

Algunos profetas ya lo anunciaron (primera lectura) y algunos salmos lo celebraron (salmo responsorial).

Somos nosotros, los cristianos del paganismo, los beneficiados de este amor de Dios sin fronteras. No somos conscientes de ello, pues nos resulta normal conocer al Dios de Israel, al Dios de Jesús, y celebrar la Alianza en el cuerpo y sangre de Jesús, el Mesías. ¡Pero que este domingo, al menos, nos demos cuenta de lo que significa!

Ciertamente, esa ruptura de frontera fue decisiva. ¡Que en la Eucaristía de este domingo miremos, además, a nuestro alrededor y seamos conscientes de las barreras que nos separan, comenzando quizá por los que nos sentamos en el mismo banco!

3. Reflexión

No es fácil romper fronteras. Primero, porque hemos de respetar la intimidad y la autonomía de los otros. Segundo, porque los mecanismos de defensa se disparan rápidamente. Hemos de comenzar por nosotros mismos, por nuestro entorno más cercano. Lo comprobamos a diario: nos quedamos sin muros en cuanto otro nos abre sus puertas y comparte.

Hay que comenzar por desmontar prejuicios instintivos, miedos internalizados, por ejemplo, cuando vemos a alguien de color o que se viste con pintas que chocan al ámbito social en que nos movemos.

A continuación, crear plataformas de diálogo con personas de opinión distinta o contraria, especialmente si amenazan nuestro sistema de creencias. ¿Cómo? En nuestras conversaciones. Saber escuchar no es cuestión de técnica, sino de corazón que acoge y empatiza.

Compartir será un nuevo paso. Abrir mi casa al otro es dejar de percibir al otro como enemigo o como persona que invade lo mío.

Es una tarea sufrida, pero «los sufridos poseerán la tierra», dice Jesús (Mt 5). El futuro del hombre depende de la capacidad de crear una urdimbre de solidaridad en las relaciones interpersonales y en las microestructuras sociales en que nos movemos cada día "(vecindario, oficina, bar, sala de la asociación...). Miramos casi siempre a las macroestructuras porque no sabemos valorar y vivir la tarea sufrida del cada día.

4. Praxis

Con una actitud atenta a la realidad y un poco de imaginación, resulta fácil encontrar acciones para romper fronteras. Por ejemplo:

- ¿Por qué te cuesta hacer una visita al vecino del cuarto piso después de cinco años de convivencia? Os saludáis en la escalera y notáis cierta simpatía. Seguro que él lo está deseando; pero nuestros fantasmas mentales nos lo impiden.

- En tu empresa trabajas con un inmigrante. Parece retraído, y la mayoría de tus compañeros se inhiben; algunos pocos adoptan una actitud hostil. ¡Sería tan importante acercarse!

- ¿Por qué te resulta tan fácil hablar mal del otro grupo cristiano de mentalidad y estilo distinto al de tu grupo?

¡Nos falta un corazón ancho!

Domingo 21 del Tiempo Ordinario - A

Is 22,19-23
Sal 137
Mt 16,13-20

1. Situación

Con la secularización progresiva de la sociedad los creyentes tendemos a adoptar o bien una actitud inhibida, de respeto humano y miedo a confesar explícitamente la fe, o bien una actitud proselitista, que busca reconquistar el terreno perdido.

¿Por qué no repensar una nueva actitud? Explicitar la fe como una gracia que no ataca en absoluto la autonomía del hombre. Por el contrario, vivir gozosamente nuestra identidad cristiana desde la sencillez, hablar tranquilamente de Jesús, el Mesías, don de Dios al mundo, evitando cualquier pretensión de poder, concuerda con el estilo mesiánico de Jesús, hecho de discreción y humildad.

2. Contemplación

La pregunta de Jesús a los discípulos (Evangelio) nos viene dada desde rostros distintos: ¿Quién decís que soy yo?

- Nos la hace Jesús en persona. ¿Realmente, su persona significa nuestra esperanza?

- Nos la hace la gente que nos conoce. ¿Realmente, nuestra vida responde a la fe que profesamos?

- Nos la hacen los hijos o los chicos/as de la catequesis parroquial o nuestro grupo de reflexión cristiana. ¿Qué diría yo, con el corazón abierto, de Jesús?

- Nos la hacen de improviso las circunstancias de una conversación en el trabajo o en un café. ¿Cómo reaccionamos? ¿Cuál es nuestro modo de confesar la fe?

A Pedro se le dieron las llaves del Reino, porque fue elegido por Jesús para confirmar a sus hermanos en la fe, después de haberle negado (cL Lc 22,31-32). Como a Eliacín (*primera lectura*).

A cada uno de los discípulos de Jesús se nos da la llave de la fe *para abrir y cerrar*. ¿Nos damos cuenta del don que hemos recibido y de la responsabilidad que tenemos? Tenemos la llave de la esperanza del corazón humano.

3. Reflexión

Necesitamos un nuevo aprendizaje de nuestra identidad social en cuanto cristianos. Antes ser ciudadano y cristiano coincidían. Hablar de Dios y de los contenidos dogmáticos, morales o espirituales de la fe era parte de la cultura ambiental. Hoy:

- Hemos de comenzar por aceptar el hecho de la secularidad, que nos obliga a no ir de triunfadores por el mundo. El reverso de la medalla sería ir de perdedores o de víctimas.

Jesús no nos prometió triunfar. Nos dijo que fuésemos testigos, sin más.

- Aprender a separar campos sin contraponerlos: sociedad e Iglesia, cultura secular y cosmovisión cristiana, autonomía del hombre y experiencia de la fe... La condición es saber encontrar plataformas de diálogo con los no creyentes en plan de igualdad, no de hostilidad ni de proselitismo; por ejemplo, la racionalidad ética, las ciencias humanas, la colaboración en proyectos comunes de carácter humanista, el diálogo entre cosmovisiones distintas (sobre los derechos del hombre, entre religiones, etc.).

- Buscar siempre más lo que une que lo que separa.

- Crecer en libertad interior, distinguiendo la experiencia fundante de la propia identidad de la identidad social ideológica. Soy cristiano porque creo personalmente en Jesucristo y su Evangelio, no porque pertenezco a un grupo socialmente identificable.

- Lo cual permite integrar con libertad la identidad social, en un momento en que ser católico, socialmente hablando, produce cierto desprecio e incluso hostilidad.

4. Praxis

Repensar con detenimiento este tema.

En concreto, discernir qué motivaciones me mueven a hablar de mi fe o a callar.

En mi vida ordinaria, especialmente, siempre me encuentro en situaciones que me exigen explicitar la fe: en mi familia, con los amigos, en la parroquia, en algunas instituciones (por ejemplo, la escuela)... ¿Qué actitudes adopto?

Observaciones

1. Los domingos 10 al 14 tenían un hilo conductor: quién es y puede ser discípulo de Jesús. Los domingos 15 al 21 nos han ofrecido una serie de claves para actuar en el mundo el Reino de Dios. Evidentemente, no están todas, pero sí algunas muy significativas.

2. En este proceso, que supone nuestro caminar cristiano a la luz de la Palabra de los domingos, podemos destacar dos temas:

Primero: Cómo vamos personalizando nuestra misión.

¿Qué sentimos o pensamos cuando hablamos de misión? Quizá la palabra es demasiado solemne. La realidad es simple: que ser persona y creyente significa pensar en los otros, y que esto tiene que ver con la fe en Jesús y su Evangelio.

¿En qué se fundamenta nuestra conciencia de misión?

Si descubres necesidad de justificarte ante tu conciencia, te estás creando obligaciones que terminarán por ahogarte.

Si es por una especie de identificación idealista con un proyecto, mira bien si tiene algo que ver con tu realidad ordinaria.

Si nace de un proceso de maduración interior, sentirás la misión como voluntad concreta de Dios en tu vida y fuente de libertad, simultáneamente; buena señal.

3. ¿Es necesario acertar exactamente con lo que Dios quiere para mí? Normalmente, la opción concreta nos la deja Dios a nuestro discernimiento. Lo que importa es que tú la vivas con la sensación de hacer lo que tienes que hacer, de modo que si vieses que Dios quiere otra cosa, lo dejarías sin vacilar, aunque te costase.

4. ¿Conviene aclararse previamente a través de un proceso de maduración, antes de optar, o a la inversa, optar ya para irse clarificando?

Depende de personas y de tipos de opción. Si se trata de una decisión grave, que compromete globalmente la propia vida (por ejemplo, la elección de una profesión, irse al Tercer Mundo o entrar en una institución religiosa), es necesario un proceso previo de maduración.

Si se trata de realizar la misión en la vida diaria, la mejor pedagogía es la circular: discernir y optar. En la confrontación entre lo que sientes y te va mejor y la praxis concreta, te vas aclarando.

5. En este libro damos *prioridad a la misión en la vida ordinaria*. Por eso, cuando hablamos de opción, el margen que nos queda es mínimo si pensamos en hacer algo distinto. La mayoría tenemos casi todo el tiempo ocupado con responsabilidades que no dependen de nosotros.

Es el momento de *optar por la responsabilidad de la vida ordinaria como nuestra misión.*

6. Sin duda, tendremos todavía un margen de tiempo (fines de semana, ciertas horas del día) para realizar algo más por el prójimo y el Reino de Dios.

Discierne con lucidez. En algunos casos domina la rutina y la comodidad de la vida; que uno no quiere complicarse las cosas. En otros, por el contrario, el problema es que valoran más la reunión del grupo de oración que estar con los hijos, o la campaña por el reciclaje de las basuras más que visitar a la tía anciana.

7. *Segundo:* Cómo vamos aprendiendo a percibir y realizar el reino *desde abajo*, en el corazón de la historia.

Somos *levadura*. La eficacia es a largo plazo, sin poder, promocionando libertad y solidaridad.

No tenemos derecho a separar el trigo y la cizaña, a suplantarse la ambigüedad de la historia con nuestros «purismos» de todo tipo: pastoral sólo para la élite; moral para perfectos; justicia social intachable; amor sin conflictos...

Valorar lo oculto, lo que crece sin brillo, lo que exige la paciencia de la fe y el amor humilde de todos los días.

8. Ahí estamos, en el corazón del mundo, pues el Señor nos ha llamado a poner nuestro granito de arena con la misma dedicación y cariño que el orfebre real coloca la joya más brillante en la corona de su Rey. Porque, efectivamente, servimos al Rey de los cielos y de la tierra.

Domingo 22 del Tiempo Ordinario - A

ler 20,7-9

Sal 62

Mt 16,21-27

1. Situación

Llama la atención el contraste entre la confesión de fe de Pedro el domingo pasado y su cerrazón en éste. Así somos: En cuanto asoma la posibilidad del sufrimiento, como consecuencia de la fe, nos escandalizamos.

La gente lo suele expresar con mucho realismo: «Más vale no ser muy amigo de Dios», pues la amistad con Dios conlleva la cruz. Dicen que santa Teresa se solía quejar cariñosamente al Señor: «No te extrañe, Señor, de tener pocos amigos, pues tan mal los tratas».

y nosotros, ¿queremos ser los amigos de Jesús, los que le siguen en salud y enfermedad, en bonanza y desventura?

2. Contemplación

Para escuchar el Evangelio de hoy hace falta corazones recios, pero desconfiados de sí mismos. Acostumbrados a enfrentarse con la dureza de la vida, que no se escapan del sufrimiento. No pensemos en situaciones especiales, sino en las que la vida normal trae y de las que, tarde o temprano, nadie se escapa: problemas familiares que tardan mucho en arreglarse, enfermedades que se prolongan, sacar adelante la familia con mucho sacrificio, soledad del corazón, limitaciones psicológicas clavadas como una espina, vacío y oscuridad durante años en la oración, apostolado generoso sin frutos...

Escucha las palabras de Jesús en referencia a tu experiencia concreta de cruz: *El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo.*

La lectura de Jer 20 te confirma en el camino de los amigos de Dios. Es normal sentir la tentación de echarse para atrás. Pero no hay remedio: Dios es más fuerte que nosotros.

El salmo responsorial nos fortalece, transformando nuestros miedos y rebeldías en deseo de Dios. Es nuestro propio corazón, nuestro amor de Jesús, el único capaz de encontrar motivaciones para seguirle, a pesar de todo.

3. Reflexión

No es fácil compaginar una filosofía de la vida centrada en el negarse a sí mismo y otra, en la felicidad. Teóricamente, sin duda, la verdadera felicidad exige la superación del egocentrismo. Prácticamente, el camino es delicado, porque el ansia de felicidad actual, en parte al menos, es reacción frente a un cristianismo del sacrificio y de la inhibición o de las exigencias utópicas. Prácticamente, sobre todo, el cristiano adulto ha tenido que discernir su propio camino: cuánto autoengaño hay tanto en las renunciaciones que uno se monta por su cuenta como en la búsqueda de una vida satisfactoria.

Por ello, dos criterios podrían iluminar este tema:

- Primero, el criterio de *realidad*.

Seguir a Jesús en la vida ordinaria significa tomar en las manos lo que la vida trae necesariamente de dureza, renuncia e insatisfacción; por ejemplo, el trabajo con sus exigencias múltiples o el esfuerzo diario por mantener la calidad de las relaciones interpersonales en la pareja (o en la vida comunitaria).

Cabe arrastrar las situaciones inevitables de dolor o, por el contrario, aprender a vivirlas día a día como camino de maduración humana en obediencia de amor al Señor que guía nuestros pasos.

Segundo, el criterio del *0/1101*.

Vivir por alguien posibilita que todo sea distinto, el percatarse de que merece la pena pasarlo mal. ¡Que se lo digan a una madre inclinada ante el lecho de su pequeño enfermo o al padre que se levanta cada día a las 6 de la mañana para ir al trabajo!

Sufrir por Jesús da al discípulo una fuerza interior insospechada: cuando los padres ven que los hijos van dejando la fe y sólo pueden decir una palabra oportuna y rezar; cuando el compromiso por los compañeros injustamente despedidos del trabajo amenaza el propio puesto; cuando la fidelidad a la conciencia te crea conflictos con la autoridad eclesiástica...

4. Praxis

¿Qué sentido damos a la dureza ordinaria de la vida?

Recuerda alguna ocasión en que has experimentado la verdad de las palabras de Jesús: que perdiendo es como se gana.

Miremos a ver si ahora mismo el Señor nos pide negarnos a nosotros mismos para seguirle con generosidad.

Domingo 23 del Tiempo Ordinario - A

Ez 33,7-9

Sal 94

Mt 18,15-20

1. Situación

Hemos puesto el acento en la personalización de la fe. Pero ésta es inseparable de la vocación a ser Iglesia, a compartir la fe con otros creyentes. En los domingos del Tiempo Pascual, especialmente, hemos insistido en ello. Allí, a nivel radical, la novedad que trae el Espíritu del Resucitado. Aquí, a nivel práctico.

¿Qué significa para ti compartir con otros la fe? Porque hay muchas formas concretas: asistencia a la Eucaristía de la parroquia, reunirse semanalmente con otros cristianos para profundizar la propia fe, comprometerse en un proyecto definido de «comunidad» (diversidad de movimientos: comunidades de base, neocatecumenales, etc.).

¿Has pensado que tu primera comunidad cristiana es tu familia, o tu fraternidad religiosa?

2. Contemplación

El texto evangélico recoge dichos de Jesús sobre la corrección fraterna, la autoridad del Enviado y la oración comunitaria, retocados, sin duda, por las comunidades cristianas y puestos por el evangelista en un contexto preciso, el «discurso eclesial». Los tres dichos expresan aspectos esenciales de la realización de la vida cristiana en comunidad:

- La corrección fraterna presupone una dinámica de corresponsabilidad y establece el criterio que ha de configurar la autoridad y las relaciones: el amor fraterno. Incluso en caso de conflicto, el modo cristiano de abordar lo ha de ser «de abajo arriba», de ningún modo dictatorial.

- La autoridad se fundamenta en la misión y, por lo tanto, no reposa en el poder, sino en el servicio. Paradójicamente, exige que las relaciones con la autoridad estén iluminadas por la fe en la misión que reciben algunos. Sin fe en la mediación eclesial, entramos en la lógica de la rivalidad. Sin referencia al único Señor, Jesús, la autoridad degenera en abuso, tanto más cuanto pretende basarse en Dios.

- El encuentro fraterno, siendo plenamente humano ("ponerse de acuerdo»), es signo eficaz de la presencia del Resucitado. Importancia decisiva de la oración comunitaria.

3. Reflexión

¿No será el momento de plantearse el modo concreto de vivir la fe en comunidad? Algunas pistas o criterios.

Comencemos por lo ordinario. Tu primera comunidad es la familia (en caso de institución religiosa, la fraternidad local). Ha sido llamada con frecuencia «la Iglesia en pequeño» o «primera célula de la Iglesia». Hay que recuperar su valor central como ámbito primero de educación en la fe, de oración en común, de diálogo abierto con el mundo, de aprendizaje de amor compartido a través de los conflictos, etc. No idealicemos la familia y, sobre todo, no caigamos en la tentación de confundirla con un «nido protegido», cerrado sobre sí mismo.

Junto a la familia, tu comunidad local, la parroquial, el ámbito en que te sientes Iglesia, celebrando la Eucaristía. Esta participación ordinaria es más importante que otros posibles compromisos parroquiales (servicios múltiples, catequesis...). A veces hay que pasar por ciertas tareas parroquiales para enterarse de lo que es pertenecer a la comunidad cristiana. Sin duda, tu espíritu crítico tiene razón cuando ve en todo ello mucho resto sociológico del pasado; pero no caigas en la tentación de juzgar como mediocridad esta medianía humana parroquial. No son los «puros», que juzgan a los demás por encima, los que perciben mejor la presencia del Reino.

Nada de lo anterior quita la conveniencia de reunirse en pequeños grupos de reflexión, oración y tarea. Lo ideal sería saber combinar distintos ámbitos de participación. Así se evita, simultáneamente, la rutina de la masa y el espíritu de secta. Por otra parte, Jos psicólogos sociales dicen que esta capacidad de integrar, sin oposición, distintos ámbitos de relación es señal propia de las sociedades postindustriales.

4. Praxis

A la luz del Evangelio, señala en tu comunidad los problemas más significativos, fuente de conflictos o de anquilosamiento. Piensa un poco qué se podría hacer. Antes de repartir culpabilidades, mira los condicionamientos objetivos que dificultan una verdadera vida comunitaria. ¿Qué podrías hacer tú en concreto para mejorar la situación?

Cuando participes en la Eucaristía o asistas a una reunión o te reúnas en familia, recuerda: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre...».

Domingo 24 del Tiempo Ordinario - A

Ecc 27,33-28,9

Sal 102

Mt 18,21-35

1. Situación

Toda vida en común exige mucha capacidad de perdón. Pero esta palabra la aplicamos más fácilmente a Dios que a nuestras relaciones. ¿Por qué? Quizá porque nuestra cultura contrapone perdón a dignidad, y estamos tan embriagados por nuestros derechos que olvidamos lo esencial: que sólo la fraternidad, e! olvido de sí, suscita vida liberadora, rompiendo nuestras defensas egocéntricas.

Jesús estableció una correlación directa entre el perdón recibido de Dios y e! perdón ofrecido a los hermanos. Así, en el Padre nuestro.

2. Contemplación

y así, en la parábola de! Evangelio de hoy.

Lo sorprendente de esta parábola es su contexto: el discurso sobre la comunidad cristiana. Pensemos en nuestra familia (recorremos las reflexiones del domingo pasado), en nuestra comunidad parroquial, en nuestras relaciones de vecindario o de trabajo. ¿Por qué tiene tanta importancia la capacidad de perdón?

Pensemos en un problema concreto (alguna ofensa personal, rivalidad con alguien, deudas no pagadas...) y escuchemos las palabras de Jesús. ¿Cómo las sientes? ¿Te parece que te obligan a «hacer el primo»?

Lee ahora la primera lectura y pregúntate: ¿Me ha tratado a mí el Señor como trato yo a mi prójimo? ¿Se ha fijado El acaso en sus derechos?

y ora con el salmo responsorial, descansando en el Señor la lucha interior entre el ideal cristiano de la generosidad y la resistencia del propio corazón, que se aferra a sus derechos. Si oras con esta vivencia de lucha, tal vez se te dé la libertad interior para amar y perdonar; tal vez te ayude a encontrarte con tu verdad. En todo caso, lo que no tiene sentido, ante la misericordia de Dios, es pretender justificarse.

3. Reflexión

En una vida en común, lo esencial depende del olvido de sí, del amor que pasa por encima de las necesidades de autoafirmación (revestidas, casi siempre, de «derecho»). ¿Por qué? Porque lo interpersonal no se fundamenta en la organización racional de fines y medios, sino en la vida de amor. Socialmente, la justicia distributiva tiene un papel mucho más determinante (deberá estar atemperada por la equidad y la compasión, desde luego). En la vida comunitaria hay que estar volviendo siempre a las fuentes del amor. En cuanto se habla de derechos, se desencadena la separación.

Con todo, insistir en la generosidad puede enmascarar injusticias graves dentro de esa vida común. De hecho, quienes llevan el peso del perdón suelen ser los que necesitan depender porque tienen miedo a la separación, o los que sólo saben amar y no tienen capacidad para analizar las situaciones, o los de siempre (la mujer, que asume el papel de perdedora o salvadora; los débiles que no pueden afirmarse, a los que utilizan los otros).

En este sentido, es necesario un aprendizaje de madurez afectiva, capaz de combinar perdón generoso y lucidez respeto a las situaciones concretas. Por ejemplo, hay personas que tienen que aprender a no pedir perdón antes de acostarse, porque es necesario, antes, hablar del conflicto vivido y objetivarlo. Otros, por el contrario, tienen que aprender a tener menos «razones» y a desarrollar la comprensión y la bondad.

En ciertas situaciones la única salida es amar a lo tonto, perdonando. En cualquier situación, el criterio último no es la justicia que reivindica, sino el amor desinteresado.

4. Praxis

Después de orar con la Palabra y las reflexiones anteriores, ¿cómo tendrías que abordar el problema que tienes con ese familiar tuvo?

Hay ciertas «heridas» que sólo se curan mediante el perdón, dejando de dar vueltas a reivindicaciones justas. Si no puedes olvidar, puedes pedir amor para perdonar. ¿Por qué no ofreces al otro un signo de reconciliación, aunque sea un saludo?

Sé autocrítico, porque muchos sentimientos nacen de actitudes enfermizas: suspicacia, complejos de inferioridad, etc.

Observaciones

1. La personalización de la fe no es algo meramente individual, pues la persona es relación y convivencia. Ciertamente, soy único y nadie puede sustituirme y, en definitiva, lo que cuenta es la transformación liberadora de la persona; pero el fin de mi vida no soy yo, sino el prójimo, y la transformación es liberadora cuando no pretende autorrealización, sino autodonación.

¿Notas, efectivamente, que cada vez eres más tú mismo, pero que no estás pendiente de ti, sino de la voluntad de Dios y de tu prójimo, como Jesús?

2. En esta dinámica, el primer aprendizaje es el de la convivencia diaria. Todos sabemos lo difícil que es, tanto que a veces buscamos hacer el bien a la gente de fuera huyendo del realismo cotidiano de la vida común.

Aunque hay un cariño sincero, somos muy limitados, en general, para las relaciones interpersonales. Lo notamos en nosotros mismos: necesidades infantiles de ser reconocidos, rivalidades sutiles, tendencia a apropiarnos de las cosas, envidias solapadas...

Nos empeñamos en cambiar nuestros sentimientos y, al cabo de cierto tiempo, nos damos cuenta de que muchas reacciones no las podemos controlar. Esto exige un doble aprendizaje:

- Por una parte, de humildad: de aceptación propia, de reconocimiento de nuestros fondos oscuros.

- Por otra, de lucidez psicológica, pues de nada nos sirve empeñarnos en cambiar los sentimientos a base de esfuerzo, sintiéndonos culpables, cuando los problemas son de otra índole. Aquí tendríamos que analizar los mecanismos psicológicos personales y del grupo en que vivimos. Esta objetividad no resuelve los problemas, pero los sitúa en su dinámica real.

3. Descubrir la miseria de la convivencia es correlativo a descubrir la grandeza de la vida común.

- El tú (pareja, amistad) despierta lo mejor de mí mismo.

- El grupo (familia, fraternidad religiosa) es el ámbito donde Dios construye su Reino, pues éste se realiza desde dentro de la condición humana.

- El amor se verifica y crece en torno a las realidades que configuran la vida común: comprensión, olvido de sí, perdón, colaboración, entrega...

- En la convivencia se experimenta la verdad de las palabras de Pablo, que «el tesoro se nos ha dado en vasos de barro», pues ¡qué poco da de sí, aparentemente al menos, el grupo, si lo confrontamos con los grandes ideales de libertad y plenitud! Sin embargo, a la larga, es lo que merece la pena. Ahí hemos aprendido a confiar, a poner nuestro granito de arena, a hacer la voluntad de Dios.

4. El mundo en que vivimos va suscitando la necesidad de otros grupos de referencia. En la sociedad rural, la familia, las relaciones abiertas con la gente y la parroquia constituían el ámbito de la convivencia. En la sociedad urbana actual es necesario encontrar ámbitos intermedios de convivencia (asociaciones culturales o deportivas, grupos de acción social, comunidades cristianas parroquiales o extraparroquiales). La familia no debe cerrarse sobre sí misma.

En este sentido, sin absolutizarlo, parece normal que pienses en compartir la fe con otros creyentes. Las ofertas son múltiples: catecumenado de adultos, grupos de oración o de compromiso activo, comunidades de acentos espirituales e ideológicos distintos...

A veces se espera de estos grupos que sirvan de refugio a problemas de convivencia o que sustituyan mi proceso de personalización. Pronto se constata lo que dan de sí. No son ninguna panacea. Pero son altamente valiosos:

- porque son ámbito de intercomunicación (necesidad básica en nuestra sociedad);
- porque fomentan una formación permanente;
- porque re[uerzan los compromisos de la vida ordinaria;
- porque realizan lo que no es posible en una celebración parroquial, condicionada sociológicamente; la Iglesia en cuanto comunidad viva que celebra y comparte.

Domingo 25 del Tiempo Ordinario - A

15 55,6-9
Sal 55
Mt 20,1-16

1. Situación

Vivimos una contradicción: Queremos servir al Señor y a los demás sin pedir nada a cambio; pero no concebimos hacer algo que no suponga una retribución (el sueldo por el trabajo, la gratitud por un favor, y más que la gratitud, aunque sea sólo un detalle).

¿De dónde nos viene esta contradicción? ¿Será que idealizamos el amor como algo desinteresado, pero la vida se organiza, más bien, como un sistema comercial?

Fácilmente tratamos la relación con Dios con los mismos esquemas. Si me porto bien con El, me recompensará con el cielo, el bienestar en la tierra, la paz interior...

2. Contemplación

El Evangelio de hoy nos obliga a cambiar de perspectiva, a fijarnos en el modo que Dios tiene de relacionarse con nosotros. Jesús parte del esquema que todos entendemos: a tal trabajo, tal pago. Pero nos dice que Dios lo desborda: paga según la sobrea-bundancia de su corazón generoso, porque lo suyo es dar.

¿En algún momento Dios nos resulta injusto? Es verdad que el Evangelio nos presenta a Dios dando a los que han trabajado desde la primera hora lo suyo; es decir, que son tratados con justicia. Pero la «punta» de la parábola está en establecer el contraste entre el corazón humano y el corazón de Dios. Es a la luz del corazón de Dios como se revela la ruindad y envidia del nuestro.

La lectura de Is 55 es una exhortación a buscar al Señor desde la conciencia de ese pecado raíz que envenena nuestras mejores actitudes éticas, incluso nuestra lucha por la justicia y la igualdad. En vez de pedirle cuentas al Señor, deberíamos conocerle en su piedad infinita para cada una de sus criaturas (el salmo responsorial rezuma el gozo humilde de la fe).

3. Reflexión

Reflexionemos sobre la envidia del corazón humano en contraste con la grandeza de la bondad divina.

Aparece en nuestros sentimientos infantiles. En la amistad, no aguantamos no ser los únicos, ni los primeros. A veces se debe a falta de autoestima. Otras, a inmadurez afectiva, a no haber desarrollado relaciones abiertas.

En nuestras reivindicaciones sociales. ¿Por qué no habré nacido rico, más dotado en el físico, en mi inteligencia o para las relaciones humanas? Nos comparamos, nos quejamos...

Somos capaces de luchar por un salario justo en la empresa; pero si otro de mi «status») laboral, por lo que sea, gana un poco más, mi primera reacción es de reivindicación. ¿Por qué me cuesta tanto alegrarme con el bien ajeno?

Si mi interés es el de los bienes espirituales, la envidia adoptará formas retorcidas; por ejemplo, la competencia en la virtud, el juicio sobre las segundas intenciones del otro, sobre todo cuando es alabado, etc.

Jesús está de acuerdo sobre los intentos de organizar la igualdad humana según criterios de justicia y equidad. Pero apela a una medida más honda y desenmascara las trampas de la racionalidad reivindicativa. Si Dios nos hubiese tratado «en justicia», si nos pagase según nuestros méritos...

4. Praxis

Cuando esta *semana* sientas tu corazón agradecido ante la misericordia de Dios, piensa en una persona concreta (o un grupo social) respecto a la cual sientas envidia (si rechazas este sentimiento, tan humano como cualquier otro, pregúntate por qué). Intenta percibir cómo la quiere Dios, cómo os quiere a cada uno.

Aplica la medida de Dios a tu análisis de la injusticia social. Distingue tu sentido de la justicia en función del bien común, cuando no buscas tus intereses (por ejemplo, si piensas en los de categoría económica inferior), dispuesto a compartir, y ese otro sentimiento de crispación y envidia, en que las razones están ligadas directamente al tener más o al mayor prestigio. ¿Es que hay que renunciar a todo lo que es interesado, «justamente interesado»? No. Pero sigue mirando con el corazón de Dios, a ver qué pasa.

Domingo 26 del Tiempo Ordinario - A

Ez 18,25-28

Sal 24

IV/t 21,28-32

1. Situación

Queremos servir al Señor con lealtad; pero somos conscientes de lo remolones que somos. Si fuera sólo remolonería... Con frecuencia, decimos no con nuestra vida, aunque el sentimiento diga que sí. ¿Por qué somos así?, nos preguntamos.

A veces es fruto de nuestras resistencias voluntarias o de los apañes que nos hacemos para manejar la voluntad de Dios a nuestro antojo.

Otras veces, sin embargo, tenemos la sensación de que el problema es más hondo, que nos falta un amor grande y total ("fervor de espíritu», decían los clásicos) para responder con gozo y prontitud a los deseos de Dios. ¿Depende de nuestra voluntad esta libertad interior del amor?

2. Contemplación

La lectura de Ez 18 nos pide sinceridad con nuestro corazón, que no echemos fuera de nosotros el problema, escudándonos en explicaciones. El colmo de la mentira-excusa es echarle a Dios la culpa de nuestra historia personal de pecado.

El Sal 24 me ayuda a dar un paso más: a situar mi responsabilidad en acto de oración, pues es verdad que mi falta de entrega es mía y, simultáneamente, que no soy capaz de un sí incondicional y pleno a lo que Dios quiera. Lo noto en cuanto paso de una actitud general a problemas concretos. Cuando me pregunto, por ejemplo, si Dios me pidiese dejar esto o aquello, entonces siento mi falta de amor verdadero.

De esto nos habla el Evangelio: del hijo que dice no a la primera y, luego, va, y del hijo que, al principio, dice sí, pero luego se escaquea. Es consolador en medio de todo, pues uno quisiera decir sí inmediatamente, sin pensárselo dos veces.

Lo más desconcertante es que el hijo primero simboliza a los pecadores, a cada uno de nosotros. Consolador, para los que reconocemos nuestras resistencias y confiamos en la fidelidad del Señor, más fuerte que nosotros mismos. Provocador, para los que se creen los buenos, los intachables, los fieles.

3. Reflexión

El tema de hoyes especialmente aleccionador para los que llevamos años trabajando en la viña del Señor, es decir, hemos ido consolidando la opción cristiana de nuestra vida. En efecto, no nos queremos echar atrás, aunque a veces nos cansamos. Nuestro problema está en que no terminamos de amar. Andamos siempre debatiéndonos entre el deseo y la realidad, el sí incondicional y el egocentrismo.

Que no somos santos es evidente. Pero tampoco nos consideramos mediocres, si mediocridad significa tibieza, es decir, autosuficiencia y acomodación a lo fácil y seguro.

¿Qué nos falta? Sin duda, amor sin medida, coraje para jugar nos la vida a una sola carta.

Pero con los años hemos aprendido que el salto a la realización de nuestros mejores deseos no está en nuestras manos. ¿Qué hacer?

4. Praxis

En este caso, lo más práctico no es hacer actos de generosidad, sino *discernir*.

Tener una visión de conjunto de la trayectoria personal, qué dificultades para amar con libertad se repiten. ¿De dónde vienen? Se mezclarán causas humanas y espirituales.

Criterio base: Si mi vida ha estado marcada por el primado de la voluntad de Dios y he ido creciendo en libertad interior a partir de ese primado, aunque todavía sienta lo atrapado que estoy por mi "yo».

¿Cuál es mi momento actual respecto al amor? ¿Algún punto crítico, en el que noto que estoy jugándome la generosidad? ¿De dónde nace mi deseo de generosidad, del deber de perfección o del corazón que ama, aunque el "YO» se resista?

El discernimiento no es un medio para aplazar la praxis, sino para una buena estrategia espiritual. Hay limitaciones psicológicas en el amor que nos molestan, pero no pueden ser superadas. Hay resistencias del yo que exigen humildad y paciencia para esperar la hora de la libertad. Hay negaciones interiores que son sólo excusas para no amar.

Domingo 27 del Tiempo Ordinario - A

15 5,1-7
Sal 70
Mt 21,33-43

1. Situación

Estos domingos va resonando un tema de fondo: responsabilidad. ¿Qué hacemos de nuestra vida? ¿Qué hacemos de los dones de Dios? ¿Qué respuesta damos a su Amor?

No son preguntas teóricas. El amor de Dios es gratuito, y nada responsabiliza tanto como ser amado.

Pero a veces tenemos un corazón tan duro que utilizamos el amor de Dios como un seguro de vida, que nos permite quedarnos tranquilos, egoístamente pasivos, sobre todo a nivel social.

No es «responsabilidad» la última palabra para justificarnos, sino Gracia. Pero la Gracia sin responsabilidad es «caradura».

Se nos ha encomendado a nuestra responsabilidad nada menos que la viña del Señor, es decir, nuestros hermanos, un mundo más justo y feliz. ¿Qué hacemos?

2. Contemplación

La palabra nos dice lo que solemos hacer de nuestras responsabilidades y nos urge, al mismo tiempo, a tomarlas en serio.

En la voz de Is 5 resuena:

- El amor apasionado y dolorido de Dios.
- La ingratitud del hombre en su corazón y en sus obras.

Echemos una mirada al mundo: ¿Qué hemos hecho de la obra de Dios, de sus hijos, nuestros hermanos, del mundo, su criatura?

En la voz de Jesús resuena otro tanto, pero tocando fondo, tocando las entrañas mismas del Padre:

- Hemos asesinado a su Hijo.
- Hemos pretendido apropiarnos de su viña, hacer del mundo nuestro capricho. Son las víctimas de siempre, los inocentes perseguidos, los desfavorecidos, los que nos dicen con su grito silencioso la dureza de nuestro corazón y la atrocidad de nuestras obras.

3. Reflexión

¿Es demagogia la Palabra de Dios? Cuando oímos ciertas cosas tendemos a defendernos. En efecto, son «los otros» los que cometen atrocidades; los políticos que buscan el poder, las multinacionales que roban a los más pobres, los delincuentes de las calles...

No es fácil asumir responsablemente *la culpabilidad social*. Nos resulta abstracta, no personal; o por *el* contrario, si la hago mía, no puedo soportarla, es demasiado grande.

Culpabilidad social quiere decir que yo comparto con otros la responsabilidad de la injusticia y de la violencia del mundo. Tengo mi parte en ello, y debo descubrirla, reconocerla y transformarla en justicia y paz.

¿Cómo? No basta, a mi juicio, cambiar de actitudes, aunque esto es lo más importante. Hace falta además:

- Conocer objetivamente cómo funcionan la injusticia y la violencia a través de las estructuras económicas, sociales y culturales. Las ciencias humanas ayudan a ello.

Ejemplo: No basta apelar a la fidelidad moral en las relaciones heterosexuales para combatir el sida. Hace falta darse cuenta del cambio cultural en el significado de la sexualidad.

- Comprometerse con acciones concretas que ayuden no sólo al cambio de actitudes en las personas, sino también de las condiciones que están produciendo objetivamente la injusticia y la violencia.

4. Praxis

Al final, la cuestión es muy concreta: ¿Cuál es mi responsabilidad social aquí y ahora para que el mundo sea más justo y pacífico? No será la misma la de un parlamentario o la de un obrero anónimo en una multinacional.

Pero, ¿se puede ser coherente con una opción cristiana de vida sin algún compromiso social organizado (que no tiene por qué ser confesional, desde luego)?

No conviene absolutizar, pues se puede luchar y hay que luchar por un mundo mejor, en primer lugar, mediante el compromiso anónimo de la vida ordinaria. Pero, ¿no estás llamado/a a ningún compromiso organizado, aunque sea algo tan sencillo como participar en la asociación de vecinos?

Domingo 28 del Tiempo Ordinario - A

Is 25,6-10
Sal 22
Mt 22,1-14

1. Situación

Hay dos modos de encarar la responsabilidad: desde el deber a cumplir o desde el don.

Uno cumple con sus obligaciones de ciudadano, trabajador, padre o madre de familia... Sin duda, no es lo mismo pagar los impuestos por miedo a las consecuencias (si no se pagan) que pagarlos desde la conciencia de tener más de lo necesario y sentirse solidario con las necesidades colectivas.

Pero cuando se trata del Reino sólo cabe la responsabilidad que nace del Don. ¡Es tan distinto cuidar un hijo porque no puedes abandonarlo o porque es tuyo, o porque es una maravilla que se te ha encomendado! ¡Es tan distinto ir a misa por obligación o sentirse llamado a participar del banquete del Reino!

¿Cómo vives tu fe, como un sistema de normas que hay que creer y cumplir, o como el don mayor de tu vida, que, en consecuencia, te empuja a compartirlo?

2. Contemplación

Todo, en la Palabra de hoy, te invita a la *responsabilidad agradecida*:

- El anuncio gozoso del profeta acerca del futuro definitivo de la humanidad, no circunscrito a Israel: abundancia de bienes que colman la indigencia humana, entre ellos, nada menos que la inmortalidad feliz.

- El salmo traduce las promesas del futuro en experiencia anticipada (la intimidad con Dios, su signo más real).

- El Evangelio, especialmente, formula la dialéctica cristiana de la responsabilidad. Se nos ha dado gratis el Reino. Por eso, el pecado consiste en haber "pasado» de El, en creer que tenemos obligaciones mayores que recibirlo y disfrutarlo. Pero, aunque uno se abra a El, y cabalmente, porque asiste al Banquete, ha de tomarlo muy en serio, como primera responsabilidad. La advertencia de Jesús vale para los judíos de entonces y para los cristianos de ahora: "Si no lo tomáis en serio, será para otros».

3. Reflexión

Es frecuente ver a cristianos que durante años mantuvieron fidelidad a sus compromisos cristianos, y luego los abandonan o los reducen a los mínimos en un intento de autojustificación. ¿Por qué? Si es joven adulto, porque no aprendió a integrar ideales y realidad, y comienza a sospechar que su fe era un montaje. Cuando se comienza a ser maduro, las responsabilidades más urgentes (el Evangelio dice: «uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios») absorben el interés y la dedicación.

La solución, decimos, es clara: fundamenta los compromisos en la experiencia del don. Y es verdad. Pero el drama de la existencia humana es que no conocemos la verdad de nuestra fundamentación hasta que no somos puestos a prueba.

Las pruebas más difíciles no son siempre las situaciones especiales de sufrimiento. Entonces parece que sacamos fuerza de nuestra flaqueza. Son las responsabilidades más evidentes las que nos impiden, con frecuencia, el compromiso por el Reino. Siempre tenemos razones para aplazar la conversión, para no tomar en serio el amor de Dios, para mejorar económicamente sin preocuparnos de los demás. Llega un momento en que la maraña de preocupaciones e intereses creados es tal que resulta prácticamente imposible vivir del Reino.

Convidados de primera hora, los favorecidos por Dios, que se quedan fuera. ¿No tenemos a veces esa sensación, sobre todo si tenemos más de cuarenta años y de jóvenes entregamos lo mejor de nosotros al Reino?

4. Praxis

Esta semana podríamos centrarnos en estas dos preguntas:

- ¿Desde dónde vivimos nuestros compromisos cristianos, desde unas obligaciones a cumplir o desde la responsabilidad agradecida?

- ¿Cómo se ha ido desarrollando en mi historia personal dicha responsabilidad: a los 18, a los 25, a los 28, a los 50 años?

El Banquete sigue abierto todavía. Porque en la sala «se reúnen todos, malos y buenos». Volver a tomar en serio a Dios traerá consecuencias. No insistas en ello buscando sentirte buen cristiano. Pide luz y vete discerniendo qué *intereses creados* te impiden el Reino.

Domingo 29 del Tiempo Ordinario - A

Is 45,1-6

Sal 95

Mt 22,15-21

1. Situación

Abordamos el tema del compromiso político. Hay creyentes para los que la consecuencia más clara de la fe es la militancia política, pues el Reino implica un nuevo orden social de justicia y libertad. Y creyentes para los que la política está asociada a lo demoníaco, a la lucha por el poder y la corrupción. Este contraste es significativo.

Nadie puede ser neutral en este tema, aunque uno digo que es apolítico. Aunque no se esté afiliado a ningún partido ni sindicato, la política comienza con el ejercicio del derecho al voto, continúa con las opiniones que nos hacemos al recibir información sobre el mundo en que vivimos y se transparenta en nuestro modo habitual de actuar socialmente. Cuando vemos una manifestación y la comentamos en casa, cuando asistimos a una reunión en la empresa por problemas laborales, o cuando pido al Señor por los hambrientos y la paz del mundo, estoy haciendo política.

Se hace política desde un compromiso público, en una institución cuya finalidad es actuar sobre la sociedad, o desde un ámbito de vida "ordinaria que llamamos privado, pero que siempre repercute en lo colectivo. Por ejemplo, es política una educación con criterios más consensuados o más innovadores.

2. Contemplación

Jesús dijo que había que distinguir entre el Reino que viene de Dios y este mundo organizado sin Dios; pero no dijo que la fe es cuestión meramente interior. Por el contrario, al distinguir entre Dios y el César, propugnaba una opción política distinta del judaísmo, o sea, un compromiso político *no-teocrático*.

El profeta Is 45 celebra el señorío de Dios sobre la historia en un momento concreto de la historia de Israel. Cuando el pueblo judío, deportado en Babilonia, desespera de su futuro, Dios anuncia de dónde viene la liberación, de Ciro, el joven persa que está creando un nuevo imperio. Dice que lleva a cabo su obra misteriosamente a través de los acontecimientos y de las mediaciones humanas.

3. Reflexión

Empalmado con los textos bíblicos de hoy, la reflexión quiere centrarse en recuperar para la fe una lectura cristiana de la política.

La fe no garantiza saber objetivamente cómo Dios guía la historia. Lo cual nos libera de nuestras tentaciones teocráticas, es decir, de organizar el mundo como Reino de Dios, mezclando a Dios y al César, de empeñarnos en un determinado proyecto político con el designio salvador de Dios (la cristiandad medieval lo intentó sucesivamente, y todavía emergen tendencias de ese tipo; por ejemplo, al identificar un partido político con lo cristiano). Pero la fe nos da ojos para percibir que el Reino de Dios se está haciendo también a través de lo político, por ejemplo, en los diversos movimientos de liberación.

¿Hay signos de liberación más cercanos al Reino? El criterio es Jesús, sus compromisos preferenciales por los desfavorecidos y su estilo mesiánico no-violento. Hay que estar muy atentos a todo aquello que renueva la vida colectiva y que empalma con la acción mesiánica de Jesús.

¿Podrías señalar algún movimiento que vaya por ahí?

Pero sin caer en la ingenuidad de creer que pueda darse nunca ninguna organización sin ambigüedades. Por eso, el compromiso político del cristiano exige un discernimiento de lo posible, no de los máximos. Cuando se ha pretendido un máximo, al final hemos caído en la trampa del poder y de la intolerancia.

4. Praxis

La praxis debe comenzar por una educación en el discernimiento cristiano de lo político, que, como hemos dicho, no consiste en garantizar ninguna opción como cristiana, excluyendo a otras, sino en optar, después de haber discernido. Pero quizá sea necesario una tarea previa: aprender a leer la realidad colectiva en cristiano.

Piensa en tus responsabilidades que no son meramente individuales o familiares. ¿Cómo las abordas? ¿Con qué criterios decides?

¿Te sientes llamado a asumir responsabilidades específicamente políticas en tu municipio o en un partido?

Domingo 30 del Tiempo Ordinario - A

Ex 22,21-27

Sal 17

Mt 22,34-40

1. Situación

Si a un cristiano le preguntas sobre el núcleo del mensaje evangélico, la respuesta hará referencia, sin duda, al amor. Pero el amor es la realidad más evidente y menos conocida, la que nos hace surgir a la vida y la que más desazón nos produce, a un tiempo.

¿Puedes decir que el amor es la realidad que da un sentido radical a tu vida, o es una realidad entre otras, por ejemplo, el trabajo, la oración, la perfección personal o la justicia social?

¿Cómo concibes ahora el amor cristiano y lo concebías hace diez o veinte años? ¿Ha cambiado? ¿Por qué?

2. Contemplación

En un contexto cultural en que el valor principal es la ley de Dios (el judaísmo de la época de Jesús, la sociedad configurada por lo eclesial, las instituciones de perfección cristiana, etc.), la pregunta crucial es la que *formularon* a Jesús: «¿Cuál es el mandamiento principal?». En nuestro contexto secular, la pregunta se traduce: ¿Cuál es el valor humano principal? ¿Qué realidad puede dar un sentido radical a la vida? ¿Qué principio de sabiduría puede orientar la existencia? ¿Dónde está el secreto para ser feliz?

Lee despacio los textos bíblicos de hoy y deja que resuene con fuerza en tu corazón la palabra decisiva, *con* toda su carga de imperativo incondicional: *Amarás*.

Si tu resonancia afectiva es la sensación de deber, de una ley que te obliga, escúchala desde el amor de Dios que te enseña lo esencial como un padre enseña a su hijo a vivir: *Amarás*. Es así como la mejor tradición de Israel entendía la Ley, como instrucción de vida, como don de Dios a su Pueblo.

Si no pasas del amor-obligación al amor-fuente de vida, todavía estás como el fariseo del Evangelio.

3. Reflexión

¿En qué medida está mi vida centrada en el Amor? Si me pregunto, haciendo cierta contraposición o separando, si se trata del amor de Dios o del amor del prójimo, la respuesta está dada: Todavía no estoy centrado en el Amor. En verdad, no existen dos amores, sino uno solo, el que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones y se hace existencia que lo transforma todo, la relación de pareja, el trabajo, la justicia social y la oración.

Hay varios modos de centrarse en el Amor:

- Alimentando el corazón, de modo que la afectividad vive un proceso de maduración humana y espiritual. En efecto, el amor es vida interior, fuente de ser. Lo normal es que se revele como sentimiento (de compasión, de comprensión, de entrega...); pero no siempre es sentimiento (cuando se está abierto al otro, que resulta insoportable; cuando se perdona sólo a nivel de actitudes, pues el corazón está herido, etc.).

- Mediante la praxis concreta del salir de sí: disponibilidad para con los demás, compromisos de acción social, solicitud en las relaciones interpersonales, etc. Lo normal en la praxis cristiana es que nazca del corazón. A veces, sin embargo, sólo parece una obligación a cumplir. Hay que distinguir la ética del deber, que no tiene en cuenta la concretez del prójimo (¡esa concretez de Ex 22,21-27!), Y la ética que se nutre de la persona, del rostro sufriente. Esta es siempre espiritual.

Por eso. para vivir el Amor el mejor camino es lanzarse a amar, sin analizar mucho. Con una condición, eso *sí*: haber descubierto que el amor es *salir de sí*. No digo que tenga que ser siempre amor de autosacrificio y desinteresado. Ese es el don de la perfección cristiana (cL Lc 6,27-36). Aquí se trata del salir de sí que orienta y motiva la vida en sus opciones fundamentales. Dicho de otra manera: ¿A quién pertenece mi vida, a mí o al Otro?

Cada día hemos de *renovar las fuentes del amor*. ¿Cuáles son en concreto para mí? ¿La oración? ¿La intimidad de la pareja? ¿La gente sencilla, que vive el amor sin tanto lío mental? ¿Los pobres a los que me dedico? ¿Los hijos? ¿La comunidad?

Domingo 31 del Tiempo Ordinario - A

Mal 1,14-2,2. S-IO

Sal 130

Mt 23,1-12

1. Situación

Es una realidad que nuestra cultura se balancea entre la necesidad de una autoridad protectora (el Estado providente, los curas salvadores y la tecnología omnipotente) y el rechazo de toda autoridad. Lo cual es significativo. ¿De nuestra libertad recién estrenada, demasiado adolescente?

De hecho, saber dar sentido a la autoridad es uno de los signos de la madurez. Reconocer que la autoridad es necesaria, pero desacralizarla y situarla como un servicio de personas humanas, como nosotros, sin más.

Hay muchos cristianos que miden su madurez de fe por el grado de anticlericalismo que tienen, lo cual es bastante infantil. Y hay cristianos -no menos infantiles- que miden su fe por la devoción que tienen al Papa y a los sacerdotes.

2. Contemplación

En el profetismo de Israel y de Jesús nunca se discute el principio de autoridad, sino su abuso.

La lectura de Mal 1-2 nos ayuda a superar ciertos miedos y culpabilidades que la educación tradicional nos ha inculcado sobre la autoridad en la Iglesia. En este sentido, cristianos progresistas y conservadores se parecen mucho: ambos dan demasiada importancia al sacerdote en la vida de la Iglesia.

Jesús nos ofrece un mensaje perfectamente aplicable a la Iglesia de hoy. Lo que dice de los letrados y fariseos en el judaísmo de la época refleja demasiado claramente, por desgracia, muchas situaciones de hoy. El cristiano, sea clérigo o no, siente la verdad desnuda de las palabras de Jesús.

Pero no basta reconocer el autoritarismo, especialmente a nivel de conciencias. Reivindicar la igualdad y el servicio nos implica a todos en actitudes de humildad. De lo contrario, ocurrirá lo que tantas veces: sustituimos un poder por otro, un protagonismo por otro.

Busquemos lo esencial de la autoridad de la Iglesia a la luz del Sal 130.

3. Reflexión

Busquemos actitudes nuevas y, a la vez, tengamos lucidez respecto a una Iglesia que queremos distinta. ¿Qué se puede hacer?

Comenzar, quizá, por reconocer la dificultad grave de crear un modelo de Iglesia, en que lo determinante no sea lo institucional, ni lo clerical, sino lo comunitario, lo testimonial y lo secular.

Continuar, quizá, por participar en las instituciones eclesiales en orden a una nueva distribución del poder: a nivel parroquial o diocesano. Para ello, hay que estar preparado. ¿No será necesario que el seglar estudie teología? El poder en la Iglesia está asociado a lo ideológico.

La mujer, especialmente, tiene un papel decisivo, pues el poder está en manos de clérigos célibes. Ella, mejor que nadie, puede desenmascarar la rigidez de comportamientos, los mecanismos de defensa de los varones célibes. Ella tiene, todavía, un sexto sentido para subordinar la racionalidad instrumental (la eficacia organizativa, la disciplina de los conceptos) a la riqueza inobjetivable de la vida.

Si hay participación, se superarán muchos fantasmas. Porque, con frecuencia, la rigidez de la autoridad en la Iglesia no es tanto problema de ambición de poder, como de miedo a lo nuevo e incontrolable, y falta de imaginación para suponer que la Iglesia puede subsistir perfectamente en estructuras distintas, más democráticas y plurales.

Poco a poco, encontraremos otros modos de estructurar los servicios en la comunidad; por ejemplo, que la mujer pueda ser ordenada y que el que preside la Eucaristía no centralice las responsabilidades.

4. Praxis

No me extraña que la mayoría de los seglares prefieran prescindir de esta problemática y centrar su vida en lo cotidiano. Sin duda, sigue siendo lo esencial. ¿Para qué meterse en nuestros «tinglados clericales»?

Algunos/as, sin embargo, sentirán la llamada a participar directamente en las instituciones eclesiales. No les será fácil su empeño. Deben saber que los cambios, muy probablemente, exigirán varias generaciones. Con todo, merece la pena, sin duda. Una vez más, lo que les dará fuerza y esperanza será aquello que motiva hondamente su compromiso: su amor humilde y lúcido para con la Iglesia.

Somos los religiosos/as y clérigos los que debemos hacer el primer esfuerzo por un modelo distinto de Iglesia. Al fin y al cabo, las palabras de Jesús se dirigen especialmente a los que tienen autoridad:

El primero entre vosotros será vuestro servidor.

Observaciones

1. Los domingos del Tiempo Ordinario suscitan en nosotros la conciencia de la responsabilidad cristiana. La fe, porque es vida, no puede quedarse en la intimidad religiosa. Necesita encarnarse en la historia, en la praxis.

2. Esta praxis abarca dimensiones complementarias:

- Actitudes teologales de esperanza y amor y lucidez en el análisis de la realidad que nos rodea.

- Opciones globales en orden a un proyecto coherente de vida y acciones concretas que comprometen en la vida diaria.

3. Tan malo es el espiritualismo que sublima los conflictos personales y sociales, revistiéndolos con buenos sentimientos, como la reducción de la praxis cristiana a ética y análisis, estableciendo como criterio la eficacia inmediata, individual o colectiva.

4. ¿Podría ser éste el momento de un Retiro, aprovechando algún fin de semana? El objetivo: *elaborar el proyecto de vida* personal (y familiar, si la pareja coincide en los planteamientos cristianos).

5. En qué consiste:

1) *Analizar el proceso*, es decir, la vida que el Espíritu Santo está realizando en mí y que la va orientando, «desde dentro», en una línea u otra.

Por ejemplo: Quizá el núcleo de mi proceso está en trabajar mi mundo interior, a nivel psicológico y espiritual, pues había vivido antes demasiado de ideología y arrastraba problemas de inmadurez afectiva. O quizá, a la inversa, después de haber descubierto la oración, ahora me siento llamado a salir del intimismo hacia un compromiso social. O quizá veo que el Señor me espera en la vida ordinaria, dejando tanto ajeteo parroquial. O quizá, a la inversa, es el momento de plantearme qué hago con la Buena Noticia, y necesito estudiar teología para integrarme más plenamente en la catequesis.

Evidentemente, este análisis es interior (lo que siento a nivel de llamada) y también exterior, pues son las circunstancias las que mandan casi siempre. Por ejemplo, si un hijo se me ha puesto enfermo, está claro que tiene prioridad sobre otras tareas. O si un cambio de trabajo me obliga a mudar actitudes. O si una crisis existencial (la de la segunda edad, por ejemplo) me descubre problemas importantes de mi personalidad sin resolver.

2) Señalar *las líneas de fuerza*, los puntos neurálgicos del proceso que estoy viviendo. Dos o tres especialmente significativos, a fin de establecer la estrategia adecuada y no dispersar las energías.

Por ejemplo, si mi proceso se concentra en la interioridad, lo sabio será señalar los problemas más importantes que debo trabajar tanto a nivel psicológico como espiritual. Si mi proceso me lleva a los pobres, la estrategia estará en la calidad del amor y el realismo de la entrega.

3) Poner los *medios* que correspondan a dichas líneas de fuerza. No buscar un programa completo, sino el discernimiento de la voluntad de Dios aquí y ahora.

6. Escribe el proyecto. ¿Tienes la sensación de satisfacer tus deseos ideales y crees, más bien, que responde a tu verdad? ¿Cuenta con la Gracia, no en teoría, sino de verdad, y es realista, al mismo tiempo?

7. Ora con ese proyecto al Señor. Es suyo, con él está haciendo su Historia de Salvación.

8. Si tienes posibilidad de comentarlo con alguien que te acompaña en tu proceso cristiano, o que al menos te conoce, mejor.

9. No olvides que tu fidelidad se apoya en la fidelidad del Señor y se nutre de ella. Que aciertes o no aciertes, lo cumplas o no..., su misericordia es la última palabra de tu vida.

No se trata de un recurso tranquilizante, sino de la certeza liberadora de la fe.

Domingo 32 del Tiempo Ordinario - A

Sab 6,13-17

Sal 62

Mt 25,1-13

1. Situación

Sólo con los años se llega a la sabiduría. Lo cual quiere decir que saber vivir no se aprende en los libros. Supone actitudes y, al final, cuando se llega a cierto «saber estar», la sensación es de don. ¿Por qué unos descubren el secreto de saber vivir y otros no?

La respuesta viene dada sólo a posteriori, después de años. Mientras tanto, la vida está llena de sorpresas, apenas responde a las expectativas que de ella nos hacemos; hemos de desaprender muchas cosas que nos enseñaron; hemos de arriesgar; no podemos asegurar el acertar...

¿Tiene algo que ver la experiencia de Dios con esta cuestión central? Algunos creyentes aprenden a vivir desde su racionalidad y reducen lo religioso a zonas particulares (lo espiritual trascendente: el culto, problemas del más allá, interioridad de la conciencia, búsqueda de unión con Dios...). Pero la fe no da recetas ni soluciones. La sabiduría de la vida atañe a la totalidad de la existencia, y uno es más sabio cuanto dispone de menos esquemas. Lo cual se aprende sólo en confrontación con el misterio de la existencia.

2. Contemplación

Lo que se dice de la sabiduría en la primera lectura suele decirse de Dios en otros textos de la Biblia; por ejemplo, coincide con lo que expresa el salmo responsorial. ¿Es Dios, en definitiva, la sabiduría? Desde luego. Pero aquí no se dice eso en un sentido filosófico, como un atributo esencial de la divinidad, sino como la experiencia de la aventura radical del saber vivir. Saber vivir es descubrir la vida en su profundidad misteriosa. Pues bien, eso tiene que ver con Dios, de tal modo que, con los años, va estableciéndose la correlación entre vida y Dios.

Más: Si la fe madura, Dios en persona viene a ser la fuente del vivir. De esto nos habla el Evangelio de hoy, la parábola de las vírgenes sensatas y necias, que esperan al Esposo.

¿Qué simboliza la lámpara encendida, en la que nunca falta el aceite?

3. Reflexión

La respuesta a la pregunta anterior: *El amor*. La sabiduría de la vida es el amor. En el Antiguo Testamento se dice que es el temor de Dios, es decir, el conocimiento vivencial de Dios en cuanto Dios, correlativo al conocimiento del hombre en cuanto hombre. En el Nuevo Testamento ese conocimiento es el amor revelado en Jesucristo.

Amar es hacer de la vida deseo de Alguien. ¡Es tan distinto vivir de cosas, de tareas, de ideas, o vivir amando! ¡Es tan distinto percibir a Dios como idea, símbolo de una causa, la superconciencia moral, la omnipotencia providente o Alguien viviente, el Esposo que viene!

Pero si el amor fuese sólo deseo, terminaría por destruirse a sí mismo, pues sería apropiación. ¡Hay tan poca distancia entre el deseo y la fantasía, entre el deseo y la dependencia posesiva, entre el deseo y la autocomplacencia!

Por eso el deseo de la presencia del Amado ha de ser probado, purificado, transformado en amor de fe mediante la obediencia amorosa que espera. Las vírgenes necias de la parábola se dejaron el aceite porque su amor era ansioso, impaciente, posesivo. Las vírgenes sensatas saben que el amor se hace en la paciencia del cada día, en dejarle al Esposo que venga cuando quiera, en preferir Su voluntad a la realización de sus deseos.

4. Praxis

Si eres joven adulto, ¿cuáles son los valores que guían tu vida, en torno a los que estás aprendiendo a vivir? Distingue entre valores-ideas y valores-vivencias. No es lo mismo valorar mentalmente el amor e implicarse personalmente, de tal modo que sientas el vértigo de ser desposeído de ti.

Si eres maduro, ¿tienes la impresión de haber aprendido a vivir o, por el contrario, de no haber acertado en lo importante? Para un creyente, no es posible cambiar el pasado, pero siempre es posible releerlo, retomarlo, darle un nuevo sentido, y replantear el futuro.

Un buen signo de sabiduría: que la vida te ha despojado de esquemas y expectativas, pero que todo te ha llevado a lo esencial, al Amor, un amor simplificado, en que el deseo se nutre de obediencia y fidelidad humilde.

Domingo 33 del Tiempo Ordinario - A

Prav 31,10-30

Sal 127

Mt 25,14-30

1. Situación

Ultimas domingos del año litúrgico, días de examen de conciencia. Pero, ¿qué es, en cristiano, hacer un examen de conciencia?

Algunos lo hacen preocupados porque no se les escape ninguna falta, en una especie de ritual compulsivo, como cuando uno se lava las manos obsesivamente.

Otros, para sentirse en orden y defenderse del reproche de la propia conciencia o de Dios, visto como superconciencia. Incluso se afanan por sentirse malos, pues ese sentimiento les asegura la compasión de Dios.

Otros prescinden de estas cuestiones, volcados hacia la acción inmediata, como huyendo de todo cuestionamiento. Lo justifican, eso sí, diciendo que el amor no se preocupa de sí mismo.

2. Contemplación

El evangelista Mateo ha hecho una síntesis extraordinaria de los discursos en que Jesús habla del Fin. Por una parte, la venida del Hijo del Hombre obliga al creyente a polarizar su existencia en el Futuro, relativizando la época terrena de la historia. Por otra, sin embargo, ello no es una excusa para no tomar en serio el presente, la fidelidad a la tarea encomendada aquí y ahora. Al contrario, el tener que ser juzgados un día por Dios en persona, da a la contingencia de nuestra vida carga de eternidad; nos jugamos en ella la salvación y la condenación definitivas.

La síntesis alcanza incluso al problema de la retribución. ¿Cuál es el criterio del premio? Ciertamente, Dios da a cada uno según sus obras, se repite tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento; pero no en sentido comercial o bancario. Dios toma en serio la responsabilidad del hombre; pero el premio desborda infinitamente nuestras obras. El siervo es invitado al banquete, a la intimidad del Señor. Esta desproporción indica que la lógica de las obras sigue bajo la soberanía de la Gracia, que no ha sido sustituida por el moralismo de los méritos.

3. Reflexión

Meditemos, una vez más, en el tema central de estas páginas: seguir a Jesús *en la vida ordinaria*. El juicio último depende de mi obediencia concreta a Dios ahora mismo. En este sentido, la primera lectura, sobre la mujer hacendosa, es altamente significativa.

Pensar en el futuro, concretamente en el juicio último de Dios, crea tensión y responsabilidad y, con frecuencia, ansiedad, por sentir que la vida se nos va de las manos y hay que hacer algo para justificarla.

El creyente, bien fundamentado en la Gracia, reconciliado con su finitud, no se deja coger por la ansiedad.

Vivir cada día le libera de deseos y proyectos, que enmascaran la ansiedad perfeccionista.

Vivir cada día le pacifica, al no querer abarcarlo todo.

y le unifica, ya que la ambición quiere controlar el futuro y la curiosidad le dispersa en mil intereses.

Llegar a ser persona depende de la unificación del corazón, que se entrega, confiadamente, a la voluntad de Dios. Pero no en abstracto, sino en el realismo del cada día.

Al vivir la voluntad de Dios sólo cada día, el cristiano se libera de la necesidad de controlarla.

4. Praxis

Podríamos centrar aquí nuestro examen de conciencia: en el *cada día*. En vez de examinar deberes e ideales, hemos de examinar la vida ordinaria en su densidad propia.

¿Qué calidad de amor damos a lo que vivimos?

¿Cómo se despliega nuestra esperanza, a base de expectativas o mediante los conflictos y ambigüedades en que nos movemos cada día?

¿En qué grado ha ido calando la fe en nuestra manera de interpretar la realidad que nos rodea y de abordar lo imprevisto de cada día?

Ofrezcamos al juicio de Dios nuestro cada día.

Dicen que a san Luis Gonzaga le preguntaron un día, mientras estaba jugando, qué haría si supiese que en ese momento iba a morir. Y que él respondió: «Seguir jugando».

Fiesta de Cristo Rey

(Domingo último) - A

Ez 34,11-17

Sal 22

1 Cor 15,20-28

Mt 25,31-46

1. Situación

La fiesta de Cristo Rey nació en un contexto determinado. Se quería reivindicar, en una sociedad progresivamente secularizada, el protagonismo de lo cristiano. Por eso resalta más el contraste de la Palabra, sobre todo, del Evangelio, en que Jesús pone signo de su señorío el amor al prójimo marginado.

Es éste el desafío de la comunidad cristiana en el mundo: que el liderazgo de la Iglesia, en cuanto poder institucional o de grupo, dé paso al hombre. No es el hombre para la Iglesia, sino la Iglesia para el hombre.

El señorío de Jesús sobre la historia se hace efectivo por el amor a los hambrientos, sedientos, desnudos, forasteros, enfermos, encarcelados...

2. Contemplación

Primera lectura: *Yo mismo buscaré, Yo mismo apacentaré...* A la luz del Evangelio, las palabras del profeta Ezequiel tienen un significado concreto: que Jesús hace suyo el sufrimiento de los pequeños, de aquellos de quienes no se preocupan los que debieron preocuparse en primer lugar (las autoridades civiles y religiosas, los privilegiados económica y socialmente).

El Reino es universal, pero se realiza en la historia y tiene su dinámica propia: *el amor preferencial por los pobres*. Jesús lo formula a través de un lenguaje, el de las obras de la misericordia. Estas pueden tener como ámbito de realización lo privado (el mendigo de la calle o el anciano/a a quien nadie visita) y lo colectivo (organizaciones que luchan por los derechos de los encarcelados o a favor de los pobres del Tercer Mundo). En cualquier caso, lo que cuenta es el hombre en su situación de sufrimiento y opresión.

¿No es acaso nuestra experiencia radical de la fe, cómo el Señor se ha hecho uno de nosotros, nos ha visitado, curado y salvado? ¿Cómo podemos hablar de la misericordia de Dios sin ser nosotros misericordiosos? El salmo responsorial nos introduce en esta experiencia.

3. Reflexión

¿Cómo podría ayudarnos la Eucaristía a vivenciar la misericordia en nuestras vidas?

Por una parte, hay que reconocer que, en cuanto acto social, no se presta mucho a comprender el sentido efectivo del Evangelio de hoy. No son los pobres, precisamente, los que se sienten cómodos en nuestras asambleas. Al contrario, se quedan en la puerta, esperando una limosna. Los que participan en la Eucaristía somos los privilegiados de la sociedad. Los lenguajes que se usan en nuestras celebraciones suelen ser demasiado espirituales o socialmente neutros. Si se dice algo concreto, «el cura se mete en política» (a veces, en efecto, aprovecha el púlpito para otros intereses). ¿Por qué la mayoría de los católicos son políticamente conservadores?

Por otra parte, si se va más allá de la superficie, todo en la Eucaristía es revelación y acción misericordiosa de Dios que está creando una comunidad de hombres que obran la misericordia entre sí y tratan de realizarla en el mundo.

- Lo primero que hacemos al reunirnos: confesar nuestro pecado contra el amor de Dios y del prójimo, y pedir misericordia.

- Escuchar la Sagrada Escritura, resumida toda ella en la historia de las misericordias de Dios con nosotros y en el imperativo del amor al prójimo.

- Celebramos la muerte de un perseguido, encarcelado, condenado y crucificado, para que, recibiendo su Espíritu, podamos ver en cada hombre, especialmente en los «malditos», la dignidad sagrada de toda persona humana.

- Pedimos que el Reino venga, que la solidaridad y la reconciliación vengan, y lo pedimos estableciendo como criterio «así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden».

- Comemos el cuerpo y la sangre de Cristo, sacramento de la entrega y del compartir, de la fraternidad y de la unidad, siempre posibles para quien cree y ama, y nunca acabados.

4. Praxis

Cuando salgas de la Eucaristía, que en tu corazón reine la misericordia. Tendrás que pedir cada día un corazón misericordioso. Más de una vez sentirás su dureza de piedra. Pero, poco a poco, milagro de Dios, ningún hombre/mujer te resultarán indiferentes, especialmente los marginados.

Observaciones

1. Si miramos hacia atrás, desde que comenzamos el primer domingo de Adviento, ¿podemos decir que estas páginas nos han ayudado a seguir a Jesús en la vida ordinaria?

– Respeto al quehacer bien hecho.

– Dar a las cosas pequeñas su parte entera de amor.

– Valorar la relación interpersonal.

– Descubrir la dignidad de la persona humana por encima de ideologías, intereses e incluso comportamientos morales.

– Primado de la voluntad de Dios siempre, subordinando proyectos y deseos, incluso los más espirituales, al cada día.

2. ¿Se ha ido resituando la relación con Dios?

– Cambio de imagen: Dios personal, viviente, grande y cercano, libre y amoroso, fiel, salvador...

– Dios en la intimidad de la oración y Dios en los acontecimientos de cada día, Dios como roca firme y Dios en las mediaciones humanas.

3. Concentración de la existencia en el amor y, por lo mismo, descubrimiento nuevo de la vida ordinaria:

– que todo depende de la actitud del corazón;

– que la persona está por encima de la institución y de la ley;

– que se puede juzgar sin condenar, comprender sin justificar;

– que el amor se entrega y no mide los frutos;

– que se puede ser generoso, sin dejar de ser realista.

4. Tu vida tiene carga de eternidad.

Te queda lo mejor: Allí podrás amar, por fin, en plenitud; allí, Le verás cara a cara; allí todo será de todos; allí la fraternidad será una fiesta universal y permanente; allí no habrá ni sufrimiento ni muerte...

No es un sueño. Ha comenzado a hacerse realidad en tu corazón. ¿No lo notas?

Ciclo B. San Marcos

(años 93-94; 96-97; 1999-2000)

NOTA: A fin de que el libro no resulte demasiado extenso, simplificaremos los ciclos B, san Marcos, y C, san Lucas, pero manteniendo la misma dinámica espiritual de *escucha* y *praxis*.

Las fiestas principales repiten los textos bíblicos; así que remitiremos al ciclo A, san Mateo.

Cuando algún tema necesite mayor profundización, nos permitiremos, igualmente, aludir a los otros ciclos.

Como se hizo anteriormente, procuraremos dar una unidad temática a los diversos ciclos, pero sin forzar el carácter autónomo de cada domingo.

Por lo demás, el ritmo de oración personal o de reunión comunitaria ha de ser el mismo (el pp. 6-9).

Adviento

Observaciones

1. **El** Adviento continúa la celebración de los últimos domingos del Tiempo Ordinario, el señorío de Dios en la historia; pero *concentra la mirada*.

Concentra la mirada en lo imprevisible de los planes de Dios. Por eso es tan necesario vivir cada día como si fuese el último de la vida.

Concentra la mirada en las promesas de los profetas de Israel, que representan nuestros sueños irrenunciables (de plenitud de vida humana, de justicia, de paz, de amor de Dios...).

Concentra la mirada en la presencia encarnada de Dios, en ese Niño, verdadero Dios hecho hombre, Jesús.

Concentra la mirada en ese mismo Jesús, Señor Resucitado, que vendrá a hacerlo todo nuevo, por fin, después de nuestras luchas y fracasos, infidelidad y amor.

2. Quizá te sientes bastante despistado y te cuesta concentrar la mirada. Te podría ayudar una lectura tranquila y orante de *Is* 40-43.

3. Para que el Adviento sea real en tu vida, necesitas que la Palabra tenga resonancias concretas.

¿Qué es lo que en este momento más te preocupa?

¿Lo vives con Dios o al margen de Dios?

Deja que tu preocupación se te haga oración, escuchando las palabras del Dios de la esperanza.

4. Que una frase te vaya abriendo por dentro el corazón, para que se te ponga en trance de Adviento:

No temas, que Yo te he rescatado (Is 43,1)

Primer domingo de Adviento - B

Is 63,16-64,8

Sal 79

1 Cor 1,3-9

Me 13,33-37

1. Palabra

Paradoja de la esperanza cristiana: La rutina ordinaria te dice que nada nuevo ha de pasar; incluso temes que venga algo peor; pero, al escuchar los textos de este domingo, tu corazón despierta a posibilidades inauditas.

Esa fue la experiencia de Israel después del destierro, sin gloria ni grandeza. Sin embargo, el espíritu de esperanza lo renueva todo (primera lectura). **El** mensaje de Jesús, igualmente, se proclama en una situación de desaliento, a los que tenemos la tentación de acomodarnos, de preferir lo conocido y seguro: *Vigilad*.

El tono de Pablo a los corintos sorprende por su viveza. Celebra el gozo de un mundo recién descubierto y maravilloso. ¿Cómo podía expresarse así, si la comunidad de Corinto no era más que un puñado de hombres en medio del mundo pagano, y la carta, a continuación, describe crudamente los problemas de la comunidad?

2. Vida

La respuesta la tienes tú en tu corazón, si no pretendes tener la última palabra sobre la Iglesia ni el mundo ni la realidad que te rodea.

En efecto, la esperanza es activa, y está hecha de los intentos diarios por dar a las tareas y a las relaciones ese *más* de verdad y amor que exige nuestra vocación cristiana. Pero lo que constatamos es la terquedad con que las limitaciones propias y ajenas y nuestro egoísmo se resisten al cambio. Por eso vivimos de una esperanza más alta, y vigilamos en medio de la noche la hora en que «los cielos se abran y se derritan los montes») bajo la acción del Señor.

Es el primer paso de conversión en este Adviento que comenzamos. No te dejes llevar por el peso de la evidencia que se impone a primera vista: que nada va a cambiar. Pero tampoco pretendas que Dios responda a tu idea exacta del cambio, porque te desconcertará.

¡Ojalá te baste pedir y esperar confiadamente!

Segundo domingo de Adviento - B

15 40,1-11

Sal 84

2 Pe 3,8-14

Jn 1,1-8

1. Palabra

¿Qué sería de nuestra esperanza sin los testigos de las Promesas, sin la Palabra de Dios?

El profeta irrumpe como un heraldo inesperado y proclama la Buena Noticia. Lo imprevisto acontece. Ha llegado la hora de Dios. No es cuestión de echar cálculos y verificar. Hay que creer y dejar a Dios que se manifieste. Porque El va a manifestarse sin duda. «Todos verán su gloria», pero sólo algunos la acogerán (primera lectura y Evangelio).

Ocurre siempre igual, que no todos entienden el estilo de Dios. Necesitan señales grandiosas, soluciones inmediatas. Los verdaderos testigos de la presencia salvadora de Dios saben leer en clave de amor y paciencia (segunda lectura).

2. Vida

Sin duda, hay signos del Adviento en tu vida. Algunos son personas, testigos. No son los que te dan explicación de todo e intentan ofrecerte seguridades, sino los que te dejan descubrir la presencia oculta de Dios y te inspiran esta búsqueda. Te señalan el horizonte, te dicen que sí, que merece la pena confiar en Dios.

También los acontecimientos son signos del Adviento. Con frecuencia, son dolorosos, ya que te obligan a despojarte de tu pequeño mundo egoísta y controlado.

¿Has descubierto ya que uno de los signos más intensos es la Iglesia, la celebración eucarística del domingo, en particular? ¿No te das cuenta de cómo la comunidad cristiana lee a los profetas, escucha la voz del Bautista, se une a todos los que desean la venida del Salvador, sabe que ya ha llegado el Mesías que bautiza con Espíritu Santo? Si te sientes pobre en la fe, haz tuyo el Adviento de la Iglesia.

Pero para que no sea algo abstracto, sin contenido, vive el Adviento en relación con un punto concreto que te impide creer en la presencia salvadora de Dios en tu historia. Ponlo en oración, bajo la Palabra.

Tercer domingo de Adviento - B

Is 61,1-11

Le 1,46-54

1 Tes 5,16-24

Jn 1,19-28

1. Situación y contemplación

Este tercer domingo de Adviento tiene siempre un acento gozoso. Está cerca la Navidad. Así lo reflejan nuestras calles y escaparates, la publicidad y el ambiente. ¿A qué ha quedado reducida la Buena Noticia para los que sufren, que es la que define la misión del Mesías que viene? Tenemos la impresión de una atroz mascarada, en que todo ha sido tergiversado. Celebramos la Navidad robándosela a los pobres. Es su patrimonio, la puerta de su esperanza, y nosotros se la quitamos.

Sin embargo, cuando escuchamos la primera lectura y el salmo responsorial (se trata del «Magníficat» de María), se ilumina nuestro corazón. Todavía podemos participar en la alegría de los pobres. La condición: la toma de conciencia de nuestra mentira, el reconocernos necesitados de Salvación. ¿Nos queda alguna herida abierta para el consuelo?

La Navidad es un grito contra la injusticia, denuncia del mundo que estamos construyendo. Pero un grito no violento, pues el Mesías es niño indefenso, y sus armas son la paz y la misericordia. La segunda lectura refleja el talante del cristiano de cara a la celebración de estas fiestas. Espíritu de discernimiento, para no dejarse llevar por las apariencias, para aprovechar lo bueno de estos días, a pesar de los fuegos de artificio. Paz interior, para no confundir el mensaje evangélico en favor de los pobres con una ideología partidista y, todavía menos, con los sentimientos que nacen de heridas enconadas del propio corazón.

Juan el Bautista (Evangelio) nos enseña la actitud adecuada: dar paso a Jesús, hacernos a su estilo mesiánico. El que existía desde el principio viene detrás, como uno más, pobre entre los pobres.

2. Reflexión

¿Por qué los que luchan contra la injusticia suelen ser tan duros y escasamente alegres? ¿Por qué los que propugnan la paz, en virtud de la experiencia espiritual, suelen ser tan intimistas y conservadores en asuntos sociales?

Hay que reconocer que la reflexión sobre la Navidad durante siglos se ha centrado en el misterio de la Encarnación: Dios se hace hombre, y viene a divinizarlos. ¿Por qué esta divinización se ha considerado como mera cuestión interior e individual?

¿Por qué la nueva conciencia social de muchos creyentes de hoyes tan crispada? ¿Aman de verdad?, se pregunta uno.

No es el momento de echarnos en cara unos a otros nuestros defectos. Por desgracia, tendemos a dividirnos en partidos, en ideologías contrapuestas. ¿Por qué no intentar caminar juntos hacia la síntesis que ha caracterizado siempre a los verdaderos discípulos de Jesús?

3. Praxis

El «Magníficat» de María, la Madre de Jesús, expresa, sin duda, dicha síntesis. Espíritu de pobreza radical ante Dios y ante los hombres y libertad profética para proclamar la era mesiánica, que colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos.

¿Podemos caminar en nuestra vida ordinaria hacia esta Síntesis?

- Que en los conflictos laborales nuestra preferencia esté claramente marcada por los más desfavorecidos, pero no permitiendo, en ningún caso, que los medios violentos sean el criterio determinante, sino el diálogo y el consenso, y cuando sea necesario, la resistencia activa, que no se doblega ante los poderosos.

- Que en nuestras relaciones de vecinos y conocidos sepamos compaginar la afirmación de nuestros derechos, especialmente los del prójimo, con el espíritu de camaradería y comprensión, situándonos en el punto de vista del otro.

- Que la lucha por mejorar económicamente vaya indisolublemente unida a la capacidad de compartir con los que tienen menos. ¿Será un impedimento para lograrlo? Es muy probable. Pero nada nos podrá quitar la alegría del corazón.

-y cuando sintamos la impotencia ante la injusticia, todavía nos queda la esperanza en Jesús, el Mesías de los pobres.

Cuarto domingo de Adviento - B

2 Sam 7,1-16

Sal 88

Rom 16,25-27

Le 1,26-38

1. Situación

¿Has experimentado alguna vez a fondo la fragilidad? La fragilidad del amor, de tus proyectos, de lo que parecía más seguro...

¿Qué supuso para ti? ¿Te cerró sobre ti mismo? ¿Confiaste, a pesar de todo? ¿En las personas? ¿En Dios?

La vida está colgada de la fidelidad

Si no tenemos alguien fiel, nos sentimos perdidos.

Si no somos fieles a nosotros mismos, terminamos desorientados.

Si Dios no es nuestra roca firme, ¿merece la pena tomar en serio la vida?

Para algunos, Dios es lo más amenazante. Así que lo que mejor que pueden hacer es defenderse de El. Pero no se atreven.

2. Contemplación

David quiere consolidar su dinastía y expresarle al Señor su agradecimiento por la providencia con que *lo* ha guardado y elevado al trono. ¿No hay, en todo ello, una actividad ambivalente, la de asegurarse el futuro? Pertence al Señor, a su libertad fiel, a su promesa, mantener la dinastía. No es esencial el templo, sino la fe en la fidelidad del Señor a su pueblo, representado por el rey (primera lectura y *salmo* responsorial).

Pablo fundamenta la fortaleza de los cristianos en la contemplación de la historia universal de la Salvación culminada en el Mesías Jesús. ¡Qué confianza serena, qué certeza incommovible, qué anchura de mirada! (segunda lectura).

El sí de Dios a David, a Israel, a la humanidad entera, se concentra en el anuncio del ángel a María. Dios ha tomado la decisión última de estar con nosotros para siempre. ¡Misterio sobrecogedor, soberanía del Amor Absoluto irrumpiendo en la historia! Dios manifiesta su fidelidad eterna. Lo quiere hacer todo nuevo (virginidad de María).

Y, sin embargo, no se impone, pregunta. El sí de Dios se une al sí de María, la firmeza a nuestra fragilidad. "Para Dios nada hay imposible» (Evangelio).

3. Reflexión

Solemos adoptar distintas actitudes ante nuestra fragilidad. Unas veces, intentamos olvidarla, pareciendo que somos fuertes, seguros, autosuficientes. Otras, por el contrario, nos sentimos tan poca cosa que intentamos poseer la firmeza de Dios, y nos decimos que para Dios nada hay imposible. Nos refugiamos en Dios para no sentirnos inseguros.

La fe es esa experiencia unitaria en que fragilidad y firmeza se apoyan recíprocamente. Así lo vemos en María. Y este domingo cuarto de Adviento ocupa especialmente nuestra atención.

María se turba, no entiende, pregunta. María se abandona, cree y encuentra en la Palabra de Dios respuesta y certeza para aquello precisamente que humanamente le parece imposible.

No se puede utilizar a Dios para negar la realidad y no tener que experimentar nuestros miedos. No debemos dejarnos atrapar por el miedo, haciendo de él un escudo, incapaces de abrirnos a la esperanza, a la promesa de Dios.

4. Praxis

Esta semana podríamos hacer este doble ejercicio:

- Mirar conscientemente aquello que nos hace sentirnos especialmente frágiles. Será algo psicológico, o una situación socio-económica, o alguna relación con alguien, o algún problema espiritual que no logramos superar, o la vida misma, sin más.

Vivirlo desde la confianza; pero no en función de ningún objetivo; en el hecho simple de abandonarnos en manos de Dios.

- Identificarnos con María (ella representa a la humanidad misma), escuchar el anuncio del ángel, quedar anonadados ante semejantes promesas, sentir el vértigo de la fe, y creer.

Sin duda, tu fe te parece frágil, vacilante. ¿Cómo atreverte a recibir en tus entrañas al Mesías e Hijo de Dios? Unete a la fe de María, de la Iglesia entera.

¿No es ésa, acaso, la vocación de todo creyente, ser la Madre de Jesús por la fe: recibirlo y darlo? *Lee Le 8,19-21.*

NOTA. Los textos de la Eucaristía de medianoche son los mismos del ciclo A, p. 24.

Para la *Eucaristía de la aurora*:

1. Palabra

La presencia de Dios se realiza en la indigencia y fragilidad del hombre. La situación de Israel era de impotencia a raíz del exilio (primera lectura). Ese Niño indefenso... Los pastores eran los marginados social y religiosamente. Lo más sorprendente es que creyeron por encima de las apariencias. Vieron a Jesús acostado en el pesebre, habían oído cosas grandiosas sobre El y celebraron gozosos lo visto y oído. No se extrañaron de que Dios fuese tan humano.

María conservaba todas estas cosas, nzeditá/Idolas en su corazón/1, dice el Evangelio de esta mañana. La medianoche, si hemos asistido a la Eucaristía, ha sido una explosión festiva. La mañana remansa la alegría, y nos invita al recogimiento interior.

2. Vida

No será fácil, probablemente, atender la llamada interior a dicho recogimiento. El ambiente externo no suele ayudar. Pero un creyente con sensibilidad siempre sabe encontrar espacio y tiempo.

Se va a pasear tranquilamente, y deja que la magia de este día vaya resonando en su corazón. Recuerda a los suyos, su infancia; medita en los relatos del nacimiento de Jesús; se identifica con los pastores, con Jesús, con María... y hasta con el buey del pesebre, que con su aliento protege a este Dios indefenso.

O visita a un amigo, al que últimamente las cosas le van mal.

Pon atención y cuidado en casa. Estos días de vacaciones se prestan a echar sobre los otros la carga de las pequeñas cosas.

Aprovecha el tiempo para lecturas menos utilitarias. Algún libro de profundización cristiana.

Fiesta de la Sagrada Familia

Gén 15,1-6

Sal 104

Heb 11,8-12

Le 2,22-40

1. Palabra

A la mayoría de los creyentes, la palabra «familia» les sugiere la idea de un remanso de paz. No es ésa la experiencia más frecuente de la vida familiar; pero la educación ha internalizado las formas ideales de hogar cálido y sin conflictos. Así nos imaginamos, igualmente, la vida de Jesús en Nazaret.

Sin embargo, la Palabra nos obliga a ver con realismo las tensiones que conlleva la fe sólidamente vivida dentro de la familia.

- La figura de Abrahán (primera y segunda lectura), que ha de creer por encima de las circunstancias más adversas, desarraigado de su tierra y de sus proyectos. La Biblia apenas sugiere, pero lo hace suficientemente, las consecuencias que tuvo para su familia, especialmente para su esposa Sara.

- Las palabras de Simeón (Evangelio) al Niño y a su madre no son, precisamente, de las que ofrecen vida tranquila. Así nos cuentan, de hecho, los evangelistas de Jesús.

2. Vida

Hay que revisar la carga de ideología que tiene esta fiesta para muchos cristianos. Refleja la imagen cultural de la familia de clase media alta, intimista, cerrada en su vida privada.

Pero la realidad nos habla del abandono de los niños, de las rivalidades fraternas, de las discusiones de los padres... Sin duda, la fiesta quiere recobrar los valores cristianos de la familia. El camino no es la nostalgia del nido protector, sino ese largo aprendizaje del amor a través de los conflictos.

¡Ojalá hayamos tenido la suerte de una infancia, no digo feliz, pero sí de experiencia confiada en el amor incondicional de los nuestros! Pero, aun así, siempre quedan carencias, recuerdos dolorosos... A la luz de la Encarnación de Dios, que asume la condición humana, hemos de intentar vivir un proceso de reconciliación con nuestro pasado.

Por otra parte, no olvidemos que no hay libertad adulta sin rupturas familiares, si no se rompe el cordón umbilical, todo un símbolo del crecimiento personal y, también, de la fe en Dios que abre al futuro siempre imprevisible.

Observaciones para los días de Navidad

1. Para la meditación habría que combinar las reflexiones del ciclo A, que tienen una perspectiva más teológica, con reflexiones más «encarnadas», que podrían ser las siguientes:

- Cómo, para la mayoría de los humanos, la Navidad sólo significa fiesta de abundancia, es decir, fiesta de ricos.

- ¿Cómo valoro la condición humana, con sus luces y sombras, la mía personal, la de las personas con las que convivo? Porque a veces nos escandaliza ser como somos. Dios ha compartido nuestra condición. Ha transformado en camino de salvación lo que para nosotros es un obstáculo o algo no valioso.

- ¿Te quejas de la vida? No es cómoda la vida para casi nadie, de acuerdo; pero revisa esa actitud de insatisfacción, que, casi siempre, han de pagar los demás.

2. Combinar el agradecimiento profundo para con un Dios que nos ama así, tan humanamente, con la práctica del amor que se acerca y comparte. Piensa, en concreto, qué puedes hacer por los demás. No te evadas con buenos deseos ideales y abstractos.

¿Cuál es la primera urgencia a tu alrededor?

3. ¿Qué tal un día o una tarde de retiro? Cf. pp. 18-19.

4. Al terminar el ciclo de Adviento-Navidad, convendría dirigir una miriada al proceso de estos meses: d. pp. 22-23.

NOTA: Los textos bíblicos de las fiestas de Año Nuevo, segundo domingo de Navidad y Epifanía o Reyes, son los mismos del ciclo A, pp. 28-32.

Tiempo Ordinario 1

Observaciones sobre el Evangelio de Marcos

1. El ciclo B sigue el Evangelio según san Marcos. Tal como ha sido distribuido durante el año litúrgico, la unidad de su mensaje se revela en el Tiempo Ordinario. Veamos:

A. Jesús es el Mesías

- Revelación de Jesús (Mc 1,14-45)
Domingos 2-6
- Controversias con los dirigentes judíos (Mc 2,1-3,6)
Domingos 7-9
- Actuación mesiánica: desconcierto (Mc 3,20-6,34)
Domingos 10-16

En este punto, la liturgia introduce Jn 6

- Domingos 17-21
- Atención especial a los discípulos (Mc 7-8)
Domingos 22-24

B. Mesías sufriente e Hijo de Dios

- Sabiduría de la Cruz (Mc 9,31-10,52)
Domingos 31-32
- Esperanza última (Mc 13)
Domingos 33-34

2. Como es natural, los textos nucleares en torno al Bautismo, Transfiguración y, sobre todo, Muerte y Resurrección, se reservan para Cuaresma-Pascua.

3. Como puede verse, el Evangelio de Marcos se estructura en torno a la confesión de Jesús Mesías, pero no de un modo abstracto, sino como un proceso catequético, en que el discípulo recorre el camino seguido por Jesús y sus discípulos. Exactamente, el que nosotros queremos recorrer domingo a domingo.

4. Para profundizar, un comentario sencillo, el tomito de PEREZ HERRERO de la Casa de la Biblia, o bien BRAVO. *Galilea, año 30* (Ed. Almendro).

Bautismo de Jesús - B

Is 55,1-11

Is 12,2-6

1 Jn 5,1-9

Me 1,6-11

1. Palabra

El tema del agua resuena en cada una de las lecturas. Recordemos que hemos sido bautizados y que aquel momento lejano de nuestra infancia es el origen de nuestra fe. En definitiva, el proceso que estamos viviendo consiste en personalizar aquello.

Imagínate que hoy, ya adulto, quieres bautizarte. Escucha cada una de esas lecturas. ¿Qué te parecen?

- Vida iluminada por la Palabra, descubrimiento del Dios fiel, que te llama a vivir en su amor de alianza... (*primera lectura*).

- La fe es como un agua viva en tu corazón... (*salmo responsorial*).

- El don de ser hijos de Dios, de ser amados y de vivir el amor como sentido de nuestra vida... (*segunda lectura*).

- Todo esto comenzó en el Jordán con el bautismo de Jesús, revelación del designio salvador del Padre y de la vocación mesiánica de Jesús, investido con el poder del Espíritu, para hacer presente el Reino en nuestra historia humana (*Evangelio*).

Todo fue entonces tan sencillo como una celebración familiar y parroquial. Pero Dios actúa así, a través de signos humanos. Ahora puedes mirar hacia atrás y admirar los caminos de Dios.

Así fue la presencia salvadora del Mesías Jesús en la historia. ¿Quién hubiese dicho que de aquel acontecimiento del Jordán iba a depender el destino de la humanidad, mi propio destino?

2. Praxis

Cuando celebras la Eucaristía, renueva tu bautismo. Recuerda a quienes te han acompañado en tu vida de creyente: tus padres, algún sacerdote...

Cuando salgas a la calle, toma conciencia de que tu bautismo se realiza en la vida. Ser hijo de Dios implica, ante todo, amor y solidaridad, como en Jesús. Son grandes palabras, y quizá tu realismo te pone alerta. No quieres recaer en un voluntarismo estéril.

Efectivamente, el Reino trabaja despacio y acuito, pero incansable. Mira a Jesús y pide al Padre la fuerza de su Espíritu Santo.

Lo demás es cuestión de estar atentos a los acontecimientos y a las personas. El amor es disponibilidad.

Segundo domingo del Tiempo Ordinario - B

1 Sam 3,3-10

Sal 39

Jn 1,35-42

1. Palabra

Recién bautizado, Jesús comienza a llamar a los discípulos. Los dos relatos del Evangelio de hoy, en su densidad, nos hablan del misterio del encuentro con la persona de Jesús. El primero parece el recuerdo de un conocimiento casual; pero cada una de sus palabras concentra la vivencia de lo definitivo. Aquella tarde se definió el destino de Andrés.

Fíjate en la importancia que adquiere la mirada de Jesús, la insistencia del evangelista en esa mirada que penetra el corazón del hombre, lo transforma, lo vincula a Jesús y le hace participar de su misión. Antes Simón era un israelita en búsqueda; ahora ha sido encontrado por el Mesías, y ya no se pertenece.

La primera lectura nos habla del requisito básico para esa experiencia del Encuentro: la disponibilidad. Somos niños, al estilo de SarrlUel, que tenemos que aprender a distinguir la voz de Dios de nuestros propios sueños y de otras voces. Con frecuencia, la experiencia del Encuentro presupone un proceso lento.

2. Vida

¿Qué significa la persona de Jesús para ti?

Haz oración imaginativa y cordialmente. También tú quieres conocer a Jesús. Vas detrás de El, a tientas, pero apoyado en el testimonio de otros creyentes que te han dicho que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida. Mírale. Cuando menos esperes, El se volverá a ti y te preguntará: «¿Qué buscas?» O pronunciará tu nombre y te sentirás estrenando vida.

Cuando Jesús deje de ser una idea o un símbolo de nuestras aspiraciones más hondas, cuando comience a ser Alguien viviente, que nos mira y pronuncia nuestro nombre personal, es que el Evangelio ha llegado a nosotros y nos ha alcanzado en lo más íntimo.

Se cree en El, se confía en El, se Le ama, por encima de todo. ¿No lo notas dentro de ti?

Tercer domingo del Tiempo Ordinario - B

Jn 3,1-5
Sal 24
Me 1,14-20

1. Palabra

La persona de Jesús actúa. Como profeta que toma el relevo del Bautista; pero, a diferencia de él, inaugura con su palabra el Reino que viene. Lo realiza llamando a sus discípulos a que le sigan. No es el discípulo el que elige al maestro; es Jesús el que elige y cambia radicalmente el planteamiento de la vida.

La cuestión central no es dejar las cosas; no se trata de las exigencias ascéticas de una doctrina o del estilo de vida del maestro. Eso, en todo caso, es una consecuencia. Lo decisivo es percibir en Jesús la soberanía de su persona, la llamada inaplazable a seguirle (Evangelio).

La primera lectura establece el requisito. En efecto, para seguir a Jesús hace falta estar dispuesto a cambiar. Quien está acomodado y se aferra a sus seguridades, nunca sabrá qué es el Reino, aunque su régimen de vida sea moralmente intachable y con grandes exigencias de espiritualidad.

El salmo responsorial nos habla de la necesidad de pedir luz y fuerza para entrar en esta lógica de la conversión al Dios vivo que se manifiesta en Jesús.

2. Vida

De nuevo, ¿qué significa Jesús para ti? Las reflexiones de la semana pasada, ¿te han ayudado a entrar en relación con Jesús desde ese misterio de la mirada y el encuentro?

¿Te resulta lejano este lenguaje? ¿Te sabe a literatura piadosa? O, por el contrario, ¿sientes que la persona de Jesús y sus palabras, tan determinantes, son excesivas? ¿Las sientes como imposición?

Toma conciencia de la relación con alguna persona cuya «autoridad» en tu vida, lejos de coartar tu libertad, te ha liberado de tus miedos. Hay una autoridad misteriosa en el amor, que lo trastorna todo posibilitándolo todo. Y en la verdad, cuando ésta desenmascara nuestras mentiras... Todo depende del misterio inexplicable de que Alguien, en este caso Jesús, comience a significar para ti.

Sin duda, Jesús es... Dilo con palabras tuyas.

Observaciones sobre la persona de Jesús

1. Estos primeros domingos del Tiempo Ordinario y los que siguen, la Palabra nos centra en la persona de Jesús. ¿Qué significa Jesús para ti?

Siempre ha resultado extraña la pretensión que tiene Jesús de vincular tan incondicionalmente sus discípulos a su persona y cómo el discípulo vive su adhesión a Jesús. Sólo es comparable a la relación de alianza entre Yahvé e Israel en el Antiguo Testamento, es decir, al amor de fe.

2. La explicación más obvia es que los relatos vocacionales han sido escritos después de Pascua y que, por tanto, implican la experiencia pascual de Jesús-Señor, fuente de vida y libertad para el creyente, e imperativo radical. Lo corrobora el hecho del Evangelio de Juan, en que los relatos de encuentro están iluminados explícitamente por la presencia del Resucitado. De ahí el reiterativo *Yo soy*, con toda su carga de presencia divina.

En este sentido, los Evangelios concuerdan con nuestra experiencia actual, pues también nosotros vivimos bajo el señorío de Jesús resucitado.

3. Sin embargo, habría que tener en cuenta el *proceso* de los discípulos en su conocimiento de Jesús antes de la Resurrección, pues corresponde, igualmente, al de la mayoría de los creyentes, que sólo, mediante un camino de personalización de la fe, llegan a la experiencia del encuentro con Jesús, de tal modo que su persona se constituye en llamada definitiva de la propia vida.

Convendrá, pues, respetar este proceso. Por ejemplo, habrá que pasar de un Jesús-modelo de identificación a Jesús-Mesías, y de Jesús-Mesías a Jesús «mi Señor». Pero este paso, casi siempre, ha de dar un rodeo, pues antes es necesario vivenciar la fe en Dios-Padre como el totalmente Otro y máximamente Tú.

4. Por otra parte, hay que reconocer que la maduración en la fe no siempre lleva a una relación interpersonal con Jesús especialmente significativa.

5. Para profundizar, cf. mi libro *El encuentro personal con Jesús de Nazaret* (Ed. Aránzazu).

Cuarto domingo del Tiempo Ordinario - B

Deut 18,15-20

Sal 94

Me 1,21-28

1. Situación

Los humanos siempre andamos buscando profetas o maestros, líderes con autoridad. Basta ver y oír lo que nos dan los medios de comunicación. Y así, en política, en literatura o en religión. ¿Por qué necesitamos tanto un guía?

Aunque hayamos conquistado un buen nivel de autonomía personal y de espíritu crítico. Alguien debe ir por delante y darnos seguridad.

En cada historia individual o de grupo, nos encontramos con personas que nos han marcado un camino.

2. Contemplación

Jesús comienza a actuar en público, y precisamente en el lugar más representativo para el contexto social en que se mueve, la sinagoga, y enfrentándose con lo que entonces simboliza lo antidivino, la posesión diabólica. Dejemos a un lado las cuestiones literarias y críticas sobre el texto, pues, sin duda, ha sido ampliamente elaborado por las comunidades cristianas en orden a la confesión de fe en el Mesías Jesús. Lo esencial es esa primera manifestación de la *autoridad de Jesús (Evangelio)*.

¿De qué autoridad se trata? Tendemos a sicologizar, pensando en el magnetismo de Jesús, o a moralizar, admirando la fuerza de verdad que emana de su figura y vida, o incluso a mitologizar, viendo en el milagro la prueba evidente de su divinidad.

La autoridad de Jesús es, simultáneamente, personal y recibida. Personal, porque no comenta las palabras de otros, como los letrados, y recibida, porque actúa con la autoridad de Dios. Es el profeta anunciado por el Deuteronomio para los últimos tiempos (*primera lectura*).

Pero es un profeta especial, porque nunca remite a ningún oráculo recibido, a ninguna revelación concreta. Tiene una inmediatez tal en la relación con Dios que, como lo expresa más tarde el Evangelio de Juan, El mismo, personalmente, es la Palabra eterna de Dios, enviada al mundo.

3. Reflexión

¿Qué tipo de autoridad tiene Jesús conmigo?

¿Ha llegado a liberarme de otras autoridades? En la simbología religiosa de Marcos, el líder de este mundo es Satanás. Lo cual aparece en todas las formas de esclavitud, desde la enfermedad hasta la idolatría de los paganos. ¿Qué señores me esclavizan a mí?

Cuando interviene el Mesías Jesús, los poderes esclavizantes se echan a temblar y se resisten. ¿He experimentado en mi vida este poder liberador de Jesús?

Un criterio de discernimiento: Se supone que, si te interesa ahondar, tus esclavitudes son más engañosas y están ocultas en las formas de una vida normal, buena, incluso cristianamente comprometida.

Por ejemplo, Jesús nos libera de la necesidad de asegurarnos a Dios, pues también es esclavitud confundir a Dios con el ídolo amenazante, al que hay que tener contento.

Jesús nos libera de las falsas expectativas que ponemos en los líderes de nuestros intereses. ¿Es tan importante, acaso, que gane un partido nuestro equipo de fútbol o de baloncesto? ¿Se puede poner tanta esperanza en las siglas de un partido político o en ideas como patria o nación? ¿Se puede valorar tanto la ciencia o el progreso del conocimiento que olvidemos el valor absoluto de la persona humana? No se discute el valor de las realidades humanas. Jesús las sitúa en otra luz, la del Reino.

Jesús nos lleva más adentro: Se ama al marido o a un hijo hasta la muerte (si el amor no totaliza, no merece la pena); pero sólo Dios y su voluntad puede y debe fundamentar mi vida. ¿Distingues entre amor incondicionalmente y fundamentar el sentido de tu vida? Si no distingues, todavía eres esclavo. La última palabra no la tiene el Señor, sino una criatura finita.

Lo extraño de nuestra fe está en que doy autoridad definitiva a Jesús sobre mi vida; es *mi Señor*. ¿Por qué? Porque es Dios, dirás. No es el dogma el que te libera, sino la experiencia vivida con este Jesús de Nazaret. Si has dejado que su palabra y, sobre todo, su persona adquieran autoridad en tu corazón y en tu vida, entonces verás que, efectivamente, tiene la autoridad salvadora de Dios.

Quinto domingo del Tiempo Ordinario - B

Job 7,1-7
Sal 146
Me 1,29-39

1. Situación

La vida humana en profundidad y la vida auténticamente cristiana convergen, tienen muchas experiencias en común. Una de ellas, por ejemplo, es la sensación ineludible de estar enraizado, de tener mundo propio, esa red estrecha de relaciones con personas y cosas (afectividad y trabajo) y, sin embargo, sentirse solo (no separado) en lo más íntimo y no poder absolutizar nada, pues todo es tan frágil...

Para algunos es motivo de desencanto y de huida a lo eterno, a la espiritualidad, o lo contrario, motivo de ansiedad por acumular placeres y novedades. El cristiano, por el contrario, hace de esa dualidad un camino de sabiduría.

2. Contemplación

Así vive Jesús: sumergido en la existencia humana, entregado a los demás, en particular, a los que sufren; pero sabiendo que sólo pertenece al Padre, buscando por encima de todo (incluso por encima de las urgencias y necesidades de los pobres) Su voluntad. La costumbre de Jesús de orar responde a esta experiencia última de su persona y de su misión: no confunde su acción con la voluntad de Dios, no identifica eficacia y Reino de Dios. Cuando ora, Jesús no huye de los hombres; deja al Padre que sea su fuente de ser y actuar y afirma la trascendencia absoluta de Dios en doble sentido: en cuanto al totalmente Otro y el máximamente Amor, presente en el corazón de la historia y en cada una de sus criaturas (*Evangelio*).

En la primera lectura, Job representa a todos los hombres a los que Jesús viene a salvar. ¿Qué es la enfermedad, al cabo, sino un signo de la finitud del hombre? ¿Qué es la vida, sino una experiencia repetida y confirmada de la contingencia, del tiempo que vuela?

Job parece un nihilista. El salmo responsorial, anticipando el Evangelio, responde: *Alabad al Señor que sana los corazones destrozados y venda sus heridas.*

3. Reflexión

No es fácil para el creyente hacer la síntesis de Jesús. Dedicarse al prójimo (familia, obligaciones, atención a los que sufren...) es tan absorbente que no cabe pensar en las propias necesidades, ni siquiera las espirituales, pues hacer oración sería demasiado egoísta y perder el tiempo. ¿Por qué, sin embargo, en cuanto toma conciencia de que su tarea no es suya, sino llamada y misión del Señor, ya no se siente tan justificado respecto a su abandono de la oración?

Creo que es de sentido común intentar una vida más equilibrada: tiempos de trabajo y tiempos de gratuidad, de exterioridad y de intimidad. Pero el cristiano no se inspira primordialmente en el equilibrio, sino en el amor. Por eso, debe descubrir el valor de la oración en su vida a la luz del amor con que se entrega al prójimo.

Dispone de dos claves:

- Si se entera de que el Reino es, primordialmente, iniciativa de Dios. El es un enviado, no el Salvador.

- Si se entera de que el don máximo del Reino es Dios mismo en persona, que quiere comunicarse de corazón a corazón con sus hijos. ¿Es que no se comunica a través del prójimo? Si, sin duda; pero Jesús se retiraba a orar. ¿Por qué?

4. Praxis

Primero: Es necesario descubrir por experiencia ese misterio de la soledad íntima, que remite a Dios. Sólo Dios alcanza la profundidad del hombre.

Segundo: Evitar todo dualismo entre acción y oración. Sólo hay un camino: poner amor en todo. El amor te hace salir de ti, y la espiritualidad, finalmente, consiste en este salir de sí. Pero el mismo amor te lleva a la fuente del amor, Dios.

Tercero: Se supone que estas páginas te ayudan a hacer oración (no es mucho dedicarles dos tiempos a la semana, ¿verdad?). ¿Te van facilitando la síntesis de Jesús? Casi siempre necesitamos un proceso largo para lograrla. Unas veces hay que insistir en la vida; otras, en la oración. Si, a pesar de todo, mantienes ambos polos, más tarde recogerás los frutos.

Sexto domingo del Tiempo Ordinario - B

Lev 13,1-2.44-46

Sal 31

Me 1,40-55

1. Palabra

Jesús continúa su tarea mesiánica, su praxis liberadora. El domingo pasado, el Evangelio nos daba una panorámica general. Esta vez nos pone a Jesús liberando a un leproso. Decimos liberar, porque, al decir curar, no solemos ver más que su lado físico y milagroso. La intención del evangelista, sin embargo, es más amplia y radical. ¡Habría que ver lo que significaba la lepra en la mentalidad judía! Lo muestra *la primera lectura* del Levítico: enfermedad que hace impura a la persona, separándola de la comunidad de la Alianza. Jesús se acerca al leproso, lo toca, quebrantando así la Ley, lo cura y lo incorpora a la comunidad de la Alianza.

Jesús viene a superar la frontera de lo puro y de lo impuro, a devolver al hombre su dignidad de persona delante de Dios y de los demás. a desenmascarar la religión que pone la Ley por encima del hombre.

2. Vida

Hay muchos modos de hacer vida la Palabra de este domingo:

- Identificarnos con el leproso. ¿Es que no nos sentimos así ante nuestra conciencia y delante de Dios? Y pedirle humildemente al Señor que nos toque y limpie. ¡Son tan liberadoras sus palabras: *Quiero; queda limpio!*

- Tomar conciencia de la necesidad, quizá, de liberarnos de la Ley. Demasiadas veces nos dejamos llevar de esquemas morales y religiosos, desde los que juzgamos a los demás; por ejemplo, al separar a creyentes y ateos, al tachar a la gente por su ideología o, simplemente, por sus pintas externas.

- En mi entorno habrá algún leproso, sin duda, esa persona marginada, que la gente rehúsa: por su estampa, por sus rarezas, por su significación social... Estemos atentos a estas personas. Han sido objeto de las preferencias de Jesús. Se acercó al leproso y le tocó. Esta cercanía humana es el principio de toda liberación. A veces valoramos más las acciones que se refieren a los cambios de estructuras. Pero lo esencial, en la época de Jesús y ahora, es el contacto humano.

Cuaresma - Pascua

Observaciones

1. La Cuaresma suele comenzar abruptamente, a modo de al-dabonazo. Necesitamos estos «tiempos fuertes». Pero tenemos el peligro de esperar «milagritos», cambios repentinos. El centro de interés sigue estando en la vida ordinaria.

– Es en mi pequeña vida donde Dios sigue haciendo la historia universal de la Salvación.

– Tomar conciencia del espesor del pecado en mi corazón y en el mundo que me rodea, para reconocerlo, confesarlo y entregarlo a Jesús, el que cargó con nuestros pecados y murió por nosotros.

– Seguir las huellas de Jesús en la fidelidad al amor de cada día, con las personas que están conmigo o se cruzan en mi camino de cada día, ese amor paciente que lucha y confía, a pesar de todo.

– Testimoniar la luz y la vida del Resucitado cuando en mi fe se oscurece y me toca decir una palabra de esperanza a mi alrededor.

2. Procura retirarte algún fin de semana, o una tarde, al menos. No importa si no sacas ningún provecho especial. También Jesús se retiró al desierto. Para ponerte en presencia del Dios vivo. Para retomar lo esencial: la disposición a hacer Su voluntad. Para permitirte descansar en Su misericordia.

3. Completar estas reflexiones de introducción a la Cuaresma con las pp. 60-61; 68-69 del ciclo de san Mateo.

4. Si tienes tiempo, la Cuaresma se presta para meditar en la pasión y muerte de Jesús. Te podría servir mi libro *Mirarán al Traspasado* (CEdo Aránzazu).

Cabe también hacer esta lectura continuada: Jer 16-20; Sal 22; 35; 69; 88; Job 29-31; Mc 11-16.

Miércoles de Ceniza

NOTA: Los textos bíblicos, jos del ciclo A, pp. 60-61.

Primer domingo de Cuaresma - B

Gén 9,8-15

Sal 24

1 Pe 3,18-22

Me 1,12-15

1. Situación y contemplación

El *miércoles de Ceniza*, la Palabra ha llamado a nuestra conciencia con la fuerza del imperativo, de lo inaplazable: *Creed, convertíos*. Pero, ¿nos damos cuenta de qué fe y de qué conversión se trata?

La *primera lectura* de hoy nos recuerda la alianza de Dios con la vida, con los dones que llamamos «naturales» (familia, criaturas, animales, plantas, tierra y cielo). Hay culturas en que la naturaleza se siente como amenaza. La nuestra la trata con objeto de dominio. Quizá hemos de conlenlar nuestra conversión por una mirada nueva a lo que somos y nos rodea. Respeto, admiración, agradecimiento... Nos creemos propietarios absolutos. Ahí está el pecado original: la apropiación arbitraria de las cosas (sin tener en cuenta a los demás), de las personas (a las que utilizamos), de nosotros mismos (negando nuestra finitud y nuestro origen).

El *Evangelio* nos presenta a Jesús como el nuevo Adán. No en el paraíso, sino en el desierto. Tentado por Satanás, pero movido por el Espíritu Santo. Amenazado por las alimañas y protegido por los ángeles, es decir, reconciliado con la obra de Dios y entregado a la voluntad del Padre. Pero es más que el hombre reconciliado; es el Mesías que anuncia y realiza la cercanía del Reino.

A la luz del Evangelio, la conversión consiste en creer en Jesús y su palabra como presencia del Reino. ¿Qué significa Jesús en tu vida? Los domingos previos a la Cuaresma (domingos 2-6 del Tiempo Ordinario) ha ido resonando esa pregunta. Es tan central, que la Cuaresma entera consiste en seguir a Jesús, en conocerle vivencialmente.

Ser cristiano no es sólo lograr una armonía con el entorno y nosotros mismos; sabiduría de la finitud aceptada. Te has encontrado con el Mesías, y El mismo te lleva al abismo insondable del Amor Absoluto de Dios. Lee ahora despacio la *segunda lectura*, 1 Pe 3, y date cuenta de lo que intentamos celebrar durante estos meses de Cuaresma y Pascua: la muerte y resurrección de Jesús, tu bautismo, la fe deslullbrada por la autod'onación de Dios en Cristo.

3. Reflexión

Hay muchos creyentes que no distinguen la sabiduría religiosa de la finitud y la fe propiamente dicha en Jesús, el Mesías e Hijo de Dios, muerto y resucitado. Para ellos, creer consiste en tener una respuesta clara al misterio de la existencia, de dónde venimos y adónde vamos, disponer de normas de conducta para poner orden en la convivencia humana, poder confiar en Alguien por encima de nosotros cuando estamos desvalidos.

La fe cristiana se fundamenta en la Palabra, es decir, en acontecimientos históricos que Dios mismo, libremente, ha realizado. No responde en primer lugar a cuestiones universales, sino a hechos inauditos, testimoniados por los que «han visto y oído».

¿Es lo mismo para mí creer en la vida que creer en Dios, en Alguien viviente que se te ofrece como fuente personal de vida? ¿Es lo mismo para ti aceptar con paz el ciclo de la vida y de la muerte que acoger que Dios ha entregado a su propio Hijo por ti hasta la muerte sin otra razón que su amor personal por ti? ¿Es lo mismo para ti prolongarte en tus hijos, la fama y tus obras que recibir la vida del Resucitado, nada menos que la vida eterna de Dios, y, además, como promesa para siempre?

Creer en Jesús, en efecto, es atreverse a soñar con el corazón de Dios amándonos infinitamente, esperando impaciente este momento de la historia para realizar sus designios maravillosos de Salvación.

¡Qué poco nos lo creemos!

4. Praxis

Tendremos que dejarle a Jesús que nos demuestre cómo es su Padre y cómo nos ama y qué ciegos estamos y cómo nos resistimos. Tendrá que convencernos con su sangre, llegando hasta el final. ¡Ojalá sepamos mantener la mirada en El y no retirarla!

Cuando nos duela tanto amor, entonces estaremos cerca de la fe, y nos habremos convertido al Evangelio del Reino.

Para que esto no se nos quede en mero sentimiento piadoso, el mejor medio es el prójimo. Cuando nos duela el sufrimiento del otro, es que ya no buscamos en Dios la armonía del mundo, nuestra tranquilidad; habremos entrado en la pasión de Dios por el mundo y comenzaremos a enterarnos de por qué lo sostiene a pesar del hombre (primera lectura) y por qué desea tan ardientemente bautizarnos en la muerte y resurrección de su Hijo.

Segundo domingo de Cuaresma - B

Gén 22,1-18

Sal 115

Rom 8,31-34

Me 9,1-9

1. Palabra

Abrahán (*primera lectura*) es probado en su fe hasta el sacrificio, hasta el absurdo. ¿No es acaso Isaac el don de Dios, el hijo de la Promesa? Creer en el Dios de Abrahán, de Israel y de Jesús no entra en «lo razonable». Somos llevados a donde nunca iríamos por elección propia.

y es que Dios, previamente, ha hecho por nosotros la locura de entregarnos a su propio Hijo en sacrificio. Tampoco El ha sido «razonable» en su amor (*segunda lectura*).

El Tabor representa las dos vertientes de la fe: la luminosa, la que celebra gozosamente la victoria del Reino, la Resurrección, y la oscura, pues el camino escogido por Dios es el de la muerte. La fe del discípulo ha de ser la de Abrahán: abandono y obediencia a los planes del Padre (*Evangelio*).

2. Vida

La tradición cristiana ha ligado siempre la Cuaresma al sacrificio. Pero, con frecuencia, hemos hecho del sacrificio un rito comercial (yo renuncio a esto por lo otro) o un rito de reparación (mediante mi sacrificio consigo tu beneplácito) o una práctica ascética (las renunciaciones me autoperfeccionan). Es necesario devolver al sacrificio cristiano su dinámica propia: la obediencia de fe sin reservas a los planes de Dios. ¿Por qué preferimos ofrecerle a Dios cosas en vez de ofrecernos a nosotros mismos?

Tendríamos que comenzar por revisar qué nos hemos propuesto en esta Cuaresma. Hay creyentes que no se proponen nada «especial» porque han descubierto que se trata de vivir la vida entera en fe, esperanza y amor. Hay otros que se hacen un plan de vida especial para estas semanas, porque necesitan medios concretos para vivir ese espíritu de entrega incondicional del Señor. Hay otros, finalmente, que usan sus sacrificios para no entregar el corazón.

Piensa qué te ayudaría a vivir el espíritu de Abrahán y de Jesús, aunque te sientas muy lejos del modelo. ¿Hay alguna realidad que debes sacrificar para vivir la libertad del amor?

Evita los sacrificios que refuerzan tu narcisismo espiritual. Descubre algo significativo en tu vida ordinaria.

Tercer domingo de Cuaresma - B

Ex 20,1-17

Sal 18

1 Cor 1,22-25

Jn 2,13-25

1. Palabra

Los 10 Mandamientos (*primera lectura*) son el don de Dios a su Pueblo y expresan el camino del creyente, si quiere sacar fruto de la salvación experimentada (liberación de Egipto, liberación del pecado y de la muerte). No son obligaciones que Dios impone para afirmarse a Sí mismo, sino sabiduría que Dios ofrece al hombre para que viva en la verdad, la justicia y la comunión.

El problema está en el corazón (*Evangelio*). ¿Por qué terminamos manipulando lo más sagrado? Hacemos de lo religioso un sistema de mercado, y de la voluntad de Dios, un sistema opresor.

2. Vida

Medita detenidamente en los últimos versículos del Evangelio: «Jesús sabe lo que hay dentro de cada hombre». Déjate mirar y juzgar, porque El es la luz que ilumina las tinieblas de nuestro corazón y, cuando nos arranca nuestras máscaras, nos libera de nuestras falsas seguridades, aunque sean religiosas.

Ese es el primer mandamiento: Sólo Dios es el Señor, y el Único digno de ser adorado. ¡Cuántos ídolos, cuánto culto falso! ¡Cómo hacemos de Dios el objeto de nuestros deseos, o lo contrario, el símbolo de nuestros oscuros fantasmas!

El segundo mandamiento es semejante al primero: tratar a la persona humana como fin, no como medio, es decir, como imagen viviente de Dios. Los grandes valores que nos humanizan: respeto agradecido a nuestros padres, cuidado de la vida, solidaridad, espíritu de verdad, etc.

Sin duda, tu vida está inspirada en algunos grandes valores. Intenta formularlos. ¿Recuerdas si alguna vez has tenido que revisarlos? Concretamente, ¿cómo has vivido el primado de Dios y el principio del amor al prójimo? ¿Nunca has tenido la tentación de acomodarlos a las circunstancias, a la presión social o a otros intereses? Cuando se es joven, se busca la realización pura de los valores. Con los años, el realismo se impone, y es necesaria la sabiduría que integra, sin contradicción, el ideal de los valores y la dinámica concreta de lo posible realmente aquí y ahora.

Bien merece la pena reflexionar sobre estos temas, si al menos hemos descubierto la vida nueva que trae Jesús.

Cuarto domingo de Cuaresma - B

2 Crón 36,14-16

Sal 136

Ef 2,4-10

Jn 3,14-21

1. Situación

Si *la Palabra* va iluminando tu vida, notarás que te abre a horizontes insospechados. Antes creías saber en qué consiste vivir como persona, o qué es la fe, o qué quiere decir pecado. Ahora, a la luz del Amor Absoluto revelado en Jesús muerto y resucitado, estás descubriendo que no sabes nada. Tienes ideas y algunas experiencias superficiales, nada más.

En consecuencia, está cambiando la percepción de Dios, del prójimo, de la vida y de ti mismo.

Si llevas años en este proceso, miras hacia atrás y, efectivamente, te maravilla el don de la fe. Si estás comenzando a intuir, sientes miedo y atracción, simultáneamente, ante el Misterio Cristiano.

2. Contemplación

Hay domingos en que la Palabra tiene una densidad especial; éste por ejemplo.

La *primera lectura* es una síntesis impresionante del momento más crucial del Antiguo Testamento: la destrucción de Jerusalén y la vuelta del destierro. Pero la interpretación que hace el cronista de esos acontecimientos no puede ser más estremecedora: el contraste entre la infidelidad de Israel y la fidelidad de Dios. Cuando lo leemos nos sentimos implicados todos. Abismo de la historia humana en su relación con el Dios vivo.

La *segunda lectura* nos sumerge en la eternidad de Dios y en el abismo de la gloria de su Amor, capaz de transformar el pecado en gracia. Se ha dicho de este texto que es el resumen de *la carta a los Romanos* por su proclamación de la soberanía de la Gracia en la redención y en la existencia cristiana.

El *Evangelio* reafirma el amor fiel de Dios ante el pecado del mundo. Cada una de sus frases nos lleva a la profundidad del corazón humano (sus fondos tenebrosos) y del corazón de Dios (¿cómo es posible que Dios sea así? ¡No podíamos ni soñarlo!).

No es extraño que, escuchando esta Palabra, la Iglesia se desate en la acción de gracias y en la confesión del pecado.

3. Reflexión

Hay temas tan esenciales que siempre hay que estar volviendo a ellos. Uno es el pecado iluminado por la Gracia.

- No somos conscientes de lo pecadores que somos hasta que nos encontramos con el amor de Dios; más concretamente, con que Jesús, el Hijo, ha muerto por mis pecados.

- Necesitamos que la vida nos lleve a situaciones críticas para darnos cuenta de nuestros «fondos tenebrosos», por ejemplo, de lo egocéntricos que somos, cómo nos resistimos al amor, cómo defendemos nuestra imagen (¡nuestra mentira!), cómo estamos cerrados a la iniciativa de Dios, hasta qué punto nos apropiamos de Dios y de los seres más queridos, utilizándolos en provecho propio, cómo estamos aferrados a nuestras cosas, costumbres, ideas...

- El amor de Dios nos desenmascara. Hemos hecho esto y aquello por Dios, tomamos en serio el compromiso cristiano, intentamos ser cada vez más coherentes...; pero, si Dios quiere hacer inútiles nuestras «buenas obras», dándonos su vida y su Espíritu sólo por gracia, entonces brota de lo más íntimo de nuestro corazón no sé qué pretensiones y rebeldías.

4. Praxis

Esa experiencia de nuestros fondos oscuros no se lleva a la práctica como algo que puedo programar. Pero la necesito, es vital, si he de llegar a mi verdad y he de conocer la Redención realizada en Cristo.

Aceptar que el poder del pecado está en mí, más fuerte que mi buena voluntad, ya es luz de Dios sobre mis tinieblas.

Pedir luz para que el Señor me revele su Gracia y mi pecado.

Estar abierto a las situaciones críticas, en que la vida me obliga a ver más allá de la superficie. Por ejemplo, si alguien me ha hecho una faena, mi pecado no se manifiesta primordialmente en la agresividad que me produce esa persona, sino en la tendencia a cerrar el corazón, buscando innumerables razones para ello, o en la actitud a no fiarme en adelante de nadie.

Quizá estoy viviendo ahora mismo un sentimiento difuso de insatisfacción y culpabilidad, porque no realizo mis ideales cristianos o mis exigencias interiores. Mi pecado está ahí: en que todavía espero de mí y uso el sentimiento de culpa para centrarme en mí mismo y no me creo, de verdad, que Dios me ama y me justifica por gracia.

Quinto domingo de Cuaresma - B

Jer 31,31-34

Sal 50

Heb 5,7-9

Jn 12,2-23

1. Situación

La Cuaresma es un camino en que acompañamos a Jesús. Por la fe y en la Eucaristía, participamos de su Misterio Pascual. Se despliega ante nuestros ojos el Acontecimiento definitivo de la historia: Por una parte, la realidad del hombre con toda su ceguera y violencia, crucificando al Hijo; por otro, el amor incomprensible de Dios, entregando a su Hijo en manos de los pecadores y haciendo surgir la vida de la muerte. Jesús, elevado entre la tierra y el cielo.

¿Te parecen reflexiones demasiado elevadas, alejadas de la realidad o, a la inversa, que ese mirar al Hijo crucificado por nosotros es lo que te posibilita dar sentido al sufrimiento y asumir el peso de muerte y de pecado de la existencia humana?

Sin *dua*, en tu vida te está tocando vivir alguna prueba que te obliga a participar en la agonía de Jesús. Intuyes que en esa situación el Señor te está llamando a una fe y amor nuevos; pero te resistes, como es natural.

2. Contemplación

Haz oración desde esa situación de prueba, primero a la luz del *Evangelio*. Cada palabra te resuena.

La *segunda lectura* refuerza la anterior. ¿No te impresiona esa frase: *El, a pesar de ser Hijo, aprendió, suji-iendo, a obedecer?* No tenemos otro camino. El obedecer de Jesús no es sumisión de esclavo, sino amor filial, libertad interior para hacer de la propia vida disponibilidad y misión.

La *primera lectura*, a primera vista, parece no concordar con las otras. Sin embargo, nos hace ver dónde está el núcleo de la cuestión tanto del corazón humano como de la obediencia de Jesús al Padre: que nosotros no vivimos de la Gracia, endurecidos como estamos por nuestro egocentrismo, y Jesús se siente pertenecer al Padre, gozosamente y para siempre.

¿Por qué sufrió entonces? Por puro amor nuestro, por compartir nuestra condición hasta el final. Tuvo que aprender en carne propia nuestro no a Dios y al hombre. De ahí surgió el sí de la Nueva Alianza.

3. Reflexión

Hay varios modos de asumir el sufrimiento. Uno, aceptarlo como parte esencial de la condición humana. O bien, mediante la lucidez racional que no se empeña en negar lo que es evidente. O bien, mediante la razón religiosa que considera la vida a la luz de la Providencia, que nos educa con los bienes y los males.

Otro, que nos viene sugerido por las lecturas de este domingo: asumir el sufrimiento mirando al Crucificado. El creyente conoce muy bien la diferencia. Reside en el corazón, pues ¡es tan distinto asumir el sufrimiento desde la razón o desde el amor! Este no encuentra razones e, incluso, se presta a heridas más hondas; pero no pretende dominar la situación. Confía y ama. Y porque ama al Crucificado, la lógica del sufrimiento se transforma en esperanza, y la herida se suaviza, y el sin-sentido se hace abandono de fe. En algún momento, incluso el amor transfigura el dolor: «¡Gracias, Señor, por poder participar, aunque sea un poco, en tu Pasión!»

¿Qué parte te toca ahora en la pasión de Jesús?

4. Praxis

La Cuaresma nos adentra en las grandes cuestiones, que ordinariamente evitamos: la muerte y el pecado, el sufrimiento y la finitud, y la cuestión más misteriosa todavía: ¿Por qué Dios no nos ha dado explicaciones, sino que ha vivido con nosotros nuestra realidad hasta el final y, lo más sorprendente, la ha aprovechado para revelarnos su Amor y darnos su propia Vida eterna?

Nos acercamos a la Semana Santa, y convendría, si nos es posible, dedicar más tiempo a contemplar la vida y muerte de Jesús. No te quedes en meros sentimientos piadosos; procura aplicar la contemplación a la realidad personal, familiar y social. Pero no alejes tu mirada de Jesús. Repósala en El una y otra vez, acogiendo su Amor, haciendo tuyas sus actividades ante el Padre y los hombres, diciéndole que quieres seguirle, que te dé su Espíritu.

Si lees *Jn 10*, te ayudará a consolidar tu adhesión personal a Jesús.

Observaciones para la Semana Santa

1. Relee las *observaciones* del ciclo A, p. 65

2. Para el *Domingo de Ramos*, igualmente, las reflexiones de las pp. 76-77, ya que los textos bíblicos son los mismos, excepto la lectura de la pasión, que en el ciclo B es la de san Marcos.

En realidad, la redacción de san Mateo se apoya en la de san Marcos. Ambos parten de la confesión de fe en Jesús Mesías, haciendo ver cómo el escándalo de la cruz, el fracaso y la muerte del Mesías Jesús eran camino del Reino, anticipado proféticamente por la figura del Siervo de Yahvé, tal como aparece en Is II y en algunos salmos.

Nuestro problema no es aceptar dogmáticamente que el Crucificado sea el Salvador, sino vivir solidariamente ese camino, siempre escandaloso, de la cruz, sea en las pruebas personales que nos depara la Providencia, sea en la praxis de la vida, cuando nos encontramos con los que sufren y son injustamente perseguidos, como Jesús.

3. Para profundizar, leer

Is 42,1-7/49,1-7/ 50,4-9/ 52,13-53,12

Sal 22 (21); 31(30); 34(33)

Lam 3

Triduo Sacro

NOTA: Las lecturas del Jueves Santo, Viernes Santo, Vigilia Pascual y Domingo de Resurrección son las mismas del ciclo A, pp. 78-87, excepto el Evangelio de la Vigilia Pascual, Mc 16,1-7.

Observaciones para las Fiestas Pascuales

1. Releer las *observaciones* del ciclo A, pp. 84-85

No estaría mal, también en este ciclo B, volver a las reflexiones sobre la Iglesia y los sacramentos del ciclo A. Son temas centrales de la vida cristiana. Bastaría recurrir a las páginas impares: 87; 89; 91; 93; 95.

2. Por no repetirnos, centraremos la reflexión y la praxis en algunos aspectos de la vida pascual del discípulo, especialmente su comunión de amor con el Resucitado, continuando el hilo conductor de la Cuaresma. Nos apoyamos siempre, claro está, en las lecturas propias de cada domingo.

3. Punto de partida para esta *semana primera de Pascua*, la más importante del año litúrgico: ¿Qué significa ahora Jesús para ti, después de la Cuaresma y, especialmente, después de haber celebrado el Triduo Sacro? ¿Ha cambiado tu relación con El?

Por supuesto, cada creyente lo vive con distintos matices:

- Para algunos es el hermano mayor y va por delante, señalándonos el camino.

- Para otros es el Enviado de Dios para realizar la misión de salvarnos.

- O bien el profeta libre y liberador que anuncia y realiza el Reino en favor de los desechados y, en consecuencia, ha de enfrentarse con el Sistema, pagando las consecuencias de su mensaje y actuación.

- O bien el Hijo amado, que se entrega en obediencia de amor al Padre hasta la muerte, sin entender nada, llevando sobre sí el pecado del mundo.

- O bien el Maestro bienamado, a quien el discípulo (Pedro) quiere descargar de la agonía y pasión.

- O bien, el Amado a quien se acompaña (María de Betania) en su camino doloroso, paso a paso, compartiendo su sufrimiento.

4. *Ha resucitado*, es la Buena Nueva. Y sólo al resucitar puedo descubrir realmente lo que El es para mí.

Segundo domingo de Pascua - B

Hech 4,32-35

Sal 117

1 In 5,1-6

In 20,19-31

1. Situación y contemplación

Es probable que, después de las celebraciones de la Semana Santa, la semana de Pascua nos haya dispersado bastante. Suele ocurrir después de unos días de intensidad, cuando se ha salido de la Cuaresma. Sin embargo, la Eucaristía de este domingo nos hace volver de nuevo la mirada al Resucitado.

La *primera lectura*: para sentirnos Iglesia, continuadores de aquella primera comunidad, signo de la presencia de Jesús en la historia. Humanidad nueva, liberada del pecado raíz de las relaciones humanas, la apropiación. Sin duda, el escritor ha idealizado la imagen de la comunidad de Jerusalén con la intención de afirmar el espíritu nuevo que el Resucitado ha traído a los hombres.

El *salmo* 117 es un clásico del tiempo pascual. Sin duda, releído a la luz de la Resurrección, adquiere resonancias insospechadas. Nos da el tono interior para celebrar la Eucaristía de este domingo.

La *segunda lectura* nos recuerda los núcleos de nuestras fiestas pascales: la fe en Jesús, el Mesías, que vino y viene con el agua del bautismo y la sangre de la Eucaristía (realismo de la fe, para que la Resurrección no se nos quede en el pasado); la experiencia del Espíritu Santo, los frutos de vida nueva, señal de que el Reino es verdad y está en marcha; el don supremo de la Pascua, el amor que viene de Dios y que, derramado en nuestros corazones, se hace fuente de ser e imperativo incondicional de la conducta cristiana en el mundo; libertad liberada del egocentrismo, signo de la victoria del Mesías Crucificado, fiesta del mundo nuevo.

¿Nos lo creemos, o sólo nos parecen palabras bonitas? *El Evangelio* nos ayudará a superar nuestra incredulidad, pues somos como Tomás: hasta que no vemos y no tocamos, no creemos. Y, efectivamente, en la Eucaristía de este domingo el Resucitado en persona se acerca a nosotros y nos invita a ver y tocar sus heridas de amor por nosotros, la prueba suprema de la verdad de Dios en la historia, y nos da su Espíritu para creer por encima del ver, es decir, para vivir de fe en El, nuestro Dios y Señor.

2. Reflexión

Vamos a detenernos a meditar en el *realismo de la fe*, en el que insiste la Palabra. Ciertamente, resulta desconcertante: Por una parte, la fe cristiana no se apoya en procesos interiores de ascensión espiritual; por el contrario, se refiere siempre a acontecimientos constatados, la vida de Jesús, su pasión y muerte bajo Poncio Pilato, la resurrección corporal del Crucificado, la Iglesia en cuanto comunidad histórica, la Palabra y los sacramentos... Por otra parte, no se trata de un realismo empírico, que busca pruebas científicas, experiencias medibles; por el contrario, los acontecimientos históricos sólo pueden ser percibidos como salvación a la luz de la fe, es decir, cuando estoy dispuesto a confiar en Dios **yana** objetivarlo (en sí misma, la fe es una luz espiritual, estrictamente sobrenatural, no sensible).

El creyente no puede explicar esta experiencia paradójica, sino dar testimonio de ella y hacer referencia a esa historia tan singular que es la consignación en la Biblia. ¿Tiene explicación la historia de Israel sin la fe? Sin duda; pero el creyente sabe, a la luz de su propia experiencia, que la explicación racional no da con la clave. ¿Se puede explicar el mensaje y el destino de Jesús? Sin duda, se recurrirá a la fenomenología religiosa para ello; pero el creyente sabe, a la luz de su experiencia creyente de Jesús, que lo esencial no está en la inmanencia de Jesús, sino más allá, en el Padre de Jesús. ¿Se puede probar la Resurrección? No; pero el creyente sabe, a la luz de la vida que surge de sus entrañas cuando se adhiere al Resucitado, que lo que nota por dentro y lo que los discípulos de Jesús han dicho sobre **El** en el Nuevo Testamento coinciden.

Es una certeza misteriosa, pero indefectible, más fuerte que la muerte. ¿Fanatismo? ¿Por qué, sin embargo, en vez de producir efectos psicológicos y sociales de carácter patológico, produce lo contrario, liberación interior y comunión interpersonal?

3. Praxis

Por eso, el realismo paradójico de la fe es inseparable del amor al prójimo. Para el verdadero creyente, la amenaza más fuerte a su fe no le viene de las exigencias racionales de pruebas objetivables, sino de la tentación de la fe de replegarse sobre sí misma. Notar que ama, renovar día a día el amor, creer en el amor a pesar de todo, autentifica rotundamente su experiencia del Resucitado.

Tercer domingo de Pascua - B

Hech 3,13-19

Sal 4

In 2,1-5

Le 24,35-48

1. Palabra

Estamos acostumbrados a las grandes palabras religiosas, como presencia real del Resucitado, experiencia del encuentro con Jesús; pero, si alguna vez, efectivamente, Jesús se nos muestra en su soberanía y amor personal, nos quedamos atónitos, como los discípulos (*Evangelio* de hoy). Sentimiento característico, entre mezcla de miedo y alegría.

Cuando vayas a la Eucaristía este domingo, toma conciencia de cómo en ella se realiza la aparición del Resucitado:

- Jesús se presenta en medio de su comunidad.

- Celebra con nosotros su Cena, recordando su entrega y muerte por nosotros.

- Releemos a la luz de su Pascua la Sagrada Escritura, contemplando unitariamente la Historia de la Salvación.

- Somos enviados al mundo para que todos conozcan el amor de Dios revelado en Jesucristo.

2. Vida

El Resucitado habita en el corazón de la historia. Lo atrae todo hacia Sí. Con El ha comenzado ya el Futuro, aunque nos parezca que el mundo sigue sometido al pecado y la muerte. El está en cada acontecimiento, en el desarrollo de la humanidad, en los movimientos de liberación, en todos los crucificados, en la vida anónima de los que luchan y esperan, en cada rostro de hombre y mujer...

Ejercítate esta semana en la presencia de Jesús por la fe. No necesitas imaginarte cosas raras. Te basta percibir todo lo que haces y te rodea con una luz distinta, en referencia a Jesús, a su historia, a su mensaje. Verás cómo la vida sigue su curso, pero todo es distinto.

De cuando en cuando, ejercítate más concretamente en relacionarte personalmente con Jesús, cara a cara. No necesitas figurártelo físicamente. Te basta abrir el corazón y estar con El. Su presencia, más real que cualquier otra que puedas palpar. ¿No notas que es la fuente misma de tu vida? A veces nos cuesta creerlo. Abrete, que es el don de Dios.

Cuarto domingo de Pascua - B

Hech 4,8-12

Sal 117

1 Jn 3,1-2

Jn 11,11-18

1. Palabra

La Pascua está constituida por el paso de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz.

El paso lo realiza Dios al resucitar a Jesús de entre los muertos, haciendo de Jesús la piedra angular del nuevo Pueblo de Dios. El desechado y despreciado es el Salvador (*primera lectura*).

Experimentamos el paso nosotros mismos, al recibir el Espíritu Santo, que nos libera del temor y nos hace entrar en el conocimiento íntimo de Dios, que nos permite llamar Padre a Dios y sentirnos hijos, que infunde en nosotros la certeza indefectible del amor de Dios y la esperanza de verle un día cara a cara (*segunda lectura*).

El paso lo ha vivido Jesús como vocación y destino de amor eterno. Vino a entregar su vida, y a entregarla libremente. Quiso amarnos hasta la muerte. Es su amor el que también a nosotros nos hace pasar de la muerte a la vida (*Evangelio*).

2. Vida

Cuaresma y Pascua nos enseñan el axioma cristiano: sólo da vida el que la entrega libremente.

Porque hay entregas que sólo son necesidades ocultas de posesión del otro, o una trampa para evitar conflictos, o expresión de un voluntarismo perfeccionista, que confunde el amor con la ascética del autosacrificio.

Pero hay libertades, igualmente, que se constituyen en barreras para no entregarse, cuando se confunde la libertad con la autoafirmación, o con el miedo inconsciente a perder el yo, o con la reserva, queriendo nadar y guardar la ropa, simultáneamente.

No pienses en un acto especial de entrega sino en la dinámica de lo cotidiano. Aprende a no calcular el amor, a no quedarte en tus derechos, a no comparar lo que tú haces y los demás dejan de hacer, a olvidar tus necesidades para salir al paso de las ajenas, a dejar que otros te desbaraten tus planes, a improvisar cada mañana el amor, aunque te levantes cansado...

Está claro que la vida surge de esa autodonación. Pero no pienses mucho en los frutos de tu entrega. ¿Te parece poco poder amar al estilo de Jesús?

Quinto domingo de Pascua - B

Hech 9,26-31

Sal 21

1 Jn 3,18-24

Jn 15,1-8

1. Palabra

Estos domingos de Pascua leemos textos de los discursos de la Cena, concretamente, Jn 15. ¿Por qué a algunos les resultan tan esenciales, y a otros demasiado «místicos», es decir, poco reales?

¿Por qué Dios quiere ser nuestra vida más profunda? ¿Por qué sólo unos pocos descubren este *permanecer en Jesús*, que ha caracterizado siempre la vida de los santos cristianos?

La *primera lectura* muestra el poder transformador del encuentro personal con Jesús resucitado. La *segunda*, para quien ha conocido el Amor, el don de la conciencia humana.

Pero es el *Evangelio* el que hoy atrae nuestra atención hacia la contemplación interior.

2. Vida

¿Por qué permanecer en Jesús es lo más real y fecundo e imprescindible? Sin embargo, muy pocos tienen esa evidencia.

Algunos creyentes confunden el permanecer con la dedicación a largas horas de oración; los otros sospechan de semejante espiritualismo. ¿Qué es para ti permanecer en Jesús?

Podrás responder si la persona de Jesús se te ha hecho vida tuya por dentro. O si, al menos, has tenido experiencias aproximativas; por ejemplo:

- Cuando descansas en Dios, depositando en El, como un niño, todas tus preocupaciones, materiales, humanas y espirituales.

- Cuando el amor ha pasado de ser un mandamiento a iluminar el sentido de tu vida y a darte alegría interior que permanece.

- Cuando la fe es un proceso de relación viva con Jesús, haciéndose conocimiento interpersonal.

- Cuando la oración ha dejado de ser una práctica religiosa y está desplegando lo mejor de ti mismo.

- Cuando, sin darte cuenta, todo se te unifica: la oración y la vida, el amor de Dios y tu libertad, las relaciones y la soledad'.

Sexto domingo de Pascua - B

Hech 10,25-35

Sal 97

Jn 4,7-10

Jn 15,9-17

1. Palabra

El permanecer en Jesús consiste en el amor de Jesús.

Lee y ora despacio con cada una de las frases del *Evangelio*. Es el amor de Jesús, el que El recibe del Padre, el que nos despierta, libera y transforma. Aunque nuestra experiencia de relación con Jesús sea pobre, sus palabras tienen el calor de la intimidad y la fuerza de la entrega.

La *segunda lectura* nos habla de la característica esencial de este amor: la gratuidad y el desinterés. Sólo Dios puede amar así.

Por eso, el Espíritu Santo se dedica a romper las barreras que establecemos los hombres para defendernos de Dios y de Su Amor: la separación de judíos y paganos, justos y pecadores (*primera lectura*).

2. Vida

El amor de Jesús invadió a Pedro y a Pablo, y a todos los verdaderos discípulos de Jesús. No creamos que, por-ello, dejaron de ser egoístas automáticamente o de tener dificultades.

La diferencia, una vez más, está en el punto de apoyo. ¿Dónde descanso mi ser y mi actuar: en lo que hago o en Su Amor? El que ha experimentado la gratuidad como fundamento de su vida tiene fallos, y muchos; pero no vive pendiente de superarlos.

El que ha conocido personalmente a Jesús nunca justifica su pecado; pero sabe a Quién pertenece, por Quién ha sido elegido. La elección no es un motivo de vanidad y orgullo, sino de agradecimiento humilde.

Se nota lo que Jesús puede llegar a significar para el creyente cuando la vida se encarga de despojarte de esquemas de conducta y de proyectos y de logros, y te quedan sólo unas cuantas certezas. Una de ellas es ésta: que *somos de Jesús*.

Si, al leer esas palabras, todavía buscas seguridad y pretendes verificarlas, es que no has entendido nada. No podemos asegurar nada. Es cuestión de fe en Su Amor. ¿Y no te basta lo que estás escuchando este domingo?

Observaciones

1. Ahora que va a terminar el ciclo Cuaresma-Pascua, echemos una mirada atrás:

- ¿Ha crecido tu conocimiento vivencial de la Salvación realizada en Jesús?

- Da nombre a aspectos de tu vida que han adquirido mayor consistencia y que los sientes como valores cristianos.

- ¿Qué ha ido significando para ti la persona de Jesús estos meses? ¿Notas algún cambio?

2. Ha ido resonando casi cada domingo o celebración la pregunta: ¿Qué significa Jesús para ti? La misma pregunta que dirigió a los discípulos en Cesarea de Filipo (Mc 8,27-30), y a Pedro, después de la Resurrección (Un 21).

Ahí podemos concentrar nuestro proceso de creyentes: en nuestra fe, esperanza y amor de Jesús.

3. Sin embargo, como también eso es don y los caminos de Dios son infinitos, no conviene que absoluticemos. No todos los que creen en Jesús configuran su experiencia espiritual desde la persona de Jesús de un modo tan inmediato y concreto.

Por ejemplo, su relación de amor es el Padre; Jesús es el Hijo que nos salva y el Maestro del Reino.

4. En consecuencia, no fuerces tu proceso. Si esta pedagogía de concentración en Jesús te ha resultado artificial, vuelve a la relación que nace espontáneamente de tu corazón. No hay que olvidar que el proceso de integración de la imagen de Jesús o de la relación con Dios-Padre tiene sus fases.

Si eres fiel a tu camino, a lo que el Espíritu Santo te enseña por dentro, El te llevará en su momento a descubrimientos e integraciones nuevos.

5. En Cuaresma-Pascua acentuamos los aspectos espirituales de la vida cristiana, porque es un tiempo intenso de contemplación-celebración del Don de Dios, de la Gracia salvadora. El Tiempo Ordinario nos devolverá en seguida al realismo de la praxis.

El creyente no debe olvidar nunca, ni siquiera en la urgencia de sus responsabilidades, cuál es su Fuente: *Sin Mí no podéis hacer nada.*

Fiesta de la Ascensión

(Séptimo domingo de Pascua) - B

Heeh 1,1-11

Sal 46

Ef 4,1-13

Me 16,15-20

1. Para una visión integral de esta fiesta, d. ciclo A, pp. 98-99.

2. Dando continuidad a la pedagogía de los domingos anteriores, podríamos profundizar en esta dimensión joánica de la ascensión de Jesús: la *vuelta al Padre*.

Jesús ha cumplido hasta el final la misión del Padre, y ahora vuelve a su morada propia, desde toda la eternidad: al seno de Dios. Consigo arrastra a toda la humanidad. Y desde arriba, atrae todo hacia Sí, Cordero entronizado a la derecha de Dios, Señor de la Historia (tal como nos lo presenta el Apocalipsis).

Atrae desde arriba y *desde dentro*, pues nos envía desde el Padre al Espíritu Santo, cuya misión es actualizar la palabra de Jesús y hacernos participar personal y comunitariamente en el camino realizado por Jesús.

3. La vuelta al Padre desvela el secreto íntimo del corazón de Jesús y de su vida entera: su amor y su esperanza, su anhelo y su descanso.

Cuando se oye a Jesús hablar de su Padre, sentimos vibrar todo su ser. Vino a cumplir su voluntad, y su alegría consistió en descubrirnos quién es Dios para nosotros y cuál es su proyecto de amor infinito.

4. No cabe conocer a Jesús si, simultáneamente, no conocemos al Padre. Son *uno* en sentido absoluto.

Lee y medita: *In* 14,1-14; 16,25-33.

5. No hay quizá en toda la Biblia ningún texto más expresivo sobre la Ascensión, en cuanto vuelva al Padre, como *In* 17.

Jesús intercede siempre por nosotros. Por eso, la Ascensión no significa que se desentiende del mundo, sino que nos precede (prefacio de la Eucaristía) y se hace presente de un modo nuevo.

Aprópiate la «oración sacerdotal» de Jesús, y podrás percibir el Espíritu de Jesús: su fuente de amor, su unidad en el Padre y con los hombres...

Domingo de Pentecostés

Hech 2,1-11

Sal 103

Gál5,16-25

Jn 15,26-27

1. Para una visión integral de esta fiesta, d. ciclo A, pp. 100-101.

2. Como matiz a subrayar en el ciclo B, podríamos profundizar en el Evangelio de hoy, que resalta la dimensión personal e interpersonal que cumple el Espíritu Santo en la comunidad cristiana:

- Jesús le llama el *DeFensor* porque da testimonio de la verdad. ¿Qué verdad? La verdad de Jesús: que viene de Dios, que ama al Padre, que ha realizado las obras que el Padre le ha encomendado, que ha revelado el amor salvador del Padre a los hombres...

- Da testimonio de Jesús en el corazón de los discípulos, pues la verdad del Espíritu Santo no es una interpretación religiosa o cosmológica, sino la iluminación interior de la fe y la vida nueva de amor. El Espíritu Santo proporciona al creyente los órganos propios para conectar vitalmente con la voluntad del Padre y la vida de Jesús, el amor con que Dios quiere comunicarse al mundo y con que Jesús lo lleva a cabo.

- Esta verdad es, esencialmente, *comunió*n, pues el Padre y el Hijo son uno en el Espíritu Santo, y tal es, en última instancia, el Reino de Dios: Establecer en la tierra y consumir en el cielo la comunió

de los hijos de Dios a imagen y semejanza del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

- Por ello, la gloria del Espíritu Santo está en dar lo que recibe, pues tal es la gloria del Hijo, recibirlo todo del Padre, y tal es la gloria del Padre, no apropiarse nada, sino ser fuente de amor eterno.

3. La conclusión de las Fiestas Pascuales tenía que ser, lógicamente, la celebración del misterio Uno y Trino del Dios vivo.

4. En este sentido, durante esta semana, como conclusión del ciclo litúrgico de Cuaresma-Pascua y preparación para la fiesta de la Trinidad, el domingo próximo, te invito a orar y meditar, si puedes, con esa carta admirable que es *la Carta a los Efesios*.

Tiempo Ordinario II

La Santísima Trinidad

NOTA: Textos, Deut 4,32-40/ Sal 23/ Rom 8,14-17/ Mt 28,16-20.

Para profundizar, d. las sugerencias del ciclo A, pp. 102-103.

Durante esta semana, sería interesante retomar las *Observaciones* de la pag. 104

Otras Fiestas

NOTA: Por no repetir las reOexiones:v por no hacer un libro demasiado extenso, para otras Fiestas del Señor y de los santos, remito a las pp. 105-112 del ciclo A.

- Fiestas del Corpus y del Sagrado Corazón.
- Fiestas de la Inmaculada v de la Asunción.
- Fiesta de san Pedro y san Pablo.
- Fiesta de Todos los Santos.

Observaciones para los domingos 7·9

1. Lee despacio y seguido Mc 2,1-3,6.

Esta sección es clásica en los Evangelios (tiene sus paralelos en Mt y Lc), pues recoge los recuerdos de la vida de Jesús, que, con sus hechos y su mensaje, se enfrenta a la autoridad religiosa, al sistema religioso-moral de su época, configurado por la Ley.

2. El núcleo de la cuestión es éste: El Reino de Dios se manifiesta en Jesús como misericordia en favor de los pecadores, de los que están fuera de la Ley. Se salta las normas en doble sentido:

- Primero, en cuanto reivindica el valor de la persona humana por encima de las leyes morales o religiosas.

- Segundo, en cuanto deja sin valor las «obras buenas» de los que intentan asegurarse el Reino. Libera así al hombre de la necesidad de justificarse mediante el cumplimiento de la Ley.

3. Por desgracia, el carácter escandaloso de la praxis mesiánica de Jesús ha sido domesticado con interpretaciones unilaterales. En vez de darse cuenta de que Jesús ataca los fundamentos mismos de todo Sistema (pasado o presente) que se apoya en la Ley para ordenar la vida del hombre, se dice que Jesús ataca el cumplimiento legalista de la Ley o las leyes de pureza e impureza propias del Antiguo Testamento.

4. ¿Quicres saber si estos pasajes te atañen a ti personalmente?

- Mientras pretendes ir a Dios con tus buenas obras, justificando así tu vida, es que no has entrado en la lógica del Reino.

- Cuando juzgas a las personas según esquemas de conducta, en vez de intentar percibir su dignidad, o cuando clasificas a las personas mediante distinciones claras entre el bien y mal, en vez de intentar percibir su corazón.

- Cuando valoramos más el orden que el riesgo de la libertad, la ideología segura que la búsqueda dolorosa de la verdad.

- Cuando crees más en tu responsabilidad y coherencia que en la gracia salvadora de Dios.

5. Para profundizar en el tema, cL ciclo A, pp. 60-61; 68-71; o bien, mi comentario de la carta a los Romanos en *Relectura de las cartas de san Pablo* (Ed. Paulinas).

Domingo 7 del Tiempo Ordinario - B

Is 43,18-22

Sal 40

Me 2,1-12

1. Palabra

A pesar de todos los intentos de la sociedad actual por negar el sentimiento de culpa, está ahí y renace constantemente con nuevos rostros. Antes era el desorden o el incumplimiento de las normas del culto; ahora, la insolidaridad social o la angustia que producen la violencia y la muerte...

Es necesario *reconocer* nuestra culpa personal y colectiva y ponerla ante el juicio de Dios. La liberación no viene de la negación, sino del reconocimiento.

En la hondura oscura de nuestro pecado se revela la palabra que lo renueva todo por Gracia (*primera lectura*) y la cercanía del Reino que viene a salvar, no a condenar (*Evangelio*).

2. Vida

La vida surge de la muerte, pues el amor de Dios lo recrea todo de la nada. Se nos da la paz, cuando estamos abrumados por sentimientos de culpa o de desesperanza; basta acoger confiadamente la misericordia de Dios.

¿Por qué nos cuesta tanto creer que Dios sea así? Nos lo hacemos a nuestra imagen, y cuando nos rechazamos a nosotros mismos, nos sentimos separados de Dios. Medimos el amor de Dios con medida humana, la generosidad del perdón con la voluntad de cumplir con su Ley. Nos mete miedo pensar que Su Amor sea tan incondicional y no dependa de nuestras obras. Se prestaría al abuso y la irresponsabilidad.

Sólo Dios se atreve a creer en la gratuidad y se decide a salvar al hombre por pura gracia, confiando en que la única fuerza capaz de vencer la cerrazón del hombre es que reine el Amor que no calcula, que no mide, fiel e incondicional.

¿Has entrado en esta lógica de la gratuidad? El secreto es tu pecado. Ahí donde experimentas la autonegación, el poder de la muerte más fuerte que tu buena voluntad, la angustia de deber y no ser, ahí te sale Dios a salvar. No necesitas justificarte. Quiere que le entregues tu pecado y te sientas aceptado y amado.

Domingo 8 del Tiempo Ordinario - B

Os 2,14-20

Sal 102

Me 2,12-22

1. Palabra

Demasiado cierto es que los cristianos no hemos sido ni somos, precisamente, personas que se caracterizan por la alegría. Parece que Dios está asociado al autosacrificio y a la seriedad. ¿No nos ha ocurrido como al judaísmo de la época de Jesús? El hombre auténticamente religioso estaba simbolizado por el fariseo: obsesionado por justificar su vida ante la Ley, añadiendo «obras buenas especiales» a las comunes de la gente...

El *Evangelio* de hoy tuvo que ser provocativo en la época de Jesús. Pero, ¿no lo es acaso ahora? Cuando algunos cristianos tomamos tan en serio nuestras vidas haciéndonos tan importantes, me imagino que Dios nos mira con cariño y con pena y se ríe de nuestras obsesiones de perfección.

¿Cuándo nos enteraremos de que lo único importante es amar? Pero el amor es una fiesta. Dios mismo ha venido a estar con nosotros y nos ha invitado al banquete de su intimidad. ¡Las palabras de la *primera lectura* no son fantasía!

2. Vida

¡Ojalá descubramos la fiesta del amor en lo cotidiano! Porque a veces no hacemos más que quejarnos de la aridez de nuestra vida ordinaria.

- Comencemos por agradecer todo lo que somos y tenemos.
- Recibamos lo que nos dan, sin que dependa de lo que quisiéramos recibir. Esto vale para las relaciones humanas y también para la relación con Dios.
- Disfrutemos de las cosas sencillas, que no necesitan sensaciones especiales, pues son fuente de alegría cuando se las vive desde lo que son: conversar, pasear, contemplar la naturaleza, entretenerse con un «hobby»...
- La ansiedad del futuro impide la fiesta del presente.
- Sobre todo, seamos activos en el amor; pero con una condición, que no confundamos el amor con las ganas de sentirnos importantes. Si para amar no necesitas hacer «obras buenas», sino expresar la abundancia de tu corazón, la vida entera se te hará fiesta, poco a poco.
- Aunque te parezca que no amas, confía en tu corazón.

Domingo 9 del Tiempo Ordinario - B

Deut 5,12-15

Sal 90

Me 2,23-3,6

1. Palabra

A primera vista, hay una contradicción entre la *primera lectura*, la importancia del sábado, y el *Evangelio*, en que Jesús relativiza el sábado, permitiéndose quebrantarlo con relativa facilidad. Tengamos en cuenta que, en la época de Jesús, los rabinos permitían realizar en sábado ciertas obras de caridad. Lo que Jesús aporta de nuevo no es una casuística más liberal, algo así como ampliar las obras permitidas en sábado. Jesús trae un nuevo principio: hacer del amor al hombre el criterio del culto y de toda Ley.

En este sentido, no están tan lejos la ley del sábado del Antiguo Testamento y el mensaje de Jesús, pues es esencial al sábado judío su preocupación por el hombre ("para que descansen como tú el esclavo y la esclava»). Pero la revolución que Jesús trae es innegable: el sábado está en hacer bien al hombre.

De hecho, el cristianismo estableció el domingo como día de descanso sólo al constituirse en religión del Estado.

2. Vida

Hay creyentes que todavía sacralizan la santificación de las fiestas (cumplimiento dominical), situándose muy cerca del judaísmo legalista de la época de Jesús. Y hay creyentes que sacralizan el trabajo, dándole culto por encima de su familia, de sí mismos, del prójimo y de Dios.

Si Jesús da primado al hombre sobre el sábado no es para sustituir un culto (los deberes para con Dios) por otro (estos nuevos ídolos que se llaman la producción, las diversiones, los ejercicios corporales, la curiosidad intelectual, las evasiones...), sino para enseñarnos lo esencial: que toda ley está al servicio de la persona humana, que sólo ella dotada de un valor absoluto.

¿Te ayudan tus fines de semana o tus vacaciones para dedicarte a lo importante, a Dios, a tus seres queridos?

¿Todavía experimentas contradicción entre tus deberes para con Dios (sacramentos, oración...) y tu entrega al prójimo?

En general, ¿te parece que estás liberado de normas cuando está en juego la persona humana?

Observaciones para los domingos 10-16

1. Leer despacio la sección *Mt 3,7-6,34*.

La primera sensación es de abigarramiento, que el evangelista ha recogido anécdotas y diálogos múltiples de la vida de Jesús. Con todo, un hilo conductor parece atravesar la sección: que en la medida en que Jesús se revela como Mesías e inaugura el Reino, el entorno no lo comprende y provoca rechazo. El evangelista subraya, especialmente, la incompreensión de los *suyos*.

Al final de la sección, los Doce adquieren protagonismo. Ellos serán los discípulos que creen, si bien con dificultades.

2. Sin duda, la revelación de Dios siempre resulta desconcertante; pero, cuando vino el Mesías, lo fue especialmente. Quizá, porque tuvieron que chocar frontalmente nuestras expectativas y el estilo de Dios. Nosotros deseábamos la intervención avasalladora, la solución inmediata y universal de todas nuestras carencias y contradicciones. Pero era la hora de Dios, y Dios fue fiel a su modo de ser hasta el final: amor desinteresado, autoridad sin violencia, salvación «desde dentro», compartiendo con el hombre nuestra debilidad.

Esta «lev de ocultamiento» rige la acción mesiánica de Jesús. Jesús hace «signos» efectivos de que ha llegado el Reino; pero sólo los ven y oyen los que tienen ojos y oídos.

3. Primera aplicación: a nivel de experiencia creyente. ¿Ha ido madurando mi comprensión del modo de actuar de Dios? ¿En qué momentos me ha parecido que Dios no respondía a mis expectativas? ¿Cómo he elaborado esta crisis de confianza en El?

4. Segunda aplicación: a nivel de tarea y misión. Trabajamos por el Reino, intentando infundir valores a las personas y estructuras sociales, suscitando fe y Evangelio; pero, ¿seguimos la misma lógica de ocultamiento o utilizamos las armas del poder y las mañas del interés? ¿Posibilitamos Reino o, más bien, seguimos esclavizando a los hombres con la Ley, imponemos nuestra ideología y conquistamos influencia?

Domingo 10 del Tiempo Ordinario - B

Gén 3,9-15

Sal 129

Me 3,20-35

1. Palabra

¿Por qué Jesús suscita tanta incompreensión? Entre sus familiares, hasta el punto de que no quieren saber nada de El, tachándolo de loco. En las autoridades religiosas, que interpretan su actividad como obra demoníaca.

A la luz de la *primera lectura* y el *salmo responsorial*, entendemos lo que está pasando: que está desenmascarando los fondos oscuros del hombre. Normalmente, nuestro lado oscuro está tranquilo, no se siente amenazado, pues se esconde detrás de las «buenas intenciones». Con frecuencia, son los guardianes de la religión los que mejor ocultan su oposición a Dios bajo las falsas razones del honor de Dios.

Jesús rompía sus ideas sobre Dios y su proyecto de Salvación: un Dios que estaba a favor de los sin-ley, que traía la dicha y la justicia al desecho de la sociedad... Alguien que habla del Reino de Dios y pretende realizarlo con medios tan insignificantes: su cercanía al pueblo, huyendo del liderazgo, sin interés personal...

2. Vida

Los que habitualmente asistimos los domingos a la Eucaristía, somos los hombres de Iglesia y los familiares de Jesús. ¡Ojalá nos sintamos amenazados por las ideas de Jesús y llamados, a un tiempo, a creer en su mensaje!

No caigamos en el maniqueísmo de ver sólo fuera de la institución eclesial los signos del Reino (cierto talante sistemáticamente anticlerical); pero tengamos el valor de reconocer lo lejos que estamos del actuar de Jesús. Nos parecemos demasiado a los letrados, guardianes de la Ley, a los bienpensantes que garantizan el orden y la seguridad.

Están con Jesús, son de Jesús, los que cumplen la voluntad de Dios. «Hay muchos que están (en la Iglesia) y no son, y otros, que no están, pero son» (san Agustín). Esta verdad nos ayuda a ser humildes y a estar abiertos, rompiendo nuestras barreras ideológicas y relativizando nuestros esquemas normativos.

Domingo 11 del Tiempo Ordinario - B

Ez 17,22-24

Sal 91

Me 4,26-34

1. Situación

A veces nos parece evidente la presencia providente de Dios. Y otras, tenemos la sensación de que se oculta demasiado. Si nos analizamos, veremos que esa percepción depende de nuestras expectativas. Así ocurrió en la época de Jesús: la venida del Reino era esperada como irrupción grandiosa; el Mesías, lugarteniente de Dios, debía imponerse con todo su poder, cumpliendo las promesas de una era de felicidad total y de elevación de Israel a cabeza de la humanidad, y esto, para siempre.

Dios está ligado a nuestras fantasías infantiles de felicidad y omnipotencia.

Normalmente, ya no esperamos un Reino de felicidad material; las fantasías infantiles suelen tener formas más sutiles: buscamos en Dios la solución de problemas que no queremos abordar, o nos imaginamos la relación con El sin conflictos, o Le exigimos que nos dé bienes espirituales inmediatamente, o suponemos que, si es tan bueno, no tienen por qué ocurrirnos ciertas cosas...

2. Contemplación

Los dos parabolitas del *Evangelio* de hoy nos introducen de cabeza en el estilo de Dios al actuar en la Historia.

Cuenta con el hombre, que ha de sembrar la semilla. Pero el fruto es obra de Dios. Si intenta controlar el crecimiento y se afana ansiosamente, la semilla terminará sofocada. Si se duerme confiadamente en manos de Dios, si se apoya en la fe, verá maravillas.

Sin embargo, las maravillas no tendrán nada que ver con sus deseos narcisistas o sus megalomanías. El Reino es poderoso, pero como el granito de mostaza. Su fuerza es oculta, a largo plazo. Su eficacia no la complenaban los que viven de sueños de grandeza (aunque éstos sean espirituales), sino los pequeños, aquellos a quienes cualquier don de Dios, el más insignificante, les parece un regalo maravilloso.

La lectura de *Ezequiel* 17,22-24 nos ayudará a dar gracias al Señor porque El es así, el que «humilla los árboles altos y ensalza los árboles humildes». Nos dice, además, que ésta es su promesa y que así lo hará. En efecto, con el Mesías Jesús, el árbol humilde, el grano de mostaza, ha llegado el Reino de la vida oculta y fuerte.

3. Reflexión y praxis

El Reino de la vida oculta y fuerte. En efecto, el Reino es eficaz, y visiblemente eficaz, pero hace falta darle tiempo y vivir este tiempo paradójicamente: con la urgencia de quien tiene un solo día para sembrar el grano, y la tranquila confianza de quien se echa a dormir, pues no disponemos de su eficacia, y sabe que así, en manos de Dios, está mejor.

- Cuando haces todo lo que puedes y sabes por la educación de tus hijos, pero no intentas controlarlos, y cuando no responden a tus expectativas morales o religiosas, no desesperas...

- Cuando estás comprometido en la causa de los desfavorecidos, pero no te sirves de ellos para auparte a ti mismo.

- Cuando, en la evangelización, prefieres medios gratuitos, testimoniales, centrados en las personas, más que en las estructuras.

- Si en tu vida has descubierto progresivamente el valor de las cosas sencillas y rutinarias.

- ¿Quién soporta realmente el peso de la humanidad: los responsables políticos y económicos o tantas personas anónimas que cuidan de los enfermos y de los niños? Todo hace falta, ciertamente, gente que se dedique a humanizar la cultura y la sociedad; pero el subsuelo de toda cultura de las relaciones sociales está en el entramado invisible del amor de cada día y de las actitudes éticas.

- ¿No es verdad que sentimos más satisfacción cuando celebramos el triunfo de la Iglesia o de nuestra causa política o la victoria de nuestro líder deportivo, que cuando vemos a un compañero echar mano a otro, olvidando sus intereses personales, o a una madre mantener la esperanza en la enfermedad de su hijo?

- Nos cuesta creer que Dios pueda hacer su obra con nuestra fragilidad e impotencia. Estamos esperando «efectos especiales», experiencias elevadas. Pero el Señor nos lleva por caminos de fe oscura y de amor difícil.

Hemos de revisar nuestras precomprensiones sobre el Reino. El mejor modo es contemplar reiteradamente qué dijo e hizo Jesús.

Nos ayudará, también, dirigir una mirada retrospectiva a nuestra historia personal y constatar cómo Dios ha ido haciendo su obra a pesar nuestro, y cómo todo ha dependido de confiar en su acción oculta.

Domingo 12 del Tiempo Ordinario - B

Job 38,1-11

Sal 106

Me 4,35-40

1. Palabra

La vida humana ha sido figurada muchas veces con la barqui-chuela azotada por las olas. Tal era la sensación de Job (*primera lectura*) al ser sometido a la prueba. Dios no le da una explicación. Le conmina a enfrentarse con el misterio de la existencia.

¿Tiene explicación lo que nos rodea? A veces la ciencia nos produce la ilusión de explicar la realidad porque encadena causalmente unos fenómenos a otros. Pero, ¿por qué existe el ser y no la nada, por qué nuestro planeta, en medio de los espacios siderales? ¿Por qué esta criatura tan insignificante como es la persona humana se hace preguntas inabarcables? ¿Por qué el amor y la muerte, la esperanza y la injusticia?

Mientras el hombre tiene un punto firme de referencia, Dios, tiene la sensación de navegar tranquilo. Pero, ¿cuando la fe misma está sometida a prueba y todo parece hundirse en las tinieblas? El *Evangelio* nos presenta la fe de los discípulos a merced de las olas.

2. Vida

No fue fácil a los discípulos creer en Jesús como Mesías. No respondía a sus expectativas. Hacía «signos del Reino», las curaciones; pero de una manera tan desconcertante, que sólo la fe alcanzaba a ver en ellos el Reino. No nos es fácil tampoco a nosotros. No nos hagamos ilusiones: Dios ha de resultarnos frustrante más de una vez.

Da la impresión de que a Dios no le importa solucionarnos los problemas, sino que crezcamos en la fe. Por eso, unas veces, al principio, nos trata bien, está muy atento a nuestras necesidades y experimentamos salvación (los «signos» apoyan la fe); pero otras veces parece que todo ocurre al revés, que el Señor está dormido, despreocupado de nosotros. Si somos capaces de dejarle hacer su pedagogía, se fortalecerá nuestra fe y descubriremos, maravillados, que El mismo es nuestra paz.

Se trata de madurar en la fe, que ésta no dependa de los signos. Mejor dicho, se trata de vivir a Jesús mismo como el signo definitivo de Dios. Esta fe es la única capaz de sostenernos en cualquier tormenta.

Domingo 13 del Tiempo Ordinario - B

Sab 1,13-15; 2,23-25

Sal 29

Me 5,21-43

1. Palabra

Cuando uno no se pierde en los detalles anecdóticos, buscando el «milagrito», el *Evangelio* de hoy sobrecoge. En torno a Jesús surgen la vida, la muerte es vencida, los sin-esperanza renacen.

Hay verbos que, dichos por Jesús, adquieren resonancias profundas: ¿Quién me ha tocado? Tu fe te ha curado. No temas. Levántate...

La *primera lec/lira* resuena, igualmente, como una fiesta: Dios no hizo la muerte. Todo lo creó para que subsistiera...

2. Vida

«Celebrar la vida» debería ser una consigna de los cristianos. El Reino, en este sentido, no es más que la vida en auge, surgiendo misteriosamente del caos. frágil y victoriosa, en su riqueza multi-forme, desde la vida biológica hasta la vida del Espíritu Santo.

El cristiano la afirma en el seno de la madre, frente a todas las amenazas del capricho o de la irresponsabilidad. Pero no hace del aborto un arma demagógica, pues sabe del sufrimiento del hijo no deseado.

La sigue afirmando en el condenado a muerte, cuando la sociedad se erige en juez último del derecho a existir de las personas.

y vive dolorosamente los conflictos de conciencia. Si se trata de sí mismo, está dispuesto a no matar en defensa propia; pero, ¿qué hacer cuando un tirano desencadena el horror sistemático de la muerte y la esclavitud?

El cristiano celebra la vida nueva que surgió de la muerte de su Mesías injustamente condenado a morir crucificado. Ahí aprende a leer el misterio de la vida, tan cercano siempre a la muerte. Pues la vida está esencialmente ligada al amor, y ¿en qué consiste amar sino en dar la vida libremente hasta la muerte?

Por eso, celebrar la vida es esperar contra toda esperanza en la victoria de la vida sobre la muerte. Esta aparece siempre más poderosa, porque la violencia es su rostro, y ¡el amor parece tan débil!

Reflexiona sobre esta ética de la vida, y aplícala a situaciones concretas.

Domingo 14 del Tiempo Ordinario - B

Ez 2,2-5

Sal 122

Me 6,1-6

1. Situación y contemplación

A la luz de las lecturas de este domingo, vamos a revisar nuestra fe. Muchos cristianos nutren su fe de *creencias*, es decir, de un conjunto de convicciones referentes a contenidos no verificables, pero a los que se adhieren por fe. Pueden ser ideas sobre Dios (por ejemplo, que es Trino y Uno) o el hombre (que es pecador y ha sido llamado a la salvación mediante Jesucristo), o bien acontecimientos (que Jesús murió bajo Poncio Pilato y que luego resucitó). Otros han hecho de la fe un proceso personal, en que lo determinante es el encuentro con Jesús resucitado, y, por ello, dan la máxima importancia a la historia de Jesús y a la relación viva con El hoy.

Las páginas de este libro están inspiradas, sin duda, en este segundo modo de vivir la fe. Hoy, concretamente, queremos acercarnos a la experiencia de *soledad* radical que vivió Jesús por ser fiel a su misión. Los suyos (familiares, vecinos de Nazaret, el pueblo judío) desconfiaban de El. ¿Qué resonancias tiene en mí esta dimensión tan afectiva y personal de la fe?

- Marcos nos ha presentado en toda su crudeza la incompreensión que Jesús sufrió por parte de los suyos. Estos domingos estamos profundizando en el carácter desconcertante del mesianismo de Jesús para las expectativas de la gente. La consecuencia va a ser el *rechazo*.

- El texto del profeta Ezequiel refleja la misma experiencia del rechazo. Fue el camino normal de los enviados de Dios. Jesús resumirá en una parábola esta trayectoria de la historia de Dios con su pueblo (Mc 12,1-12), cuya culminación será su propia muerte.

- El salmo responsorial expresa la respuesta de la comunidad cristiana a los enviados de Dios. Por una parte, el reconocimiento del pecado, de cómo, efectivamente, no escuchamos la Palabra de Dios. Por otra parte, la fe. La Iglesia quiere seguir humildemente a Jesús, aunque su misión nos resulte desconcertante.

Intentemos acompañar a Jesús en su soledad.

2. Reflexión

La soledad de Jesús tiene niveles diversos. Uno, el más comprensible para nosotros, es el psico-afectivo. Tuvo que ser muy doloroso para Jesús ir a la sinagoga de Nazaret y sentir el rechazo de sus conocidos. Probablemente, habían oído hablar maravillas del hijo de María, el carpintero, y se hicieron expectativas de que Jesús les iba a hacer milagros. Pero Jesús no estaba dispuesto a pasar por ese chantaje. La frase del Evangelio es terrible: «No pudo hacer allí ningún milagro... Se extrañó de su falta de fe».

La soledad de Jesús nace de un nivel más hondo, el fracaso de su misión. No se trata de cualquier fracaso, sino del fracaso en relación con el Reino. ¿No era acaso contradictorio que el Mesías fracasase si, por definición, la era mesiánica consiste en la victoria definitiva de Dios? Jesús sintió en propia carne la prueba más dura: Si Israel rechazaba al Mesías es que rechazaba el Reino y, en consecuencia, la esperanza última que le quedaba. ¿No significaba este rechazo, quizá, que Jesús estaba engañado, que no había recibido la misión que El se atribuía? De hecho, entre los suyos se decía que estaba loco. ¿No tendrían razón?

3. Praxis

El cristiano no debe confundir la fe con un sistema de creencias. Estas buscan siempre dar seguridad, evitar riesgos. La fe adulta camina a pecho descubierto y no evita las preguntas y la oscuridad. Por eso, no necesita sacralizar la figura de Jesús, haciendo de El un Mesías omnisciente, por encima de toda duda. Meditar en la soledad de Jesús ayuda mucho a vivir con realismo lo que es la condición de todo creyente: A medida que la fe se te hace fuente personal de ser, te vas quedando solo. Es así, no hay que darle vueltas.

No por eso te alejas de nadie; al contrario. Pero sólo Dios entra en el último reducto de tu conciencia, aunque no tengas secretos para tu amigo íntimo. Hace falta que las personas que te quieren estén en tu misma honda para que comprendan lo que significa para ti hacer la voluntad de Dios por encima de todo, incluso de las personas a las que más quieres, o ese sentimiento misterioso de descansar sólo en Dios, en última instancia.

Soledad habitada, no solitaria, en que el corazón creyente experimenta lo más gozoso y exigente de su vocación cristiana.

Si sabes un poco de estas cosas, no tengas miedo; sigue a Jesús.

Domingo 15 del Tiempo Ordinario - B

Am 7,12-15

Sal 84

Me 6,7-13

1. Palabra

Jesús *incorpora* a su *misión* a los Doce. Y con ello, a su estilo mesiánico, y a sus consecuencias: la acogida y el rechazo (*Evangelio*).

La lectura de Amós 7,12-15 nos hace ver las características de la misión: que uno no la elige y que lo normal es el enfrentamiento entre los guardianes del Sistema y el mensaje profético.

Ambas lecturas subrayan el carácter itinerante del Enviado. El verdadero discípulo es una persona *desinstalada*. El Evangelio refleja la radicalidad de forma de vida de los grupos de predicadores itinerantes que en la era apostólica se dedicaban a anunciar el mensaje cristiano. Sin duda ha de ser releído en nuestros contextos sociales, pero mantiene su fuerza significativa.

2. Vida

Los religiosos/as, especialmente los que pertenecen a la tradición pauperística (por ejemplo, los franciscanos), se suelen identificar profundamente con el Evangelio de hoy. Pero también ellos experimentan el contraste (¿escandaloso?) entre la aspiración a la radicalidad de la pobreza y la realidad de sus formas institucionales de vida.

El seglar casado/a fácilmente se siente despistado con estos textos, pues no ve posible su cumplimiento literal y no siempre tiene conciencia clara de ser profeta. Sólo a través de un proceso de maduración en la fe, aprende a distinguir la radicalidad de los consejos concretos de Jesús (ligados a su época) y la radicalidad del estilo de vida que conlleva la vocación cristiana.

La radicalidad es, primordialmente, espiritual, y está en relación directa con la soledad de la que hablábamos el domingo pasado.

Pero siempre se traduce en un estilo de vida que abarca todos los valores de la existencia: las relaciones interpersonales, el «status social», lo económico... Ciertamente, no hay un modelo práctico igual para todos; pero ser llamado a ser discípulo de Jesús (y todo cristiano lo es) desencadena una dinámica de transformación de la vida entera. Lo veremos sobre todo al profundizar en el ciclo C, Evangelio de Lucas, domingos 12-23 del Tiempo Ordinario.

Haz oración sin espiritualizar los textos. En su concreteness llevan una carga de transformación.

Domingo 16 del Tiempo Ordinario - B

Jer 23,1-6

Sal 22

Me 6,30-34

1. Palabra

Los textos de hoy se refieren, especialmente, a los responsables de la comunidad cristiana, obispos y sacerdotes. Pero se aplican perfectamente a todos los que tienen alguna responsabilidad respecto a personas: padres, educadores...

Caben muchas resonancias:

- La promesa del Señor de conducir a su Pueblo mediante responsables dignos, sabios y generosos, según el corazón de Dios. Es Jesús el pastor mesiánico, en quien se cumple lo anunciado por Jeremías (*primera lectura*).

- La pedagogía de Jesús respecto al Reino. Tal como lo explicamos en las observaciones de la página 220, ante el rechazo de Israel Jesús va concentrando su misión en los Doce, preparándoles para cuando Él muera.

- La sabiduría práctica de entrega y descanso que Jesús busca para sí y los suyos; pero que, en definitiva, sólo el amor juzga. Impresiona la frase última del Evangelio de hoy (Mc 6,34): *Le dio lástima... y se puso a enseñarles con calma.*

2. Vida

Un buen tema de discernimiento, cuando una persona es responsable y, además, vive la responsabilidad incondicionalmente, y, además, la fundamenta en el amor incondicional de Jesús, entregado hasta no tener tiempo ni siquiera para comer.

Es de sentido común descansar cuando uno confunde la responsabilidad con la ansiedad perfeccionista (su signo frecuente, el estrés).

Es más difícil discernir cuando la responsabilidad nace de la necesidad de amar y no reservarse. Sin embargo, no siempre el amor es «discreto»; y, fácilmente, la necesidad de no reservarse depende de otra necesidad, la de «estar a la altura» de la situación, de modo que uno no puede permitirse defraudar a los demás ni a la propia conciencia. Parece generosidad, pero no es amor de libertad interior.

El amor de libertad interior nunca se reserva, incluso cuando descansa, pues Dios hace para entregarse más y mejor a los demás.

Lo que pasa es que la vida obliga en ocasiones a prescindir de análisis, y no tienes otro remedio que olvidarte del todo de ti.

Hay un momento en el proceso de crecimiento del amor en que ya no se distingue entre entrega y descanso: «todo es uno».

Observaciones para los domingos 17-21

1. Se intenumpen en este momento la lectura del Evangelio de Marcos y se introduce el cap. 6 del Evangelio de Juan. Las razones pueden ser múltiples: desde la importancia que tienen la fe y la Eucaristía en la vida cristiana hasta la necesidad de profundizar en las paradojas del Reino (el Dios que da de comer a la multitud es el Dios que nos da como pan de vida a su propio Hijo; la dialéctica del ver y del creer, que marca el ritmo del discurso de Jesús en Juan 6).

2. En otro caso, tal como vamos desarrollando nuestra meditación del Reino a la luz de Marcos, **Jn 6** va a permitirnos tocar las cuestiones nucleares del mesianismo de Jesús y, por lo tanto, de nuestra experiencia y comprensión del Reino.

De hecho, la multiplicación de los panes parece representar en los Evangelios el momento crítico, en que Jesús realiza el signo mesiánico más claro para las expectativas de la gente y el momento en que tuvo que frustrar más claramente, también, dichas expectativas.

En *Me 8,1-21* se percibe claramente la desazón que produjo. *In 6* supone una larga meditación sobre el tema a la luz de la Pascua y de la vida cristiana postpascual.

3. Aconsejo al lector que lea el capítulo entero, pidiendo el Espíritu Santo, ya que en la inteligencia creyente de este capítulo se ponen en juego cuestiones centrales, por ejemplo:

- Cómo el Reino no es algo meramente espiritual, sino también natural; pero cómo sólo la experiencia teologal puede hacer la síntesis que no tergiversa el mensaje de Jesús.

- Cómo la experiencia teologal se fundamenta en la iniciativa gratuita de Dios, que nos hace percibir el don de Dios en cuanto don.

- Cómo la experiencia teologal es encuentro y vida en Jesús.

- Cómo en la Eucaristía se consuma la experiencia teologal, al darse, en uno, el comer y el creer, el Reino y la persona de Jesús, la salvación del hombre y la vida eterna.

4. Durante estos domingos 17-21 sería conveniente releer las páginas dedicadas a la Eucaristía en el ciclo A (pp. 78-79; 86-95). Serán un buen complemento.

Domingo 17 del Tiempo Ordinario - B

2 Re 4,42-44

Sal 144

Jn 6,1-15

1. Palabra

En la redacción de Juan, la escena de la multiplicación de los panes está descrita subrayando el señorío salvador de Jesús. Su persona y su palabra tienen la iniciativa en todo momento. Sin duda, Juan está relejendo el recuerdo de lo acontecido históricamente en Galilea a la "luz de la presencia del Señor Resucitado.

Cuando vayas a la Eucaristía este domingo, traslada la escena de la multiplicación de los panes a la asamblea dominical, y verás que adquiere resonancias distintas, especialmente actuales.

Dependerá de tu fe, pues los signos externos te parecerán rutinarios. Pero es ahí, cabalmente, en la Eucaristía, donde Jesús, en medio de la multitud hambrienta, da gracias al Padre y se multiplica. El mismo, alimento en sobreabundancia.

2. Vida

Es tan significativa la multiplicación de los panes en los Evangelios porque es el signo-milagro que simboliza y realiza, inseparablemente, la celebración del Don de Dios y la solidaridad humana. Cuando la Eucaristía queda reducida a culto y olvida el compartir, o a la inversa, termina vacía de sentido.

— ¿Dónde, cómo se realiza en mi vida la multiplicación de los panes? La palabra decisiva es *compartir*, y ¡ojalá no sea una de tantas palabras manidas, que sólo sirven para hinchar nuestras buenas intenciones!

Se multiplica mi dinero cuando no necesito guardarlo, acumularlo en los bancos o en acciones.

Se multiplica mi casa cuando acoge a personas extrañas y no se abre sólo a amigos y conocidos.

Se multiplica mi tiempo cuando lo pierdo con los que necesitan ser escuchados.

Se multiplica mi amor cuando no lo limito a los míos.

Este domingo pensaré en la Eucaristía en cómo ser más solidario. Pero no pensaré en gestos que tranquilicen mi conciencia, sino en algo que pertenezca a mi vida cotidiana. Con realismo.

Domingo 18 del Tiempo Ordinario - B

Ex 16,2-15

Sal 77

In 6,24-35

1. Situación

Ex 16 YJn 6 plantean uno de los problemas más importantes en la historia de cualquier creyente: el paso del deseo a la fe, es decir, de la gratificación inmediata a la confianza incondicional en Dios. Este paso no se da sino a través de la no-gratificación del deseo, es decir, mediante la frustración.

Las situaciones para dar el paso suelen ser variadas:

– Cuando se tiene un problema (enfermedad personal o de un ser querido, penuria económica, soledad afectiva...) y se pide insistentemente a Dios que la solucione; pero Dios no nos saca del atolladero.

– Cuando uno se apoya en sus buenas obras y descubre que están pervertidas por el egocentrismo; pero Dios no le libera de su pecado; por el contrario, Dios afirma la inutilidad de las buenas obras ante la gratuidad de su amor.

– Cuando se está haciendo el bien, un bien justificado por el Reino, y la tarea resulta inútil y se tiene la tentación de la desesperanza.

– Cuando antes he experimentado la cercanía de Dios y su palabra me resonaba siempre con fuerza, y ahora los libros espirituales se me caen de las manos, y busco apasionadamente la unión con Dios; pero cada día parece más lejano.

El *Exodo* es un libro paradigmático porque se estructura sobre este esquema:

1) En el punto de partida está la necesidad del hombre y la misericordia de Dios que se inclina al *deseo* (el contenido del deseo es variado: la libertad, la verdad, la felicidad, el amor...).

2) Dios salva, es decir, cumple el deseo, y de este modo se hace creíble. El hombre lo experimenta como cercano y digno de confianza.

3) Pero la historia de la libertad ha de pasar por el desierto, es decir, por la frustración del deseo.

La madurez de la fe va a depender de la capacidad de *elaborar esta frustración*. En este punto, madurez humana y espiritual coinciden.

2. Contemplación y reflexión

El Evangelio de hoy describe el proceso de elaboración de esta frustración:

1) Jesús ha multiplicado los panes (gratificación del deseo); pero no les ha permitido que le erijan en Rey (primera frustración).

2) A pesar de todo, le buscan. Pero Jesús anda a su aire: «¿Cuándo, cómo has venido aquí?»

Primer aprendizaje: Dejarle a Dios que sea libre.

3) Jesús desenmascara lo que hay en su deseo o búsqueda: apropiación. Se trata de la apropiación primaria: saciarse de bienes materiales, controlables, inmanentes. Imagen infantil del Dios arregla-problemas.

Al mismo tiempo, les anuncia un pan nuevo, imperecedero, el que proporciona la vida eterna, el único digno del hombre y que Dios ha reservado para los tiempos mesiánicos.

Segundo aprendizaje: Ensanchar el deseo, abrir la vida a horizontes más amplios que los bienes inmediatos.

4) Pero nuestro deseo es tan ciego y egocéntrico, que hasta en los mejores deseos, los que nosotros consideramos «espirituales», aparece la apropiación. «¿Qué tenemos que hacer?», preguntamos.

La respuesta de Jesús es desconcertante. No se trata de hacer, sino de creer, de acoger la iniciativa de Dios, de recibir el don, sin más.

Tercer aprendizaje: Dar el viraje a la existencia. En vez de buscar, esperar. En vez de hacer, recibir. En vez de trabajar, creer.

5) Nos resistimos: Queremos asegurar los frutos de nuestro acto de fe. Hasta en lo espiritual necesitamos controlar. La apropiación nace de la angustia de la finitud que quiere dominar la existencia, del deseo religioso de poseer a Dios.

La respuesta de Jesús: Hasta ahora Dios os ha educado teniendo en cuenta vuestro modo humano de ser y desear. De ahora en adelante, Dios os llama a vivir la vida de su propio Hijo.

3. Praxis

Medita detenidamente en este proceso y pide la iluminación interior, ya que el paso del deseo a la fe es gracia.

¿Hay alguna situación en que notas la necesidad de dar ese paso? Ora con ella, vívela a la luz del texto evangélico de hoy.

Domingo 19 del Tiempo Ordinario - B

1 Re 19,4-8

Sal 33

Jn 6,41-52

1. Palabra

Cada frase de Jesús presupone la novedad de la fe que nutre para una vida eterna.

- No es normal creer en Jesús, demasiado humano, para que sea el fundamento último de la vida. Pero si, realmente, creo en El, está claro que ha llegado a mí la salvación definitiva, la acción del Padre, el Reino.

- y es que esta fe no es un sistema de creencias, la adhesión de quien necesita creer, sino iluminación y transformación interior. Ella demuestra que se cumple lo anunciado por los profetas como Nueva Alianza: el ser enseñados personalmente por Dios «desde dentro».

- Esta experiencia no ha de ser confundida con ninguna exaltación religiosa. No la justifica ningún saber místico especial, puesto que, paradójicamente, consiste en acercarse a Jesús de Nazaret, a la concreción de su persona. Lo más espiritual e interior se realiza en el realismo de los acontecimientos dados en la vida, muerte y resurrección de Jesús.

- Es la misma fe del Antiguo Testamento, en cuanto se percibe a Dios en la historia de la salvación; pero con Jesús ha llegado el don de una vida insospechada, más fuerte que la muerte. Esta fe se realiza creyendo en la persona de Jesús y comiendo su carne.

Deténte en esta correlación entre creer y comer. Si nos diésemos cuenta, aunque sea un poco... ¡Qué misterio es la fe! ¡Qué insondable misterio el amor de Dios que se entrega hasta ser comido!

2. Vida

Más vida, más honda, más de fe, más de Dios... Es la vida que viene del Padre, encarnada en Jesús, entregada hasta la muerte, constituida en fuente eterna a partir de la Resurrección, derramada en nuestros corazones con el Espíritu Santo.

¿La notas dentro de ti cuando confías en Dios o amas a Jesús? Aunque te parezca tan tenue como un hilo de agua que brota entre la maleza, déjala salir suavemente. No tardarás en oír su canto interior.

La notarás quizá en la Eucaristía del domingo, cuando creas en el Amor y comas su carne.

Domingo 20 del Tiempo Ordinario - B

Prav 9,1-6

Sal 33

Jn 6,51-57

1. Palabra

La Eucaristía obliga a la decisión última de la fe: o te escandalizas («¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?») o quedas anclado de agradecimiento ante semejante Don.

Pero ocurre con todo lo cristiano: La elección v la alianza, la encarnación del Hijo, su Muerte y Resurrección, la Iglesia... La humanidad de Dios escandaliza o sobrecoge en adoración.

Celebra la Eucaristía de este domingo centrándote de un modo especial en las palabras: «Tomad y comed, esto es mi Cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi Sangre». ¡Así de real, concreto y corporal!

A la luz de Prov 9 (*primera lectura*) y el *salmo responsorial*, tomarás conciencia del lugar que tiene la Eucaristía en el plan salvador de Dios: Dios quiere habitar con nosotros, sellar su amistad eterna con el hombre, invitarnos a participar en su Vida Trinitaria, que gustemos de El..

¡Dios gustado espiritualmente mediante realidades humanas corporales!

2. Vida

A la luz de la Eucaristía, lo espiritual y lo corporal se unifican. Es uno de los frutos más exquisitos del proceso adulto de la fe.

El cuerpo en la Biblia no es algo separado del espíritu, sino la persona misma en cuanto manifestación histórica y sensible de sí misma. Comer no es un acto biológico, sino encuentro interpersonal. Un beso no es un acercamiento placentero, sino la entrega amorosa. El vino no es un producto de la tierra y del trabajo del hombre, sino el símbolo de la Alianza.

Podría ser una de las aplicaciones más hermosas de la Eucaristía a nuestra vida ordinaria: vivir espiritualmente los gestos corporales más entrañables (la comida, el apretón de manos, la caricia, la unión sexual...).

Estamos reduciendo el cuerpo a objeto. Se le trata bien (cuidado, dietas, placer...) o se le trata mal (negación de satisfacciones, ascética...); pero es necesario recobrar su significado espiritual. ¡Y esto necesita todo un aprendizaje!

Domingo 21 del Tiempo Ordinario - B

Jos 24,1-18

Sal 33

Jn 6,61-70

1. Situación

La lectura y meditación de Jn 6 nos ha ido llevando a la decisión de fe, pero con una dimensión especial: la experiencia de la elección y de la Alianza. Muchos creyentes no vivencian nunca esta dimensión, tan esencial. Creer siempre hace referencia al amor de Dios; pero la Alianza significa el amor de elección que Dios tiene a Israel, a la Iglesia, a cada uno de nosotros. Decir que Dios nos quiere en general no resulta tan extraño. Creer que Dios me quiere a mí en particular, que se ha fijado en mí, que quiere vivir una historia de amor fiel y eterno conmigo, que se me da corporalmente, que no se contenta con menos que ser mío, como suena, *mío...* produce los sentimientos más extraños: de incredulidad, de vértigo, de temblor, de deseo...

No sé qué resonancias tendrá en ti este tema de la Alianza. ¿Te queda muy lejano, porque tu relación con Dios es poco afectiva? Es una pena; pero tampoco se trata de forzar los procesos. Dios tiene muchos caminos, y el que uno tenga una relación afectiva muy intensa con Dios no garantiza, sin más, que la fe sea auténtica. El amor es la potencia transformante por excelencia de la persona humana; pero la que más se presta, igualmente, a la ilusión, sobre todo si el amado es Alguien a quien no vemos.

Si tu historia con Dios está configurada por la relación afectiva, sabes por experiencia la suerte que tienes. Dios te hace gozar y sufrir, como toda relación amorosa, en la medida, cabalmente, en que es real, y no fantasía infantil del deseo. Dios te despierta lo mejor de ti mismo y te introduce por caminos insospechados. La vida no te pertenece; tú mismo no te perteneces.

Aquí está la palabra clave de la Alianza: *pertenencia*. El verdadero amor crea vinculación, y se traduce siempre en una actitud práctica: «Señor, aquí estoy para hacer tu voluntad». No es asunto de célibes, sino imperativo primordial de la fe vivida: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas».

2. Contemplación y reflexión

La multiplicación de los panes, como antiguamente la reunión de las tribus de Siquén (*primera lectura*), supuso la decisión ante Jesús. El evangelista Juan la ha aplicado directamente a la Eucaristía en cuanto «test» de la autenticidad de la fe. Hay que reconocer, sin embargo, que para la mayoría de los creyentes la Eucaristía no emplaza, no obliga a la decisión última. Queda diluida en un acto social y, a lo sumo, piadoso.

Pero en cuanto la Eucaristía es percibida como autodonación absoluta de Dios en su concretez sacramental (pan-carne de Cristo, bebida-sangre del Hijo de Dios), desenmascara las verdaderas intenciones de nuestro ser discípulo de Jesús. Así, el *Evangelio* de hoy:

1) No nos hace vacilar en la fe oír hablar de los atributos divinos, sino la locura de su amor tan cercano, tan corporal.

2) Jesús apela a su muerte y resurrección para que el discípulo pueda aceptar la Eucaristía. Creer en el cuerpo y sangre de Jesús está en la lógica de su amor entregado hasta la muerte («¿Y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes?»).

3) Realmente, la dificultad de la fe no está en adherirnos a realidades invisibles e inverificables, sino en acoger la cercanía apasionada y corporal de Dios, el que Dios sea tan humano y sensible. Sólo el Espíritu Santo nos da ojos para ver al Invisible visiblemente y comer su cuerpo hoy, en esa reunión dominical, en que los cristianos recordamos su Cena última con los discípulos.

4) Por eso, al final, el cristiano no sabe por qué cree. Se identifica plenamente con el *abandono amoroso* de Pedro.

3. Praxis

La experiencia de la Alianza se da nuclearmente en el acto de fe, en ese sentimiento de abandono amoroso: No sé por qué creo, me fío, te quiero; sólo sé que Tú eres la fuente de mi vida, que, sin Ti, nada tiene sentido.

¡Que cada domingo puedas renovar tu Alianza con el Dios vivo en Jesús! Es acto de amor personal; pero se te da en la Iglesia mediante el sacramento de la Nueva y Eterna Alianza.

Observaciones para los domingos 22-24

1. Estos domingos 22-24 continúan la lectura interrumpida por 1n 6 (cf. observaciones para los domingos 10-16, p. 220) Y refuerzan, a un tiempo, el tema de la fe, en cuanto experiencia personal y personalizadora, de los domingos 17-21.

2. Aprovecho para aclarar algunos conceptos.

La palabra «personalización» tiene varios significados. Aplicada a la pastoral, señala un criterio de evangelización: pasar de una fe sociológica (adhesión pasiva, identificación externa con el entorno, praxis de mero cumplimiento) a una fe personal (activa, bien informada y comprometida).

El lector sabrá que el tema de la personalización ocupa el lugar central en mis últimos libros, especialmente, en *Una espiritualidad para hoy* (San Pablo). Tiene un significado más radical: desencadenar un proceso de transformación de la persona que alcance sus niveles más hondos, por ejemplo:

- el riesgo de la libertad;
- autenticidad existencial;
- autoconocimiento que implique el inconsciente;
- integración de autonomía humana y obediencia de fe;
- experiencia de la finitud y del pecado sin salida del hombre;
- descubrimiento de la fuerza transformadora de la Palabra y de la oración;
- vivir «de dentro afuera», no en función de esquemas morales o religiosos;
- apertura a la Gracia como experiencia fundante;
- primado de las virtudes teologales en la existencia cristiana.

3. Este mismo es el objetivo de este libro, si bien mediante un proceso distinto:

-- Descubrimiento de la fuerza transformadora de la Palabra y de la oración.

- Confrontación con la vida diaria.
- Experiencia comunitaria de la fe y de la vida.

4. ¿Qué opinas, que, poco a poco, casi sin darte cuenta, se te está dando ese proceso de transformación? Quizá ya lo vivías, y estas páginas te lo confirman. ¡Mejor que mejor!

El proceso no termina nunca. La vida del discípulo es un *camino*, como nos lo irán diciendo los domingos que siguen.

Domingo 22 del Tiempo Ordinario - B

Deut 4,1-8

Sal 14

Me 7,1-23

1. Palabra

El proceso de personalización de la fe presupone, en primer lugar, que la persona no viva esclava de la Ley. Sin duda, los fariseos y letrados (*Evangelio*) leían Deut 4 y se identificaban con él (*primera lectura*): la Ley se revela como fuente de vida y sabiduría. Nos ocurre también a nosotros: las normas de conducta han sido *internalizadas* y son parte esencial de mí mismo. Sólo, a través de un proceso, descubro que yo no soy mis normas, ni mis ideales, ni mis deseos.

Cuando Jesús pone en crisis las intenciones del corazón al cumplir la Ley, es decir, cuando desenmascara lo que el hombre religioso busca a través de dicho cumplimiento (derecho ante Dios, seguridad de salvación), se revela el corazón del hombre, sus fondos oscuros de pecado (por ejemplo, que la fidelidad a la Ley está dominada por la desconfianza en el amor de Dios). Pero tal es el camino para transformar el corazón.

2. Vida

La transformación de la persona no es cuestión de establecer exigencias mayores, leyes de perfección. Así lo hemos hecho muchas veces. Hasta que un día descubrimos nuestras mentiras ocultas, y entonces nos sentimos impotentes ante las tinieblas del propio corazón. Momento de Gracia.

La sabiduría de la personalización está en las actitudes básicas del corazón. Dos, especialmente, son importantes:

- *Autenticidad*. No huir de la verdad. Ser fiel a lo real, aunque hiera mi amor propio. El narcisismo (confundir el ideal del yo con el yo real) encuentra terreno abonado en lo religioso, si éste se erige en un mundo aparte y no se confronta.

- *Conflar*. La autenticidad no debe ser una trampa para pretender dominar la existencia y controlar el futuro (otro narcisismo: el que niega la finitud y erige la autoposesión en último criterio de la libertad). Mirar más allá de mí. Percibir el Amor como fuente de ser. Apertura a la Gracia.

¿Te parece que estas actitudes van siendo la dinámica de tu vida? ¿En qué lo notas?

Domingo 23 del Tiempo Ordinario - B

Is 35,4-7
Sal 145
Me 7,31-37

1. Situación

La personalización es un proceso, no sólo en cuanto la vida es tiempo, sino, radicalmente, en cuanto es transformación gradual. A veces, la transformación se da de repente, en el camino de Damasco. Se le llama «la gracia tumbativa»). En la historia de los creyentes hay momentos en que irrumpe la Gracia y se da un viraje. Más tarde comenzará a entenderse que el cambio repentino estaba precedido por cierto proceso crítico, por una especie de tensión acumulada. Ocorre, además, que estos cambios producen la ilusión de haber superado todas las dificultades. Cuando pasa la intensidad del golpe, si la transformación es del Espíritu Santo, permanecen los *títulos esenciales del cambio* (nuevo sentido de la existencia, paz transicológica, emergencia de la vida teologal), pero *vuelven las tendencias* que se creían superadas (ansiedades psicológicas, reacciones temperamentales, etc.).

En la mayoría de los casos, la transformación no es repentina, sino gradual: Es al cabo de cierto tiempo, cuando, mirando retrospectivamente, nos hacemos conscientes de la transformación vivida.

2. Contemplación

- La lectura de Is 35 habla en términos irruptivos para destacar la fuerza transformadora de la Gracia. Sea irruptivo el cambio o sea gradual, la experiencia es la misma: «Han brotado aguas en el desierto»).

- *El salmo responsorial celebra la fidelidad del Dios salvador de los pobres y cautivos.*

La curación del sordomudo del Evangelio de hoy resulta altamente simbólica. A diferencia de otros relatos, éste se detiene en cada uno de los gestos de Jesús. *Abrele* es la palabra salvadora. El evangelista destaca que Jesús se la dice mirando al cielo y suspirando. El resultado es un hombre nuevo: abierto a la Palabra, libre para anunciar la Buena Nueva y que habla sin dificultad, sin miedo.

Pidamos al Señor Jesús que nos dé su Espíritu, que nos abra por dentro, cerrados como estamos a Dios y al prójimo.

3. Reflexión y praxis

El proceso de liberación interior se traduce muy bien por ese «soltarse» del sordomudo, que dice el Evangelio.

Durante mucho tiempo ni siquiera nos damos cuenta de lo atados que estamos. Ataduras de todo tipo:

- Represiones psicológicas.
- Bloqueos de relación con algunas personas.
- Incapacidad para salir de nosotros mismos.
- Miedo al sufrimiento.
- Necesidad de dominar la existencia.
- Aferrados a la autoimagen.
- Amor estrecho, calculador, torpe.

Algún acontecimiento imprevisto, la lectura de algún libro, la conversación con una persona que nos lee «por dentro», una luz en la oración, alguna experiencia afectiva que nos descontrola, ...y comienza a hacerse por dentro la revolución. Momentos críticos en que sufrimos dolorosamente nuestras ataduras. Se ha desencadenado el proceso de transformación.

Al principio asusta. Se tiene la tentación de volver atrás, a lo seguro. La liberación va a depender del espíritu de verdad, de no huir de la propia realidad, y, con frecuencia, de la disponibilidad a dejarse ayudar. La autosuficiencia suele enmascarar los miedos al cambio.

Después de una etapa de confusión, se recogen los primeros frutos: Uno puede dar nombre (¡puede hablar!) a su pasado, a sus limitaciones y miserias, y comienza a leerse la historia personal en una unidad de sentido." Experiencia de reconciliación consigo y con el pasado. Liberación de la autoimagen narcisista, integración positiva de lo negativo.

La fe, el mundo de Dios, se perciben progresivamente en correlación con la realidad humana. Se descubre al Dios de la liberación y de la historia, su humanidad; y viceversa, la existencia humana adquiere una densidad nueva, abierta a la Trascendencia. La Gracia es entendida y vivida no sólo como algo que adviene «desde fuera». La finitud y el mal ya no necesitan explicación, pues la vida tiene su fuente en la confianza. El secreto gozoso, recién descubierto, se llama Amor fiel e incondicional, que lo sustenta todo, lo recrea todo, lo conduce todo a una Plenitud insospechada.

Domingo 24 del Tiempo Ordinario - B

Is 50,5-10
Sal 114
Me 8,27-35

1. Palabra

En el proceso de maduración del discípulo de Jesús, representado por Pedro, la escena del Evangelio de hoy plasma el momento crítico:

- Jesús ha desconcertado a los discípulos, pues hacía signos-milagros que respondían a sus expectativas, por un lado; pero, por otro, Jesús no cedía a las presiones y pretensiones que intentaban asimilado al Rey mesiánico vencedor y glorioso.

- En Cesarea de Filipo han de definirse. Llegan al acto de fe en Jesús por encima de sus desconciertos.

- Sin embargo, en cuanto Jesús anuncia su pasión, es decir, su camino de sufrimiento y fracaso, el discípulo se escandaliza. ¿Qué fe es ésta, que se echa atrás en el momento decisivo? ¿Es problema de valor? No. Pedro querrá entregar su vida en la noche del Jueves Santo. *Es cuestión de seguir a Jesús, confiando en los planes de Dios.*

2. Vida

En el proceso de maduración de todo creyente hay dos etapas:

Prillera: Dios responde a las expectativas de liberación. El domingo pasado hemos reflexionado sobre ello. Corresponde al acto de confesión mesiánica de Pedro. Es verdad que la experiencia de la liberación ha estado ligada al sufrimiento; pero éste se atribuye a los condicionamientos que impiden la libertad interior.

Segunda: Dios nos llama a compartir con Jesús su destino redentor a través del sufrimiento. Lo que cuenta no es la experiencia de liberación, sino el amor que toma la cruz. Se sabe de antemano que «hay que perder la vida para ganarla»; pero la sensación no es de ensanchamiento liberador, sino de reducción y agujero, de entrar en las tinieblas.

¿En qué etapa te mueves habitualmente? Hay muchos que se someten a Dios y a las pruebas de la vida, y nunca experimentan la liberación. ¿Por qué? ¿Qué sabemos?

Los que hemos tenido la suerte de vivir un proceso de liberación, tenemos el peligro de aferrarnos a él. No terminamos de seguir a Jesús. Todavía estamos esperando a que realice nuestras expectativas.

Observaciones para los domingos 25·30

1. Lee Mc 9-10, la sección de la subida a Jesús, jalonada por los anuncios de la Pasión. Pivotando sobre ellos, Marcos ha recogido textos característicos de Jesús sobre el Seguimiento. En todos ellos se pide al discípulo un talante de radicalidad.

La radicalidad aparece en el contraste entre las exigencias de Jesús y las dificultades que espontáneamente tiene el hombre para vivirlas:

- Preferir el servicio al prestigio social; estar con los pequeños y despreciados antes que con los importantes del mundo.

- Esa síntesis, tan delicada, entre tolerancia respecto a los demás y exigencia respecto a sí mismo.

- Amor fiel e indisoluble en el matrimonio, amor capaz de crecer con el sufrimiento y el desamor.

- Desprendimiento voluntario de las riquezas.

2. Una de las tergiversaciones más graves que se ha hecho del Evangelio estriba en el intento de traducir en normas de estado de vida esa dinámica de radicalidad. La pobreza voluntaria ha sido objeto del voto de los religiosos. La indisolubilidad ha sido reducida a ley social.

Consecuencia: La experiencia del Seguimiento queda sustituida por un conjunto de normas, más o menos exigentes.

3. Recobremos la fuerza expresiva de la llamada de Jesús al Seguimiento. En su crudeza. Serán un buen criterio para ver dónde fundamentamos el Seguimiento.

Si siento sus exigencias y creo que es cuestión de empeño, todavía estoy fundamentado en mi esfuerzo moralista.

Si deseo seguir radicalmente a Jesús y no me cuesta, o bien se me ha dado la alegría de la Cruz, o bien soy un iluso.

Lo normal es sentir miedo y creer que «para Dios nada hay imposible», y que para seguir a Jesús no hace falta ser héroes ni superdotados, sino pequeños que confían y van detrás, sin pedir explicaciones.

4. Te ayudará a personalizar estas actitudes hacer tuyas las de Jesús, el Mesías-Siervo. Relee la *primera lectura* y el *salmo responsorial* del domingo anterior: Is 50,S-10 y Sal 114.

Domingo 25 del Tiempo Ordinario - B

Sab 2,17-20

Sal 53

Me 9,29-36

1. Situación

Las personas necesitamos valoración social. Esto no es malo. Si no hubiésemos sido importantes para nuestros padres, nos faltaría ese mínimo de autoestima que nos permite tener dignidad y nos capacita para crecer. Si no somos mínimamente valorados en nuestro trabajo, en las relaciones, terminamos cerrándonos sobre nosotros mismos.

El Evangelio presupone este *equipamiento básico* de la persona. Está dicho a otro nivel. Cuando la valoración social se constituye en fundamento y sentido de la propia vida (lo que se traduce en búsqueda de prestigio social, en necesidad de «status» más alto, en la ansiedad del poder), el «test» es muy claro: insensibilidad para acercarse a los despreciados, alejamiento del mundo de los pobres.

El Evangelio trae un mensaje claro: Porque hay tantos sin valoración social, sin ese equipamiento básico, y precisamente, porque nosotros somos los privilegiados, que lo tenemos, carecemos de derecho a auparnos sobre los demás y humillarnos. Al contrario, somos los llamados a liberarnos de la mentira del prestigio social y hacernos solidarios con los desechados, construyendo un mundo nuevo, fraternal e igualitario.

2. Contemplación

La Palabra emplaza al discípulo ante la figura del Mesías-Servo. El que representa a Dios en la tierra, el Importante se hizo despreciable.

La *primera lectura* refleja el contraste entre los malvados poderosos, que acechan al inocente porque desenmascara su mentira y pecado. A su luz, adquieren contenido realista las palabras de Jesús que anuncian su próxima pasión en Jerusalén (*Evangelio*).

Hacer mía la oración de Jesús, el perseguido y despreciado por los poderosos, con el *salmo responsorial*. Ahí experimentamos «el corazón manso y humilde de Jesús», en su actitud radical de pequeñez ante Dios y ante los hombres.

Que la escucha de la Palabra me haga celebrar la Eucaristía sintiéndome uno más en la comunidad cristiana, cercano a los más sencillos.

3. Reflexión y praxis

Hay gente que sigue a Jesús sin saberlo. Les ha tocado ser *los* siervos de todos. El discípulo (cada uno de nosotros) es llamado a seguir a Jesús voluntariamente. Tiene que llegar a ser pequeño por proceso de conversión, por gracia de Dios.

No olvidemos que la naturaleza se resiste con uñas y dientes. Perder prestigio nos hace sentirnos inseguros. Lo notamos en cosas muy elementales: la necesidad de excusarnos cuando algo hemos hecho malo de justificarnos cuando se nos atribuye algo que no hemos hecho.

Hay que luchar contra corriente, porque lo que cuenta alrededor nuestro es subir de «status social», codearse con gente de bien, tener fama... Si el prestigio social viene de lo económico, lo importante es ganar mucho, tener un apartamento en la costa... Si el prestigio está en lo profesional, hay que escalar puestos en la empresa... Y si en el contexto se valora lo cristiano, hay que demostrar la propia virtud y competir en las prácticas religiosas o en las tareas de ayuda a los marginados.

Seguir a Jesús en la vida ordinaria es un buen criterio para liberarse del prestigio social. No tiene sentido optar por los pobres si buscamos, inconscientemente, prestigio social.

- Habrá que comenzar por casa. ¿Por qué ocultar nuestras debilidades? ¿Qué actitud adoptamos ante los más vulnerables? Siempre hay alguno a quien le toca soportar más peso: la «oveja negra», el «chivo expiatorio», el «no adaptado»...

- En nuestro ámbito de trabajo, allí, en un rincón, haciendo un trabajo oscuro, hay alguien «poco importante».

- En las relaciones sociales, ¿con quiénes me gusta rozar?, ¿a quiénes imito en el vestir, en los gustos? ¿Por qué?

El Evangelio pone atención especial en los niños. En aquel contexto, eran los menos importantes. Hoy, con frecuencia, son los pequeños tiranos. Siguen siendo, sin embargo, muy vulnerables. Valorarlos no significa realizar todos sus caprichos, auparlos a señores, sino ayudarles a crecer como personas.

Existen, además, otros muchos «pequeños» que se nos cruzan cada día: la dependienta de la tienda, el solitario malhumorado, el adolescente que necesita ser escuchado...

Domingo 26 del Tiempo Ordinario - B

Núm 11,25-29

Sal 18

Me 9,37-42

1. Palabra

Se puede ser tolerantes y comprensivos sin perder identidad. En una sociedad democrática y plural como la nuestra, uno de los valores mejor vistos es la tolerancia: da lo mismo ser cristiano o musulmán o hindú o agnóstico.

¿Cómo tener un corazón grande para con todos, sabiendo que Dios tiene muchos caminos, valorando cualquier granito de buena voluntad y, a la vez, mantener una fidelidad irrevocable ante Dios y la propia conciencia, cuando de la Vida se trata, como dice el Evangelio de hoy?

Ser capaces de percibir el Reino fuera de la Iglesia, en los que luchan incluso contra ella, fuera de mi pequeño círculo de identidad particular. ¡Somos tan propensos a crear partidos y a excluir a los otros dentro de la Iglesia misma!

De esto nos habla la Palabra de hoy.

El salmo responsorial ora con la ley, signo de identidad, camino para cumplir la voluntad de Dios; pero pide, al mismo tiempo: «Preserva a tu siervo de la arrogancia; así quedará libre e inocente del gran pecado». Demasiadas veces la Palabra de Dios, el tesoro de nuestra identidad, ha servido para ponernos por encima de los demás, condenarlos y, además, reivindicando el honor de Dios. Ha servido incluso, suele servir, para apropiarnos de Dios y creernos con derechos ante El.

2. Vida

La síntesis entre tolerancia e identidad, respeto al otro y auto-exigencia, tiene muchas aplicaciones en la vida ordinaria:

- En la educación de los jóvenes.
- ¿Con qué grupo intraeclesial nos sentimos incómodos y murmuramos de él con frecuencia?
- En la política.
- En nuestras relaciones sociales. Nos movemos dentro de un determinado grupo, y desde él nos erigimos en jueces.
- En la conducta. Confundimos coherencia con rigidez; o lo contrario, la fidelidad se nos diluye en una vaga buena voluntad.

El discípulo de Jesús sabe lo que quiere, opta cada día «con determinación»; pero distingue lo esencial y absoluto de lo relativo, condicionado por las circunstancias.

Domingo 27 del Tiempo Ordinario - B

Gén 2,18-24

Sal 127

Me 10,2-16

1. Palabra

Hay dos modos de escuchar las palabras de Jesús sobre la indisolubilidad del matrimonio. Uno, en clave jurídica: se trata de la ley, exigencia constitutiva de la pareja cristiana, sellada por el sacramento. Otro: se trata de un imperativo que nace de la llamada al Reino (así aparece claramente en Mt 19,11-12).

El imperativo es incondicional; pero se apoya en la llamada y se realiza mediante la dinámica misma del amor. La leve externa y se impone como exigencia formal, independiente de "la realización del valor esencia!, que es el dos-uno, el misterio de la Alianza entre el hombre y la mujer.

En la época de Jesús, El tuvo que superar la Ley de Moisés interpretada arbitrariamente por los rabinos, recuperando su espíritu expresado en Gén 2 (*primera lectura*).

En nuestra época, tenemos que superar el legalismo del derecho canónico y de la mentalidad de tantos creyentes, recuperando el espíritu de Jesús respecto al amor cristiano" de pareja.

2. Vida

Cuando un texto religioso se entiende como ley formal, adquiere un contenido intemporal y sagrado. En consecuencia, cuando se juzga un caso problemático grave, el razonamiento es mecánico y se atribuye, automáticamente, a infidelidad moral.

Pero la problemática actual del matrimonio es infinitamente más compleja. Basta pensar en la diferencia entre la sociedad rural y nuestra sociedad postindustrial.

¿Se trata, entonces, de relativizar el imperativo de Jesús? Por el contrario, se trata de traducirlo aquí y ahora, de ayudar a las parejas cristianas a vivir realmente, no legalmente, el don de la indisolubilidad.

¿Hemos educado para el amor de pareja? Lo triste es que se reduce la cuestión a información sobre la sexualidad. Pero los desafíos de madurez afectiva, la necesidad de fundamentar el amor en la fe, son tales que llama la atención la superficialidad con que se abordan.

Domingo 28 del Tiempo Ordinario - B

Sab 7,7-11

Sal 89

Me 10,17-30

1. Palabra

Cuando se habla de radicalidad, lo primero en lo que uno piensa, espontáneamente, es en el desprendimiento de los bienes. Y los conocedores del Evangelio, en el joven rico que no fue capaz de seguir a Jesús porque amaba las riquezas. El texto de la Eucaristía de hoy, centrado en el tema riqueza-pobreza, añada matices que con frecuencia son olvidados, acostumbrados como estamos a una lectura moralista del pasaje evangélico.

1) El joven busca. Tiene deseo de perfección. Hav mucho de noble y generoso en este ideal.

2) Jesús le interpela con un doble lenguaje:

- Por una parte, ataca las motivaciones de su deseo de perfección. ¿Por qué quiere heredar la vida eterna, por autojustificación? ¿Necesita verse bueno? No ha descubierto que sólo Dios es bueno, que no se recibe el Reino como un salario ganado con esfuerzo.

- Por otra, Jesús parte del presupuesto para entrar en la perfección propia del Seguimiento: la coherencia de vida, la seriedad con que han de tomarse las cosas de Dios.

3) Momento crítico: Cuando Jesús le mira y le formula el *más* del Seguimiento: dejarlo todo por El.

Uno esperaba que el joven iba a dar el paso a la renuncia. ¡Parecía tan generoso!

4) El diálogo entre Jesús y los discípulos revela dónde estaba el fallo del joven. No en la falta de generosidad, sino en la motivación oculta de su conducta y de sus ideales de vida. Se creía bueno. Era el moralista típico que necesita asegurarse a Dios mediante obras buenas.

Pero en cuanto aparece una situación que le produce inseguridad, dejarlo todo y seguir a Jesús, sin poder disponer de su vida, se desazona, incapaz de confiar.

Está claro que le falta fe. Vive de la Ley, del orden religioso moral controlado.

5) ¿Por qué las riquezas se oponen tan frontalmente al Reino? Porque dan seguridad y no dejan espacio a la gratuidad y solidaridad.

6) El verdadero discípulo no se apropia ni los bienes materiales ni los espirituales, porque está fundamentado en la Gracia.

Es un agradecido radical. Por eso, comparte y se desprende. Le parece un regalo ser llamado a seguir a Jesús, no una exigencia de renuncia.

2. Vida

La riqueza del texto evangélico revela cuál es la dinámica espiritual y práctica para seguir a Jesús, la sabiduría de la radicalidad cristiana (la *primera lectura* canta este don, el máximo).

1) La radicalidad cristiana no consiste en un modelo único de perfección; por ejemplo, el conocido por los votos de la vida religiosa. Hay cristianos que todavía creen que para seguir a Jesús han de ser célibes o vivir en comunidad.

¿Qué es más radical, el celibato o la indisolubilidad del amor de pareja? ¿Qué es más radical, desprenderse de los bienes personales entrando en una comunidad de bienes o ganarse el pan de cada día con su trabajo?

2) La radicalidad cristiana depende de niveles más hondos, por ejemplo, de la desapropiación. No me refiero al desprendimiento afectivo, mientras se tiene en abundancia. La desapropiación es real cuando me presto a vivir en la inseguridad, apoyado en la fe. Es muy fácil no estar atado a lo material, cuando uno lo ha tenido todo y ha podido dedicarse a bienes superiores. Pero, ¿por qué, en cuanto falta, aparece la inseguridad y la ansiedad ante el futuro?

Uno no sabe el grado de libertad interior que tiene hasta que comparte y, compartiendo, se expone a que le falte.

3) Sin embargo, la radicalidad cristiana no se nutre de esta sabiduría de la libertad interior de quien no necesita asegurarse materialmente la vida, sino de la *llamada a seguir a Jesús*, dejándolo que El sea mi Señor.

Evidentemente, no soy yo el que elijo seguir a Jesús. El joven rico busca en Jesús un maestro de doctrina para ser más perfecto. Es incapaz de percibir la mirada de cariño de Jesús y, en consecuencia, la llamada personal que Jesús le hace. Centra su atención en el aspecto moral, la exigencia del desprendimiento. Pero esto es la consecuencia y la condición. Lo determinante en seguirle.

No se encontró con Jesús. Estaba cerrado en sí mismo, en sus deseos de perfección.

4) El encuentro es gracia. Lo repite Jesús a continuación. Pero porque es gracia, tiene la garantía del amor de Jesús. ¡Si supiésemos mirarle a El y dejarnos mirar por El!

5) Entonces se haría real lo imposible. Y desprendernos de las riquezas, para compartir con los otros, sería fruto no sólo de libertad interior, sino de un amor nuevo, liberador, que nos identifica con Jesús.

Domingo 29 del Tiempo Ordinario - B

Is 53,10-11
Sal 32
Me 10,35-45

1. Palabra

¡Nos sentimos tan reflejados en Santiago y Juan, intrigando por el poder, pretendiendo los primeros puestos!

Esto se aplica al poder colectivo. Las palabras de Jesús son definitivas respecto a la función de la autoridad en la Iglesia. Cuando uno mira la historia, la jerarquía se ha parecido y parece demasiado a «los jefes de los pueblos que tiranizan y oprimen». Por supuesto, con excepciones.

Tampoco es cuestión de que veamos la paja en el ojo ajeno y no veamos la viga en el propio, porque, en cuanto tenemos autoridad, aunque sea pequeña, en la familia o en el trabajo, ¡cómo abusamos del poder o utilizamos la autoridad para sentirnos importantes!

La ambición se da, igualmente, en lo espiritual. Queremos ser los primeros en virtud, en experiencias de oración, en la radicalidad del compromiso por los pobres.

Jesús emplaza al discípulo «ante el Hijo del Hombre que no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate».

El discípulo sigue a Jesús. Sin esta mirada se pierde en la maraña de sus ambiciones, confundiendo el servicio del Reino con sus deseos ocultos de poder.

El criterio es claro: «¿Somos capaces de beber el cáliz, de compartir con El la humillación, de saber que la verdadera eficacia es la solidaridad que entrega la vida?»

2. Vida

No se trata de huir de la responsabilidad bajo razón de humildad. Nos toca ejercitar la autoridad. *Evangélicamente.*

- En las circunstancias normales, con actitudes de servicio: dando paso a los otros, escuchando, compartiendo responsabilidad, haciendo lo que los demás no quieren, asumiendo positivamente las críticas, dando primado a las personas sobre las funciones a realizar, subordinando el éxito a los valores éticos... Todo un camino.

- En las circunstancias críticas, «dando la vida en rescate»: prefiriendo perder prestigio cuando está en juego el bien de los demás, dando sentido al fracaso, orando con la propia impotencia, optando por los más pobres del grupo, prefiriendo la verdad a la falsa paz...

El secreto, el de Jesús: el amor que sirve, acercado a cada una de las personas, sin distinciones.

Domingo 30 del Tiempo Ordinario - B

Jer 31,7-9
Sal 125
Me 10,46-52

1. El *Evangelio* de hoy viene a ser una síntesis sugerente sobre el proceso que vive el discípulo de Jesús. Con este relato concluye el camino que ha de recorrer el discípulo para seguir a Jesús y prepararse para participar en el destino de Jesús, consumado en Jerusalén. Se nota que el evangelista ha cuidado con esmero su redacción.

2. El ciego tiene un nombre (algún miembro conocido, dicen los exégetas, de la comunidad cristiana); está sentado al borde del camino. Todo un símbolo de nuestra condición humana. Lo que pasa es que no sabemos lo ciegos que estamos hasta que nos encontramos con Jesús.

3. Se acerca a Jesús desde la necesidad gritando.

Aquella situación, en que la existencia se nos hace grito, suele ser el punto de partida para encontrarnos con Jesús.

4. Jesús se detiene y le llama.

Ha venido para ser luz del mundo. Sentimos misteriosamente que le importamos, que significamos para El.

5. Hemos de soltarnos por dentro, jugarnos el todo por el todo en la aventura de la fe.

6. El momento decisivo se dará en el diálogo cara a cara con Jesús: «¿Qué quieres que haga por ti?»

Lógicamente, pedimos la Salvación a la medida de nuestra necesidad. No sospechamos que, al salvarnos, va a despertar en nosotros una vida nueva, que desborda nuestras expectativas.

La iluminación física simboliza la iluminación interior, los ojos nuevos para creer en Jesús, luz.

7. ¿Qué sentido puede tener la vida, en adelante, sino el de seguirle, el de ser su discípulo y compartir su destino?

8. Así es Dios, nos dicen la *primera lectura* y el *salmo responso-rial*, el que salva de manera insospechada, llamándonos a una existencia nueva, la Suya, la de su Hijo, la del Reino.

Domingo 31 del Tiempo Ordinario - B

Deut 6,2-9

Sal 17

Me 12,28-34

1. Palabra

Jesús aprendió de sus padres, María y José, a fundamentar su vida recitando de corazón este famoso texto de la *primera lectura* (el «schemá»), que todavía hoy lo dicen varias veces al día los ju-díos piadosos. Hay que escucharlo «con todo el corazón, toda el alma y todas las fuerzas». Es la confesión de la fe Israel y el primer mandamiento.

Aquí entendemos lo que significa creer: La experiencia de amor único y total, Dios. Por desgracia, confundimos el amor de Dios con sentimientos piadosos que sólo rozan la superficie de nuestros buenos deseos, demasiado genéricos. Realmente, ¿nos importa Dios?

En estos últimos domingos del año litúrgico, ésa es la cuestión decisiva de nuestra vida: ¿Quién es Dios para mí? ¿El único? Se trata del único en sentido afectivo, como centro de mi corazón, no en sentido filosófico (negación del politeísmo).

Si el amor de Dios totaliza, la fuerza con que Jesús erige el amor al prójimo adquiere evidencia. Si nosotros separamos ambos mandamientos es porque no amamos. Como hay un solo Dios, hay un solo amor, y cada persona (incluso la más desalmada) es única ante el Dios de la Alianza y, por lo tanto, ante mi corazón (*Evangelio*).

Las consecuencias son inauditas: El *culto* al Dios de la Alianza se realiza en el amor al prójimo, de tal modo que la Eucaristía es sacramento uno, de la unión con Dios y de la comunión humana, inseparablemente.

2. Vida

El primer mandamiento es el comienzo de la vida cristiana y el final. Cuando vemos a Jesús amarnos hasta el extremo de su pasión y muerte, sabemos el camino que nos queda.

Pero el amor no puede esperar, pues sin amor estamos muertos. Piensa en una situación concreta en que no tienes otra salida que amar o destruirte. Como es obvio, será un amor doloroso, no fácil. De él surge la vida propia del Reino.

Domingo 32 del Tiempo Ordinario - B

1 Re 17,10-16

Sal 145

Me 12,38-44

1. Palabra

Muy unido al tema del domingo pasado, el *Evangelio* de hoy nos pone alerta ante la tentación de utilizar lo religioso. Vivimos en una época en que ser persona de Iglesia, católica practicante, no produce prestigio; pero todavía disponemos de suficiente contexto social como para que lo religioso sirva en orden al poder sutil sobre las conciencias o, incluso, para lo económico. El juicio de Jesús se aplica especialmente a los representantes de la Iglesia; pero puede referirse también a todos los que asocian "el templo», la Iglesia, a sus intereses.

Al fijarse Jesús en la viuda pobre que ofrece a Dios todo lo que tiene, nos enseña muchas cosas:

- Que Dios no valora la acción de su Iglesia con los criterios que nosotros usamos.

- Que la entrega a Dios, expresada en la liturgia cristiana, es esencial; pero que de nada sirve si no suscita una sensibilidad solidaria con los pobres.

- Que nosotros tendemos, incluso en el culto, a lo grandioso y espectacular; pero que Dios mira el corazón.

- Que los grandes sacrificios le tienen sin cuidado a la hora del amor, si éste no se realiza en lo pequeño y cotidiano.

2. Vida

Para entrar en esa lógica, tan de Jesús, los importantes necesitamos ser sencillos de corazón como la viuda pobre de Sarepta (*primera lectura*). Saber confiar sin dar tantas vueltas a nuestros miedos. ¡Nos engañamos tan fácilmente con nuestro realismo bien calculado!

¿Es que nunca has experimentado que el Dios de Elías y de Jesús es infinitamente más grande y generoso?

¿Estás viviendo alguna situación en la que no puedes llevar las riendas? ¡Atrévete a confiar!

Para que esta confianza se te haga vida, quizá tengas que usar algún método más activo: Atreverte a salir de tu nido cómodo, dejando que alguien o alguna tarea te desinstale.

Domingo 33 del Tiempo Ordinario - B

Deut 12,1-3

Sal 15

Me 13,24-32

1. Situación

Los últimos domingos del año litúrgico ensanchan nuestros horizontes de vida y de esperanza. El realismo de lo cotidiano puede terminar por cerrarnos en lo inmediato. Una vez más la Palabra nos educa según el corazón de Dios. El ama al hombre en su historia concreta. El promete lo que ni siquiera nos atrevemos a soñar. En Jesús ha hecho la síntesis insobrepasable: de hacer de la condición humana, de la carne crucificada de Jesús, el templo de su Gloria y, por lo mismo, de llamarnos a un futuro de inmortalidad y de felicidad, cuya medida es la plenitud infinita de la Vida del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

¿Piensas alguna vez en el Cielo? ¿Despierta tu esperanza? ¿Te ayuda a luchar en el presente y relativizarlo, al mismo tiempo?

1. Contemplación

- No es fácil escuchar al profeta Daniel (*primera lectura*) sin tener la impresión de una visión surrealista, de imágenes truculentas. Sin embargo, han sido dichas en uno de los momentos más dramáticos de la historia de Israel cuando todo el poder militar y cultural del helenismo amenaza la identidad de un puñado de creyentes.

Celebremos en la Eucaristía la esperanza de todos los perseguidos por la justicia o por su fe.

- El lenguaje de Jesús (*Evangelio*) continúa el de Daniel. Pero la diferencia es esencial. Jesús se refiere al futuro a partir de su persona, de su mensaje. Esa es la referencia concreta y definitiva que tenemos los cristianos. Jesús es el Hijo del Hombre. El futuro anunciado por Daniel, comenzó con su Resurrección. Por eso, Jesús da un viraje de perspectiva: el apocalipsis futuro lo expresa con imágenes del crecimiento. La irrupción de la Parusía está dándose, aunque el Día sea siempre imprevisto.

Celebremos la Eucaristía proclamando a Jesús, presente entre nosotros, Señor de la Historia, deseando su Venida última.

3. Reflexión

El otro día, a raíz de una conversación sobre este tema, un cristiano con sensibilidad espiritual y social me preguntaba: ¿Es que tú crees realmente en la segunda Venida de Jesús? ¿Es que tú piensas seriamente en el Cielo?

Lo que en otras épocas era una certeza consoladora, capaz de dar sentido al sufrimiento (se ha repetido que la fe en el Cielo aliena. En algunos casos, sin duda. ¿Es que la fe en la tierra o en la historia puramente immanente no aliena, igualmente?), hoy se nos ha quedado prendido a imágenes visionarias, sin repercusión real en la vida de los creyentes.

La consecuencia suele ser un estrechamiento de la esperanza. Lo cual, a la larga, es grave, en mi opinión.

4. Praxis

¿Cómo vivir prácticamente la esperanza del Futuro, en que Dios juzgará la historia universal en justicia y verdad y regalará a los suyos (lo hayan conocido o no) la Bienaventuranza eterna?

- Cuando compruebas que todos los intentos por mejorar la condición humana siguen siendo ineficaces respecto a lo esencial...

- Cuando te rebelas ante el hecho de que la muerte de un niño inocente sea justificada por el futuro de la humanidad feliz...

- Cuando no tengas ninguna razón para confiar en que Dios pueda consumir su obra en ti...

- Cuando compruebas, desconcertado, que la Iglesia es un Signo contradictorio en el corazón de la historia...

- Cuando el sufrimiento te aboque...

- Cuando mueren tus seres queridos y los pierdes .

- Cuando sientas la amenaza de tu propia muerte .

- Cuando te cuesta creer que tu granito de arena en la construcción del Reino pueda servir para nada...

- Cuando tengas la tentación de pensar que la oración es inútil...

- Cuando el Espíritu grita dentro de tu corazón con gemidos de amor: «¡Ven, Señor Jesús!»

Fiesta de Cristo Rey

(Domingo último) - B

Dan 7,13-14

Sal 92

Ap 1,5-8

Jn 18,33-37

1. Palabra

Continuamos con la visión apocalíptica de Dan 7 y Ap 1. Por ello, resulta tanto más chocante el diálogo entre Pilato (representando el poder del Emperador, dueño y señor de los pueblos) y Jesús, que se autoproclama *Rey*.

Cuando Jesús dice que su reino no es de este mundo, se ha hecho una interpretación espiritualista: que su reino es el de las conciencias y en función del Reino futuro de los cielos, en el más allá de la historia. Los exégetas nos dicen que el contenido de esas palabras es muy otro: que su reino no se realiza conforme a los valores de este mundo, que se oponen al Reino de Dios (el nuevo mundo que él trae como Mesías, con su mensaje y su propia muerte).

Pilato es incapaz de percibir las pretensiones que Jesús tiene de ser Rey: *Todo el que es de la verdad escucha mi voz*. Si él fuese de la verdad, habría comprendido que el poder de Jesús es más fuerte que el de cualquier Emperador, que la revolución que Jesús trae es imparable y definitiva y total, pues abarca las conciencias y la sociedad, la tierra y el cielo, el presente y el futuro. Pero es una revolución que no necesita ejércitos, ni imposiciones morales, ni protagonismos históricos. Respeta la autonomía de los poderes civiles y, al mismo tiempo, transforma la dinámica de la historia. Dignifica al hombre en su libellad y le abre horizontes de liberación a los que se tiene acceso sólo por gracia y en obediencia de fe.

2. Vida

¡Que puedas decir en la Eucaristía: "Tú, Jesús, maniatado y condenado a muerte, eres mi Señor!»

NOTA: Para completar la reflexión y celebración de esta fiesta, conclusión del año litúrgico, lee las páginas 170-171 del ciclo A.

Ciclo C. San Lucas

(años 94-95; 97-98; 2000-2001)

NOTA: Se aplica al ciclo E lo que dijimos del ciclo B, p. 174.

Observaciones para el Adviento

1. ¿Cómo te resuena este comienzo del Año Litúrgico?

El ambiente social, especialmente, el de la publicidad y ventas, nos bombardea con un mensaje machacón: «Llegan las fiestas de Navidad. Compra, y serás feliz».

A veces nos colocamos por encima de los demás, hablando de valores cristianos, de lucha contra el consumismo. Pero, al final, terminamos por caer.

2. Estas páginas proponen una espiritualidad de la vida ordinaria.

A veces es más fácil tener grandes deseos de perfección cristiana que tener que aprender a desear lo material, como todos; pero viviéndolos de otra manera, no dejándose esclavizar y compartiendo con los que no tienen.

Me parece el camino realista. No menos exigente. Poco espectacular. Hay que renovar las energías espirituales cada día.

Lógicamente, la praxis espiritual de lo cotidiano es muy distinta para un matrimonio con cuatro hijos y para una monja de clausura. Sin embargo, la dinámica espiritual de fondo no lo es tanto.

3. La Palabra del Adviento no resuena con menos fuerza cuando nos proponemos vivir el seguimiento de Jesús desde el cada-día

La Venida del Señor siempre es nueva; cada domingo en la asamblea cristiana y, cada lunes, cuando iniciamos la rutina de nuestras responsabilidades.

Lo hace nueva la fe que celebra al Señor que camina con nosotros los caminos de la historia. «El Señor es nuestro Dios, y nosotros, su Pueblo.» Dios de la Alianza.

Lo hace nueva la esperanza, que anuncia su Segunda Venida, de repente, cuando menos lo esperamos, como Vencedor de la muerte, Defensor de los oprimidos, Reconciliador del cielo y de la tierra.

Lo hace nueva el amor, que da densidad de eternidad a lo más sencillo. Para el amor, la venida del Hijo en carne mortal y su Venida en la gloria inmortal pertenecen a una única historia de Salvación.

4. Podrías preparar el Adviento meditando en algunas figuras del Antiguo y del Nuevo Testamento, muy caras al evangelista Lucas: Ana (I Sam 1-2); Sof 3; Zacarías e Isabel, Simeón y Ana (Lc 1-2); María y José (*ibídem*); Juan el Bautista (Lc 3; Jn 1).

Primer domingo de Adviento - e

Jer 33,14-16

Sal 24

1 Tes 3,12-4,2

Le 21,25-28

1. Palabra

La vida tiene imprevistos. A veces los vivimos como amenaza de nuestra frágil y engañosa seguridad. Otras veces esperamos los imprevistos porque deseamos que cambie nuestra situación. Así vivimos, también, el Adviento, como amenaza (pereza, resistencia al cambio, desesperanza...) o como promesa de un futuro distinto (personal y colectivo).

El *profeta* anuncia tiempos mejores de justicia y paz. El *salmo responsorial* los pide y confía en la fidelidad de Dios.

Pablo apela a una esperanza que compromete ahora el presente en un proyecto de vida, guiado por el amor y la solidaridad.

Este domingo es *Jesús* el que nos interpela con palabras de sacudida. Podemos escuchar el Evangelio o bien desde el miedo (la simbólica del terremoto, lo imprevisto amenazante) o bien desde la esperanza: «levantaos». Todo depende de la actitud que tengamos ante el cambio.

2. Vida

Porque el cambio viene irremediabilmente.

El cambio por el cambio significa falta de identidad.

Esperar el cambio inmediato y feliz, un acontecimiento que lo arregla todo y para siempre, sin sentirme yo implicado en el cambio, significa vivir de sueños infantiles, sin asumir mi responsabilidad.

La fe es una experiencia paradójica:

- Los cambios importantes (del corazón, del sentido último de la vida, de las actitudes éticas colectivas) dependen de Dios, de su intención. Mi compromiso es creer y esperar contra toda esperanza.

- Pero, en la medida en que espero la Salvación, estoy ya cambiando la actitud. Trabajo en aquello que espero; lo voy realizando día a día.

Pregunta crucial en este comienzo de Adviento: ¿Qué me impide esperar el cambio? Lo fácil es hacer propósitos para sentirse bueno.

Segundo domingo de Adviento - e

Bar 5,19
Sal 125
Flp 1,4-11
Le 3,1-6

1. Situación

En la vida del creyente, hay un acontecimiento que siempre le hace tomar conciencia de quién es Dios y qué historia está viviendo: la Palabra. Esta está dada, y puede ser utilizada como un saber preestablecido. Pero, en cuanto es escuchada en la fe, se revela en lo que verdaderamente es: revelación de Dios que irrumpe en nuestra historia.

No necesita resplandecer como un signo milagroso, con acciones extraordinarias. Ella es omnipotente al estilo del amor de Dios, que coincide muy poco con lo que nosotros esperamos de la omnipotencia.

¿Has experimentado alguna vez la fuerza única de esta Palabra? En ese caso, tienes experiencia de Adviento.

2. Contemplación

Contempla la serena certeza con que el evangelista interpreta la Historia. En los anales del Imperio Romano se habla de las glorias de Tiberio César. En los del judaísmo, de los poderes establecidos (Anás y Caifás) y de los movimientos mesiánicos que en aquella época están en plena ebullición. Lucas sabe dónde se está jugando la verdadera historia de Dios y del hombre, en la orilla del Jordán, en una zona marginal del Imperio, en las palabras de un hombre que reproduce la antigua tradición, casi olvidada, del profetismo judío.

Desde esta perspectiva no suenan exageradas las palabras de Baruc (*primera lectura*). Ciertamente, no hay proporción entre lo que está ocurriendo en el Jordán y lo que anuncia el profeta; pero tampoco la había cuando fueron dichas, en el postexilio, época de profunda postración para Israel. ¡Así es Dios!

Tampoco la hay entre el pequeño puñado de cristianos, a los que escribe Pablo, y la tranquilidad con que se afirma lo que significa la existencia cristiana en medio del mundo, anticipando el Día definitivo de la humanidad.

¿Ilusión o fe?

3. Reflexión

¿Por qué estamos tan seguros de nuestra lectura de la Historia y nos identificamos con los anuncios proféticos? Porque así lo hemos visto hecho realidad en la vida, mensaje, Muerte y Resurrección de Jesús de Nazaret. El es la Palabra, y en El se ha revelado la presencia salvadora de Dios que conduce la historia.

¿Por qué nos cuesta, más bien (habría que dar la vuelta a la pregunta), entender el estilo de Dios?

No es problema de argumentación racional, sino de experiencia viva, de cómo abordamos la existencia.

Para quien busca la apariencia, lo maravilloso y socialmente brillante, la historia de Dios (Israel, Jesús) es demasiado oculta para ser, efectivamente, divina. Lo malo es que ahora vivimos en una Iglesia con fuerza social, y tenemos mil razones (entre ellas, la verdad del Evangelio) para creer que lo mejor para el hombre es que la Iglesia influya... Nos incapacitamos para percibir los verdaderos signos del Reino, que siempre se dan a otro nivel.

No se trata de caer en otra ideología: la subida de las masas al poder, la fuerza redentora de los pobres... El cristiano tiene otra onda y, como primer criterio, que nadie puede apropiarse la acción de Dios.

Por eso, siempre vuelve a la Palabra. En ella percibe la acción de Dios. Pero tampoco la sacraliza, pues no es Palabra de Dios sino en cuanto se refiere a Jesús y es releída y actualizada permanentemente por el Espíritu Santo. La Palabra no debe ser otro modo de apropiarse de Dios.

4. Praxis

Tu Adviento no es un posible, sino una realidad dada, aunque percibida sólo en la fe. ¿Por qué no intentas leer los signos de la Salvación en tu vida ordinaria? Por ejemplo:

- Lo que Dios está despertando dentro de ti, cuyo posible despliegue ni siquiera sospechas.

- Personas concretas, sin relevancia social, pero en torno a las cuales se está haciendo una historia de libertad y esperanza, en todos los campos: familiar, educativo, laboral, de evangelización...

Tercer domingo de Adviento - e

Sof 3,14-18

Is 12,2-6

Flp 4,4-7

Le 3,10-18

1. Situación

El Adviento, lo celebrábamos así el domingo pasado, está marcado por la Palabra que anuncia la llegada inminente de la era del Cumplimiento, la venida del Mesías. Para nosotros estas frases sólo tienen resonancia de literatura teológica; a lo sumo, de retórica religiosa. Frases solemnes, con apenas incidencia en la vida personal, y ninguna, desde luego, en la social.

¿Qué noticia podrían darnos hoy en la televisión que supusiese un revolcón, un despertar de la humanidad?

Lo fue en un momento, quizá, la caída del muro de Berlín, la convocación del Concilio Vaticano II...

2. Contemplación

Sin embargo, a los oyentes del Bautista, la noticia de la proximidad del Reino les conmocionó las conciencias. El *Evangelio* de hoy nos habla de ese estado de expectación que suscitó la predicación del profeta:

- «Entonces, ¿qué hacemos?» En esa actitud de compromiso se muestra Ió que estaba significando la esperanza mesiánica.

- Pero el Bautista no fomenta lo fácil y espontáneo en estos casos, los sentimientos de fanatismo. Al contrario, a unos y a otros pide la realización práctica de su esperanza mediante el realismo de la justicia y la solidaridad, en su trabajo diario.

- Al introducir, entre los interlocutores, a publicanos y militares, el evangelista anticipa una de las características esenciales del mesianismo de Jesús, la cercanía misericordiosa de Dios. El Dios que viene es Dios de gracia para todos, también para los paganos y los pecadores.

La *primera lectura* acentúa esta dimensión gozosa de la Salvación.

La *carta a los Filipenses* supone que el cristiano tiene experiencia de la alegría de la Salvación y la vive como un don normal de su vida. Debe cuidarla, eso sí, o mejor, debe dejar que ese don de la Paz lo guarde a él.

3. Reflexión

Si conociésemos esa Paz, sabríamos por experiencia que el Cumplimiento ha llegado y que Dios ha desbordado nuestras expectativas.

Somos tan ciegos que, después de dos mil años de la era mesiánica, nos parece que todo sigue igual, que la venida de Jesús ha sido una ilusión.

y tan infantiles que nos quejamos, una y otra vez, de los caminos de la salvación, tan débiles, del estilo de Dios, tan poco triunfador. Seguimos sin poder coordinar las imágenes del Antiguo Testamento (las primeras lecturas) con la realidad de la Navidad (el Mesías, un niño indefenso en un pesebre). Sólo se nos ocurre «espiritualizar», o sea, decir que los dones del Nuevo Testamento no son materiales, sino espirituales. ¡Por el contrario, el Evangelio de hoy nos dice que la era mesiánica trae la justicia y la solidaridad social; más, la superación de las barreras religiosas!

y tan duros de corazón que confundimos la alegría mesiánica con la victoria de nuestra causa (el triunfo de mis ideas, de mi pueblo, de mi grupo, de la Iglesia...).

La paz mesiánica, don de la Pascua, y, por lo tanto, llegada efectiva del Reino, nos libera del miedo a la muerte y de la angustia de nuestra finitud no aceptada, nos abre al amor desinteresado y nos da ojos para discernir las fuerzas transformadoras de la Historia, siempre latentes, nos hace libres «desde dentro», nos posibilita la vida del Hijo, la confianza incondicional en el Padre y la entrega gozosa a su voluntad...

Pero no puedo disponer de ella. En cuanto intento conquistarla o retenerla ansiosamente o confundirla con las propias capacidades (autocontrol, equilibrio psicológico, tranquilidad de conciencia...), se me escapa. Depende de algo muy simple: abandono confiado y activo en Dios, mirada agradecida y gozosa al Mesías que viene «con Espíritu Santo y fuego, a quien no merezco desatar la correa de sus sandalias».

4. Praxis

Cultiva esta semana esa mirada de fe.

Que no se te quede en un mero sentimiento piadoso, que suscite la pregunta de la gente que escuchaba al Bautista: «¿Qué hacemos?»

Cuarto domingo de Adviento - C

Miq 5,2-5

Sal 79

Heb 10,5-10

Le 1,39-45

1. Situación

Dios trae la Salvación a la humanidad entera; pero la realiza mediante la fe de unas cuantas personas, casi siempre anónimas, cuya vida y palabra adquieren eficacia sólo cuando es acogida por el mismo espíritu de fe.

Ocurre así, también, en cada historia personal. Recuerda las personas que antes y ahora te han influido a esos niveles.

Cuando la fe es sólo una herencia social o una normativa para pensar y hacer, su fuerza transformadora es más aparente que real. Cuando dinamiza el corazón y la vida de la persona, la historia de la Salvación está en marcha.

2. Contemplación

Así lo comprende Isabel, cuando le visita su prima María. Un acontecimiento familiar toma relevancia universal. Y en torno a la fe de María y al misterio del hijo de sus entrañas, las palabras proféticas de Miqueas y el salmo responsorial se revisten de contenidos nuevos insospechados. Ha llegado a sazón el Tiempo. Estamos en presencia del Acontecimiento esperado por los siglos. ¡Todo, tan simple y tan cargado de esperanzas infinitas!

La *segunda lectura* de hoy (Heb 10,5-10) nos coloca en el centro mismo desde donde irradia, para la fe, la luz que, en esta hora bendita, transfigura al mundo. Todo ocurre en el seno de María: el sí de Dios al mundo al darnos a su Hijo, el sí del Hijo cuando entra en el mundo y el sí de María, el mundo que acoge por la fe el don de Dios, coinciden. ¡Ya está!

Nuestra celebración, en vísperas de Navidad, se hace adoración y recogimiento. María representa a la Iglesia, a cada uno de los creyentes que, a través de los siglos, han sentido en sus entrañas la vida del Hijo de Dios.

3. Reflexión y praxis

Si has leído estas semanas los dos primeros capítulos del Evangelio de Lucas, te habrán resultado sorprendentes: por sus relatos, llenos de portentos, y por su mensaje. Los estudiosos nos confirman lo que ya sospechábamos, que lo portentoso (anuncio de ángeles) tiene, principalmente, una intencionalidad teológica, hacer ver quiénes son Jesús y María de Nazaret para la comunidad creyente, por qué el Mesías nació y vivió tantos años en la oscuridad de Galilea.

En el camino de nuestro Adviento, nos interesa resaltar la figura de María en cuanto «mujer creyente», proclamada por su prima Isabel como *dichosa* por haber creído, cabalmente. María ha sido vista por el pueblo cristiano desde distintas perspectivas. A raíz del Concilio Vaticano II va predominando esta perspectiva: María, modelo de fe. Incluso la maternidad virginal de María es valorada principalmente en su dimensión de fe, más que en su «maternidad natural». Recuperamos así la perspectiva bíblica.

Tiene esto mucha importancia para nuestra vida cristiana. Al subrayar cada vez más la humanidad de Jesús, María nos parece una mujer «normal»; no la vemos «aparte», en el reino de la divinidad. Nos ocurre como con Jesús: Al verlo como un hombre concreto, en una historia conocida con métodos racionales, terminamos por reducir a Jesús a un profeta entre otros o a un modelo ético. La solución no es volver a sublimar, divinizando, las figuras de Jesús y de María, sino radicalizar la fe.

La fe adulta se constituye así: en acoger la humanidad de Dios, y quedarse sobrecogidos ante la grandeza, la sabiduría y el amor de Dios en nuestra carne humana. No se necesita divinizar lo humano, pues Dios se ha hecho hombre. ¡Nunca tan admirado, adorado, deseado y engrandecido!

Al humanizar la figura de María y valorarla por su fe, la seguimos llamando Madre del Señor y madre nuestra; pero de una manera nueva, la auténticamente espiritual, en la identidad de vida que viene de Dios, la Palabra, que María acoge por la fe y en ella se hace carne, la misma Palabra que nosotros acogemos por la fe y se hace historia en nuestras vidas.

¡Dichosos nosotros si creemos de verdad en la Palabra de Dios!

Navidad. Eucaristía del día

Is 52,7-10

Sal 97

Heb 1,1-6

Jn 1,1-18

1. Como se sabe, la Navidad celebra tres Eucaristías, a medianoche, a primera hora de la mañana y a mediodía o a la tarde, con sus textos correspondientes y perspectivas distintas.

2. Los textos de la Eucaristía del día tienen un tema: *la Palabra*. Jesús, el hijo de María de Nazarel, ese pequeñín envuelto en pañales, es la Palabra eterna de Dios:

- el último de los profetas trae la Consolación definitiva a su pueblo (*primera lectura*);

- en quien se consuman todas las palabras que Dios ha dicho y dice a través de los tiempos, impronta y reflejo personal del Padre (*segunda lectura*);

- que ya no es portavoz, sino voz misma de Dios, que existía desde antes de la creación del mundo en el seno de Dios y que ahora se ha hecho hombre, hablando con voz humana, siendo uno de nosotros (*Evangelio*).

3. Es probable que esta terminología no nos diga gran cosa. Quizá nos resuene de modo distinto a partir de estas preguntas:

- Es verdad que nosotros buscamos a Dios; pero, ¿es verdad que Dios habla, que ha querido dirigirse a nosotros con palabras audibles?

Es que, entonces, es Alguien viviente, compañero de camino, salvador.

- ¿Cómo das sentido a tu vida? ¿Hay una referencia, una palabra, que fundamenta tu vida? ¿Cuál es?

La Eucaristía de hoy proclama que esa palabra es Jesús.

- ¿Qué personas tienen una palabra que decirte? ¿Por qué? ¿Porque significan para ti, porque te iluminan, porque te aman?

Si Dios me hubiese escrito una carta, si me enviase a alguien con un mensaje, si El mismo me hablase personalmente, de boca a boca, de corazón a corazón...

4. Creer en Jesús parece cosa de locos. No estás solo. Muchos antes que tú, y ahora, muchos más que tú, saben que ese Niño es la Palabra de Dios al mundo. En la Eucaristía lo puedes comprobar.

Cuando salgas a la calle, no olvides que esa Palabra no fue pronunciada por Dios principalmente en el templo, sino en el corazón del mundo, en un hogar de Galilea, por los caminos de Palestina, en una comunidad de discípulos, en una colina de condenados a muerte...

Fiesta de la Sagrada Familia

(Domingo primero después de Navidad)

1 Sam 1,20-28
Sal 83
1 Jn 3,1-2.21-24
Le 2,41-52

1. Palabra

El *Evangelio* de hoy se presta a una interpretación romántico-piadosa, dedicándose a subrayar los sentimientos de cohesión familiar y las virtudes «caseras» de Jesús, especialmente su obediencia. Pero, en realidad, su contenido es altamente crítico, pues Jesús invoca el primado de Dios en su vida por encima de la autoridad familiar, a la edad, precisamente, en que un joven judío, a los 12 años, es considerado religiosamente adulto y puede participar activamente en el comentario de la Palabra.

Mejor dicho, el Evangelio es desconcertante, porque une los dos extremos sin establecer ninguna normativa: libertad y obediencia, primado de Dios y mediación humana, autoconciencia de la misión y ocultamiento.

La *primera lectura* concuerda con el núcleo evangélico: el profeta Samuel, como Jesús, pertenece desde niño a los planes de Dios.

La *segunda lectura* nos habla del don que nos ha traído la Navidad: el poder ser hijos en el Hijo, familia de Dios; y del mandamiento primero que rige la vida cristiana, tanto en el ámbito reducido de la familia como en nuestras relaciones sociales, el amor mutuo.

2. Vida

Los padres olvidan con frecuencia que sus hijos pertenecen en primer lugar a Dios. Llega un momento en que su crecimiento les obliga a la desapropiación (los hijos tienen que tomar decisiones propias y seguir su camino cristiano, distinto del de sus padres); pero no siempre se enteran. Es normal que, como María y José, los lazos afectivos se resistan; pero la fe en Dios les posibilitará transformar el sufrimiento en un amor nuevo, más desinteresado y creyente.

Los hijos confunden con frecuencia su derecho a la libertad adulta con el desinterés respecto a sus padres. No es fácil la síntesis; pero en ello se juega mucho, nada menos que la madurez del amor.

El que confunde la autonomía con el miedo a la vinculación y no se reconcilia con sus raíces, termina sin identidad personal o, al menos, con una identidad gravemente mutilada.

Por el contrario, el que confunde el amor a la familia con el calor protector, incapaz de crear mundo propio, quedará estancado en el infantilismo.

Observaciones para los días de Navidad

1. Para esta Navidad te propongo un ejercicio práctico, que combina elementos humanos y espirituales. Intenta responder a estas preguntas, pero dándoles tiempo:

– Relaciona la imagen afectiva que tienes de tu madre y de tu padre con la imagen afectiva que tienes de Dios. Descubre la profunda correlación. Cómo has ido sintiendo a Dios a través de los años teniendo como trasfondo tus experiencias familiares.

– ¿Qué significa para ti ser hijo y llamar a Dios Padre-Madre? Más concretamente, ¿percibes a Dios como un amor incondicional o como amenazante? Y si es incondicional, ¿puedes integrar la responsabilidad y el conflicto en esa relación positiva de incondicionalidad? Piensa en momentos en que Dios no responde a tus expectativas y te nace miedo a sus exigencias.

2. A continuación, mira en tu vida dónde, con quiénes te sientes padre-madre. Aunque no tengas hijos físicos, ¿no hay nadie a quien das o hayas dado vida? Es una de las experiencias decisivas para ser persona.

3. Y ahora revive esa realidad humana, tan densa, a través de las figuras evangélicas: Jesús (su relación con Dios Padre, María, José, las autoridades del templo); María (su relación con su hijo Jesús); el Padre de los cielos (su amor de ternura y autodonación a los hombres; su amor al Hijo único; la misión encomendada a Jesús, por encima de los lazos afectivos de su familia); José (su discreción y fidelidad para con María, Jesús, Dios).

4. Los frutos de esta meditación serán el conocimiento vivencial del Amor Encarnado de Dios y la experiencia de reconciliarse con el propio pasado.

Año Nuevo, segundo domingo de Navidad, Epifanía

NOTA: Dado que las lecturas para estas fiestas son las mismas del ciclo A, san Mateo, cf. pp. 28-33.

Tiempo Ordinario 1

Bautismo de Jesús - e

1540,1-11

Sal 103

Tit 2,11-14; 3,4-7

Le 3,15-16

1. Concluye el gran ciclo de Adviento-Navidad y comienza el Tiempo Ordinario 1 con la fiesta del Bautismo del Señor. Sin duda, en la tradición tuvo muchas más resonancias que en la actualidad. Quizá tenga que ver con la pérdida de conciencia de la importancia del Bautismo.

2. En la primera tradición evangélica, con el bautismo de Jesús en el Jordán se inicia propiamente el «tiempo definitivo»:

– El del Cumplimiento (*primera leetllra*).

– Renovación del mundo (salmo responsorial).

– Llegada de la Salvación universal (*segunda leetllra*).

– La presencia escatológica de Dios por medio de Jesús, el Hijo v Mesías, investido con la plenitud del Espíritu Santo (*Evangelio*).

3. El evangelista Lucas introduce un elemento propio en su descripción de la escena: que todo sucedió *mientras Jesús oraba*.

En la oración se unen la tierra y el cielo, la obediencia que se abre a la voluntad de Dios v la intervención salvadora de Dios.

En la oración se concentra lo invisible: por qué el Reino necesitará ojos nuevos, por qué la ley de ocultamiento va a configurar el estilo mesiánico de Jesús.

4. El valor de la oración no está en dedicarnos a una «actividad superior», espiritual y contemplativa, sino en estar dispuestos a entrar en los planes de Dios.

Lo cual, evidentemente, presupone silencio e interioridad. No nos engañemos respecto a lo esencial de la vida y de todo quehacer.

5. Por eso, Lucas ha hablado del *Jesús orante* en relación con los momentos claves de su acción y destino mesiánico.

Lee también Le 6,12; 9,28-29; 11,/; 12,39-45; 23,44-47.

6. Es esencial para un cristiano que los momentos importantes de su vida (decisiones, acontecimientos significativos, crisis existenciales...) los viva en oración. ¿Qué lugar ocupa la oración en tu vida?

Segundo domingo del Tiempo Ordinario - E

Is 62,1-5

Sal 95

In 2,1-12

1. Palabra

La boda, la transformación del agua en vino, la fiesta del amor, es el primer signo de la presencia del Mesías. Lo más humano y lo más divino caminan al unísono. Dios es Amor, y el amor lo revela. Pero para percibirlo hace falta algo más que la posesión y el deseo; hace falta la fe de María, que penetra el significado profundo de esa boda (*Evangelio*).

Con Jesús ha llegado el tiempo del amor definitivo entre Dios y el hombre. Todo parece tan sencillo y normal y, sin embargo, ahí está toda la pasión arrebatadora de Dios por el hombre (*primera lectura*). ¿Cómo será Dios por dentro que ha sido expresado en la lírica más ardiente?

2. Vida

La Eucaristía representa, actualiza y celebra las bodas eternas. A veces nos resistimos a palabras tan afectivas. ¿No será que el amor de Dios no ha llegado a ser para nosotros presencia encarnada, pasión desbordante? Es Jesús, realmente, el esposo deseado, y el vino nuevo, reservado para el final. Pero sólo **la** fe podrá celebrar esta fiesta, pues **la** Eucaristía se parece tanto a un rito social y rutinario...

Para que la Eucaristía sea la fiesta del amor, hace falta que la vida entera comience a serlo.

- Cuando la tentación es cerrarse sobre uno mismo, desencantado de los demás, seguir abierto, confiando.

- Las pequeñas alegrías de la relación humana, en esa mezcla de armonía y conflicto, donde la vida crece.

- Ante la necesidad ajena, la decisión de compartir.

- Los momentos especiales, aunque sean pocos, en que la amistad, o el amor de pareja, o la entrega al prójimo, nos hacen tocar el misterio del amor más grande: la incondicionalidad, el perdón, la fidelidad...

- Saber que lo que vive la gente que no aparece en los periódicos es duro; pero que ahí sigue dándose el milagro de la vida, el cuidado de las cosas y personas.

Observaciones para los domingos 3-8

1. En la selección de textos evangélicos para este ciclo C, se ha dado claramente prioridad a los propios de Lucas por evitar la repetición de perícopas de los otros ciclos.

Sin embargo, la dinámica central de los textos seleccionados es la que orienta siempre los primeros domingos del Tiempo Ordinario: la presentación pública de la persona de Jesús.

- En la sinagoga de Nazaret, una escena altamente elaborada por el evangelista, cuya intención parece ser: describir anticipadamente la actividad, las consecuencias y el destino de Jesús (domingos 3 y 4).

- La pesca milagrosa. El relato de la vocación de los primeros discípulos es enriquecido con el de la pesca milagrosa, con resonancias claramente pascales y aludiendo a la misión postpascual de la Iglesia (domingo 5).

- El discurso programático "de la llanura», que, como Mt 5-7, quiere ser un resumen de temas centrales de la predicación de Jesús (especialmente las Bienaventuranzas y el imperativo del amor universal y desinteresado); pero que contienen perspectivas diferentes a las de Mateo (domingos 6-8).

2. No estaría mal una lectura continuada de dichos textos (Lc 4,14-30; 5,1-11; 6,17-45). Como cada domingo se lee el Evangelio por perícopas sueltas, con frecuencia el cristiano desconoce su imagen unitaria. Es verdad que los Evangelios no son biografías de Jesús; pero también, que hay secciones amplias estructuradas conscientemente por las comunidades cristianas primitivas y redactadas intencionalmente por los evangelistas.

Captar estas unidades sirve, por ejemplo:

- para iluminar mejor la figura humana y divina de Jesús;
- para entender la lógica de su mensaje y acción;
- para dar sentido al escándalo mesiánico y a su muerte, culminación de todo el Evangelio.

3. De todos modos, en este comienzo del Tiempo Ordinario es importante escuchar el Evangelio como el niño que descubre la historia maravillosa de su héroe; mejor, como el discípulo que recuerda y recorre la vida del Mesías, que ha dado sentido a su esperanza y que le ha llamado a compartir su misión, es decir, a ser su testigo (*Leer Le 1, 1-4*, el prólogo de Lucas, integrado en la lectura del domingo próximo).

Tercer domingo del Tiempo Ordinario - e

Neh 8,2-10

Sal 18

Le 1,1-4; 4,14-21

1. Situación

Es una pregunta que nos hacemos con frecuencia: ¿Por qué nos volvemos a una historia que sucedió hace 2000 años? ¿Tiene algo que ver con nosotros?

La pregunta no es teórica, porque pone en juego:

- La validez o no de la Eucaristía de cada domingo.
- La actualidad de la Biblia, del Evangelio, en particular.
- El sentido que tiene en mi vida la persona de Jesús.

Pero hay que reconocer que muchos creyentes leen el Evangelio como un libro más o menos interesante sobre el fundador del cristianismo, o un libro religioso donde buscan palabras apropiadas para la piedad o la acción. Reconocen «que los cielos y la tierra pasarán, pero no el Evangelio»...

2. Contemplación

En nuestra Eucaristía se cumple literalmente lo que aconteció en Nazaret. Jesús leyó un trozo de Is 61, y su comentario fue contundente, una especie de automanifestación mesiánica: *Hoy se está cumpliendo*. Del mismo modo, nosotros leemos el Evangelio proclamando a Jesús como el Señor presente en la comunidad cristiana y que cumple hoy lo anunciado por los profetas. Confesamos e invocamos: *Gloria a ti, Señor Jesús*, «que has hablado a los tuyos, Tú, el Resucitado».

El texto de Neh 8 hace alusión a otro momento decisivo de la historia de Israel, cuando, en la vuelta del destierro, se renueva solemnemente la Alianza (*primera lectura*).

Sería interesante aprovechar este domingo para tomar conciencia del lugar de la Palabra en nuestras vidas. Para ello no hace falta sacralizarla, como si fuese un objeto investido de poderes sobrenaturales, que actúan mágicamente, o buscando en ella la receta segura para actuar. Al contrario, la Palabra adquiere su valor propio, cuando, en la fe, percibimos la correlación entre lo que vivió y dijo Jesús y nuestra experiencia humana y de Dios. No se descubre por análisis o rebuscando el texto, sino por iluminación interior, conectando existencialmente la Palabra y nuestra vida.

3. Reflexión

No se vive de la Palabra según el tiempo de lectura que se le dedique. Caeríamos en el fariseísmo de quienes creían ser hombres de la Palabra porque llevaban versículos de la Ley en la frente y en el manto. Jesús vivió de la Palabra porque fue capaz de *releerla* según el Espíritu Santo. Lo cual supone:

- Descubrir las virtualidades ocultas de la Palabra, que trascienden su momento histórico y que se aplican ahora.

- Experimentar que se me adelanta a mi propia experiencia, dando a mi realidad un nuevo horizonte de sentido.

- Hacer de ella alimento permanente, pues no se entrega a la primera, ni *al* curioso, ni al que la domina con sus saberes, sino al sencillo, que desea la Sabiduría que viene de Dios.

- Poco a poco, la Palabra deja de ser un texto que educa la fe y configura la vida, para acercarnos a la persona misma de Jesús. En el Evangelio ocurre lo que el creyente experimenta en la relación normal con Jesús: recordando su historia, lo siente como Vivo; sintiendo su humanidad y proximidad, percibe su filiación divina.

4. Praxis

Dos veces a la semana, es la consigna de este libro. El principal conocimiento de la Palabra lo recibimos de la Iglesia con las lecturas del domingo.

Pero, ¿no habría que dedicarle más tiempo? Hay bibliografía abundante y muy buena de introducción a ambos Testamentos. Se pone en juego mucho más que la adquisición de información religiosa: nada menos que el conocimiento de Dios tal como El se ha revelado. No creamos demasiado pronto que la idea que tenemos de Dios es la idea que Dios ha dado de Sí mismo.

Pero lo primordial sigue dándose en la vida ordinaria:

- ¿Qué va a significar para mí esta semana reconocer que Jesús es Mesías "para dar la Buena Noticia a los pobres y anunciar el año de gracia del Señor»?

- *El* hoy de la Escritura se cumple en mi vida. Llamado a ser testigo de Jesús, ha de verse en mí, de alguna manera, su vida, sus hechos y sus palabras.

- En la oración, cuando escuchas la Palabra, sin saber cómo, será transformado tu corazón. Si perseveras, lo constatarás. Por ejemplo, te bastarán estos tres años, siguiendo los tres ciclos, tal como te sugieren estas páginas.

Cuarto domingo del Tiempo Ordinario - C

Jer 1,4-19
Sal 70
Le 4,21-30

1. Palabra

La escena evangélica, como el Evangelio entero, refleja un contraste extremo: Jesús es admirado y despreciado; la gente espera de Jesús la realización plena de sus aspiraciones y no es capaz de entender que el Reino sea más grande que Israel; Jesús es aclamado y perseguido, a un tiempo. Al final, la sensación que tenemos es de soledad y libertad en Jesús.

Conciencia de todo profeta, de quien ha de vivir en la cercanía de Dios y de los hombres, simultáneamente. Así, en Jeremías (*primera lectura*). ¿Qué tipo de persona es ésta, tan normal y tan distinta?

2. Vida

El religioso/a y el sacerdote, que socialmente se dicen «consagrados», son educados para ser diferentes. Tienen una misión que realizar. Por el celibato, pertenecen a Dios y por su estilo de vida deben afirmar la trascendencia. El peligro está en que se separen cada vez más de la gente, confundiendo la vocación con el «rol» aprendido e internalizado. No han de permitirse expresar sentimientos, ser frágiles y humanos. Ciertamente, esta imagen no corresponde al hombre bíblico, y menos, a Jesús, demasiado humano como para poder ser reconocido como Mesías. Habría que tener «otro órgano», el que posibilita captar lo divino en lo humano.

Al cristiano seglar le cuesta descubrir su identidad en este tema. Es normal, por su condición social; pero se refugia en su normalidad para no asumir su misión de «profeta, sacerdote y rey» dentro del mundo. ¿Es que no tiene que ser testigo de! Dios vivo y realizar el Reino?

Vivir en el mundo sin ser del mundo (1n 17,14-20) implica profunda soledad, a veces respecto a las personas más cercanas. Tu marido va a misa, como tú, y se preocupa de la educación católica de tus hijos, como tú; pero no lo entiende del mismo modo que tú. y aparece cuando se trata de hacer ciertas opciones. El no encuentra dificultad en enseñarles la doctrina católica, por un lado, y por otro, que se aseguren el éxito social y económico por encima de todo, «porque hay que ser realistas, y una cosa es la fe y otra, los negocios».

Para ser distinto no hace falta separarse del mundo, sino abrir los ojos y ver más lejos.

Quinto domingo del Tiempo Ordinario - E

Is 6,1-8
Sal 137
Le 5,1-11

1. Palabra

¿Cuándo se descubre quién es Jesús? Hay muchos que le conocen de oídas. Otros le entregan su tiempo y energías, pero no su corazón. Algunos se han encontrado con El, *el Señor*, y sienten, estremecidos, quién es (tan humanamente próximo y tan sobrecedor, a un tiempo) y por qué tiene tales pretensiones con aquellos a los que llama (la fe incondicional y la misión de ser pescadores de hombres, nada menos).

La diferencia de contexto es total en la vocación de Isaías 6 (el templo, el fuego, la visión teofánica) y en la de Pedro (la tarea de la pesca, el abandono confiado en la palabra de Jesús y la sorpresa de una eficacia desproporcionada). La realidad es más densa y significativa en el caso de Pedro, aunque no lo parezca.

2. Vida

Con Jesús, el lugar de la misión no es el templo, sino el mundo. La teofanía más plena se da en la fe, y no necesita experiencias extraordinarias. El objeto de la misión abarca a la humanidad entera; no se limita a Israel.

Pero parece que, para constatar la eficacia de la misión, necesitamos signos especiales, como la pesca desproporcionada. Pedro, sin embargo, ha comprendido que el signo de la pesca muestra el signo portentoso de Dios, a Jesús, el Mesías, en quien se manifiesta la santidad de Dios en persona.

El creyente realiza su tarea del Reino lo más honradamente posible. Sabe que la eficacia depende de la fe, pues sólo ésta deja a Dios el éxito de nuestros esfuerzos. Cuando podemos recoger los frutos, nos alegramos; pero la verdad es que nos sorprende. Y a veces tanto, que se nos abren los ojos hasta quedarnos anonadados delante de Dios. ¿Quién es Dios para servirse de nuestra miseria?

¿Quién soy yo para que alguien crea en Dios a través de mí?

¿Por qué se ha fijado el Señor en mí para traer su Reino a la tierra?

La eficacia de Dios tiene poco que ver con nuestros esquemas y previsiones. Sólo con los años, cuando se es fiel a la tarea y se confía, a pesar de todo, se comprueban las maravillas de la acción de Dios.

Sexto domingo del Tiempo Ordinario - e

Jer 17,5-8

Sal 1

Le 6,17-26

1. Situación

Cualquier cristiano se hace la pregunta de qué tiene que ver la organización más justa de la sociedad con la fe. No es fácil captar cómo se integran fe y justicia.

Bajo razón de que el Evangelio es para todos, termina diluyéndose el mensaje de Jesús en una vaga doctrina espiritual, que en el mejor de los casos sólo suscita interés por la moral privada (calidad de las relaciones interpersonales y autodomínio) y la salvación en el más allá.

Bajo razón de que la tradición profética nunca considera a Dios neutral, ya que opta por los pobres contra los ricos, el mensaje de Jesús queda apresado por la necesidad inmediata y eficaz del cambio, es decir, por una ideología socio-política.

2. Contemplación

De hecho, el Evangelio de hoy se presta a ambas lecturas:

- Si nos fijamos en la contraposición de pobres y ricos, es evidente que Jesús no es neutral y recoge la tradición profética del Antiguo Testamento, que considera al Mesías como lugarteniente de Dios para hacer justicia a los oprimidos y crear un nuevo orden social.

- Pero si nos fijamos en la formulación de futuro, que este futuro es el cielo, parecen corroborarse las tesis del espiritualismo.

Quizá la clave nos la dé *la primera lectura* de Jer 17, si bien se presta a una interpretación más bien espiritualista.

La respuesta, en mi opinión, sólo viene dada por el conjunto de la actividad mesiánica de Jesús. Que el Reino implica una revolución integral del hombre, individuo y sociedad, es evidente. Que la Buena Noticia es tal para los pobres, y mala para los ricos, pues Jesús pone en marcha la solidaridad y la justicia, también. Pero que Jesús no responde a las expectativas que se hacen los pobres y los ricos respecto al Reino, es igualmente claro.

3. Reflexión

Los ricos buscan en el Reino justificar la injusticia establecida, hablando de la salvación del alma individual. Algunos ricos intuyen que el Reino es, primordialmente, espiritual, es decir, transforma el corazón del hombre, sus actitudes y, desde ellas, suscita cambio social. Les cuesta entender que el Reino es, simultáneamente, interior y exterior. ¿Cómo cambiar primero la actitud del corazón de un hambriento si no tiene qué comer? La comida y el cambio social le posibilitan el mínimo de dignidad humana para considerar al otro como persona.

Los pobres buscan en el Reino la justificación de sus deseos de un mundo diferente, igualitario. Saben, por instinto, que Dios no está de acuerdo con su opresión, y por eso se adhieren a Jesús como su esperanza. Pero con frecuencia les cuesta entender que Dios no quiere cambiar por un golpe de fuerza las condiciones objetivas de la injusticia y de todo género de sufrimiento.

Algunos pobres se dan cuenta de la pedagogía de Jesús:

- Suscitar esperanza en la iniciativa salvadora de Dios.

- Realizar signos de esa salvación (curaciones, multiplicación de los panes, defensa de los pecadores...), pidiendo la fe en Aquel que realiza el signo.

- Darse cuenta de que el cambio es a largo plazo, implicándonos a todos (ricos y pobres) en él.

- Procurar el cambio a niveles distintos: en la ayuda material al prójimo y en la nueva conciencia de las personas.

- Sin violencia.

- Alcanzar la raíz liberadora del cambio, la confianza en Dios, viviendo la lucha sin ansiedad, sin necesidad incluso de ver los frutos del cambio, dando sentido al fracaso y al sufrimiento.

- Mientras se lucha, percibir que Dios se está dando a sí mismo, que, al entrar en su iniciativa, Dios en persona es el don de los dones.

- El Reino es la comunión definitiva de Dios con el hombre y de los hombres entre sí. Todo depende, pues, del amor: la fuerza para la lucha y la fuerza para no ser violento y la fuerza para asumir el sufrimiento, y el gozo de estar en comunión con El.

Tal es la dinámica de la *revolución de Dios*. Jesús supone que algunos la entienden y la viven. Son sus verdaderos discípulos, a los que el mundo (ricos y pobres) rechazará, en definitiva.

Séptimo domingo del Tiempo Ordinario - e

1 Sam 26,7-13

Sal 102

Le 6,27-38

1. Situación y contemplación

Cuando se tiene razón y se lucha por la justicia, todo nos mueve a usar la violencia. Y si se tiene armas para ello, no se dudará en usarlas.

- Ante el opresor del pueblo.
- En legítima defensa personal.
- Cuando el caos social exige medidas fuertes.
- Cuando nos sentimos agredidos en el trabajo o en las relaciones interpersonales.

La violencia tiene muchos grados. Siempre nace de la angustia de no poder dominar la situación, de la necesidad de estar por encima del otro ante la amenaza de destrucción.

Hay agresividad sana, ligada a la autoestima; es una pubión básica, biosíquica, en orden al fortalecimiento del yo. Da conciencia de autonomía y posibilita hacerse «mundo propio».

¿Cómo luchar contra la injusticia si hay que amar al enemigo y ponerle la otra mejilla cuando nos pega? (*Evangelio*).

¿Habrá que dejar en manos de Dios que realice la justicia, como David? ¿Es que Dios no actúa por nuestros medios? (*primera lectura*).

¿En qué queda la revolución de Dios y la Buena Noticia para los pobres y oprimidos? No seamos ilusos, los ricos se opondrán al cambio del Sistema en que ellos son los favorecidos. ¿No será Jesús un iluso soñador?

2. Reflexión

La reflexión exige una ruptura.

- Cuando necesitas controlar la eficacia de la lucha por la liberación, o sea, lograr inmediatamente la justicia, la no-violencia parece cobardía.

- Cuando las relaciones económicas y sociales son tratadas sólo como algo objetivo, como problema de distribución de bienes y de poder, sin atención a las personas, la no-violencia se reserva para algunos «especiales» (Francisco de Asís, Gandhi), cuya actividad es meramente testimonial.

Pero la respuesta no es, de nuevo, volver a un cristianismo limitado a la interioridad. Es necesario descubrir la no-violencia activa, la fuerza transformadora del amOL..

Aquí hemos de escuchar a los líderes espirituales de la no-violencia: Gandhi, Helder Cámara, Gustavo Gutiérrez. Se inspiraron en Jesús y lo han actualizado.

3. Praxis

Actualizar a Jesús no es considerarlo como una norma práctica a seguir. El establece una dinámica del Reino por medio del amor no violento. Su traducción práctica, en una situación dada, es variable. De hecho, El no aplicó lo de la mejilla cuando fue golpeado ante Anás (cf. Jn 18).

Lo primero que hay que hacer es descubrir la lucha por la justicia animada por el amor. El amor es más grande que la justicia; pero en cosas del bien común, la realización del amor consiste en la justicia social.

- En algunos casos, uno puede aceptar con libertad interior que no le paguen el salario justo; pero cuando está en juego la familia y el bien de otros compañeros, no puede ampararse en los principios cristianos de devolver bien por mal.

- Cuando se vive bajo la tiranía, luchar por las libertades cívicas exige organizarse; no basta amar al tirano. La organización se apoyará en los medios no-violentos; pero serán siempre activos, que hagan fuerza (no-obediencia civil, por ejemplo) al poder militar.

En la vida ordinaria, la lucha no-violenta del amor encuentra siempre caminos asequibles. Por ejemplo:

- Plantar cara a un abusón.

- Llevarle a la verdad a alguien que, egocéntrico, sólo ve las injusticias que se cometen con él.

- Desarmar la agresividad injusta con palabras razonables y amables.

- Ver el lado bueno, salvar-las intenciones, a pesar de todo, o, al menos, comprender que no estamos en la piel del otro.

- Compartir los bienes, aceptando el riesgo de que el otro los use mal.

- Amar siempre, perdonar siempre, aguantar siempre, cuando ya no cabe otra lucha más que el silencio.

Para creer en este camino, es necesario que el creyente haya experimentado cómo le ha transformado el amor de Dios: al sentirse desarmado, sin defensas, rendido a la fuerza del Amor que acoge, no juzga, salva.

De persona a persona, este camino suele recoger frutos con cierta facilidad. A nivel social, necesita trabajar a largo plazo. De hecho, el principio de la no-violencia apenas ha sido aplicado en los compromisos públicos por la justicia. Quizá es uno de los signos de lo que todavía falta a nuestra sociedad para elevar su sentido moral.

1. Palabra

La pedagogía de Jesús, con preocupaciones de cambio social, no olvida que, al fin, las cuestiones se dan y se resuelven en el corazón. Este domingo, el discernimiento evangélico desenmascara tendencias muy arraigadas del hombre:

- La tendencia a juzgar al otro, aferrados como estamos a la auto-imagen.

- El ocultamiento de nuestros fondos oscuros.

Sin un espíritu radical de vivir en verdad, el mensaje de Jesús se presta a las peores manipulaciones. ¡Así de ciegos estamos!

Lo que cuenta no es la capacidad de análisis, sino la autenticidad existencial. Capacidad de autocrítica. Presuponer que somos mejores que los demás. Dudar de las mejores intenciones, cuando éstas alimentan el egocentrismo.

En el Antiguo Testamento, hay muchas páginas que insisten en esta sabiduría de la vida. Toda autosuficiencia se opone a la verdadera experiencia de Dios y de la condición humana. La *primera lectura* y el *salmo responsorial* son textos significativos.

2. Vida

«No juzguéis y no seréis juzgados», es una buena consigna para la vida cristiana, con múltiples aplicaciones:

- No valoramos a la persona en sí misma, sino en función de cómo se comporta. Lo peor es que medimos el comportamiento según esquemas preestablecidos y criterios de valoración social, no atendiendo a la situación concreta y al proceso de la persona.

- ¡Cómo nos comparamos! No soportamos que otro sea superior, y nuestro juicio se dispara buscando el lado frágil, menos perfecto, del otro.

- Nos falta anchura de corazón para gozar con el éxito de los demás, especialmente si la tarea ajena tiene que ver con la mía.

Pero habrá que tener en cuenta que la raíz de esta tendencia a juzgar no es solamente moral. A veces es manifestación de la necesidad sico-social de valoración. Superar la tendencia no es sólo cuestión de voluntad, sino de proceso de liberación interior. De ahí que la exigencia evangélica de una nueva calidad en las relaciones humanas se entronque en una perspectiva más amplia: el amor de Dios, que ha venido a salvar, no a juzgar-condenar.

Cuaresma - Pascua

Observaciones para la Cuaresma

1. Hay cristianos que entran en la Cuaresma como se entra en un gimnasio, a fortalecer los músculos, esta vez del espíritu. El espíritu de la liturgia es muy distinto.

Relee las lecturas y las sugerencias del ciclo A, p. 60, referentes al *Miércoles de Ceniza*.

2. El proceso espiritual de Cuaresma-Pascua reproduce el doble movimiento de descenso-ascensión, muerte-resurrección, es decir, la Pascua de Jesús, actualizada para el cristiano en el Bautismo¹⁰.

Por eso, es un tiempo que parece largo (90 días), pero altamente concentrado. La dificultad está en vivirlo a fondo. Como ocurre con todas las experiencias nucleares, no se agotan de una vez. Se vuelve a ellas de una manera siempre nueva y distinta.

3. Para el ciclo C, vamos a escoger una perspectiva particular. Nos va a conducir especialmente *la primera lectlira*. A diferencia de los restantes domingos del Año Litúrgico, no ha sido escogida a partir del Evangelio; estructura con perspectiva propia tanto la Cuaresma como la Pascua.

En Cuaresma la idea rectora es la contemplación de los momentos más significativos de la Historia de la Salvación:

- Mirada de conjunto, a la luz de la liberación de Egipto (domingo 1.º).

- Abrahán y la promesa de la tierra (domingo 2.º).

- La revelación del Nombre (domingo 3.º).

- La posesión de la tierra prometida (domingo 4.º).

- El anuncio profético de la nueva liberación (domingo 5.º).

4. Cada uno de estos momentos representa el drama permanente de la historia del Pueblo de Dios y de cada hombre. Nos sentimos leídos hoy por la Palabra. Tal va a ser la guía de estas páginas.

Sin embargo, aconsejamos al lector que no se limite a profundizar en *la primera lectlira*. Dado que en los ciclos A y B hemos dado preferencia al Evangelio, lo suponemos ya ejercitado en su contemplación. Con todo, aludiremos a él.

Primer domingo de Cuaresma - C

Deut 26,4-10

Sal 90

Rom 10,8-13

Le 4,1-13

1. Deuteronomio 26 es considerado como un resumen de la Historia de la Salvación contada por Israel en la fiesta de las primicias. Una especie de credo: la historia de Dios con su pueblo.

- Los orígenes, los padres que hicieron la aventura de salir de su tierra, confiando en el Dios que les había prometido una tierra.
- Situación de opresión y esclavitud; súplica.
- Amor fiel de Dios y liberación. Acontecimiento salvador.
- Cumplimiento de la promesa. Don de la tierra. Agradecimiento.

2. ¿Qué nos dice esto a los cristianos de hoy?

A la mayoría, nada, porque ignoran casi todo del Antiguo Testamento. En todo caso, les resuenan leyendas fantásticas de la infancia, cuando oían admirados la Historia Sagrada.

Sin embargo, es nuestra historia, mi historia. Aunque no sea de raza judía, pertenezco a la tradición religiosa judía, pues la Iglesia es el Pueblo de Dios de la Nueva Alianza y, como tal, sólo existe en cuanto enraizado en la Antigua Alianza.

La historia de Jesús de Nazaret, por definición, es el *Cumplimiento* de la etapa anterior. La Pascua de Jesús es la realización plena del Reino anunciado por los profetas de Israel. Se celebra, precisamente, en la misma época de la fiesta de las primicias. Si es]Jamada Pascua es porque culmina la Pascua anterior, de la salida de Egipto. Y, aunque el don no es una tierra, sino el Espíritu Santo, es porque el Mesías Jesús no asegura la propiedad de los bienes, sino la relación justa de todos los bienes, los materiales y los espirituales.

3. Descubrir nuestras raíces judías no es cuestión de información, sino de madurez en la fe, de devolver a la experiencia espiritual de su dinamismo histórico, concreto. Precisemos.

¿Cuándo se tiene una fe capaz de dar unidad a la vida entera? Cuando no consiste en sentimientos más o menos intensos que reaniman deseos generosos, sino cuando hay una historia de comunión con Dios. Y esa historia no es meramente interior. Abarca desde la infancia hasta ahora.

Tiene acontecimientos significativos de salvación. Se estructura en un proceso, cuyas claves son la confianza en los momentos críticos y la promesa de Dios, siempre fiel. El don se da a través de esa historia concreta, y se experimenta como liberación y trans-

formación. *El don supremo es Dios mismo, la gracia de su amor incondicional y de su presencia salvadora.*

El cristiano que no puede contar su historia personal como historia de salvación sabe muy poco de Dios.

4. Para que la experiencia de la historia sea de salvación hace falta haberla releído, como Israel, como historia de la Alianza, del amor fiel de Dios, de modo que incluso lo negativo pueda ser visto y celebrado como camino de Liberación y de dones mayores a largo plazo.

¿Hay algún capítulo de tu historia que quieras arrancar del libro de tu vida, con el que no estás reconciliado? No se puede plantear bien el futuro si quedan temas pendientes del pasado.

No estará mal aprovechar esta Cuaresma para enfrentarse con este tema central de la propia historia.

Te sugiero: *Una espiritualidad para hoy*, pp. 30-33; 74-77; 94-95.

5. Vuelve a leer la primera lectura y recita en oración el *Credo* cristiano. Si te fijas bien, como Israel, tampoco la Iglesia se refiere a Dios en su trascendencia celeste, sino al Dios salvador en la historia. Y cuenta los acontecimientos decisivos: creación, encarnación, muerte y resurrección, don del Espíritu Santo, vida actual del Pueblo de Dios.

6. Como en los ciclos A y B, el *Evangelio* de hoyes el de las tentaciones de Jesús en el desierto, comienzo de la Cuaresma o cuarentena de Jesús en el desierto.

Con un orden distinto en la descripción de las tres tentaciones, Mateo y Lucas se parecen mucho. *Para profundizar*, cf. ciclo de Mateo, pp. 62-63.

7. *Aplicación* posible.

También Jesús tuvo que releer su historia en el desierto a partir de su experiencia vocacional en el Jordán. Las respuestas de Jesús a las tentaciones reflejan el sentido de su vida: la obediencia al Padre, más allá de la posesión, del poder e incluso de la gloria espiritual.

Segundo domingo de Cuaresma - C

Gén 15,5-18

Sal 26

Flp 3,17-4,1

Le 9,28-36

1. Cuando la historia está configurada por la fe, hay un momento en que se ha de fundamentar la vida en la Promesa, no en lo que se posee. Esto no consiste en ser más radical en el estilo de vida (compartir más, dedicar más tiempo a la oración y al prójimo, vida austera...), sino en haberse encontrado con el Dios vivo, imprevisible, y dejarle tomar la iniciativa.

La pregunta normal: «¿Cómo sabré?»

La respuesta: Vivir en la Alianza, no en la seguridad. Ciertamente, hay signos definitivos (los que da la Biblia, especialmente Jesús) y otros experimentados en propia carne, para fiarse de Dios. Pero ningún signo puede sustituir a la fe que se entrega a la Promesa.

2. Este tipo de experiencias no son extraordinarias. Pertenecen al ámbito normal de la vida creyente, por ejemplo:

- Cuando decides preguntarle a Dios responsablemente: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Con miedo, pero con incondicionalidad.

- Cuando tienes que escoger entre tus intereses y los del prójimo y esto supone desinstalarte.

- Cuando decides tener un hijo, y éste no responde a los proyectos que te hiciste de él.

- Cuando la Palabra te descubre una imagen diferente de Dios, presente e inmanipulable.

- Cuando experimentas el amor de Dios que te libera de la necesidad de controlar tu vida moral y religiosa.

- Cuando una situación de prueba te obliga a abandonarte en manos de Dios y experimentas una paz desconocida.

3. El *Evangelio* (la Transfiguración) apunta en la misma dirección: El Padre pide al discípulo que escuche a Jesús, que se fíe en este momento en que el fracaso y la muerte del Mesías pondrán a prueba la esperanza de los suyos.

Para profundizar: cf. ciclos A y B, pp. 64-65; 198.

Tercer domingo de Cuaresma - C

Ex 3,1-15

Sal 102

1 Cor 10,1-12

Le 13,1-9

1. En nuestra historia de creyentes, un criterio determinante de nuestro proceso de transformación y liberación viene dado por la pregunta: ¿Quién es Dios para mí?

No se trata de la imagen aprendida o reflexionada sobre Dios, sino de la vivida en una historia de relación afectiva. La imagen cambia si, efectivamente, la propia historia ha sido una historia con Dios como Alguien viviente.

2. En esta historia hay un momento o fase (correlativo al de Ex 3), en que el creyente se encuentra con la Palabra que le revela un Dios diferente. Hasta entonces Dios respondía a la necesidad de dar un sentido trascendente a la realidad (Dios, respuesta a los enigmas de la existencia, fundamento último de la finitud, Omnipotencia buena y temible, a un tiempo...). Ahora comienza a percibir que Dios es:

- Alguien que sale al encuentro y tiene una palabra para mí, llamándome por mi nombre.

- La relación con El no depende del grado de mi sentimiento religioso, sino de la disponibilidad a entrar en su planes e iniciativa.

La experiencia de Dios es 10 más real que uno tiene, pero no se da como algo que se posee, sino estando atento a sus manifestaciones libres y soberanas.

- Que Dios se revela en la historia, siendo inseparable de la suerte de los desgraciados, pues El es gracia salvadora.

- Que Dios elige, y ésta palabra no suena a algo arbitrario, sino a la historia de amor que Dios, libremente, crea con el hombre.

- Que Dios es amor fiel, y que esta palabrita no ha de ser utilizada para sentirnos a gusto, en un mundo aparte, sin conflictos, sino que da a entender, por el contrario, que se revela en la condición humana con sus contradicciones.

3. De este amor fiel nos habla el *Evangelio* de hoy.

Este domingo puede leerse, también, como Evangelio, el del ciclo A, Jn 4,52. Concuere da con el tema de la relación con Dios. Para profundizar, cf. pp. 66-67.

Cuarto domingo de Cuaresma - C

Jos 5,9-12

Sal 33

2 Cor 5,17-21

Le 15,1-3; 11-32

1. Dios no puede ser *poseído*, pero sí gustado.

El nos enseña a recibir todo y gozarlo (personas y cosas) como don.

2. La historia de la fe y de las personas que fundamentan su vida en la fe comienza con una promesa, que les hace salir de su sistema de seguridad, y termina en una tierra que mana leche y miel, en la comunión de amor con Dios y con los hombres.

La lectura de Jos 5 expresa muy bien esta dialéctica. Liberados de Egipto, los israelitas han sido cuidados por Dios en el desierto con el maná, don extraordinario, signo de la fidelidad de Dios. Ahora, los frutos de la tierra son de Dios y del trabajo del hombre. Pero el hombre ha de vivirlos como puro don de Dios, pues nacen de una promesa gratuita y libre. Los israelitas han necesitado el desierto para aprender a recibir el don como don.

La expresión de comunión de Dios y el hombre es la fiesta. Se celebra la fidelidad de Dios y el don de la tierra. En la fiesta se establece la reciprocidad de la Alianza. El hombre recibe de Dios el don; pero no como un niño, a quien se le da todo hecho, sino como responsabilidad y trabajo.

De ahora en adelante, la relación con Dios se realiza en la reciprocidad. Sin embargo, ésta no es un comercio, sino una fiesta; consiste en agradecer, en devolver a Dios lo que de El hemos recibido.

Esta responsabilidad agradecida, en que el amor no es un pago, sino el gozo de la reciprocidad, es el secreto de la adultez de la fe.

3. Hace falta una historia para llegar aquí. A ello se oponen muchas cosas:

- Vivir la relación con Dios, con las personas y con las cosas como propiedad, como si tuviésemos derecho... ¡Nos parece tan normal ser queridos por Dios o por los demás! Acumulamos, en vez de compartir con los que no tienen.

- La ansiedad, que lo quiere todo inmediatamente: la experiencia de Dios y la justicia social.

- Que valoramos y gozamos más con los dones que con Dios, el dador de los dones.

4. *Evangelio: Lc 15*. Merece especial atención, porque tiene grandes resonancias en el corazón de todo creyente. En este momento de la Cuaresma, podríamos aprovechar la contemplación de este texto para la *Celebración Penitencial*.

Completar con el ciclo A, pp. 68-69.

5. La historia del hijo pródigo refleja nuestra historia íntima.

Hay una lectura común. El hijo menor es el libertino, egoísta y caprichoso, que abusa del amor del padre. Se entrega al vicio, a los pecados «materialistas».

Hay otra lectura, cultural. El hijo menor refleja al hombre moderno, que necesita romper con la casa paterna, con la ley, para hacerse a sí mismo, autónomo. Para algunos, éste es el peor de los pecados, la soberbia de la libertad. Para otros es una fase, casi siempre necesaria, para reestructurar la relación con el Padre.

En cualquier caso, la sabiduría de Jesús alcanza el núcleo de la cuestión: La persona humana viene del Padre y al Padre ha de volver.

Más: Sólo vuelve cuando, previamente, sabe, en lo íntimo de su corazón, que el amor primero permanece fiel e incondicional.

6. Esa es la diferencia entre el hijo pequeño y el mayor. Este no se ha alejado; pero no por amor, sino porque su relación con el Padre es de miedo que necesita comprar el amor.

Una vez más, Jesús no ha tenido miedo en escandalizar a los «fariseos y letrados», a los intachables. Nos dice que es preferible ser como el pequeño (sin justificar su vida perdida); y, sobre todo, que no le quitemos al Padre la alegría de perdonar.

7. Es probable que nos sintamos identificados en algunos aspectos con el hijo pequeño y, en otros, con el mayor. Lo más importante es que nos sintamos agradecidos, liberados, por el amor del Padre, de modo que nadie nos prive de la fiesta de su gracia, ni siquiera el recuerdo de nuestros pecados.

8. Si se lee *Jn 9*, el Evangelio del ciclo A, léanse las pp. 70-71. Durante estos domingos, el sacerdote puede escoger la lectura del ciclo A o del C.

Quinto domingo de Cuaresma - C

Is 43,16-21

Sal 12j

Flp3,8-14

Jn8,1-11

1. En la historia de Israel, hay un momento/fase crucial: la destrucción de Jerusalén. Si la tierra unificada y libre bajo David, el ungido de Dios, conquistador de Jerusalén, era el signo de la Alianza, del Dios redentor de los esclavos, más fuerte que Faraón, ¿cómo ha llegado a suceder la destrucción del Templo y la deportación del Rey? ¿Es que el Señor ha dejado de ser el Dios de Israel?

El primer Isaías había dicho que, si Israel permanecía confiando en Dios, Jerusalén no sería destruida (ef. Is 36-39). Jeremías había repetido que Dios no podría ser utilizado como un sistema de seguridad y, mucho menos, cuando se usaba como tapadera para justificar la idolatría y la injusticia social (ef. Jer 7-9). Así que ocurrió lo que tenía que ocurrir.

En medio del desastre nacional y religioso, el segundo Isaías es enviado por Dios a los deportados de Babilonia para reanimar la esperanza y anunciar un nuevo futuro, más glorioso que el anterior.

La historia de Israel es el drama del amor en conflicto permanente, pero del cual surge siempre la fidelidad de Dios y la esperanza renovada de su pueblo.

2. Nuestra historia es más pequeña y anómala, pero igualmente conflictiva. y nuestra liberación depende, igualmente, de cómo somos capaces de mantener el futuro esperanzado, cuando el horizonte se cierra.

A los 50 años, la vida nunca ha respondido a nuestros sueños y proyectos de juventud. Ya no se espera. O por el contrario, ¿es el momento de descubrir un futuro nuevo, el que nace de las cenizas?

Llamad a este futuro: suficiencia de Dios, amor desinteresado, sabiduría de la vida, unificación interior...

Escribí sobre esto el libro *Adulto y cristiano* (Sal Terrae).

3. Hay situaciones concretas en que Dios parece abandonarnos:

- Una depresión, que nos encierra en la cárcel de la angustia.
- La enfermedad de un ser querido, cuando más lo necesitamos.
- El fracaso de algo muy valioso, donde hemos invertido dinero, energías y corazón.

- Una ruptura afectiva, en la que ni siquiera se ha obrado con mala voluntad, sino a merced de las circunstancias.

Cuando uno está en el agujero negro, es inútil buscar razones, explicaciones, respuestas. Sólo cabe confiar.

Es nuestra Cuaresma, la parte que nos toca en la pasión de Jesús, la llamada a seguir sus huellas.

3. Tampoco Jesús fue liberado de la muerte, no le demos vueltas. Pero no por ello fue abandonado por Dios. Jesús esperó contra toda esperanza. El Padre lo resucitó. Quiso comenzar con la resurrección un mundo nuevo, recreado desde la muerte y el sin-sentido.

La ventaja que nosotros tenemos sobre Jesús es que conocemos su resurrección. Es el gran motivo para esperar un futuro nuevo, a pesar de todo.

4. Algunas experiencias de sufrimiento llevan en sí un anticipo del futuro que las hace soportables. Otras no sólo no anticipan el futuro, sino que lo cierran, por ejemplo:

- La muerte.

- La experiencia de la impotencia ante los fondos oscuros de pecado.

- La sensación (no primaria, sino profunda) de ser abandonados por Dios («noche pasiva del espíritu»).

- La depresión, en sentido propio.

- La sensación de haber frustrado toda una vida.

Sólo cabe confiar en que Dios crea vida de la muerte.

y consentir en la voluntad de Dios, oscuramente.

S. *Evangelio: Jn 8,1-11*

Para renacer a la esperanza.

Dios no condena. Son los demás o los propios miedos o la propia conciencia los que nos condenan.

Sólo el amor que no juzga nos deja sin defensas y con una sensación maravillosa de estrenar libertad, como recién nacidos a la existencia.

El viene a renovar todo. Así, con la fuerza del amor misericordioso, entrañable.

Observaciones para la Semana Santa

1. El *domingo de Ramos* se lee el relato de la Pasión de Lucas 22-23.

Lo dicho anteriormente: pp. 76-77.

2. Algunas notas pedagógicas para este ciclo, completando las de la p. 75.

Dado el hilo conductor de este ciclo C, podemos centrar la celebración en la dimensión histórica de nuestra vida:

1) ¿Estoy reconciliado con mi historia?

No pierdas mucho tiempo dándole vueltas. Esta Semana ofrécele al Señor lo que a ti te cuesta aceptar y asumir. Ya ha sido acogido y aceptado por Dios. Lo que tú rechazas, Ello ama. ¿No ves que El cargó sobre sí nuestros males?

2) ¿Estoy reconciliado con las contradicciones de la historia humana?

Tengo todas las razones para no resignarme al hambre y la violencia contra los más pequeños. Pero Jesús nos dice que nada puede ser transformado si primero no ha sido aceptado. La lucha activa ha de integrar el mal, articularlo en una visión más global de la historia, darle sentido.

Para que esto no sea teoría, ¿qué experiencia has tenido de fracaso, de victoria del mal sobre el bien?

Esta Semana te ayudará a verlo con otros ojos.

3. Como siempre, lo más importante no es lo que tú te propones estos días. La Palabra y las celebraciones sacramentales te desbordan.

Déjate llevar, iluminar, ensanchar... Sólo un Amor así, Absoluto, hasta la muerte, puede crear un mundo nuevo.

Triduo Sacro

Nota: Las lecturas del Jueves Santo, Viernes Santo, Domingo de Resurrección son las mismas del ciclo A. Preparar las celebraciones con las pp. 78-87.

Observaciones para el Tiempo Pascual

1. En continuidad con la Cuaresma, las reflexiones y sugerencias van a apoyarse especialmente en la primera lectura, de los *Hechos de los Apóstoles*. Si los cinco primeros domingos de la Cuaresma nos han ofrecido una visión sintética de la Historia de la Salvación en el Antiguo Testamento, los domingos de Pascua seleccionan los momentos significativos de la Historia de la Iglesia en sus comienzos.

El cristiano actual debe distinguir la lectura racional y crítica (por ejemplo, los géneros literarios de los Hechos o la tendencia a idealizar los orígenes) y la lectura creyente (la acción del Espíritu Santo a través de la acción de los Apóstoles y las circunstancias de su época).

2. Importa, como siempre, que nuestra contemplación del nacimiento y primeros pasos del Pueblo del Nuevo Testamento no se quede en el pasado. También la Historia de la Iglesia nos remite a los problemas permanentes que tiene la fe cada vez que ha de hacerse presente en el mundo y en las diversas culturas.

¿No es ése el desafío planteado en la Iglesia y a cada uno de nosotros, a raíz sobre todo del Concilio Vaticano II?

3. Partamos de una visión de conjunto:

- Predicación de Pedro, resumen de los Acontecimientos Salvíficos de Jesús (Domingo de Resurrección).

- Los signos del Reino se actualizan por medio de los Apóstoles (domingo 2.º).

- Conflicto de la Iglesia con las autoridades judías (domingo 3.º).

- Misión de Pablo y Bernabé: la Buena Nueva a los paganos (domingo 4.º).

- Misión abierta (domingo 5.º).

- Concilio de Jerusalén (domingo 6.º).

Este hilo conductor es claro, el expresado por Pablo en la carta a los Efesios: La muerte de Jesús y el don del Espíritu Santo por la Resurrección ha roto la maldición que separaba a judíos y paganos (Ef 2-3).

La cuestión, como veremos, no es secundaria hoy para nosotros. No se refiere sólo a la *misión* universal, sino al interior de la propia conciencia.

4. No estaría mal aprovechar el Tiempo Pascual para ir leyendo y meditando en los *Hechos de los Apóstoles*. Necesitaremos un buen comentario, por ejemplo, el de la colección de comentarios bíblicos de la Casa de la Biblia.

Segundo domingo de Pascua - e

Hech 5,12-16

Sal 117

Ap 1,9-19

Jn 20,19-31

1. En los Hechos de los Apóstoles se sigue el esquema que guía la descripción de la actividad mesiánica de Jesús: los hechos y dichos de Jesús (cf. Lc 1,1-4; Hech 1,1-2). La Iglesia nace, también, con los hechos y dichos de los Apóstoles.

El domingo primero de Resurrección leímos el discurso kerigmático de Pedro. Este domingo vemos la actividad curativa de los Apóstoles. Como en Jesús, ambas dimensiones son coesenciales: la Buena Noticia que proclama a Jesús como el Salvador y los signos que corroboran, en la fe, que se ha cumplido lo anunciado por los profetas como Reino de Dios.

Conviene leer *Hech 3* entero, donde se percibe nítidamente la unidad de Palabra y Signo.

2. Nacemos a la fe por la Palabra. Esta no es una explicación racionalmente convincente sobre Dios y Jesús, sino Anuncio gozoso (es decir, Kerigma) de lo Acontecido en Palestina desde Galilea a Jerusalén, cspccialrncntc, la muerte y resurrección de Jesús.

Los acontecimientos no son curiosidades extrañas, que te las puedas creer o no, sino acontecimientos cargados de sentido.

El que ha muerto ha predicado e inaugurado el sueño de Israel, alimentado por los profetas durante siglos: el Dios de la Salvación definitiva.

Si ha resucitado (y los Apóstoles dicen que lo han visto, que el Crucificado se les ha aparecido vivo, y más que vivo, transfigurado por la Gloria de Dios, exaltado a la derecha de Dios, constituido en Señor) es que la muerte está vencida, el futuro del hombre está en buenas manos y Dios es Amor Eterno.

No puedo quedarme como mero espectador. Estoy implicado ante tal Anuncio.

3. Los signos de los Hechos, de la *primera lectura* de hoy, se prestan a una doble lectura. Por una parte, sin duda, la gente vio que los primeros discípulos de Jesús daban continuidad a la actividad curativa de Jesús; pero, en aquel contexto cultural, propenso a lo milagrero, tenían una importancia mayor que la que puede tener para nosotros. Por otra parte, el sentido de los signos-milagros de Jesús no es probar su divinidad ni convencer racionalmente de la verdad de la predicación.

Los signos son tales en la fe, cuando uno percibe en ellos la acción salvadora de Dios. No importa si tienen una explicación racional o no (¿cabe probar alguna vez el milagro en sentido científico?), sino que la situación vivida de sufrimiento y la liberación experimentada han sido la mediación concreta para creer en el poder del Resucitado, como Señor de la vida y de la muerte.

4. Aplicado a mi vida concreta, quiere decir si alguna vez he experimentado, efectivamente, la Salvación de Jesús.

Para ello no necesito pensar en milagros ni en fenómenos espectaculares. A cualquier persona humana le toca vivir situaciones-límite (de inseguridad existencial, de enfermedad, pecado, muerte...), en las que se da cuenta de que no puede dominar la existencia y ha de confiarla a Dios.

Si, a través de ese acto de [e radical, [undante, se me ha iluminado el sentido de la finitud, de la angustia, del pecado, y siento por dentro haber sido liberado, fundamento más allá de mí, es que entonces sé lo que es la Salvación.

Si es Jesús en quien he confiado, es mi Señor, Aquel que ha sido constituido por el Padre en Señor de la vida y de la muerte (*segunda lectura de hoy*).

5. No se confunda esta experiencia con la proyección infantil del deseo de omnipotencia. Por el contrario, dicha experiencia aumenta mi responsabilidad (el Resucitado no soluciona los problemas personales y sociales) y me hace más realista que nunca con la condición humana.

¿Qué me da entonces? La vida de fe, es decir, la nueva existencia del hombre re-creado por la fuerza del Espíritu Santo.

6. En el *Evangelio*, también Tomás se empeña en tener signos controlables. Pero el milagro de los milagros es *creer*.

Para profundizar, cL ciclo A, pp. 88-89.

Tercer domingo de Pascua - e

Hech 5,27-41

Sal 29

Ap 5,11-14

In 21,1-19

1. El texto de los Hechos refleja los conflictos de la cristianidad primera con la autoridad judía y, muy pronto, con el mundo judío, en general. La Iglesia nació de Israel; pero, en su fidelidad a Jesús, fue considerada como una secta herética y, como tal, expulsada de la Sinagoga.

Impresiona la seguridad con que Pedro se enfrenta.

2. La frase «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» se ha prestado a posiciones muy diversas: unas veces, ha fomentado el iluminismo y el fanatismo, y otras, sin embargo, ha inspirado las actitudes más proféticas y lucidez en la historia de la Iglesia.

También hoy hay profetas que proclaman esta libertad respecto a toda autoridad humana, aunque sea la eclesiástica, cuando está en juego la obediencia a Dios y a su Evangelio.

¿En qué se les nota? En que no intentan salirse con la suya, sino obedecer a Dios. Por ello, suelen desconcertar:

- Si se enfrentan a la autoridad, mantienen el espíritu de comunión y de unidad por encima de todo.

- No se fían de sí mismos, y en el fondo de su corazón, prefieren obedecer; pero no pueden.

- Distinguen, sin rigidez, lo esencial de lo accesorio.

- No confunden la obediencia a Dios con el tener razón, ni con la eficacia. Tienen un sentido muy agudo de que la eficacia principal del Reino viene por la cruz.

3. Profetas así, el Espíritu Santo los suscita especialmente en momentos de crisis dentro de la Iglesia. A la mayoría nos tocan tareas menos públicas, pero no menos importantes; por ejemplo:

- Atreverse a decirle la verdad a la autoridad cuando abusa.

- Distinguir la obediencia a la autoridad de la necesidad de sacralizarla, buscando en ella falsas seguridades.

4. El *Evangelio* de hoy también puede ser leído en clave de Iglesia. Pedro representa el ministerio apostólico, hecho de autoridad y de entrega a la misión. Juan representa al contemplativo y al profeta que ve «más lejos» y que vive de la presencia del Resucitado. Ambos aman al Señor, se complementan y caminan juntos.

Lo esencial del ser discípulo está en el diálogo entre Jesús y Pedro.

Cuarto domingo de Pascua - C

Hech 13,43-52

Sal 99

Ap 7,9-17

Jn 10,27-30

1. Momento decisivo de la historia de la Iglesia y tema central, sin duda, en los Hechos: cómo y por qué la secta judía de los nazarenos se abrió a los paganos, pero sin exigirles más que la fe en Jesús.

Sabemos que la comunidad de Antioquía fue el ámbito privilegiado para esta apertura y que el instrumento escogido por Dios fue Pablo.

Leer Gál 1-2.

2. Estas tensiones entre «conservadores» y «progresitas» existen también hoy. Pablo luchó contra «el espíritu de partido» en las comunidades cristianas (d. 1 Cor 1-3); pero no fue neutral respecto a las tendencias que entonces se perfilaban dentro de la Iglesia.

Tampoco nosotros podemos serlo. ¿Tenemos conciencia de optar por un modo de leer el Evangelio y un modelo de Iglesia? ¿Cuál?

¿Favorece la libertad o la observancia de la Ley?

El Concilio Vaticano II es una referencia esencial. Otra, la autoridad papal. ¿Qué buscamos en estas referencias cuando apelamos a ellas: la fidelidad a Jesús o legitimar una ideología?

¿Qué criterios de discernimiento manejamos en estas cuestiones?

3. Evidentemente, mis reflexiones sugieren determinadas opciones. No es el momento de justificarlas. Las he formulado en *Una espiritualidad para hoy*, pp. 229-241.

Cualquier creyente debe hacer su discernimiento según las responsabilidades que le toca asumir.

4. El *Evangelio* nos recuerda que la primera voz que hay que escuchar es la de Jesús, único Maestro y Pastor de la Iglesia.

Esto nos libera tanto del partidismo de los contestatarios como de los que sacralizan la autoridad.

5. El *Evangelio* ha de ser escuchado a niveles más hondos. Para ello remitimos a textos paralelos del ciclo A (pp. 92-93).

Quinto domingo de Pascua - e

Hech 14,2-26

Sal 144

Ap 21,1-5

Le 13,31-33

1. La *primera lectura* describe el primer viaje apostólico de Pablo con Bernabé por el centro de Asia Menor. Decididamente, la Palabra está convocando al nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia de judíos y paganos, sin distinción.

La cuestión de los paganos no era cuestión de más o menos apertura, sino de comprensión nuclear del Evangelio. Así lo comprendió Lucas, el autor de los Hechos, al insistir en que Pablo no rompía con la tradición apostólica, pues el Espíritu Santo se había anticipado en la figura de Pedro con ocasión de la conversión del centurión Cornelio (d. Hech 10-11).

2. La cuestión que se ponía en juego era nada menos que ésta: si bastaba la fe en Jesús o era necesaria, además, la mediación de la Ley.

- Si todavía era necesaria la Ley que no había llegado la Nueva Alianza y lo anunciado por Jer 31 y Ez 36: el don del Espíritu Santo al corazón del hombre.

- Si Jesús ha muerto por todos, ya no es la Ley la que nos justifica, sino la gracia salvadora de Dios, que sólo podemos hacerla nuestra por la fe. Sólo la fe acoge el don como don.

- Si la acción de Dios en la historia está condicionada por la Ley, todavía no ha llegado el Reino, la presencia personal y definitiva de Dios, la autocomunicación plena de Dios al hombre.

- Si Israel, mediante la Ley, posee la superioridad sobre las naciones, no ha llegado todavía el cumplimiento último de su misión, que no es política, sino profética.

3. Apliquemos algunos temas a la historia de la Iglesia:

- ¿Por qué la Iglesia (no hablamos de la Iglesia en su misterio oculto de fe, la Esposa Santa e Inmaculada, que el Espíritu Santo guarda en la fidelidad de Jesús) sigue educando en la Ley y no en la Gracia? Ahora no son las leyes judías (referentes al culto y a la circuncisión), sino las leyes morales, mediante las cuales el cristiano ha de ganarse la Salvación. Teológicamente, desde Pablo, pasando por Agustín de Hipona hasta el Concilio de Trento, se ha dicho siempre y se sigue diciendo que la vida cristiana es gracia, que hasta el «comienzo de la fe» (el primer impulso de apertura al Evangelio) es obra del Espíritu Santo. En la predicación normal, en la iluminación práctica de las conciencias, sigue prevaleciendo la Ley.

- ¿Por qué las relaciones sociales dentro de la Iglesia no se caracterizan por la libertad, sino por el autoritarismo?

- ¿Por qué, a pesar de los deseos del Vaticano II de diálogo con el mundo, prevalece hoy (por desgracia, cada vez más) un espíritu de defensa frente a los valores humanistas? ¡Qué poca confianza en lo que el Espíritu Santo suscita fuera de la Iglesia!

4. El tema atañe, igualmente, al ámbito más íntimo de la persona:

- ¿Dónde fundamento mi vida, en la fe o en las obras? La vida cristiana se desarrolla mediante la fe que obra por el amor; pero sólo puede fundamentarse en la fe.

- ¿Qué experiencia tengo de la Salvación, como algo a conseguir o como un don dado en Jesucristo, cuyas primicias son la paz y la libertad (liberación de la angustia de la finitud, es decir, de la necesidad de dominar la existencia, especialmente de la que viene de la Ley, del orden religioso-moral)? Lo cual, evidentemente, no quita responsabilidad moral, sino la aumenta, pero en un horizonte radicalmente nuevo, el del amor agradecido.

5. De este imperativo del amor nos habla el *Evangelio* de hoy.

Mandamiento *nuevo*, no en cuanto contenido normativo (ya había sido formulado en el Antiguo Testamento), en cuyo caso sería, una vez más, una nueva forma de Ley, sino en cuanto Revelación del Amor en Jesús y Don *del* Espíritu Santo, propio de la Nueva Alianza.

Por eso, la señal de *la* verdadera Iglesia de Jesús es la superación de barreras entre judíos y paganos, blancos y negros, justos y pecadores. Donde hay amor ya no hay Ley.

Esto se traduce en comunión, en calidad de relaciones interpersonales.

6. La fuerza del Resucitado es su Espíritu, y su dinamismo es siempre: liberación interior, paz y gozo de la Salvación, anchura de corazón, solidaridad con todos, amor sin fronteras...

Sexto domingo de Pascua - e

Hech 15

Sal 66

Ap 21,10-23

In 14,23-29

1. Si se comparan Gál 1-2 Y Hech 15, se percibe inmediatamente el talante conciliador de Lucas. De hecho, las tensiones eclesiales fueron mucho más duras. No conviene que idealicemos a la Iglesia primitiva. Se parece demasiado a lo que también ahora ocurre.

Hech 15 nos puede ayudar a comprender algunos aspectos de nuestra vida eclesial, por ejemplo:

1) La necesidad de superar, en medio de los conflictos, las posiciones partidistas. Tenemos mucha tendencia a absolutizar las ideas propias. Este espíritu de consenso es parte del amor cristiano. No se confunda con el «espíritu político», muy frecuente en ámbitos eclesiásticos, en que el consenso no crea comunión, sino es manejo inteligente de las situaciones. En este caso, la verdad está subordinada al poder.

2) Sentido de la autoridad en la Iglesia. En los cristianos conservadores, la Iglesia se reduce a la autoridad. En los cristianos «progres» la autoridad es la negación de la comunidad cristiana.

Hay aspectos emocionales en esta cuestión (necesidad de seguridad en unos y reacción adolescente en otros), y aspectos teóricos (¿cómo hay que concebir la autoridad en la Iglesia, con tanta carga institucional o, más bien, como servicio profético?), y aspectos prácticos (un nuevo modelo de distribución del poder y de las responsabilidades, menos verticalistas y clerical). Hay que reconocer que, en la Iglesia católica, a pesar del Vaticano II, muy poco ha cambiado. Cuando comparamos su funcionamiento con el que sugiere Hech 15 (la autoridad y la comunidad entera, clérigos y laicos, todos son corresponsables), sentimos la diferencia. Cierto, no se trata de reproducir el modelo de la Iglesia primitiva, pero el actual no nos satisface.

3) La frase «Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...» nos hace leer las mediaciones eclesiales a otra luz.

En cuestiones dogmáticas, cuando la Iglesia entera toma una decisión, sabemos, por la fe, que el Espíritu Santo garantiza la fidelidad de la Iglesia a la verdad del Evangelio. En este caso, el Concilio de Jerusalén trataba, en efecto, de la cuestión dogmática de la suficiencia de la fe para pertenecer a la Iglesia y recibir la Salvación. Pero las decisiones referentes a los alimentos no tenían carácter dogmático. ¿Por qué se atribuían al Espíritu Santo? Sin duda, porque era el medio para mantener la comunión eclesial.

Esto no quiere decir que la Iglesia acierte siempre, sino que yo, como creyente, debo discernir entre lo dogmático y lo pastoral, que fomenta la unidad eclesial, y valorar ambos aspectos, aunque no del mismo modo. Por ejemplo, muchos documentos que emanan de Roma tienen un carácter pastoral (una decisión doctrinal en un momento dado), pero no dogmático. Si distingo, podré no estar de acuerdo con la decisión doctrinal, pero valoraré su intencionalidad.

De aquí no se deduce un espíritu tan conciliador como para atenerse siempre a las decisiones de la autoridad. Al contrario, de lo anterior se deduce la capacidad de discernimiento, que en algunos llevará a acentuar la unidad eclesial, y en otros, a plantear conflictos (cuando las decisiones parecen parciales y ocultan intrigas del poder). En cualquier caso, el creyente maduro mantiene, en su conciencia y en la praxis, la síntesis entre libertad evangélica y sensibilidad eclesial.

2. A la luz del *Evangelio*, puede parecer que estas cuestiones de «política eclesial» tienen poco que ver con la Resurrección. Sin embargo, el que separa la acción interior del Espíritu Santo de los problemas de la comunidad cristiana, es que concibe lo espiritual como un mundo aparte, sin problemas ni responsabilidades. Tal fe es demasiado infantil.

Fe adulta es la que se centra en el Amor como don en Cristo; pero lo traduce, prácticamente, en los conflictos eclesiales, sociales, familiares...

El adulto en la fe no pierde la paz, el don del Resucitado, cuando se encuentra con su pecado y el de los suyos; pero no la confunde con la falsa seguridad. Sabe que hay que caminar entre luces y sombras, que por eso nos ha prometido Jesús el Espíritu, que va guiándonos a nosotros y a la Iglesia hasta el final de los tiempos.

3. Termina tu preparación para la Eucaristía con la *segunda lectura* del Apocalipsis. Necesitamos ensanchar nuestra esperanza hasta el Cielo, hasta la felicidad inmarchitable que nos aguarda a los que creemos en Jesús, el Cordero entregado por todos, y en Dios, su Padre, omnipotente y fiel.

Observaciones

1. La semana previa a Pentecostés conviene hacer un parón, aunque sea una tarde de Retiro. Y mirar retrospectivamente el camino recorrido desde el miércoles de Ceniza hasta ahora.

Ha habido un hilo conductor: la fe en Dios, realizada en la Historia. Esta es conducida por Dios, que en ella se revela y actúa salvadoramente.

¿Nos ha ayudado a releer la propia historia personal?

2. Los protagonistas de esta Revelación histórica son Dios y su Pueblo en sus dos grandes fases: el Antiguo y el Nuevo Testamento.

¿Voy experimentando lo actual que es la Biblia?

3. Este tipo de lectura-oración nos ha obligado a estar más pendientes de los acontecimientos externos y sociales, de carácter secular y eclesial. ¿Nos hemos sentido «menos espirituales»? ¿Qué significa esto?

Quizá no sabemos leer la Palabra por referencia a lo exterior.

Quizá nos aferramos a una imagen interiorista de la fe.

Quizá estamos viviendo una fase, en el proceso espiritual, en que todavía necesitamos cultivar lo interior y nos cuesta integrar interioridad y problemática social y eclesial.

4. De todos modos, esta Semana habría que centrarse, como en los ciclos A y B, en las fuentes vivas del corazón, de la Iglesia y de la humanidad entera: el don del Espíritu Santo.

¿Cómo? Lo más sencillo es echar mano de los discursos de la Cena: Jn 14-17, especialmente este último capítulo, tan íntimo y tan universal.

5. Como usas el Misal, te aconsejo que algún ratito ores con la Plegaria Eucarística IV (en el centro del Misal: «En verdad es justo darte gracias y deber nuestro glorificarte, porque tú eres el único Dios verdadero...»), hasta el final: «Por Cristo, con él y en él.»).

En una mirada unitaria contemplarás el conjunto de la Revelación y de la Redención. ¡Qué maravilla de Dios! ¡Qué sabiduría y amor infinitos!

Ten en cuenta que en la Eucaristía se celebra y se actualiza ese Misterio. Y que tú participas en El de modo activo, por gracia.

Fiesta de la Ascensión

(Séptimo domingo de Pascua) - e

Hech 1,1-11

Sal 46

Heb 9,24-28; 10,19-23

Le 24,46-53

1. Los *Hechos* comienzan aquí, con la misión dada a los discípulos en la conclusión del Evangelio de Lucas (*Evangelio* de hoy).

- El Reino se ha puesto en marcha, imprevisiblemente, con la muerte del Mesías y su resurrección.

- Así como el punto de partida fue Nazaret, ahora va a ser Jerusalén.

- Jesús permanece para SielTIppe con los suyos, pero no como Alguien poseído, sino creído, esperado y amado. Su presencia es la del Espíritu Santo, encargado de incorporarlos por el bautismo a su muerte y resurrección, de convertirlos por la fe a su Palabra y de fortalecerlos para ser sus testigos desde Jerusalén al mundo entero.

- La alegría y la comunión fraterna será la señal, en sus conciencias, de que el Reino ha comenzado ya. Alegría, incluso, en la persecución por el Evangelio.

2. ¿Qué sientes al celebrar esta fiesta?

¿Te alegras de haber conocido a Jesús y de ser su discípulo?

¿Te sientes implicado, gozosamente implicado, en la misión recibida de ser su testigo, o lo miras desde la barrera, como que eso no puede ser para ti, que no terminas de creértelo?

¿Te parece que conlleva un estilo diferente de vida, renunciaciones y opciones, o que se te da realizar la misión en tu vida ordinaria?

3. Lo más difícil es creer que Dios se haya fijado en mí.

¿Es que Pedro, Andrés, Santiago... eran especiales?

No, el Señor Resucitado no necesita superhéroes, sino gente sencilla que, a la vez que se sorprende, agradece, que no pregunta y está disponible, que siente miedo y confía...

Como *María*. Ella estuvo en el origen de esta historia, en Nazaret (Lc 1), y en el impulso definitivo por el que nada podrá detenerla, en Jerusalén (Hech 1).

Fiesta de Pentecostes

Hech 2,1-11

Sal 103

Rom 8,8-17

Jn 14,15-16

1. ¿Cómo sé que esta historia no es una ilusión, un montaje más que nos hemos hecho los humanos para seguir alimentando sueños?

Si pretendes una respuesta científicamente verificada, no continúes. ¿Es que puedes verificar que merece la pena amar, a pesar de todo? ¿Es que uno inicia la aventura con otra persona y decide construir un proyecto común de futuro por razonamientos incontrovertidos?

Al revés, el que necesita esas garantías ha dejado de amar.

2. Lo cual no quita sus referencias objetivas y racionalmente críticas a la fe. También el que se casa ha verificado que es amado. Ha vivido una serie de signos del amor a través de una historia en que él mismo ha estado implicado.

Los signos están dados: la vida histórica de Jesús, su mensaje y sus hechos, el proceso de los discípulos, el viraje que se produce en un momento de su vida, cuando comienzan a decir que han visto a Jesús resucitado...

Estos signos no son neutrales (como los que maneja la ciencia), son implicativos, es decir, comprometen mis preguntas y esperanzas sobre el sentido de la existencia. Cuando confronto mi vida con esos signos y comienzo a percibir la realidad con otras claves, entonces comienzo a verificar que el mensaje de Jesús es verdad, la verdad íntima del hombre, y comienzo a fiarme de su persona, y, poco a poco, sin saber cómo ni por qué, El adquiere un significado único y total...

3. Cuando, al final de un proceso, creo en Jesús y puedo invocarle de corazón como *mi Dios y mi Señor* (Un 20), entonces puedo mirar hacia atrás y reconocer que mi búsqueda era guiada por dentro, suave y fuertemente, a través de mi propia libertad, y El ya se había fijado en mí.

4. ¿Cómo sé que esta historia no es una ilusión?

Porque tengo una historia vivida con Jesús.

Porque noto los frutos de la fe, de la esperanza y del amor en El.

A esto le llamamos los cristianos el *Espíritu Santo*:

- Derramado en los corazones (Rom 5 y 8; Jn 14),

- ha convocado el nuevo Pueblo de Dios de todas las naciones (Hech 2),

- Y sigue poniendo en pie a los testigos del Evangelio.

Tiempo Ordinario 11

La Santísima Trinidad

Prov 8,22-31

Sal 8

Rom 5,1-5

Jn 16,12-15

1. El saludo cristiano en nuestras asambleas y los actos principales de nuestra vida los hacemos *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*.

- Maravilla de la creación del Padre, como un juego, en diálogo amoroso con el Hijo, la Sabiduría (*primera lectura*).

- Maravilla del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, cuya misteriosa vocación se revelará cuando la Palabra se hace ho'mbre (salmo).

- Maravilla del amor salvador de Dios que nos justifica gratuitamente, y no sólo nos permite conocer el amor en la historia de Jesús, muerto por nuestros pecados, sino también dentro de nosotros, como fuente de vida, el Espíritu Santo (*segunda lectura*).

- Maravilla de Dios uno y trino, que nos permite entrar en su comunión de vida eterna, Misterio inconmensurable que sólo el Espíritu Santo puede darnos a conocer en la inefabilidad de su amor (Evangelio).

2. Día para la contemplación y la acción de gracias.

Repite, a modo de letanía:

Aleluya, aleluya

Gloria al Padi-e, al hijo y al Espíritu Santo.

Al Dios que es, que era y que vendrá.

Aleluva.

Otras Fiestas

NOTA: Dado-que los textos se repiten, remitimos al ciclo A:

- Observaciones de pedagogía espiritual: p. 105.

- Fiestas del Corpus y del Sdo. Corazón: pp. 106-107.

-Fiestas de la Inmaculada y de la Asunción: pp. 10S-110.

- Fiesta de san Pedro y san Pablo: p. 109.

- Fiesta de Todos los Santos: p. 111.

Observaciones para los domingos 9-11

1. Retomamos el Evangelio de Lucas del Tiempo Ordinario 1.

Hasta el domingo octavo, como decíamos (cL p. 271), el Evangelio nos hace la presentación pública de Jesús y los núcleos de su Mensaje, resumidos en el «sermón de la planicie» (Lc 6).

Los domingos 9 al 11 presentan una de las dimensiones del escándalo mesiánico de Jesús: sus preferencias por los «marginados».

- En el primer caso, un centurión pagano (domingo 9).
- Luego, una viuda (domingo 10).
- Finalmente, una mujer prostituta (domingo 11).

A Lucas le encanta subrayar esta dimensión de la Buena Nueva, la de la misericordia entrañable de Dios, que en Jesús se acerca a los últimos.

2. ¿Qué hay detrás de todo esto?

Hay cristianos que siguen escandalizándose de esta «querencia» de Jesús. Rompe sus esquemas de orden y buenas costumbres.

Para otros, Jesús confirma su ideología libertaria de izquierdas. Incapaces de entender la misión de Jesús.

3. La lógica de Jesús no tiene nada que ver con el regusto por lo morboso y marginal, donde se diluye la frontera de lo moral y lo inmoral. Por el contrario, el Reino trae un nuevo sentido moral, más radical.

Jesús no está dispuesto a que se confunda la voluntad moral de Dios con los esquemas sociales que separan a justos y pecadores, para dejar a éstos al margen de la Salvación.

El provoca a los bienpensantes porque desenmascara su mentira y la dureza de su corazón, no por narcisismo, como si necesitase llamar la atención. En ciertas actitudes «progres» hay mucho de este narcisismo.

4. Las «naldas compalllas» de Jesús parece que era un tema habitual de conversación entre los enemigos de Jesús (cL Lc 7,18-35).

Sigue ocurriendo hoy:

- Cuando un sacerdote se preocupa de los marginados.
- Cuando un cristiano se opone a los juicios globales que se hacen sobre las prostitutas, o los «macarras», o los homosexuales...
- Cuando alguien pone por encima del orden y de la seguridad a las personas, con su sufrimiento y su libertad.

Domingo 9 del Tiempo Ordinario - e

1 Re 8,41-43

Sal 116

Le 7,1-10

1. Palabra

El contexto socio-religioso en que Jesús vivió consideraba a los paganos como «malditos», condenados de antemano. Algunos grupos, de mentalidad más abierta, se inspiraban en textos como la *primera lectura* de hoy (cL también, el librito precioso de *lonás*) y creían que el Reino convocaría también a los paganos en un solo Pueblo de Dios. De hecho, en la época de Jesús se conoce a los «prosélitos», paganos convertidos a la fe de Israel. Uno de ellos era, sin duda, el centurión del *Evangelio* de hoy.

Pero, una vez más, en este punto Jesús desborda la mentalidad más abierta de su época. No alaba al centurión porque es un adepto a la causa de Israel, sino porque es un creyente cabal, porque la limpieza de su corazón no se ha escandalizado de su mesianismo demasiado humano.

Ha visto en él la fe de Abrahán. Así ocurrirá también, más tarde: cuando los paganos crean, serán desbordadas las barreras de Israel, la raza y la Ley.

2. Vida

Todavía hay muchos cristianos que creen que «fuera de la Iglesia no hay Salvación», y que miran siempre a los no-católicos como enemigos y, en el mejor de los casos, como pobres desgraciados.

A niveles más próximos, nuestros juicios de condenación se disparan igualmente:

- Confundimos la ideología del otro con su corazón. Porque no piensa como yo, es un pervertido peligroso.

- Miramos más la apariencia que la verdad, por ejemplo, cuando juzgamos, sin otro discernimiento, a las parejas que conviven y no se casan.

- La necesidad que tenemos de afirmarnos y establecer muros entre la fe cristiana y otras experiencias religiosas. Incapaces de ver cuántas cosas tenemos en común, cómo podemos caminar juntos, siendo distintos...

- No es precisamente el espíritu universalista el que caracteriza nuestra acción social y política. Los demás siempre están subordinados a lo propio.

- Cuando coincidimos en el tren o el autobús con el extranjero, especialmente de tez morena, y si lleva pintas de marginado...

Domingo 10 del Tiempo Ordinario - e

1 Re 17,17-24

Sal 29

Le 7,11-17

1. Situación

La viuda, en otras épocas más que ahora, simbolizaba el desamparo. Por eso, la ley de Israel y los profetas se preocupaban de ellas. Hoy el desamparo tiene formas más variadas: el parado, el anciano/a que vive solo, los transeúntes, el refugiado extranjero...

En nuestras sociedades en que el Estado se preocupa de organizar la asistencia a los desamparados, siempre quedan bolsas de marginación.

Hay casos flagrantes. Hay casos anónimos. En cualquier bloque de pisos, se encuentra un vecino/a que pasa apuros económicos y soledad, y que, por otra parte, siente vergüenza de pedir ayuda.

En la propia familia, sin ir más lejos, alguien queda siempre al margen, indefenso, que, si alguien no le sale al paso, se morirá en la miseria o en la soledad.

2. Contemplación

Jesús ha tenido especial sensibilidad para acercarse a los desamparados. En el relato del *Evangelio* de hoy hay matices especiales. Jesús no pide fe, ni intenta realizar ningún signo explícito que confirme su misión. «Al verla, le dio lástima», dice Lucas. ¿Es que el amor verdadero necesita otras razones para sentir, acercarse y avudar?

Es la gente la que percibe en la resurrección del joven difunto la visita de Dios a su pueblo mediante la acción del profeta. La preocupación de Jesús parece centrada en la viuda.

En las tradiciones de Elías y Eliseo encontramos relatos del mismo signo. El celo de la gloria de Dios, la grandeza de la personalidad de Elías, no le impiden la ternura y la solicitud para otra vida (*primera lectura*).

Nos enternece ver a Jesús emocionado ante el dolor de la viuda. ¡Cuánto nos dice el corazón de Dios y de su inclinación por los que lloran!

En las lágrimas de la viuda reconocemos a la humanidad doliente. Y en el horizonte, la figura de María, la Dolorosa, llorando la muerte de Jesús a los pies de la cruz.

Por eso, sabemos que nada está perdido, ni el sufrimiento de los pobres ni la muerte de la vida joven, recién estrenada.

3. Reflexión

A veces discutimos entre nosotros qué es lo más conveniente y eficaz en orden al Reino: si el compromiso por el cambio de las estructuras o el compartir la vida de los desfavorecidos.

La cuestión está mal planteada. Hace falta las dos cosas, y ambas buscan la justicia y la misericordia. Pero no cabe duda que responden a dinámicas distintas. El cambio de estructuras exige un compromiso público y pasa por la política, si quiere ser eficaz y estable. El problema aparecerá en el uso de los medios. La violencia y la eficacia inmediata en el cambio de las estructuras suelen ser peligrosamente afines. Hacer el juego democrático y éticamente limpio en política exige tiempo. El compartir la vida con los desfavorecidos exige conversión personal, pobreza voluntaria y abandonar el mesianismo fácil. Los pobres, vistos en el roce de cada día, son egoístas, como cada uno de nosotros.

Es la persona que tiene hambre y sed de justicia, comprometida en una línea u otra, la que debe hacer la síntesis entre compasión del corazón y eficacia. En ambos casos tendrá que saber que la lógica del Reino no responde exactamente ni a la revolución política planeada por los estrategas, ni a las expectativas de los pobres. Su sensibilidad cristiana le da instinto y criterios, los de Jesús; pero las soluciones prácticas dependen de su propia cabeza. Le mueve el Evangelio; pero obra con medios humanos.

4. Praxis

Irse a compartir una vida distinta a la propia, con los desfavorecidos, supone discernimiento y llamada. Comprometerse políticamente en la justicia social, también; pero no cabe separar la propia vida de la tarea pública, aunque las vocaciones personales sean diversas.

En toda circunstancia, cualquier creyente ha de estar animado por un corazón compasivo. Para ello no necesita más que ojos para ver el sufrimiento que le rodea y preocupación para la humanidad doliente. La televisión y la prensa nos ponen al día de los desamparados. No faltan organizaciones nacionales e internacionales. Habría que hacer un esfuerzo continuado, no puntual.

Domingo 11 del Tiempo Ordinario - e

2 Sam 12,7-13

Sal 31

Le 7,36-8,3

1. Situación y contemplación

El *Evangelio* de hoyes susceptible de diversos niveles de lectura. A la luz de la *primera lectura* (la acusación del profeta Natán al rey David por su adulterio), la clave de lectura sería el perdón de los pecados. Tema de fondo: del pecado reconocido y del perdón agradecido surge siempre la vida.

Pero no conviene separar esta dimensión religiosa de su contexto socio-religioso. Jesús contrapone la actitud de la pecadora a la del fariseo intachable, y desenmascara a éste, acusándole de dureza de corazón. El no es el profeta que ha venido a salvar a los justos, sino a los pecadores. Más, con Jesús el Reino establece una ruptura radical entre una religión de la Ley, que sirve para defenderse de Dios y condenar a los hombres (¿qué tiene que ver con el Dios salvador de la Biblia?), y la experiencia gozosa del Amor que redime porque no juzga, porque acoge y perdona.

El Evangelio termina, significativamente, aludiendo a las mujeres que acompañaban a Jesús y los Doce. Es un tema que resalta Lucas en su Evangelio. También en esto, Jesús fue revolucionario, sin pretender por ello hacerlo "feminista" antes de tiempo.

- Aceptó la compañía de mujeres, lo que era inconcebible para un rabino.

- Aceptó a la mujer como discípulo, otra novedad (cE. Lc 10,38-42).

- En aquella sociedad discriminatoria, donde la mujer estaba desamparada ante los tribunales, pues su testimonio no era válido (por ejemplo, en el caso de divorcio; Lc 16,18 y Mt 19,1-12), Jesús llamó a las mujeres a que fuesen los primeros testigos de su Resurrección (cL Lc 24).

Es un tema de moda, pero de enormes consecuencias. Allí donde la persona humana no alcanza un valor absoluto e incondicional, allí aparece el mensaje de Jesús, denunciando «el orden establecido» y anunciando un futuro nuevo de justicia y libertad.

Jesús lo hace con la pecadora de la manera más delicada, reivindicando su dignidad de persona por encima de la Ley y valorando cada uno de sus gestos de amor.

2. Reflexión

No quisiera caer en una fácil demagogia feminista. Pero ignorar este problema en la Iglesia y en la sociedad me parece grave.

Son siglos de cultura machista y discriminatoria, que las religiones mantuvieron. El principio paulina de que en Cristo ya no hay hombre ni mujer, libre ni esclavo (cL Gál 3,28), ha tardado siglos en ser aplicado. En la Iglesia católica el retraso es mucho mayor que en la sociedad, pese a los panegíricos idealistas de la mujer (típicamente reforzadores de la ideología del varón célibe).

La cuestión es social: acceso real a los órganos de decisión y nuevos modelos de intercomunicación.

La cuestión es cultural: los roles internalizados de lo masculino y femenino, incapacidad para liberarse de los condicionamientos de la tradición.

La cuestión es espiritual. En el inconsciente colectivo de hombres y mujeres quedan muchos mecanismos de rivalidad y defensa. El varón siente la amenaza de la mujer con sus artes y la mujer considera al varón como un bruto racionalista e instintivo. La sabiduría de Gén 3 comenzó ya a percibir las consecuencias del pecado en las relaciones de hombre y mujer.

Por eso, lo confieso, me parece insuficiente la reivindicación femenina de lo laboral y socio-cultural. Tengo la sensación de que se sigue inspirando en lo más negativo de la cultura machista, su autonomía reacciona!, es decir, su miedo a la entrega incondicional del amor.

Por supuesto, que la solución no es dejarle a la mujer en casa, dedicada a lo "femenino» (tareas domésticas e hijos), sino alcanzar la igualdad social a todos los niveles, pero descubriendo niveles más hondos, los no condicionados por los roles culturales: la dignidad de la persona humana y el misterio del dos-uno en el amor.

3. Praxis

Cuando la mujer acceda a la autonomía, pero no pierda su capacidad de vinculación afectiva, de ser en el otro...

Cuando el varón se libere de sus miedos inconscientes, y sepa, igualmente, «abandonarse» en el otro...

El trabajo estará enriquecido por la colaboración y la pareja será el milagro de la unión igual en la diferencia.

Es decir, que «lo cortés no quita lo valiente».

Observaciones para los domingos 12-18

1. Con el domingo 12, el Evangelio de Lucas nos pone delante la figura del discípulo y su proceso de identificación con Jesús y su misión.

- Comenzamos con la confesión de fe de Cesarea de Filipo y la llamada general al Seguimiento (domingo 12).

- Le siguen los tres relatos vocacionales, de acento radical, iluminados por el destino de Jesús en Jerusalén (domingo 13).

- Continúa el discurso de misión (domingo 14).

- Primera condición del verdadero discípulo: el amor desinteresado (domingo 15).

- Segunda: La escucha de la Palabra (domingo 16).

- Tercera: La oración confiada (domingo 17).

- Cuarta: La pobreza voluntaria (domingo 18).

2. El verdadero discípulo de Jesús (al que llamamos «un santo») se siente muy identificado con estos textos, pues expresan la dinámica radical de su propia experiencia. Se siente lejos respecto a su realización plena; pero sabe que ése es su camino.

El mediocre o tibio se asusta, pero no lo reconoce. Se defiende con racionalizaciones como éstas: «Eso es para unos pocos. No hay que tomar las cosas tan en serio».

El mediano se pone ansioso; lo desea y se siente culpable, a un tiempo. Se desanima fácilmente, a no ser que haya descubierto que «sin Jesús no puede hacer nada», y con El, todo.

3. A partir de Lc 9,51 comienzan 10 capítulos (hasta 18,15) llamados la «Fuente», materiales de «dichos» o pequeños discursos de Jesús, que Mateo y Lucas recogieron, al parecer, de las comunidades primitivas y que aplicaron a sus respectivos evangelios de modo distinto. Marcos parece ignorar esta «Fuente» de dichos de Jesús.

La preocupación de Lucas es instruir al creyente, a la luz de los recuerdos de Jesús, en el camino del discipulado:

- La sabiduría de la Cruz.

- En orden a la misión y en la vida cotidiana.

4. Las palabras de Jesús adquieren verdad de salvación e iluminan todas las formas de vida cristiana. Atañen al corazón y a la praxis.

Domingo 12 del Tiempo Ordinario - e

Zac 12,10-11

Sal 62

Le 9,18-24

1. Palabra

El *Evangelio* invita al discípulo a compartir la suerte del Maestro, a seguir sus huellas negándose a sí mismo, renunciando a sus expectativas y aceptando los caminos misteriosos del Padre, que «el Hijo del Hombre tiene que padecer mucho». Contrasta frontalmente con la confesión previa de fe en el mesianismo de Jesús.

Lucas añade al paralelo de Marcos este breve inciso: Cargue con su cruz *cada día*. Significativo de dónde sitúa Lucas el seguimiento de Jesús: en la vida diaria y en la sabiduría de vivir cada día lo que El nos da, sin proyectar el futuro, ni para esperar que Dios realice nuestros planes ni para acumular miedo ante un futuro de sufrimiento.

La *primera lectura* nos invita a adherirnos al Mesías, viendo en la cruz de Jesús no sólo el heroísmo de su entrega, sino el amor, y, por lo tanto, el motivo y la fuerza para seguirle.

2. Vida

La sabiduría del Seguimiento está en estos dos puntos:

- La mirada en El, el entregado por nosotros hasta la muerte.

Si miramos nuestras fuerzas y el miedo que sentimos, nunca podremos compartir con El el camino de la Cruz.

Si nuestra mirada se empapa de Su amor, poco a poco dejaremos de extrañarnos de este camino y nuestro amor de Jesús hará el resto.

- No pretender nada. Vivir al día.

El Señor sólo nos da fuerzas para cada día.

Controlar el futuro todavía es angustia y ansiedad.

Vivir al día es de pequeños, de los que confían siempre.

Así no tenemos que pensar en radicalidades especiales. La vida se encarga de llevarnos a la radicalidad del amor cada día.

Domingo 13 del Tiempo Ordinario - e

1 Re 19,16-21

Sal 15

Le 9,51-52

1. Palabra

Cuando se compara la decisión de Jesús, después de la Transfiguración, de asumir su camino de cruz con los vaivenes de los discípulos en los tres relatos vocacionales (se atreven al heroísmo y, al mismo tiempo, son incapaces de romper los lazos afectivos), se comprende la soledad de Jesús y la dificultad del discípulo de entender lo que significa seguirle:

- Es fácil la radicalidad, cuando uno la escoge. La radicalidad del Seguimiento está en no disponer de sí, en entrar en la obediencia de Jesús al Padre.

- Cuando El nos llama personalmente a seguirle, querríamos nadar y guardar la ropa, amarle y reservarse. La radicalidad no está en la renuncia a la familia, sino en que la persona de Jesús sea nuestro todo. Exige un amor de fe, que libera de las normas morales y religiosas que nos dan seguridad.

Por eso, no hay contradicción entre Jesús, que exige no despedirse de los suyos, y Elías, que se lo permite a Elíseo. Lo que cuenta no es la casuística de la radicalidad y de la perfección, sino de la dinámica de la pertenencia a Jesús y a la misión.

2. Vida

No son textos exclusivamente para curas o religiosos/as, aunque lo parezca. Cualquier cristiano auténtico sabe a Quién pertenece su corazón y su vida, aunque tenga un hogar propio y un pecho humano donde descansar. ¿Por qué tan pocos llegan a esta vinculación de amor y de fe con Jesús?

No hay respuesta. Cada uno de nosotros somos llamados a escuchar esta Palabra. La traducción práctica será distinta (en un casado y en un religioso/a); la dinámica, la misma.

La liturgia, sabiamente, nos ofrece como salmo responsorial para este domingo el *salmo* 15: «Tú eres mi Bien».

Ahí está dicho todo. Que esta semana resuene en tu corazón como un deseo y una adhesión. Y experimentarás que se cumplen las palabras del mismo salmo: «Hasta de noche me instruye internamente. Por eso se me alegra el corazón».

Domingo 14 del Tiempo Ordinario - e

Is 66,10-14

Sal 65

Le 10,1-J2

1. Palabra

El discípulo sigue a Jesús vinculándose a su persona y compartiendo su misión.

- La misión es elección y envío.

El discípulo no asume la tarea del Reino como una causa que le convence, sino en obediencia de fe.

- La misión configura incluso el estilo de vida, pues la existencia entera se hace signo del Reino que viene.

- La misión es Buena Noticia, anuncio de la Paz; pero puede transformarse en juicio. El Reino no es una filosofía de la vida, sino oferta de la Salvación, presencia del Amor Absoluto, y esto, indefectiblemente, provoca la apertura liberadora del hombre (la conversión) o lo contrario, la cerrazón y ceguera culpables.

- La misión produce la alegría propia del Reino, al constatar que la Palabra es poderosa respecto a los poderes que oprimen al hombre.

- Pero la alegría más honda es «tener escritos nuestros nombres en el Cielo». No nos entregamos a la misión para comprar la felicidad eterna. El sentido de las palabras de Jesús es otro: Nuestra alegría es saber que estamos en buenas manos. Tengamos éxito en la misión o fracaso, el Padre está con nosotros y sale garante de su reino, a corto o a largo plazo.

2. Vida

Mi misión se realiza en el cada día, cada vez que me encuentro con una persona y he de desafiar los poderes del mal, aunque sea algo tan sencillo como propiciar la libertad ofreciendo cultura o estando al lado de alguien que sufre.

Pero hay que reconocer que la alegría íntima del cristiano es proclamar explícitamente el Evangelio de Jesús. No necesita ser predicada en una iglesia. Le basta su familia y una conversación normal. Cuando, además, se compromete en la catequesis o con algún grupo cristiano, la Palabra le nace de la abundancia del corazón. «Lo que hemos recibido gratis, lo debemos dar gratis», se dice en el texto paralelo de Mt 10 (cf. ciclo A, pp. 116-117).

Domingo 15 del Tiempo Ordinario - e

Deut 30,10-14

Sal 18

Le 10,25-37

1. Situación y contemplación

La pregunta del letrado del *Evangelio* de hoy nos la hacemos muchas veces: «¿Qué tenemos que hacer para ser buenos cristianos, para que la vida merezca la pena?»

En ocasiones, especialmente, en que «nos falta algo». Objetivamente, parece que funcionamos bien. Subjetivamente, seguimos insatisfechos.

El santo nunca está satisfecho de sí mismo; pero no, pierde la paz.

El mediocre o tibio siempre está satisfecho; pero oculta su amargura interior.

El mediano es un insatisfecho, por definición. A veces, por perfeccionismo, pues necesita saberse bueno, ya que en ello se empeña. Otras, por lucidez interior. Por eso necesita no dispersarse en mil deberes y descubrir la sabiduría de lo esencial: el amor.

Lucas ha puesto la parábola del buen samaritano a continuación del discurso de misión para que el discípulo no se vaya por las ramas. *El Reino consiste* en la revelación del amor de Dios. La misión, en consecuencia, consiste en amar.

Se aplica a los que escogen una vida que les saca de sus lazos naturales para dedicarse al prójimo y a los que, en medio de la familia y de las condiciones normales de la sociedad, han de dedicarse, igualmente, al prójimo. En el amor no se distingue lo extraordinario y lo ordinario. Es el amor el que todo lo hace extraordinario.

y para mayor evidencia, Jesús pone como modelo a un samaritano, a un «fuera de Ley», a un hereje enemigo. Corresponde a la pregunta que se hacen muchos creyentes: ¿Es que un ateo puede entrar en el Reino?

La respuesta de Jesús es más rotunda: «Un ateo puede realizar el *Reino* y ser verdadero discípulo mío». Aunque no lo sepa. Basta que ame.

Este precepto del amor, nos *dice* la *primera lectura*, está plantado en el corazón del hombre. En el mensaje de Jesús, el Reino atañe siempre a lo auténticamente humano y a lo nunca realizado definitivamente, que también es el Amor. ¡Tan humano y tan divino!

2. Reflexión

¿Se trata de cualquier amor? No, ciertamente, porque el amor del samaritano es el amor desinteresado. Y constatemos que Jesús no habla del «amor sobrenatural», en que, según ciertas formulaciones tradicionales, no se ama al prójimo por sí mismo, sino «por Dios». Este añadido espiritual es del todo ajeno a Jesús y al Nuevo Testamento. ¿Es que en el Juicio (cL Mt 25) se cualifica el amor por la intencionalidad? Al revés, el reino es dado a los que amaron sin conocer a Jesús en el prójimo.

A veces los cristianos somos tan retorcidos que hacemos del amor desinteresado una norma moral a cumplir. Y buscamos personas y acciones en que el prójimo demuestre nuestro desinterés.

Precisamente, lo primero que Jesús enseña al letrado es que no se trata de saber el precepto. Cuando el hombre se pregunta cuál es el primer precepto, busca objetivar y, así, controlar, mediante la Ley, el Reino. Jesús le dice: vive y ama, y realizarás el precepto.

Nadie como Pablo ha descrito este amor (leer 1 COI 13).

3. Praxis

Creo que no tenemos que estar inventando el amor desinteresado. Hay que realizarlo. Ciertamente, Jesús pone ejemplos que lo evidencian (cuando el enemigo ama o nosotros amamos al enemigo, Lc 6; el padre que acoge al hijo pródigo, Lc 15). Pero el amor no se divide en campos. El se realiza siempre, en las situaciones-límite y en el roce de cada día. Con el hijo de la vecina y con el propio.

El amor desinteresado es, simplemente, el que «desde dentro» ha llegado a serlo. Por eso, es tontería empeñarse en alcanzarlo por un golpe de voluntad o añadiendo intenciones mentales sobrenaturales. Si se ama, y se es fiel al propio corazón que ama, en lo agradable y en lo desagradable, cuando nace espontáneamente o cuando cuesta, el amor crece y llega a ser, por fin, desinteresado, plenitud de sí mismo.

Ciertamente, es don del Señor, y hay que pedirlo constantemente. Pero el Señor lo da, realizándolo dentro de nosotros, liberándonos de nuestras estrecheces.

Así que no preguntemos más *Amemos de verdad y con obras*, que dice 1 Jn 3. Hoy mismo, aquí y ahora.

Domingo 16 del Tiempo Ordinario - e

Gén 18,1-10

Sal 14

Le 10,38-42

1. Situación y contemplación

«La mejor parte») del discípulo, nos dice el *Evangelio* de hoy, es estar, como María, a los pies de Jesús.

Esto no se contradice con el mensaje del amor desinteresado y activo o la misión de los domingos anteriores. Somos nosotros los que hacemos contraposiciones falsas. O bien porque creemos que Jesús está poniendo la vida contemplativa (María) sobre la vida activa (Marta), o bien porque creemos que Marta tiene razón (¿no es María, al fin, una egoísta?) y no terminamos de entender por qué Jesús le atribuye la mejor parte.

Sin embargo, en cuanto dejan de contraponerse tareas o formas de vida y se capta el núcleo de la cuestión, el mensaje de Jesús es profundamente unitario.

La cuestión no es ser activo contemplativo, sino en no vivir ansiosos. Marta está en mil cosas, porque quiere abarcarlo todo, y necesita justificarse, y su corazón no sabe dedicarse a lo importante, al amor. María va al corazón de todo; está unificada en lo único necesario. Si hiciese lo mismo que Marta, ¡lo haría de modo tan distinto!

La cuestión es no dominar la existencia (Marta), sino vivir en obediencia, en escucha, disponible. «No sólo de pan vive el hombre, sino de la palabra que sale de la boca de Dios»), fue la respuesta de Jesús a la tentación (d. Lc 4). El pan es necesario; pero el discípulo vive de la Palabra. Vive liberado de la angustia de la finitud, en la confianza, aunque tenga mil obligaciones.

Marta sólo ve lo inmediato. María ve más lejos, como Abrahán, esperando tranquilamente la hora de la Revelación (*primera lectura*).

A María se le ha dado descubrir que con Jesús lo tiene todo. ¿Para qué quiere la vida si no es para ponerla a los pies de su Amado? Lo suyo es amar. Si Jesús le dijese que ayudase a su hermana, no dudaría un instante en dejarle a El por El. Pero la presencia de Jesús en la tarea y su amor de Jesús lo llenaría todo.

y nadie podría quitarle el gozo de estar con El, sin más, en la dulce paz del encuentro, sin otro quehacer que contemplarlo.

3. Reflexión

¿Por qué se le dedica a Dios tan poco tiempo, es decir, por qué no se le ama por sí mismo, en la intimidad?

Ya sé que Dios siempre puede y debe ser amado (primer mandamiento) de manera inmediata y total, pues no es Alguien aparte, que necesite un espacio y un tiempo distintos. Más, el Dios de la Biblia se revela en la historia y mediaciones humanas.

De hecho, cuando el amor se unifica, no distingue contemplación y acción, amor de Dios y del prójimo.

Pero, en la práctica, somos nosotros los que no sabemos amar a Dios por sí mismo en todas las cosas. Y no buscamos tiempos para estar con El. La consecuencia es que Dios termina siendo el sentido último de nuestra vida a modo de referencia trascendente o símbolo ideal de nuestras luchas y esperanzas; pero no Alguien que quiere, apasionadamente, vivir en comunión de amor con cada uno de nosotros.

No terminamos de creernos que Dios nos ama y se revela en la Historia porque quiere estar con nosotros. Que la Salvación consiste, en última instancia, en su amor que lo transforma todo dándose a Sí mismo y creando un corazón nuevo, capaz de amar como El nos ama.

Desde esta perspectiva, entenderíamos perfectamente por qué la oración, en cuanto mediación práctica, no es algo absoluto (absoluto es sólo el Amor); pero cómo es la mediación necesaria:

- para enterarnos del amor de Dios en Cristo (la Palabra);
- para dejarnos amar;
- para aprender a amar a Su estilo.

4. Praxis

Dos conclusiones prácticas:

Primera. Sabiduría de lo esencial: que no te importe la oración, ni la acción, sino Dios mismo y su voluntad.

Segunda. Dedicarle tiempo a Dios: en la comunidad cristiana (liturgia) y personalmente.

¿Necesitas revisar la organización de tu tiempo en este punto?

Domingo 17 del Tiempo Ordinario - e

Gén 18,20-32

Sal 137

Lc 11,1-13

1. Palabra

El discípulo de Jesús ora por muchas razones:

- porque el Reino es, siempre, iniciativa de Dios;
- porque su vida se fundamenta en la voluntad del Padre;
- porque comunicarse con Dios es un don, no un deber.

La dificultad de la oración está en el corazón. Las catequesis de Jesús sobre la oración manifiestan su lucidez respecto a la relación del hombre con Dios. ¿Por qué le cuesta tanto a éste confiar en Dios?

¿Retrata Jesús en ello su época, dominada por el legalismo moralista y el miedo a Dios, o es problema permanente?

En mi opinión, también hoy, aunque se enseñe una imagen más positiva y gratificante de Dios, cuesta confiar en El. Precisamente, porque lo gratificante no enseña confianza.

La confianza en Dios presupone una historia de relación, en que, como en toda relación adulta, la confianza se hace a través del conflicto (pecado, amenaza de pérdida, libertad del Otro). Cuando el conOicto nos hace experimentar la incondicionalidad del Otro es cuando la confianza se constituye en base de la relación y, en adelante, se camina juntos, siendo cada uno él mismo y estando siempre unidos.

2. Vida

¿Ha de ser el cristiano un orante?

Sí, al estilo de Jesús, que se retiraba a orar.

No, necesariamente, al estilo de ciertas escuelas de espiritualidad, que valoran la vida cristiana por el tiempo dedicado a la oración y los grados de oración.

Estas páginas suponen un cristiano orante en doble sentido:

- En cuanto no confunde la relación con Dios con el tiempo de oración. Lo esencial es la fe, la esperanza y el amor, y esto no depende de tiempo ni lugares, sino de apertura del corazón a Dios y al prójimo.

- En cuanto sabe encontrar en su vida ordinaria tiempos de oración: para escuchar su Palabra, hacer suyos los intereses de Dios y estar con El, sin más.

Al principio, la oración se vive como deber. Más tarde, como un don, aunque cueste.

Domingo 18 del Tiempo Ordinario - e

Qoh (Eclesiastés) 2,21-23

Sal 89

Le 12,13-21

1. Palabra

El *discípulo* es un pobre *voluntario*:

- porque ha descubierto la libertad respecto a los bienes materiales;

- porque ha descubierto su riqueza «en otro sitio}}, en Dios y en su Reino.

Para ello, el camino normal no es la renuncia de una vez por todas para iniciar un estilo pobre de vida (como el joven rico, cL ciclo B, pp. 248-249), sino la responsabilidad en el trabajo y en la adquisición de bienes. Esta es la imagen que nos presenta hoy tanto el Evangelio como la primera lectura. El hombre normal que se afana y quiere asegurarse la existencia mediante los bienes materiales, es un necio, dice la Palabra de Dios.

El discípulo de Jesús es sabio, a través del camino normal de la inmensa mayoría de los humanos, en su lucha por la supervivencia, descubre en qué consiste la verdadera riqueza.

El punto crucial está en la ilusión de seguridad que produce el tener. Se es rico, porque se tiene miedo al futuro. Acumulamos para nosotros mismos, porque sentimos a los otros como amenaza y el compartir nos hace percibir la propia insuficiencia.

El espíritu del Reino es lo contrario: abandonar el futuro en manos de Dios (cf. Mt 6, ciclo A, pp. 54-55) Y compartir lo que se tiene, especialmente con los que tienen menos.

2. Vida

Lo importante es entrar en la libertad de empobrecerse. No hagamos casuística, de nuevo, que no es lo mismo para el joven que se va al Tercer Mundo que para el padre de familia con cinco hijos.

No basta la libertad llamada del desprendimiento interior, si no se traduce en compartir efectivo.

Pero el punto neurálgico es el desprendimiento voluntario, el que nace del corazón, por libertad interior.

Sin esta dimensión económica, la vida del discípulo no adquiriría realismo. Tampoco en esto Jesús se deja llevar del angelismo, tratando al hombre sólo en sus actitudes espirituales.

Cuando ataca al bolsillo, el Evangelio manifiesta su sabiduría cruda y desnuda.

Observaciones para los domingos 19-31

1. Los domingos que siguen, hasta el 31, están seleccionados de la misma sección de Lucas (la «Fuente», cf. p. 310). La idea rectora es la misma: ¿Cómo ser un verdadero discípulo de Jesús? Los domingos anteriores, 12 al 18, nos han ofrecido los rasgos esenciales. Estos los *completan*.

Se notan en ellos los acentos preferenciales de Lucas.

2. Según vamos avanzando en el Tiempo Ordinario, es probable que el radicalismo de Jesús, por más que se refiera a la vida cotidiana, nos produzca miedo y un no saber qué aplicación darle.

3. Respecto al radicalismo, lo más sencillo sería remitirme al libro mío *Ni santo ni mediocre* (Ed. Verbo Divino), pues creo que muchos cristianos nos movemos en esa tensión, entre deseos ideales y posibilidades reales, impuestas por las circunstancias externas o por las limitaciones personales, en primer lugar, la falta de amor generoso. Y ya no estamos en el edad en que creíamos que ser santos era cuestión de empeño.

Con todo, cabe dar algunas pistas esenciales de discernimiento:

- ¿Cómo te planteas tu vida, como ideal o como proceso?

- Proceso no significa cálculo y reserva, sino respeto a la obra real de Dios aquí y ahora. No confundir la disponibilidad con la ilusión del deseo.

- ¿En qué traduces tus deseos radicales, en hacer cosas especiales, distintas, o en tu vida cotidiana?

No me digas que no puedes poner más fe, esperanza y amor en lo que haces.

- ¿Tienes miedo a las exigencias de Dios?

¿Es que todavía desconfías de Su amor? Cuando te pida algo, no lo dudes, te dará la fuerza que necesitas.

- ¿No te has enterado de que el seguimiento de Jesús no es para los que creen poder seguirle, sino para los pequeños que no pueden, y ponen su mirada en El, y confían, y se entregan, y, cuando fallan, siguen confiando y pidiendo?

4. Respecto a cómo aplicar los textos evangélicos a tu vida, ya es hora de que no busques recetas en el Evangelio.

Atrévete a discurrir ya dar pasos. ¿Que quizá fallas por precipitarte en el proceso o, al contrario, por ser comodón? Nadie camina sin equivocarse.

Domingo 19 del Tiempo Ordinario - e

Sab 18,6-9
Sal 32
Le 12,32-48

1. Palabra

- La primera lectura habla de la Providencia de Dios guiando a su Pueblo en las circunstancias difíciles de su historia. En el libro de la *Sabiduría* hay páginas preciosas sobre este tema, tan entrañable a un corazón creyente. Ocurra lo que ocurra, sabe que está en buenas manos.

- Pero nadie como Jesús ha hablado de la Providencia de Dios (*Evangelio*).

El tono de Jesús es de ternura. Si habla del Padre, se le nota la inmediatez y el calor de su intimidad con Dios. Si les habla a los discípulos de la confianza que deben tener en Dios, les transmite su propia experiencia de hombre indefenso ante los poderes del mal y seguro, a pesar de todo, en cuanto abandonado en el Padre.

No nace de aquí una actitud de despreocupación, sino de vigilancia y responsabilidad. El que confía no se reserva.

2. Vida

Esta confianza en la Providencia ha protegido siempre el corazón de los creyentes del peligro del desánimo y de la crispación ante la existencia. Les ha ayudado a vivir el momento presente, poniendo en ello todo su empeño, pero liberados de la ansiedad perfeccionista de la responsabilidad.

En ciertos círculos cristianos no es bien visto este sentido providencialista de la vida. Con frecuencia ha sido utilizado para no asumir las circunstancias de la propia libertad. Pero perderlo es más grave, porque condena a la libertad a tener la última palabra, y no hay fuente de angustia como la responsabilidad cerrada sobre sí misma, abandonada a la soledad de su finitud.

Jesús nos enseña a vivir prácticamente esta Providencia:

- Actitud básica: abandono en Dios.

- Servicio vigilante y activo, seriedad con la vida que el Señor nos ha encomendado, pues no es nuestra.

- Certeza de que, a través de nuestro servicio fiel y responsable, Dios va haciendo su reino.

- y un día (maravillosa, sorprendente imagen de Jesús) Dios mismo, el Señor, nos servirá en el Cielo.

¿No merece la pena una vida así?

Domingo 20 del Tiempo Ordinario - e

Jer 38,4-10

Sal 39

Le 12,49-53

1. Situación

La vida suele obligar a opciones de conciencia. Por ejemplo:

- Cuando te ofrecen un puesto de trabajo, en que tienes que venderte al juego sucio del empresario.

- Cuando tienes ocasión de echar una canita al aire y pegarte una juerga sexual, sin que tu mujer/marido se entere.

- Cuando has de elegir carrera, y la elección depende de los criterios que uses para valorar una carrera u otra.

- Cuando te han hecho una faena, y decides cerrarte al prójimo o no.

- Cuando te sientes llamado/a a entregarte a la vida religiosa y has de optar ante la negativa de los tuyos.

La vida misma es una opción de conciencia, aunque solemos vivirla como un problema de supervivencia o de cumplimiento de algunas normas, sociales o religiosas. Por ejemplo:

- Decido vivir en verdad o manejando la realidad en función de los propios intereses. Con frecuencia, no hay un momento especial para esta decisión; se va haciendo.

- Decido personalizar la fe o mantengo la fe sociológica, porque me resulta más cómoda.

- Decido vivir abierto al riesgo o decido estar en orden, de modo que nada ni nadie me descontrole.

- Decido estar abierto a la iniciativa de Dios o me las arreglo para sentirme bueno y que Dios no tenga nada que decirme.

2. Contemplación

Dejemos que la experiencia del profeta Jeremías (*primera lectura*) y las palabras de Jesús (*Evangelio*) provoquen los fondos últimos de nuestra conciencia.

Siempre buscamos explicación a las exigencias «inhumanas» de Jesús. Por no optar, porque no queremos ver que la fe en Jesús sólo tiene sentido cuando totaliza la existencia, si es el Absoluto.

No confundamos el Amor con lo gratificante poseído. El amor de Jesús es fuego devorador.

3. Reflexión

Hay muchas instancias que obligan a decisiones de conciencia. Pero la que coge a la persona entera, reorienta su vida, le obliga a las renunciaciones más radicales y le ofrece una nueva vida, es el Amor.

Ocurre con el amor humano: «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán uno» (Gén 2,23).

Ocurre con el amor del Dios de la Alianza (cf. Os 1-3).

Ocurre con Jesús (*Evangelio* de hoy).

¿Por qué tan pocos cristianos, al parecer, llegan a esta experiencia, ni siquiera entre célibes que optaron por la exclusividad de Jesús y el Reino? No encuentro otra respuesta que otra pregunta: ¿Por qué tan pocas personas hacen del amor la totalización de su existencia, ni siquiera entre casados?

Hay que tener en cuenta algunos factores:

- El egocentrismo radical, que nos hace incapaces de salir de nosotros mismos.

- El miedo a perder el yo.

- Hace falta alguna experiencia que nos haya despertado al absoluto de la vida en relación con una persona.

- Centrar la fe en la persona (de Dios o de Jesús, el Señor) más que en sus ideas y proyectos.

- No confundir el amor vinculante con la proyección idealista del deseo.

- Estar fundamentado en el amor incondicional de Dios, no en el propio esfuerzo ni deseo.

4. Praxis

La opción por Jesús y el Reino suele tener dos formas:

Primera: La opción como orientación global de la vida. Es un proceso que exige la sabiduría de la renuncia a lo que nos impide amar a Jesús por encima de todo y la integración de las necesidades humanas y el crecimiento positivo de la personalidad. Centración progresiva.

Segunda: La opción como salto. Salir de sí porque «estoy salido», porque Alguien me seduce y es más fuente que yo.

Ambas formas se compenetran.

¿Qué sensación tienes ante estas reflexiones? ¿Miedo paralizador? ¿Miedo realista y confiado? ¿Deseo iluso, que se dispara a la ensoñación? ¿Agradecimiento gozoso y reconocimiento de lo que todavía te falta?

Domingo 21 del Tiempo Ordinario - e

Is 66,18-21

Sal 116

Le 13,22-30

1. Palabra

A los humanos nos encanta la suerte futura: «¿Serán pocos los que se salven?» Algunos cristianos, más conservadores, mantienen la vieja idea de que es difícil salvarse, que las almas llueven sobre el infierno (es famosa esa imagen heredera de una visión de santa Teresa). Otros, más «progres», dicen que ninguno se condenará, que Dios, siendo Padre, no puede castigar a sus hijos, por mal que se hayan portado, como si el infierno lo crease Dios y no el hombre. La respuesta de Jesús es característica de su estilo: No se trata de saber, sino de optar y dejar en manos de Dios nuestro futuro.

De todos modos, el contexto en que los discípulos y Jesús hablan de la Salvación no se refiere a la salvación-condenación eternas (si bien es aplicable), sino a la experiencia anticipada del Reino, inaugurado con la actividad del Mesías Jesús y la misión del discípulo. También esta cuestión inquieta hoy a muchos creyentes: ¿A cuántos llega, efectivamente, el Reino?

La verdad es que no llega a todos los que han recibido el bautismo y asisten a la Eucaristía y practican fielmente los mandamientos de Dios y de la Iglesia. El *Evangelio* nos da una pista de por qué no llega a éstos: porque se creen con derecho.

Por eso llega a los sin-derecho, por gracia del Señor. Y así lo celebra el profeta posterior al destierro (*primera lectura*), en un momento en que Israel está teniendo la tentación de cerrarse sobre sí mismo.

2. Vida

La Palabra puede aplicarse a la vida personal y eclesial. Anchura de corazón, sería lo esencial. Espíritu ecuménico, en nuestra forma de abordar el diálogo con los no-cristianos. ¿Por qué sentimos amenazada nuestra identidad cuando nos ponemos a escuchar a «los otros»?

No es honesto un «diálogo diplomático», en que escuchamos «para atraer». Dios es más grande que la Iglesia, incluso que la revelación histórica dada en Jesús. Si nuestra identidad naciese de la verdad de nuestra fe en Jesús, sabríamos que es la Palabra eterna del Padre para todos los hombres; pero no necesitaríamos identificar el señorío de Jesús con el triunfo de la Iglesia, y pensaríamos, incluso, que las religiones no cristianas tienen una misión de Salvación en el conjunto del Plan salvador de Dios.

Domingo 22 del Tiempo Ordinario - e

Ezeo 3,19-31

Sal 67

Le 14,7-14

1. Palabra

Tanto la *primera lectura* como el *Evangelio* nacen de la observación aguda de las relaciones sociales. Necesidad de prestigio, de los primeros puestos. Hay una parte de ironía en la enseñanza de Jesús. ¡Qué ridículo es el hombre confundiendo su verdad con la consideración social!

La sabiduría religiosa ha contrapuesto a este afán de prestigio la humildad. Virtud esencial, cuando nace de verdad. Muy cerca de lo peor del hombre cuando se utiliza como arma de prestigio y poder (recordemos al hipócrita virtuoso, el Tartufo de Moliere).

La sabiduría de Jesús no permite trampear. **El** hipócrita busca codearse con los primeros y, tarde o temprano, manifiesta sus intereses ocultos. Cuando das cabida normal en tu vida a los pobres, lisiados, cojos y viejos, no podrás sacar nada de ellos, y menos prestigio social.

2. Vida

La humildad cristiana es minoridad, es decir, prefiere el último puesto y compartirlo voluntariamente con los que la sociedad humilla. Humildad sin humillación termina por ser autocomplacencia.

La humillación viene de distintos lados:

- La incomprensión, cuando te dedicas a la gente marginal y dicen que te encanta ser el centro.
- La zona de tu personalidad que te muestra a los demás en lo que eres, como todos.
- Cuando te encuentras con la verdad de Dios y descubres que eres un miserable y un ingrato.
- Cuando fracasas en tu trabajo y los demás se alegran.
- Cuando luchas, año tras año, contra tu piedra de tropiezo (oculta, quizá, en lo recóndito de tu conciencia: masturbación, necesidad de imagen, amor propio refinado...) y no avanzas.

La humildad cristiana no es falta de autoestima. Consiste, más bien, en descubrir que la mejor autoestima consiste en aceptar con paz las propias limitaciones y ajenas.

Los auténticos pobres del Reino ni siquiera se plantean el ser humildes. Somos los orgullosos y ambiciosos los que hemos de aprender la humildad mediante la humillación.

Domingo 23 del Tiempo Ordinario - e

Sab 9,13-19

Sal 89

Le 14,25-33

1. Palabra

En continuidad con la temática de estos domingos, Jesús nos propone ser sabios en las cosas del Reino.

- Primero, darnos cuenta del tiempo de gracia que nos ha tocado vivir. No se puede pasar al lado, como si a nuestra historia no hubiese llegado Dios en persona y no nos invitase a seguir a Jesús y participar en su misión.

- Segundo, que es el momento de optar (cf. pp. 322-323).

- Tercero, que optar no es cuestión voluntarista, sino de sabiduría, es decir, de la obra (construir la torre, librar la batalla, son imágenes de Jesús) de Dios en nosotros.

Pero, al final, la sabiduría consiste en centrar la vida, incondicionalmente, en Dios y su voluntad. Esto es lo que da a la persona consistencia y acierto en el misterio de la existencia.

Otros caminos (como el afán de acumular bienes o la ansiedad del saber o cuidar obsesivamente la salud o el ser siempre los primeros) no son más que «razonamientos inútiles», inquietudes vanas, que sólo sirven para esclavizar a la persona («lastre del alma», dice la primera lectura).

2. Vida

De vez en cuando hay que pararse y preguntarse con total honestidad: ¿Estoy siendo sabio en la vida o me pierdo en «tontearías», construyendo sobre arena?

- Cuando me importa más el saber que el amor.

- Cuando me evado con mil entretenimientos en vez de dedicarme a lo esencial, Dios y el prójimo.

- Cuando creo ser sabio porque hago muchas cosas «buenas», pero buscando, en definitiva, estar contento conmigo mismo.

- Cuando estoy aturdido por mis éxitos y pierdo el sentido de la fragilidad de todo y de mi pobreza.

- Cuando conquisto una virtud y me considero por encima de los demás.

La sabiduría es don de Dios, y se revela en una especie de instinto por lo esencial: *el amor de Jesús y desconfiar de sí mismo*.

Pero llegar a simplificar así el camino del Reino para ser verdadero discípulo de Jesús, necesita tiempo, mucho tiempo, normalmente. Este sentido del tiempo (esperanza humilde y tenaz) es parte esencial de esa misma sabiduría y simplificación. La prisa termina bloqueando la obra de Dios.

Domingo 24 del Tiempo Ordinario - e

Ex 32,7-14

Sal 50

Le 15,1-32

1. Palabra

La *primera lectura* nos presenta al Señor justamente airado, pero indefenso ante la confianza de Moisés. Es esta fe en la misericordia de Dios, en la gratuidad de su amor, la que deja a Dios sin razones y la que posibilita caminar con Dios, contando de antemano con nuestro pecado.

Las parábolas del *Evangelio* de hoy nos muestra algo inaudito: cómo el corazón de Dios se alegra perdonando, busca al pecador, antes de que éste se arrepienta, devue!ve bien por mal. El amor de Dios es el que justifica.

Sólo Jesús, al hablarnos del Padre y muriendo por nuestros pecados, ha dejado al descubierto el corazón de Dios en su desbordamiento incomprensible de Gracia.

2. Vida

De este tema, hemos hablado repetidamente (d. ciclo A, pp. 68-71 Y ciclo e, pp. 286-287). Tan nuclear, que ahí estriba la *experiencia fundante* (cf. p. 74). Añadamos aquí algunos matices prácticos aplicados a la misión:

- ¿Tenemos el valor de hablar como Jesús y Pablo de la gratuidad del amor de Dios o nos parece que eso es para algunos «espirituales», que la gente necesita ley, orden y un cierto miedo sano, no exagerado, de Dios?

- ¿Inspira nuestras opciones pastorales, por ejemplo, a la hora de buscar a los alejados?

- En nuestras relaciones interpersonales, ¿todo lo medimos por la razón y la justicia? Sin gratuidad, no se crea confianza y, sin confianza, el amor es sólo un contrato.

- A la hora del juicio moral (comportamiento de los familiares, amigos, conocidos), ¿se transparenta este otro sentido de la persona, que nace de la misericordia, más allá de! bien y del mal?

La experiencia de la gratuidad es lo que posibilita que la vida sea una fiesta. No por ignorancia ilusa de! mal y de la responsabilidad, sino porque todo termina en acción de gracias. Así lo vivió el hijo pródigo y tal fue la desgracia de! «hijo perfecto».

¿Qué es la Eucaristía de cada domingo, sino la fiesta de la gratuidad, de la victoria del Amor, en un mundo de angustia, de odio y de muerte?

Estrenamos fiesta cada vez que entregamos el mundo, tal como es, al Corazón Salvador de Dios.

Domingo 25 del Tiempo Ordinario - e

Am 8,4-7
Sal 112
Le 16,1-13

1. Palabra

La gratuidad es la fuente del corazón. Pero la justicia es la verdad del amor. Lo cual se traduce, prácticamente, en la opción cristiana ante el dinero y en la solidaridad económica con los necesitados.

Amós (*primera lectura*) es tajante. Dios reivindica el derecho de sus pobres. La fidelidad al Señor es inseparable de la justicia social.

El *salmo responsorial* celebra, en oración, al Dios de Israel, cuyo rasgo esencial es la misericordia.

Jesús emplaza al discípulo ante una de las decisiones claves en el Reino: o Dios o el dinero (*Evangelio*).

2. Vida

¿Es que Jesús propugna el pauperismo como modelo práctico de su movimiento? A primera vista, así parece, porque no tiene ninguna consideración con los bienes materiales, diciendo que no merecen la pena y que lo mejor que puede hacerse es repartirlos. ¿Por qué tabuiza el dinero, oponiéndolo radicalmente a Dios? ¿Es un fundamentalista, acaso?

No. Jesús no está haciendo un discurso de principios, sino un discernimiento práctico. ¿Y quién puede negar que tiene razón?

- ¿Quién pone más seguridad en Dios que en el dinero?

- ¿Quién puede negar que, mientras haya pobres, la riqueza es injusta, porque se hace quitando a unos para que otros tengan más? Y pobres, por desgracia, habrá siempre, porque la codicia está en el corazón del hombre.

- ¿Quién puede decir que prefiere remediar la necesidad ajena a guardar dinero en el banco?

Cómo ha de realizarse la justicia social, Jesús nos lo deja a nuestra razón práctica y a nuestra sensibilidad ética. Pero está claro que la opción por Dios, riqueza y libertad del hombre, no puede aplazarse. Lo cual, indefectiblemente, cambia la jerarquía de valores e introduce una dinámica efectiva de desprendimiento y solidaridad.

No necesÜamos pensar globalmente para que esta opción sea práctica. Te basta pensar en tu ámbito familiar y laboral.

Domingo 26 del Tiempo Ordinario - e

Am 6,1-7

Sal 145

Le 16,19-31

1. Palabra

Continuamos con el tema de la riqueza-pobreza, con Amós y Jesús.

No tengamos miedo a escuchar la voz justiciera del profeta, pues en ella resuena la voz de Dios, afirmando la dignidad humana de los pobres y el cinismo de los ricos (*primera lectura*). En esta voz, escuchamos también la voz de tantos otros, hombres religiosos y líderes sociales, que siguen rebelándose contra la opresión de los ricos y poderosos.

Sin este juicio de Dios, la fe se presta a ser una cortina de humo para ocultar la realidad del hombre y de la violencia.

La voz de Jesús no es menos terrible. Al contraponer la situación del rico «epulón» y la del pobre Lázaro, independientemente de su conducta moral, parece que la pobreza salva automáticamente y que la riqueza condena.

¡Y es así! En este mundo, no es nada evidente que el Reino gane la partida a la violencia de los poderosos y que traiga la distribución equitativa de los bienes. Esta pasa por la conversión, es decir, por el cambio en la jerarquía de valores y en la conducta.

Pero en el otro mundo (y Jesús habla del juicio último de Dios) el Reino traerá la victoria definitiva del bien sobre el mal, de la justicia sobre la injusticia. Y entonces, veremos la maravilla de que, efectivamente, los últimos serán los primeros. Para la mayoría de los pobres, la Salvación será obra exclusiva de Dios. ¡El Reino será para los locos, que conocerán la plenitud de vida en la libertad! ¡Para los tan pobres, que ni siquiera pueden plantearse sus derechos!

¿Es que Jesús no aplaza demasiado la justicia?

2. Vida

Al contrario, la quiere ya, y por eso la formula; pero no podrá realizarse si el rico no se convierte. Y no se convertirá hasta que no se dé cuenta de que Dios es el Señor de los pobres y que habrá un juicio último, más allá de esta vida, para salvación y condenación eternas.

Los ricos somos nosotros (aunque no tengamos grandes fortunas), los privilegiados del bienestar y la cultura, los sanos física y síquicamente, los que tenemos amigos y amigas, y, además, un futuro... ¿Qué hacemos con los pobres y desamparados, con los que no han tenido suerte en la vida?

Domingo 27 del Tiempo Ordinario - e

Hab 1,2-3; 2,2-4

Sal 94

Le 17,5-10

1. Palabra

Tema de este domingo, la fe.

La *lectura de Hahacuc* supone la experiencia del creyente (o de Israel), en que la situación parece sin salida, desproporcionada a las fuerzas humanas, y a la persona sólo le queda la fe. La expresión «el justo vivirá de la fe» ha adquirido fortuna en el Nuevo Testamento (cL Rom 1, que la coge como tema central de la carta). De hecho, refleja lo que, al final de la Revelación, con Jesús y el don del Espíritu Santo, va a constituir la dinámica propia del Reino. El hombre accede a vivir *teologalnzente*.

Hasta entonces vive la fe en función de algo (la tierra, la paz, la justicia...). Ahora descubre que la vida no consiste en conseguir, sino en creer. No es un creer sin referencia, pues se trata de vivir de la fe en Dios; pero, cabalmente, porque es fe en Dios, el objeto de la fe es la vida en Dios, y ésta no es objetivable. Da lo mismo decir que el objeto de la fe es Dios o decir que la vida de Dios consiste en creer (naturalmente, se trata de la fe viva, que nace del amor revelado en Jesús y creído y que culmina con el amor de fe).

En el *Evangelio*, la temática se retoma:

- El discípulo comprende que todo consiste en la fe.

- Jesús insiste en que esta fe es el milagro de los milagros, omnipotente como la fuerza de Dios que moldea la naturaleza. Fe que se atreve con lo imposible, como fue exigida a Abrahán y pide Jesús al discípulo (cf. Mc 10,23-27).

- Por esta fe, el discípulo trabaja por el Reino con todas sus fuerzas, pero no controla el fruto de su trabajo. Aunque lo perciba, sabe que no es suyo.

- y por la misma fe, no reivindica nada para sí, y menos el agradecimiento de Dios. Servir al Señor es un don.

2. Vida

El camino regio para que la fe llegue a hacerse fuente de vida es la pobreza de espíritu. Recibirlo todo como don, especialmente la misión que el Señor nos ha encomendado: «Somos unos pobres siervos».

Estamos lejos, sin duda, de este amor tan puro. Pero no es el momento para pensar en lo que nos falta, sino para agradecer con toda el alma el haber entrado al servicio del Señor.

Domingo 28 del Tiempo Ordinario - e

2 Re 5,14-17

Sal 97

Le 17,11-19

1. Palabra

Cuando la comunidad cristiana recordaba algún encuentro de Jesús con algún pagano o samaritano, lo subrayaba, pues anticipaba la apertura posterior del Evangelio a los infieles. Estas escenas suelen caracterizarse por la misericordia. La reacción del pagano favorecido por el Señor suele ser de agradecimiento. Por ello, suelen concluir, también, con el elogio de Jesús. La escena del *Evangelio* de hoyes especialmente significativa porque el único leproso que volvió a agradecer a Jesús su curación fue un samaritano.

La misma actitud tiene Naamán, el sirio (*primera lectura*).

Recordemos que, en su primera manifestación pública (cf. pp. 272-274), Jesús alude a Naamán y contrapone la cerrazón de Israel a la fe de los paganos. ¿Dónde está la diferencia? En que Israel se cree con derechos para con Dios y los paganos reciben el Evangelio como gracia.

2. Vida

¡Qué importante es ser agradecidos!

- Dicen que es de corazones nobles.

- Es el sentimiento clásico de la persona que tiene paz interior.

- En el agradecimiento se nota si la persona es autosuficiente o está reconciliada con su finitud.

- Agradece siempre el pobre de espíritu, porque le parece un don inimaginable conocer el amor de Dios.

- y el pecador, liberado de la necesidad de autojustificación.

- y el creyente que va identificándose cada vez más con Jesús, pues su vida consiste en ser hijo y en recibirlo todo del Padre, como un niño.

- Una fiesta de agradecimiento es la Eucaristía.

¿Por qué no somos agradecidos?

Porque nos consideramos importantes.

Porque creernos no necesitar de los demás.

Porque nos defendemos del ser amados.

Porque tratamos a Dios como a un amo temible.

El fruto del desagrado es la amargura.

Quizá ningún sentimiento sea tan primordial para que nuestro corazón concuerde con el corazón de Dios.

Domingo 29 del Tiempo Ordinario - e

Ex 17,8-13

Sal 120

Le 18,1-8

1. Palabra

La parábola de la viuda insistente es muy simpática. A Jesús le encanta usar imágenes de contraste para resaltar mejor su enseñanza. Si un juez malvado puede hacer caso a una viuda cabezota, si vosotros que sois malos no dais a vuestros hijos una serpiente cuando os piden pan (se dice en Lc 11, p. 318)... ¡Cuánto más os escuchará vuestro Padre de los cielos! El argumento es tumbativo; pero la idea que nosotros tenemos de Dios no suele ser ésa.

Por eso, muchos creyentes no saben qué hacer con la oración de petición. Como los fenómenos naturales e históricos se explican causalmente sin Dios, deducen que no tiene sentido pedir.

Pero la fe en el Dios que guía la Historia no se apoya en determinar la causalidad de Dios, que, por definición, es inobjetivable. Pedimos, aunque parezca paradójico, porque la acción de Dios es trascendente y, en cuanto trascendente, lo hace todo, respetando la autonomía de las causas segundas que El mismo ha creado y sostiene trascendentalmente.

Pedimos, porque las fuerzas más importantes de la historia no son objeto científico; por ejemplo, las que nacen del corazón humano. y aquí, Dios no es una idea filosófica, sino libertad salvadora.

Pedimos, porque la historia del mundo y del hombre están habitadas por el Reino, es decir, por la acción del Espíritu Santo, cuya realidad es dada siempre e inmediatamente (si bien de modo racionalmente no objetivable) a la fe, esperanza y amor.

2. Vida

Seamos sencillos en la oración y pidamos lo mismo el pan de cada día que la llegada pronta de la Parusía de Jesús.

Tan sencillos, que creamos que la paz y la justicia de la humanidad (las manos de Moisés luchando por la victoria de Israel desde lo alto del monte, *primera lectura*) dependen de mi oración confiada; pero tan sencillos que creamos que Dios cumple nuestros deseos, aunque nosotros no lo veamos.

Tan sencillos como para creer que Dios está deseando hacer mi voluntad, pues soy su hijo, y tan sencillos como para confiar en que lo hace mejor de que lo que yo deseo y espero.

Tan sencillos como para creer que el Señor se complace en mi insistencia machacona. Y tan sencillos como para no necesitar palabras con El.

Tan sencillos, que la oración sea como respirar.

Domingo 30 del Tiempo Ordinario - e

Eccc 35,15-22

Sal 33

Le 18,9-14

1. Palabra

La parábola de los dos hombres, el fariseo y el publicano, que subieron al templo a orar es clásica (*Evangelio*); pero con frecuencia se pierde su punta de lectura. En efecto, muchos contraponen al fariseo y al publicano contraponiendo el orgullo y la humildad. En cuyo caso, el mensaje de Jesús se centraría en hacer ver la virtud del publicano.

La punta de lectura es otra. Corresponde al mensaje de Jesús sobre la gratuidad misericordiosa de Dios que justifica a los pecadores. No es que el publicano sea humilde, sino que cree en la misericordia de Dios que enaltece a los humillados y se complace en perdonar a los pecadores.

Jesús ha insistido constantemente en la diferencia entre el juicio humano y el juicio de Dios sobre el bien y el mal, sobre nuestros sistemas morales y religiosos.

La *primera lectura* confirma nuestra punta de lectura, pues revela que Dios no es parcial, que, paradójicamente, es justo porque «escucha la súplica del oprimido». En este caso, el oprimido es el publicano bajo el peso de su culpa y la condena del entorno social y religioso. Y es que la justicia, en la Biblia, significa, en primer lugar, la voluntad salvadora de Dios.

2. Vida

Cuando vamos a misa o participamos en grupos de compromiso cristiano, ¿no tendemos a vernos por encima de los demás?

Sólo Dios tiene derecho a juzgar la conciencia. ¿Cómo nos atrevemos nosotros?

En sociedades cerradas, marcadas por el puritanismo o el clericalismo, es frecuente caer en la murmuración y la recriminación moral. En sociedades abiertas y plurales, la educación enseña la tolerancia. Pero se trata de mucho más que de tolerancia. Con frecuencia ésta enmascara la indiferencia respecto al prójimo y la incapacidad de discernimiento moral.

En la vida cristiana, la tolerancia es respeto de amor, conciencia agradecida de que el juicio de Dios es más grande que el nuestro.

Domingo 31 del Tiempo Ordinario - e

Sab 11,23-12,2

Sal 144

Le 19,1-11

1. Palabra

Las dos lecturas de hoy y el salmo responsorial nos dilatan el corazón. ¡Qué estrecho ha de ser el corazón que, para amar al pobre, ha de negar el derecho a la dignidad al rico! Una vez más, el Evangelio es síntesis desbordante. **El** Jesús que amenaza a los ricos (Lc 6) y condena la riqueza (Lc 16) es el Jesús de Zaqueo, el rico publicano.

- Era un rico, pero marginado. Lleno de miedos. ¿Qué significaba la riqueza para este hombre sino su modo de defenderse de los demás?

- ¿Por qué se subió al árbol para ver a Jesús: por curiosidad o porque le quedaba un resto de esperanza en su soledad amarga?

- **El** milagro se produjo en la mirada. Jesús se fijó en él, le habló, le llamó por su nombre, quiso entrar en su casa.

Sólo el amor que no juzga nos libera de nuestras defensas y desencadena una existencia nueva.

- Agradecimiento, gozo de la Salvación. Dignidad recuperada.

- Cambiaba el sentido de su vida, y la jerarquía de valores.

El amor crea responsabilidad y sentido de la justicia y solidaridad con los pobres.

Este relato realiza, en síntesis, la dinámica del Reino y muestra el origen último del Reino: **El** corazón de Dios que busca lo perdido, creando vida de la muerte.

2. Vida

Apliquemos el relato a nuestra misión.

Los que optan por los pobres desconfían sistemáticamente de los ricos, viendo a la persona sólo en función de la demonización del dinero. Los que trabajan con los ricos olvidan que no hay Reino sin conversión a la solidaridad. No es fácil tener la libertad de Jesús con unos y con otros. Pero es necesaria, para que el Reino no aparezca como una ideología más, sino como verdad liberadora del corazón del hombre y fuerza transformadora de la sociedad.

Quizá seas de clase media, tendiendo a baja, y te parezca que lo anterior no se te aplica. Siempre rozamos con gente de clase más alta y más baja. No estaría mal revisar nuestras actitudes.

Observaciones para los domingos 32-34

1. Como en los restantes ciclos, los últimos domingos del Año Litúrgico, se centran en la escatología, en el final de la Historia.

- La resurrección universal de los muertos (domingo 32).
- La Parusía o venida última del Hijo del hombre (domingo 33).
- La promesa del Paraíso (domingo 34, fiesta de Cristo Rey).

2. Del más allá apenas sabemos nada. De hecho, en la Biblia nunca se ha hablado del más allá sino en relación con el más acá.

La Parusía del Hijo del Hombre se entronca con los signos que aparecen en las convulsiones históricas. La resurrección de los muertos ya se ha iniciado con la resurrección individual de Jesús y el don del Espíritu Santo. El Cielo es simbolizado por el banquete o la paz universal, en relación con la liberación y plenitud de la vida humana que el Reino ya ha puesto en marcha a partir de Jesús y de la misión de los discípulos.

3. Tradicionalmente, se ha intentado tener una imagen sistemática del más allá: muerte corporal y salida del alma inmortal, sometida al juicio individual de Dios; recompensa justa, que lleva al alma al cielo, al infierno o al purgatorio; si va al cielo, el alma es eternamente feliz en la contemplación de la Esencia Una y Trina de Dios en compañía de todos los bienaventurados, mientras espera unirse al cuerpo al final de los tiempos en el Juicio Final.

El peligro de esta imagen es que hace del más allá un mundo aparte, separado de la presencia del Reino en la historia actual.

4. A la luz de la exégesis actual, los creyentes hemos perdido una imagen del más allá y la perspectiva de la salvación-condenación eterna se ha desplazado al más acá. Tiene la ventaja de dar a la existencia cristiana actual una densidad única, de eternidad.

Sin embargo, de hecho la conciencia actual de los creyentes, en la mayoría de los casos, se concentra en el más acá no bajo el juicio definitivo de Dios, sino en un sentido puramente secular. Con lo cual se absolutiza el tiempo presente como único criterio de realización del Reino.

La consecuencia es grave, porque la esperanza queda reducida a la eficacia inmanente de la Historia. ¿En qué queda, en ese caso, la muerte de los inocentes, las injusticias acumuladas e irreparables de la historia, el escándalo de la muerte de Jesús, la promesa del Día de la Gloria de Dios, de los «cielos nuevos y la nueva tierra», sin muerte, sin llanto, cuando Dios sea, por fin, todo en todos?

Domingo 32 del Tiempo Ordinario - e

2 Me 7,1-14

Sal 16

Le 20,27-38

1. Palabra

La fe en la resurrección ha nacido de la certeza de la fidelidad de Dios; que el Dios de la Alianza, que creó todo de la nada, nunca abandona su obra, y menos a sus hijos.

La muerte para la Biblia no es una mera separación o despojo de la envoltura material del alma (concepción platónica, ampliamente extendida entre los cristianos y que tanto ha tergiversado la comprensión del hombre y el sentido mismo de la vida humana). La muerte es el sin-sentido, la pérdida del ser, la desesperación, la separación de Dios, que es la Vida.

La fe en la resurrección de los muertos es, también, una conquista de la fe ante el problema del mal. No, Dios no puede dejar a su propia suerte a los inocentes perseguidos. La última palabra no la puede tener el crimen, sino la justicia. El Dios de los perseguidos sale garante de ellos (*primera lectura*).

El contexto en el que Jesús habla de la resurrección es muy distinto: la pregunta capciosa sobre la ley judía del levirato. Pero nos muestra que para Jesús la resurrección es una certeza inquebrantable, que nace del corazón mismo de toda la historia de la Salvación (*Evangelio*).

2. Vida

Por la resurrección de los muertos, tenemos la certeza de que nada está perdido.

- El sufrimiento inútil. Tantas veces tenemos la impresión de que no hay proporción entre el sufrimiento humano y las pequeñas cotas de felicidad. Si exceptuamos a unos pocos, ¿qué toca a la mayoría silenciosa en esta vida!

- La solicitud por las pequeñas cosas materiales, de las que, sin embargo, depende la vida de las personas y el amor entre las parejas. No, el cuerpo no es el vestido o la cárcel de la persona, sino la persona misma en su finitud histórica.

- La generosidad del amor de Dios, tan impotente ante la violencia y tan estéril ante las resistencias del corazón humano. Un día, su "día, Dios lo hará todo nuevo (¿Cómo? No nos dediquemos a la fantasía. Sólo sabemos que será maravilloso).

Domingo 33 del Tiempo Ordinario - e

Mal 4,1-2
Sal 97
Le 21,5-19

1. Palabra

¡Qué diferencia entre la imagen del Juicio en la espiritualidad barroca (centrado en el examen de las conciencias) y la imagen de Jesús, que abarca el presente y el futuro, lo interior y lo exterior!

Las palabras de Jesús equilibran inseparablemente la esperanza creyente y la lucidez ante la brutalidad de la mentira, el poder y la negativa de Dios (*Evangelio*). El discípulo está indefenso. Su vida está en manos de Dios. El saldrá a favor de los suyos, hará justicia en su Día, y ese Día el mundo entero reconocerá la Gloria Eterna.

No es extraño que Jesús recogiese la tradición simbólica de los profetas, inspirados en las calamidades que siempre han azotado a la humanidad: las guerras, los terremotos, las hambrunas y la peste (los jinetes del Apocalipsis). «Pero a los que son fieles al Señor, los iluminará un sol de justicia, que lleva la Salvación en las alas» (*primera lectura*)

2. Vida

Deberíamos pensar más en este Día que vendrá como el ladrón, cuando menos lo esperamos.

Para dar valor a nuestro presente, que lleva en sí la semilla del futuro. Para que nuestra esperanza no se cierre en este tiempo presente, tan limitado, y no absoluticemos sus valores (la salud, el éxito del momento...). Para que los desastres colectivos de la humanidad no nos desesperen (las guerras, las epidemias, las amenazas ecológicas del planeta...). Para que no nos inclinemos nunca ante los poderes de este mundo, sabiendo quién es el Señor. Para que nos merezca la pena hacer el tonto en esta vida si es por fidelidad a Jesús y su Evangelio.

Los «novísimos» (muerte, juicio, infierno y gloria) siempre han ayudado al creyente a situarse en su verdad personal y a juzgar la historia «desde otro lado», el único, al fin y al cabo, que tiene la última palabra.

Domingo 34. Fiesta de Cristo Rey - C

2 Sam 5,1-3

Sal 121

Col 1,12-20

Le 23,35-43

1. Situación

Yo quiero ser eternamente feliz. ¿Y tú?

¿Es un sueño infantil, la nostalgia del seno materno, o la certeza de la Promesa de Dios a sus hijos?

¿Me aliena de mis responsabilidades o, por el contrario, potencia la misión y la sitúa en su verdad?

¿Me atrevo a desear la eternidad? Sí, para siempre feliz, sin amenaza de pérdida, liberados definitivamente de tantas ataduras, amando a tope, transfigurados por la Gloria de Dios, en unión con lo mejor que yo he amado...

El Cielo es el destino al que aboca la historia de la humanidad entera. Es la voluntad omnipotente de Dios el que lo garantiza.

2. Contemplación

El Cielo se juega en el juicio misterioso de la conciencia. Desde la Cruz Jesús es Rey. En la decisión por El o contra El el hombre decide su eternidad. Impresiona la escena del *Evangelio* de hoy.

En la promesa que Jesús hace al «buen ladrón» se resume la Revelación entera, en qué consiste el Reino: en reinar con la soberanía del Amor Crucificado. Nada nos podrá apartar de El, ni siquiera el pecado más horrendo.

Hoy estarás conmigo en el Paraíso

Pero si somos incapaces de creer en el Amor, ¿qué nos queda, sino el infierno? Lo hemos escogido nosotros, lo hacemos nosotros, al negar la Fuente misma de la vida.

Los textos de esta fiesta se caracterizan por el contraste entre la imagen gloriosa del Rey en las primeras lecturas y la imagen del Jesús humillado en el Evangelio. No hay contradicción. El contraste atraviesa la Historia de la Salvación (el escándalo mesiánico) y manifiesta el riesgo de la fe (seguimos a un Crucificado, a quien confesamos como Rey del universo).

El himno de la Carta a los Colosenses (*segunda lectura*) nos da la serena y gozosa certeza del Plan de Dios, centrado en Jesús, y del lugar que ocupa su muerte y resurrección, verdadero quicio del Todo.

3. Reflexión

Nuestro Rey nos dice: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso.*

A la vez que 10 proclamamos Rey en la Cruz, pongamos nuestra mirada en el Rey del Cielo, que gobierna el cosmos y que nos espera con los brazos abiertos; Jesús, nuestro Amor.

El Cielo no es un lugar; pero ningún símbolo de plenitud soñada (el encuentro amoroso, el banquete, la ciudad en fiesta, la armonía de la naturaleza, etc.) lo puede expresar.

Cuanto más amas, más sientes la amenaza de pérdida. Sólo un futuro sin sobresaltos te permite amar todavía más. ¡El Cielo!

Cuanto más consciente eres de tus fondos oscuros de pecado y más luchas contra ellos, más deseas la libertad de poder amar de verdad y en plenitud. ¡El Cielo!

Cuanto más te importa la tierra, más descubres la necesidad del Día glorioso, sin ocaso, de un mundo nuevo y feliz. ¡El Cielo!

Cuanto más te importa Dios, no te basta conocerlo como en un espejo y siempre a través de mediaciones. Lo quieres a El, cara a cara, boca a boca, en un abrazo eterno. ¡El Cielo!

Cuanto más percibes el Reino haciéndose en la Historia, «desde dentro» de la condición humana, más prisa tienes de que los dolores de parto de la humanidad terminen. ¡El Cielo!

4. Vida

Esperanza infinita. Tarea concreta.

Fe de lo imposible. Obediencia a lo real, aquí y ahora.

Amor más fuerte que la muerte. En las pequeñas cosas de cada día.

Observaciones finales

1. Al cabo de estos tres años, *siguiendo a Jesús en la vida ordinaria con las lecturas del domingo*, la sensación primaria es la de ir teniendo una historia con Dios.

Ahí está el secreto de la fe, pues tal es el Dios de la Palabra, que celebramos cada domingo en la Eucaristía.

2. Los frutos habrán sido, espero:

- Espiritualidad de lo cotidiano (desplazar el deseo de lo «esencial» a la densidad de lo ordinario).

- Mejor integración de fe y vida, oración y tarea, lo individual y lo social.

- Descubrimiento gozoso de la actualidad de la Sagrada Escritura.

- Sabiduría para percibir cómo convergen, en profundidad, lo humano (llegar a ser persona) y lo divino (experiencia del Espíritu).

- Volver siempre a lo esencial: la gratuidad del Amor de Dios.

- Que Jesús y su Evangelio es el camino, la verdad y la vida.

- Conciencia renovada de identidad, en vinculación a la historia de Israel, de Jesús, de la Iglesia, en favor de la humanidad entera.

3. Muchos temas se repiten, como se repiten los textos paralelos del Evangelio. Lógicamente, faltan muchos.

La Palabra es suficientemente rica como para responder a una visión integral del hombre; pero no pretende un sistema de pensamiento.

La vida misma no es sistema, sino crecimiento espiral, volviendo a los centros vivificadores.

4. La historia de Dios con nosotros continúa.

La Eucaristía sigue ahí como «centro y culmen de la vida cristiana». Sin ella, ¿qué sería de nosotros, abandonados a nuestra individualidad, solos con el Libro?

Pero Dios y su Reino son más grandes: Se realizan en la vida ordinaria, en lo monótono, en la fiesta y en las situaciones insoportables, cuando el pecado es más fuerte que nosotros y la fe en el Amor renueva la esperanza.

Que cada mañana podamos decir: «Padre nuestro, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

Indice

Presentación ..	5
Cómo está pensado el libro	6
Para aprovechar estas notas	7
Algunas advertencias	9

Ciclo A. San Mateo

Primer domingo de Adviento	
Caer en la cuenta	12
Segundo domingo de Adviento	
Convertirse a la esperanza	14
Tercer domingo de Adviento	
Cobardía de corazón. Celebración penitencial	16
Cuarto domingo de Adviento	
Salvador desconcertante	18
Observaciones	
Discernir la esperanza vivida	20
Anexo. Retiro previo a la Navidad	22
Navidad. (Eucaristía de medianoche)	
Crear como María ..	24
Fiesta de la Sagrada Familia	
Experiencia cristiana de los lazos familiares	26
Año Nuevo. Octava de Navidad	
María, la Madre de Jesús	28
Segundo domingo después de Navidad	
Sabiduría de la vida	30
Fiesta de la Epifanía o Reyes	
Contemplación y misión	32
Observaciones	
Notas de pedagogía espiritual.....	34

TIEMPO ORDINARIO 1

Bautismo de Jesús	
Implicados por el Evangelio	38

Segundo domingo del Tiempo Ordinario	
Disponibilidad "	40
Tercer domingo del Tiempo Ordinario	
Conversión y llamada	42
Cuarto domingo del Tiempo Ordinario	
Las Bienaventuranzas, programa del Reino	44
Quinto domingo del Tiempo Ordinario	
Amar en la vida ordinaria	46
Observaciones	
Pedagogía de iniciación en el Reino	48
Sexto domingo del Tiempo Ordinario	
El más del Reino	50
Séptimo domingo del Tiempo Ordinario	
«Sed perfectos»	52
Octavo domingo del Tiempo Ordinario	
Liberarse de las seguridades	54
Noveno domingo del Tiempo Ordinario	
Criterios de la praxis cristiana	56
Observaciones	
El proceso de hacerse discípulo de Jesús	58

CUARESMA - PASCUA

Miércoles de Ceniza	
Tiempo de Gracia	60
Primer domingo de Cuaresma	
Las tentaciones	62
Segundo domingo de Cuaresma	
El miedo al sufrimiento	64
Tercer domingo de Cuaresma	
«Si conocieras el Don de Dios »	66
Celebración Penitencial	68
Cuarto domingo de Cuaresma	
Conversión teologal.....	70
Quinto domingo de Cuaresma	
El acto de fe	72
Observaciones	
La experiencia fundante	74
Semana Santa	
Pedagogía espiritual.....	75
Domingo de Ramos	
Cómo meditar en la Pasión	76
Jueves Santo	
Eucaristía y caridad	78

Viernes Santo	
Adoración del Crucificado	80
Vigilia Pascual	
Notas pedagógicas para la Celebración	82
Las Fiestas Pascuales	
Resurrección y tiempo del Espíritu Santo	84
Domingo de Resurrección	
La Eucaristía, ver y creer	86
Segundo domingo de Pascua	
Grandeza y miseria de nuestra Eucaristía	88
Tercer domingo de Pascua	
Eucaristía y presencia del Resucitado	90
Cuarto domingo de Pascua	
Eucaristía y autoridad en la Iglesia	92
Quinto domingo de Pascua	
La vida profunda de la Iglesia	94
Sexto domingo de Pascua	
La vida pascual del discípulo	96
Fiesta de la Ascensión (Séptimo domingo de Pascua)	
Universalidad de la Resurrección	98
Domingo de Pentecostés	
La fe en estado de misión	100
La Santísima Trinidad (Domingo después de Pentecostés)	
Pedagogía espiritual sobre la Trinidad	102
Observaciones	
Las certezas [undantes	104
Fiestas del Señor y de los Santos	
Observaciones de pedagogía espiritual.....	105
Fiesta del Corpus	106
Fiesta del Sagrado Corazón	107
Fiesta de la Inmaculada Concepción (8-XII)	108
Fiesta de san Pedro y san Pablo (29-VI)	109
Fiesta de la Asunción de María (15-VIII)	110
Fiesta de Todos los Santos (1-XI)	111

TIEMPO ORDINARIO II

Domingo 10 del Tiempo Ordinario	
El Reino, misericordia que libera	114
Domingo 11 del Tiempo Ordinario	
El Reino implica una misión	116
Domingo 12 del Tiempo Ordinario	
El miedo a ser cristiano	118

Domingo 13 del Tiempo Ordinario	
Radicalidad y vida normal.....	120
Domingo 14 del Tiempo Ordinario	
El Reino en lo ordinario	122
Observaciones	
¿Quién puede ser discípulo de Jesús?	124
Domingo 15 del Tiempo Ordinario	
Eficacia y misión	126
Domingo 16 del Tiempo Ordinario	
Fe y secularidad	128
Domingo 17 del Tiempo Ordinario	
Discernir el Reino en la Historia	130
Domingo 18 del Tiempo Ordinario	
La praxis mesiánica de liberación	132
Domingo 19 del Tiempo Ordinario	
El estilo de la acción de Dios	134
Domingo 20 del Tiempo Ordinario	
Romper fronteras	136
Domingo 21 del Tiempo Ordinario	
Testimonio y gratuidad	138
Observaciones	
Personalizar y discernir la Inisición	140
Domingo 22 del Tiempo Ordinario	
Felicidad y autonegación	142
Domingo 23 del Tiempo Ordinario	
Vivir la fe en comunidad	144
Domingo 24 del Tiempo Ordinario	
Vida común, madurez afectiva y perdón	146
Observaciones	
Personalización de la fe y convivencia	148
Domingo 25 del Tiempo Ordinario	
Gratuidad de Dios y mezquindad humana	150
Domingo 26 del Tiempo Ordinario	
Entre el sí y el no del amor	152
Domingo 27 del Tiempo Ordinario	
Responsabilidad social.....	154
Domingo 28 del Tiempo Ordinario	
Responsabilidad agradecida	156
Domingo 29 del Tiempo Ordinario	
Fe y compromiso político	158

Domingo 30 del Tiempo Ordinario	
Centrar la vida en el Amor	160
Domingo 31 del Tiempo Ordinario	
Por una Iglesia distinta	162
Observaciones	
Para un proyecto personal y familiar de vida	164
Domingo 32 del Tiempo Ordinario	
La sabiduría del amor	166
Domingo 33 del Tiempo Ordinario	
Vivir el cada-día y la eternidad	168
Domingo último	
Fiesta de Cristo Rey.....	170
Observaciones	
Mirada retrospectiva	172

Ciclo B. San Marcos

Observaciones para Adviento	175
Primer domingo de Adviento	
No tenemos la última palabra	176
Segundo domingo de Adviento	
Hay testigos	177
Tercer domingo de Adviento	
La alegría de los pobres	178
Cuarto domingo de Adviento	
El sí de Dios	180
Navidad. Eucaristía de la aurora	182
Fiesta de la Sagrada Familia	183
Observaciones para los días de Navidad	
Año Nuevo, segundo domingo de Navidad y Epifanía	184

TIEMPO ORDINARIO I

Observaciones sobre el Evangelio de Marcos	185
Bautismo de Jesús	186
Segundo domingo del Tiempo Ordinario	
«Fueron, vieron y se quedaron con El»	187
Tercer domingo del Tiempo Ordinario	
«Dejaron las redes y le siguieron»	188
Observaciones sobre la persona de Jesús	189

Cuarto domingo del Tiempo Ordinario «Con autoridad»	190
Quinto domingo del Tiempo Ordinario «Se marchó al descampado a orar»	192
Sexto domingo del Tiempo Ordinario «Extendió la mano y lo tocó»	194

CUARESMA - PASCUA

Observaciones para la Cuaresma	195
Miércoles de Ceniza	196
Primer domingo de Cuaresma Jesús, el nuevo Adán	196
Segundo domingo de Cuaresma Jesús, el hijo sacrificado	198
Tercer domingo de Cuaresma El verdadero culto a Dios	199
Cuarto domingo de Cuaresma Luz y tinieblas	200
Quinto domingo de Cuaresma Elevado entre el cielo y la tierra	202
Observaciones para la Semana Santa	204

TRIDUO SACRO

Observaciones para las Fiestas Pascuales	..	205
Segundo domingo de Pascua «Este es el que vino con agua y con sangre»	..	206
Tercer domingo de Pascua Presencia real	.	208
Cuarto domingo de Pascua Entregar la vida y dar vida	..	209
Quinto domingo de Pascua Permanecer en Jesús	..	210
Sexto domingo de Pascua Permanecer en Jesús		211
Observaciones	.	212
Fiesta de la Ascensión (Séptimo domingo de Pascua) El Cuerpo total	..	213
Domingo de Pentecostés Los frutos del Espíritu Santo	.	214

TIEMPO ORDINARIO II

La Santísima Trinidad	215
Otras Fiestas	215
Observaciones para los domingos 7-9	216
Domingo 7 del Tiempo Ordinario «Tus pecados quedan perdonados»	217
Domingo 8 del Tiempo Ordinario «A vino nuevo, odres nuevos»	218
Domingo 9 del Tiempo Ordinario «El sábado se hizo para el hombre»	219
Observaciones para los domingos 10-16	220
Domingo 10 del Tiempo Ordinario «Tiene dentro a Belcebú»	221
Domingo 11 del Tiempo Ordinario «Como un grano de mostaza»	222
Domingo 12 del Tiempo Ordinario «¿Por qué sois tan cobardes?»	224
Domingo 13 del Tiempo Ordinario «Levántate»	225
Domingo 14 del Tiempo Ordinario «Desconfiaban de El»	226
Domingo 15 del Tiempo Ordinario «Los envió de dos en dos»	228
Domingo 16 del Tiempo Ordinario «Venid a descansar un poco»	229
Observaciones para los domingos 17-21	230
Domingo 17 del Tiempo Ordinario «Comerá v sobraré»	231
Domingo 18 del Tiempo Ordinario «Me buscáis porque comisteis»	232
Domingo 19 del Tiempo Ordinario «Yo soy el pan vivo»	234
Domingo 20 del Tiempo Ordinario «¿Cómo comer su carne?»	235
Domingo 21 del Tiempo Ordinario «Señor, ¿a quién vamos a acudir?»	236
Observaciones para los domingos 22-24	238
Domingo 22 del Tiempo Ordinario «De dentro del corazón del hombre»	239
Domingo 23 del Tiempo Ordinario «Abrete»	240
Domingo 24 del Tiempo Ordinario «El Hijo del Hombre tiene que padecer»	242

Observaciones para los domingos 25-30	243
Domingo 25 del Tiempo Ordinario «Les daba miedo preguntarle»	244
Domingo 26 del Tiempo Ordinario «El que no está contra nosotros, está a nuestro favor»	246
Domingo 27 del Tiempo Ordinario «Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre»	247
Domingo 28 del Tiempo Ordinario «Vende lo que tienes y sígueme»	248
Domingo 29 del Tiempo Ordinario «¿Sois capaces de beber el cáliz?»	250
Domingo 30 del Tiempo Ordinario «Recobró la vista y lo seguía»	251
Domingo 31 del Tiempo Ordinario «Amarás»	252
Domingo 32 del Tiempo Ordinario «Jesús observaba a la gente»	253
Domingo 33 del Tiempo Ordinario «Verán venir al Hijo del Hombre»	254
Domingo 34. Fiesta de Cristo Rey «Soy Rey»	256

Ciclo C. San Lucas

Observaciones para el Adviento	258
Primer domingo de Adviento De repente	259
Segundo domingo de Adviento Vino la Palabra	260
Tercer domingo de Adviento En expectación	262
Cuarto domingo de Adviento «¡Dichosa Tú que has creído!»	264
Navidad. Eucaristía del día	266
Fiesta de la Sagrada Familia	267
Observaciones para los días de Navidad	268
Año Nuevo, segundo domingo de Navidad y Epifanía	268

TIEMPO ORDINARIO I

Bautismo de Jesús Mientras oraba	269
-------------------------------------	-----

Segundo domingo del Tiempo Ordinario	
Había una boda	270
Observaciones para los domingos 3-8	271
Tercer domingo del Tiempo Ordinario	
Hoy se está cumpliendo	272
Cuarto domingo del Tiempo Ordinario	
¿No es éste el hijo de José?	274
Quinto domingo del Tiempo Ordinario	
Más allá de la eficacia "	275
Sexto domingo del Tiempo Ordinario	
La revolución del Reino	276
Séptimo domingo del Tiempo Ordinario	
Las armas del Reino	278
Octavo domingo del Tiempo Ordinario	
A pecho descubierto	280

CUARESMA - PASCUA

Observaciones para la Cuaresma	281
Miércoles de Ceniza	281
Primer domingo de Cuaresma	
En Egipto	282
Segundo domingo de Cuaresma	
A tus descendientes les daré esta tierra	284
Tercer domingo de Cuaresma	
La revelación del Nombre	285
Cuarto domingo de Cuaresma	
Comienzo del fruto de la Tierra	286
Quinto domingo de Cuaresma	
Realizó algo nuevo	288
Observaciones para la Semana Santa	290

TRIDUO SACRO

Observaciones para el Tiempo Pascual.....	291
Segundo domingo de Pascua	
Los apóstoles hacían muchos signos	292
Tercer domingo de Pascua	
Azotaron a los apóstoles	294
Cuarto domingo de Pascua	
La Palabra llega a los paganos	295

Quinto domingo de Pascua	
La puerta de la fe	296
Sexto domingo de Pascua	
Concilio de Jerusalén	298
Observaciones	300
Fiesta de la Ascensión	301
Fiesta de Pentecostés	302

TIEMPO ORDINARIO II

Santísima Trinidad	303
Otras Fiestas	. 303
Observaciones para los domingos 9-11	. 304
Domingo 9 del Tiempo Ordinario	
En Israel no he encontrado	.. 305
Domingo 10 del Tiempo Ordinario	
No llores	. 306
Domingo 11 del Tiempo Ordinario	
Ha mostrado mucho amor	. 308
Observaciones para los domingos 12-18	. 310
Domingo 12 del Tiempo Ordinario	
Seguir a Jesús cada día	. 311
Domingo 13 del Tiempo Ordinario	
Nadie puede seguir a Jesús	. 312
Domingo 14 del Tiempo Ordinario	
La verdadera alegría del discípulo	. 313
Domingo 15 del Tiempo Ordinario	
¿Quién es discípulo?	.. 314
Domingo 16 del Tiempo Ordinario	
La mejor parte del discípulo	. 316
Domingo 17 del Tiempo Ordinario	
Discipulado y oración	. 318
Domingo 18 del Tiempo Ordinario	
La vida no depende de las riquezas	. 319
Observaciones para los domingos 19-31	. 320
Domingo 19 del Tiempo Ordinario	
Confianza en la Providencia	. 321
Domingo 20 del Tiempo Ordinario	
Optar por Jesús	. 322
Domingo 21 del Tiempo Ordinario	
La puerta estrecha de los elegidos	. 324

Domingo 22 del Tiempo Ordinario <i>El</i> que se ensalza será humillado	325
Domingo 23 del Tiempo Ordinario Sabiduría del Reino	326
Domingo 24 del Tiempo Ordinario La fiesta de la gratuidad	327
Domingo 25 del Tiempo Ordinario O Dios o el Dinero	327
Domingo 26 del Tiempo Ordinario Justicia	329
Domingo 27 del Tiempo Ordinario Somos siervos inútiles	330
Domingo 28 del Tiempo Ordinario Agradecimiento, siempre	331
Domingo 29 del Tiempo Ordinario Oración insistente .	332
Domingo 30 del Tiempo Ordinario Ante el juicio de Dios	333
Domingo 31 del Tiempo Ordinario En casa de un pecador	334
Observaciones para los domingos 32-34	335
Domingo 32 del Tiempo Ordinario Dios de vivos	336
Domingo 33 del Tiempo Ordinario Perseverancia	337
Domingo 34 del Tiempo Ordinario Hoy estarás conmigo en el Paraíso	338
Observaciones finales	340